

LA PSICÓLOGA

HELENE FLOOD

TUS RECUERDOS CAMBIAN. LA VERDAD, NO.

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Viernes, 6 de marzo: el mensaje

A mi lado, en el sofá, hay una estudiante...

Sábado, 7 de marzo: desaparecido

Cada noche viene a casa. A menudo estamos...

Domingo, 8 de marzo: ruido blanco

—Ábrelo —dijo Sigurd...

Lunes, 9 de marzo: coraza

Noche del 9 al 10 de marzo: Vale, vale

Martes, 10 de marzo: respira y empieza de nuevo

Annika viene a verme después del trabajo...

Se supone que la vida comienza el día...

Miércoles, 11 de marzo: superficies amplias y luminosas

Siempre estoy en casa. En un día normal...

Jueves, 12 de marzo: el fuerte

A partir de ahora todo será diferente, nos prometemos...

Viernes, 13 de marzo: Krokskogen

Sábado, 14 de marzo: espero, deambulo

Del sábado, 14 de marzo, al lunes, 16 de marzo: Nordstrand

Martes, 17 de marzo: sesgo de confirmación

Un domingo de mayo: sentada en la oscuridad...

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Una mañana, después de dejarle un mensaje en el contestador, el marido de Sara desaparece sin dejar rastro. Ella creía que Sigurd había quedado con unos amigos, pero ellos tampoco saben dónde está. Para Sara, Sigurd miente; para la policía, la experiencia de Sara como psicóloga la convierte en sospechosa. Pero, cuando los detectives descubren que la vida de Sara está siendo vigilada mediante cámaras y micrófonos ocultos, se dan cuenta de que ni la verdad es tan obvia, ni la mente tan poderosa.

HELENE FLOOD

LA PSICÓLOGA

Traducción de Bente Teigen Gundersen
y Mónica Sainz Serrano

 Planeta

Viernes, 6 de marzo: el mensaje

Fuera todavía estaba oscuro cuando se marchó. Me desperté cuando se inclinó sobre mí para besarme en la frente.

—Me voy ya —susurró.

Me di la vuelta, aún adormilada. Él llevaba el abrigo puesto, la bolsa colgando del hombro.

—¿Te vas? —murmuré.

—Sigue durmiendo —dijo.

Oí sus pasos en la escalera, pero me quedé dormida antes de que cerrase la puerta tras de sí.

Cuando me despierto, estoy sola en la cama. Por la ranura que queda entre el estor y el marco de la ventana se filtra un tenue rayo de sol que me da en los ojos y me arranca del sueño. Son las siete y media. No es mala hora para levantarse.

Me dirijo descalza hacia el cuarto de baño, sorteando las virutas de madera aglomerada que hay sobre la moqueta del pasillo y los húmedos palés de madera que cubren el suelo de adobe del lavabo. No tenemos lámpara de techo ahí dentro, pero Sigurd colocó un foco de trabajo cuando retiró los azulejos y ahí sigue, como una presencia inquietante. Por suerte, a esta hora hay luz natural suficiente como para no tener que encenderlo. Es práctico, como todos los focos, pero su luz es despiadadamente blanca y hace que me sienta como si me estuviera duchando en un vestuario de instituto. Abro el grifo para que el agua se vaya templando mientras me desnudo. Hay que cambiar el calentador, pero Sigurd suele ducharse rápido y yo hoy no voy a lavarme el pelo, por lo que habrá agua caliente para los dos.

La mampara de la ducha es de plástico. También se suponía que iba a ser temporal. Sigurd ha diseñado una ducha para nosotros, una cabina de ladrillo con puerta de vidrio y pequeños azulejos blancos salpicados de azul. De todas las habitaciones a medio hacer que hay en la casa, es en el cuarto de baño donde esa situación resulta más evidente. Los azulejos viejos han desaparecido y los nuevos no han sido colocados aún. No tenemos iluminación, ni cortinas en condiciones. Caminamos por encima de palés para no estropear el suelo, hay un agujero en la pared del que sale el agua, y tenemos esta mampara provisional, un vestigio del abuelo materno de Sigurd. Durante un tiempo conseguí imaginarme cómo llegaría a ser la casa cuando deambulaba por ella en obras: los azulejos salpicados de azul, las paredes lisas, los focos empotrados; notaba las cálidas baldosas bajo las plantas de los pies, el agua caliente perfectamente regulada por una alcachofa moderna con varias funciones. Ahora, en cambio, lo único que veo es todo el tiempo que esto nos va a llevar. Mientras pongo la mano bajo el chorro de agua y noto que la temperatura va subiendo, me doy cuenta de que, de alguna manera, he dejado de creer que vayamos a terminar la casa algún día.

El agua caliente me despeja. Aquí dentro hace frío. En el dormitorio se está bien, pero el cuarto de baño está congelado. El invierno ha sido largo, y me he pasado todas las mañanas dando saltitos desnuda con una mano debajo del chorro de agua. Ahora, al menos, se va acercando la primavera. La ducha me sienta bien, martillea mi fría piel; acumulo agua con las manos y me mojo la cara, sintiendo que por fin dejo la noche atrás y el día se aferra a mí.

Viernes. Tres pacientes, la pandilla habitual de los viernes. Primero Vera, luego Christoffer y, finalmente, Trygve. Es mala idea poner a Trygve el último un viernes, pero resulta muy tentador cada semana cuando acabo la consulta. Acumulo agua con las manos de nuevo, me la echo en el rostro y me froto las mejillas. Sigurd se quedará en Norefjell con sus amigos hasta el domingo. Estaré sola todo el fin de semana.

Regreso a la habitación para vestirme, no quiero estar en el baño ni un segundo más de lo necesario. Me siento en la cama. Noto un denso olor a sueño, mío seguro, y quizá también suyo. No he mirado el reloj cuando se ha marchado, tal vez hayan pasado ya varias horas. No tenemos ningún armario, pero Sigurd ha montado una barra de metal entre el conducto de la chimenea y la pared en la que hemos colgado vestidos, camisas y chaquetas. Su ropa está colocada de cualquier manera; la mía está dispuesta por colores en una fila ordenada. Miro la suya: no parece que falte nada, pero también es cierto que se iba directo a la montaña. La bolsa que había en el suelo no está, y recuerdo que la llevaba colgada del hombro cuando se ha marchado. Me pongo unos pantalones, me visto de forma sencilla y elegante para el día y, mientras elijo una fina blusa de color azul, pienso que en tan sólo cuestión de horas puedo volver a venir aquí y coger algo de ropa deportiva si decido ir al gimnasio, o ponerme un pantalón de pijama y una camiseta amplia si prefiero no salir. Únicamente tengo tres pacientes.

Tres pacientes es en realidad muy poco. Debería atender a cuatro todos los días, y lo óptimo sería tener cinco uno o dos días a la semana. Ésos fueron los cálculos que hice cuando empecé a trabajar por mi cuenta.

—En una consulta privada hay menos papeleo —le dije a Sigurd mientras lo planificábamos sentados en la cocina de nuestro viejo piso en el parque de Torshov, elaborando el presupuesto en una hoja de Excel—; podría atender a cuatro pacientes todos los días sin problemas, quizá cinco. Cinco la mayoría de los días. Al menos una vez por semana, pero, vamos, no nos vendría mal algo más de dinero.

Nos reímos.

—No vayas a matarte a trabajar... —contestó Sigurd.

—Mira quién fue a hablar —repliqué.

Él se puso por su cuenta en esa misma época, había hecho sus propios cálculos, que introdujo en la misma hoja de Excel. Mínimo ocho clientes a la vez, aunque si pudieran ser diez, mejor. Ayudaría a los otros socios cuando lo necesitaran; todas las horas contaban.

—Habrás que hacer algunas horas extras —nos dijimos—, pero eso significa más ingresos, es dinero para el bote común.

Ahora casi todos los días tengo tres pacientes y es excepcional que reciba a cinco en una misma jornada. ¿Por qué ha acabado siendo así? Encontrar pacientes resulta más difícil de lo que había esperado, y los adolescentes cancelan sus citas a menudo, pero eso es sólo parte del motivo. Me abrocho los últimos botones de la blusa, que queda cerrada de forma decorosa. Se me olvidó calcular un factor importante aquel día en la cocina de Torshov, con la vieja lámpara de escritorio

de Sigurd iluminando el ordenador y los papeles sobre los que garabateábamos: el factor humano. Incluso yo, que disfruto de la soledad, necesito de los demás. Descarté a mis compañeros de un plumazo, y jamás habría imaginado que me sentiría sola. Que eso me convertiría en una persona pasiva. Si alguien me hubiese dicho hace un año lo duro que iba a ser promocionarme para conseguir más pacientes, las reticencias con las que iba a encontrarme, no lo habría creído.

Para mí, el desayuno es la mejor comida del día. Me siento frente a la isla de la cocina con el periódico, una rebanada de pan y una taza de café. Prefiero comer sola. Sigurd siempre se marcha temprano, tras beberse de un trago el café de pie junto a la encimera. A mí me gusta tomarme mi tiempo. Leer los artículos de opinión del *Aftenposten*, las reseñas de cine. Contemplar el día.

Ha dejado su taza sin recoger. Está ahí, en la encimera, junto a la pila. Las superficies de la cocina son una de las pocas cosas de la casa que están bastante terminadas, y la encimera es tan brillante que, desde donde estoy sentada, puedo ver el semicírculo de café que hay debajo de su taza. Cómo no. Es posible que la capacidad de observar una mancha de café debajo de una taza, migas de pan bajo la tostadora o gotas de agua sobre la superficie de la encimera sea una diferencia biológica entre hombres y mujeres. Sigurd quiere tener una casa bonita, lo planifica todo al milímetro, dibuja planos minuciosos e imponentes presentaciones con gráficos, pero falla en lo que a los detalles se refiere. Meter la taza en el lavavajillas. Limpiar la encimera. Recoger el ordenador por la noche. Son pequeñas cosas sin importancia, así que, ¿por qué me quejo?, ¿por qué dejo que me irriten? Sin embargo, por otro lado me pregunto: ¿por qué no puede sacrificar los tres segundos exactos que tardaría en hacerlas?

Estoy pensando en eso cuando miro el perchero de la pared donde suele estar el portaplanos de Sigurd. Lo usa para transportar los planos que trae y lleva de vuelta al trabajo, es un tubo gris de plástico duro con una correa negra sujeta a cada extremo, y siempre lo cuelga en la misma percha cuando lo trae a casa. Arrugo la frente mientras contemplo el colgador vacío. ¿No iba a conducir directamente hasta casa de Thomas para recogerle? ¿No lo dijo de forma explícita? Y ¿no estaba el portaplanos colgado en el gancho anoche?

Siempre me ha parecido muy difícil pasar por alto las incoherencias: veo a la gente hacerlo y la envidio por ello. Sigurd no iba a ir a la oficina, aunque quizá yo lo malinterpreté. Iba a ir directamente a casa de Thomas, dijo, o tal vez yo lo oí mal; es posible que tuviera que resolver algo rápido en el trabajo primero. Puede que dejara el portaplanos en el trabajo, y cuando recuerdo que estaba aquí ayer, en realidad estoy pensando en el día anterior. Las cosas deben de ser mucho más fáciles de ese modo. Los que tienen mala memoria parecen menos desconfiados a ojos de los demás, menos obstinados. Pongamos por caso este ejemplo: recuerdo, sin ninguna duda, que ayer estuvimos hablando de sus planes para hoy, que me levanté del sofá (en nuestro rincón provisional para el sofá) y me acerqué a la cocina para vaciar las últimas gotitas del té en el fregadero, tirar la bolsita de té a la basura y meter la taza en el lavavajillas; recuerdo que me volví, quizá a un metro de la isla de cocina donde ahora estoy sentada, y le dije a Sigurd: «Entonces ¿a qué hora os vais mañana?». Y recuerdo verlo a él con la misma claridad que si estuviese viendo una imagen suya, de esas que tienen una resolución fantástica, mil millones de megapíxeles, de modo que cada impureza de la piel queda plasmada en detalle. Recuerdo su

jersey desgastado y los pantalones agujereados que a menudo lleva por las noches, recuerdo que se pasó una mano por los rizos alborotados, que me miró con los ojos entornados, cansados, como si lo despertase, y dijo:

—Eeh... Me marcho temprano. Intentaré estar en casa de Thomas a las seis y media.

Y yo repuse:

—¿A las seis y media?

Y él dijo:

—Sí. Así llegamos por la mañana y podemos pasar todo el día en la pista.

Luego tal vez lo olvidó y se llevó el portaplanos. Quizá pensó en trabajar un poco desde la cabaña. Después a lo mejor cambió de idea y decidió pasarse por la oficina.

Mi memoria es demasiado precisa. Recuerdo con excesiva nitidez su aspecto cuando hablamos del tema: llevaba puesto ese espantoso jersey beige con el cuello negro, el que parece comprado por su madre, y de hecho así es, fue ella quien se lo compró, antes de que él me conociera; me lo aseguró la primera vez que osé comentar lo horripilante que era. Es un detalle totalmente insignificante, no algo que necesite recordar. Como tampoco es importante, por ejemplo, recordar que respondí «de acuerdo» y di media vuelta, y que cuando hube dejado la taza de té y eché un vistazo al sofá, él ya estaba sentado con el ordenador sobre el regazo y los ojos clavados en la pantalla, el ceño fruncido, la boca entreabierta, y que yo reprimí el impulso de pedirle que encendiese más luces: «Vas a estropear la vista, y quítate el ordenador del regazo: reduce la calidad del esperma, y es posible que necesitemos que, en algún momento, la calidad sea óptima. Y no te quedes en el sofá con el cuello inclinado: vas a acabar con dolor de espalda».

En vez de ello, lo único que dije fue:

—Subo a acostarme. Buenas noches.

Todo esto carece de importancia. Hay que saber distinguir lo que tiene importancia de todo lo demás. Si uno lo recuerda todo, es más difícil discernir lo verdaderamente significativo, lo que es preciso recordar.

Desde la ventana del cuarto de baño puedo ver cómo el primer paciente del día sube por el sendero en dirección a mi consulta, situada encima del garaje. Vera inclina un poco la cabeza hacia delante cuando camina, lo que le confiere unos andares muy característicos, la manera de moverse de una adolescente que todavía no se ha acostumbrado a su cuerpo adulto. Si le preguntases a ella, diría que se siente bastante adulta. Inspiro hondo y la sigo con la mirada hasta que entra en el despacho. Sólo tres pacientes y, luego, fin de semana. Me siento cansada, y eso que acabo de levantarme.

Me lavo los dientes mientras hago equilibrios sobre uno de los palés que Sigurd trajo de una de sus visitas de obra y que luego colocó en el suelo del baño. El lavabo pertenecía al viejo abuelo Torp, igual que la mampara de la ducha, lo que significa que fue instalado antes de 1970 y que jamás se ha renovado, a menos que el viejo Torp lo hiciera por su cuenta. El grifo tiene una llave para el agua fría y otra para el agua caliente, y, cuando las miro, hasta puedo ver sus retorcidas manos castigadas por la artritis girándolas. El abuelo de Sigurd no creía en los bienes terrenales. Según él, era inevitable que los comunistas acabaran gobernando Noruega. Debió de sentirse decepcionado por el hecho de que tardasen tanto, llevaba esperándolo desde los años

cincuenta. Hasta su último suspiro, en el despacho de la buhardilla, siguió manteniéndose firme como una roca en sus convicciones, pese a la caída de la Unión Soviética y el ascenso de China como superpotencia económica mundial. El viejo zorro debió de sentirse abatido, no obstante, cuando su salud empeoró al mismo tiempo que los estados comunistas del mundo iban rindiéndose a las ideas capitalistas. Vivió sus años dorados durante la guerra fría, y su orgullo era evidente cuando contaba a todos sus invitados, por lo general la madre de Sigurd, Sigurd o yo misma, que los servicios de inteligencia de la policía habían abierto un expediente sobre él en los setenta. Sin embargo, tras su muerte el año pasado lo único que queda de él son los recuerdos de esta casa: sus viejas estufas y sus grifos, y el despacho de la buhardilla, que de momento sigue intacta, con sus estanterías de varios metros repletas de libros, pilas de revistas del partido comunista noruego, mapas con pequeñas chinchetas que señalan lugares que el abuelo Torp consideraba objetivos de importancia estratégica y el viejo revólver oxidado —cuyo dueño, por lo visto, había luchado en la Revolución rusa— que había adquirido en la década de los setenta para protegerse o para darles motivos a los servicios de inteligencia para vigilarlo de cerca.

La muerte del viejo Torp nos brindó a Sigurd y a mí la posibilidad de cumplir el sueño de tener una casa propia. En los años cincuenta, Nordberg había sido una zona de la ciudad como otra cualquiera, pero con el tiempo su prestigio se ha ido incrementando y, en 2014, resultaba imposible del todo para parejas jóvenes como nosotros hacerse con el suficiente capital como para asentarse en esta zona. De camino al metro tras visitar el viejo caserón podríamos haber exclamado entre suspiros: «pero mira las vistas», «está en pleno entorno natural, muy cerca de los bosques», «a pocos minutos de la ciudad», y «desde aquí se puede contemplar el fiordo». Pero para qué hacerlo. Una casa adosada en un suburbio alejado y sin vistas a ningún sitio era lo único que podíamos permitirnos. No obstante, dos días después de que el anciano fuese encontrado, de que se lo declarara muerto y se enviara el cuerpo a una funeraria para los preparativos del entierro, la madre de Sigurd llamó por teléfono y dijo:

—Oye, ¿no sería la casa del abuelo en Kongleveien perfecta para vosotros?

Margrethe es hija única y vive en un moderno chalé en Røa. El hermano de Sigurd, Harald, vive en San Diego y no necesita casa en Oslo. Tras la muerte del padre de Sigurd, Harald se convirtió en propietario de su cabaña, que prometió no vender hasta que la madre de ambos fuera demasiado mayor para poder disfrutar del lugar, y también recibirá su parte, en el futuro, cuando se venda la casa de Margrethe. De modo que la casa del viejo Torp nos fue cedida a nosotros.

Un detalle incómodo sobre la muerte del viejo Torp es que pasaron casi tres semanas antes de que lo encontrasen. Murió en su despacho, justo encima del dormitorio que Sigurd y yo compartimos ahora, mientras estaba sentado con un termo de café, contemplando un mapa de la época en la que todavía había una Alemania del Este y otra del Oeste. Lo más probable es que se le parase el corazón. No fue ninguna sorpresa, ya que el hombre tenía casi noventa años. Tampoco era un tipo especialmente sociable y no recibía visitas de otras personas que no fueran miembros de su familia más cercana. Margrethe estaba de viaje cuando sucedió, en una de sus estancias de dos meses en lugares más cálidos, y al principio Sigurd y yo nos habíamos encargado de visitarlo cada semana para comprobar que todo fuese bien. Pero estábamos ocupados, teníamos trabajos y vida propia, y dejamos de ir alguna que otra semana. Cuando volvimos, más de dos semanas después, nada más introducir Sigurd la llave en la cerradura notamos el silencio.

—¿Abuelo?! —voceó Sigurd.

Recuerdo que nos miramos el uno al otro con una sonrisa de disculpa, sintiéndonos algo culpables por haber dejado al viejo comunista solo tanto tiempo. Cuando pienso en aquella sonrisa de Sigurd ahora, veo la tensión que albergaba, como si se hubiese puesto imperdibles en las comisuras de los labios para mantenerla. Me siento tentada de decir que ya lo sabíamos, aunque sé que resulta demasiado dramático. Pero quizá nuestro sentimiento de culpa influyó a la hora de presentir que algo iba mal.

—¿Abuelo?

Fui yo la que lo encontró. Tenía la cabeza gacha, y el rostro sobre el mapa. Su piel estaba gris y rugosa, seca como el cuero e igual de exánime, salpicada de los hematomas que adquieren los cadáveres cuando llevan demasiado tiempo sin vida. Es una imagen que me gustaría poder borrar. Las uñas amarillentas parecían a punto de desprenderse. A los huesos de la nuca no les faltaba mucho para emerger a través de la piel de pergamino muerta. Flotaba un denso y concentrado olor a carne en proceso de descomposición. Apenas he subido a ese cuarto desde entonces. Tal vez aquella conmoción fue lo que hizo que Margrethe decidiera ofrecernos la casa.

Queríamos hacer reformas de inmediato, arrancar los recuerdos de las paredes, vaciar la vivienda de la presencia de esa imagen y sentirla nuestra. Sigurd comenzó a hacer planos enseguida, yo elaboré presupuestos. La recién adquirida libertad económica nos brindaba algunas posibilidades. Algunos antiguos compañeros de facultad de Sigurd querían abrir su propio estudio de arquitectura y lo habían invitado a formar parte del proyecto. Ya no había ninguna cuota de comunidad ni hipoteca que pagar, y con la venta de nuestro piso obtuvimos la cantidad necesaria para que Sigurd se convirtiera en socio del estudio. Yo estaba a disgusto en mi trabajo de atención psicológica a adolescentes en el sector público. Ahora tendríamos sitio para instalar una consulta en nuestro hogar. La casa marcaba el comienzo de algo nuevo para nosotros. Cuatro días antes de mudarnos, fuimos al ayuntamiento de Oslo para casarnos. Luego comimos tarta Napoleón en la pastelería Halvorsens Conditori con mi hermana y los dos mejores amigos de Sigurd, acompañados de sus novias. No iba a cambiar nada, seguiríamos siendo los mismos, pero queríamos tener todo el papeleo en regla. La primera noche que pasamos en la casa dormimos sobre un colchón inflable en el salón. Brindamos con prosecco y nos dijimos: «Ahora empieza todo».

Pero deshacerse del viejo Torp resultó más difícil de lo que habíamos imaginado. La reforma llevaba tiempo. Poner en marcha nuestros respectivos trabajos también. Sigurd hacía muchas horas extras, y el plan de reformar requería, ante todo, su presencia, su competencia, sus manos hábiles. Habíamos comenzado con excesivo entusiasmo y optimismo. Habíamos retirado tiras de papel pintado y los azulejos del baño. Hicimos progresos: teníamos cocina nueva y un despacho para mí encima del garaje. Pero, con el tiempo, todo aquel ímpetu empezó a decaer. Sigurd aceptó más clientes, y trabajaba jornadas más largas. Permanecía encorvado sobre su mesa de dibujo todo el día. Llegó el invierno, más frío, más oscuridad, y nos quedamos sin energías. Cuando acabábamos de trabajar no teníamos ganas de pintar, no nos apetecía ir a Maxbo a mirar alcachofas de ducha o grifos, ni a la tienda de azulejos o a la de pinturas, no preparábamos masilla para tapar grietas, ya no arrancábamos tiras de papel pintado, sino que nos hundíamos en el viejo sofá que habíamos traído de Torshov y veíamos la tele. A menudo Sigurd no regresaba a casa hasta muy tarde por la noche, con la espalda cansada y el portaplanos colgando del hombro.

«En verano —dijimos— dedicaremos las vacaciones a terminar la reforma.» Ahora quedan algo más de tres meses y me asusta haber perdido la fe. Ocurrirá alguna otra cosa. Llegará el otoño, y luego el frío, habrá otro invierno largo en el que me tocará ir dando saltitos con los pies descalzos y congelados sobre los palés del cuarto de baño.

Tengo mi despacho en el piso de encima del garaje. Allí hay una sala de espera pequeñísima, con un estante zapatero, una silla de madera y una diminuta mesa con revistas, y luego una puerta que conduce a mi consulta. Vera está sentada en la silla, esperando. Tiene una revista sobre el regazo, pero intuyo que no la está leyendo. Alza la mirada cuando entro.

—Hola, doctora —dice.

Va recién peinada y desprende un aire de frescura matutino.

—Hola —contesto—. Espera un momento, sólo voy a... Ahora te aviso para que pases.

—De acuerdo —dice diligente con una ceja enarcada, un gesto que a menudo observo en su rostro, el pequeño atisbo de ironía que otorga a la mayoría de sus comentarios.

Entro en la consulta y cierro la puerta para que Vera no siga mis movimientos ahí dentro y recree con su imaginación todo lo que hago.

Sigurd ha resuelto bien la reforma de la consulta. No es grande, y el techo abuhardillado no facilitaba que se pudiera aprovechar el espacio. Derribó la pared en uno de los laterales cortos, el que está orientado a la entrada de coches, y la sustituyó por una cristalera de arriba abajo. Ahí están colocados mis sillones, dos bonitas butacas de Arne Jacobsen, separadas por una pequeña mesa. Cuando nos sentamos ahí, mis pacientes y yo estamos en el lugar más luminoso de la consulta. En el techo, encima de las butacas, Sigurd ha instalado una ventana para que entre luz, y un par de lámparas sencillas crean un ambiente agradable en el rincón, al abrigo de las tempestades del otoño y del oscuro y gélido invierno. Junto a la otra pared corta, la que separa la consulta de la sala de espera, ha colocado mi pequeño escritorio blanco. Ha puesto estantes a lo largo de la pared a ambos lados de la puerta, hasta el ángulo del techo, para así tener suficiente espacio para mis libros y archivadores. La pared corta y el suelo son de madera clara y alegre, las paredes largas están pintadas de blanco, y todo es muy moderno y acogedor. He colocado un par de plantas donde el techo abuhardillado desciende hacia el suelo y, aunque es difícil mantenerlas con vida, porque la temperatura baja bastante cuando apago la estufa eléctrica al final del día, otorgan calidez a la estancia. «Aquí dentro puedes respirar —parece decir la habitación—. Puedes ser tú mismo. Nada de lo que digas en este sitio será juzgado, compartido con terceros ni ridiculizado.» Eso era lo que quería, una consulta que invitase a entrar a mis pacientes. Y lo he conseguido. Gracias a Sigurd.

Pero ahora Vera está sentada fuera, esperándome, y me noto cansada. No tengo ganas de invitarla a pasar. Me siento frente a mi escritorio y enciendo el ordenador. Me pongo a leer las anotaciones de la última vez, aunque realmente no lo necesito; recuerdo perfectamente de qué hablamos. Quiero tiempo, postergar el momento en el que tenga que ir a buscarla. No sé por qué lo hago, o más bien no quiero pensarlo. Un terapeuta se preocupa por sus pacientes, y Vera me importa, pero no puedo obviar el hecho de que las consultas con ella resultan bastante pesadas.

«Dificultades con los padres —dicen las notas de la otra vez—. Dificultades con su novio.» Los problemas de Vera se concentran en el plano de las relaciones. Acudió a mí justo después de las Navidades. Buscaba que la ayudase con una reacción depresiva. Es bastante más inteligente que la media, incluso puede que sea superdotada, y todo la aburre. «Estoy tan harta de todo —dijo en nuestra primera sesión, cuando le pedí que me contara por qué había venido a verme—, es como si nada tuviese sentido.» Al parecer, su novio es un hombre casado. Sus padres son investigadores —intentan probar un teorema matemático sobre el que sólo un puñado de personas en el mundo tiene un conocimiento detallado—, siempre están trabajando y, a menudo, de viaje. Sus hermanos son adultos y se han marchado de casa hace mucho, y Vera, de dieciocho años y más madura de lo que correspondería a su edad, sostiene que la familia ya estaba al completo cuando ella llegó. Sus padres no deseaban tener ningún hijo más. Ella fue un accidente.

Hay mucho en lo que trabajar. Hay verdadero dolor en la vida de Vera. Y es un dolor profundo.

Reviso mi correo electrónico, dilato el tiempo antes de dejarla pasar. Sólo publicidad, nada personal. Durante un instante siento ganas de llamar a Sigurd, pero está claro que sería una tontería: son las nueve menos cinco, lo más seguro es que siga en el coche con los chicos. Tomo aliento. Tres pacientes, y luego fin de semana. Toda la noche para mí. Almorzar en casa de mi hermana el domingo y, por lo demás, ningún plan. Ir al gimnasio tal vez.

—¿Lista, doctora? —pregunta Vera cuando salgo para hacerla pasar.

Lo de «doctora» es algo que surgió durante nuestra segunda sesión. Me preguntó sobre la diferencia entre un psicólogo y un psiquiatra; le conté que yo soy psicóloga, no médica, que me he formado en el funcionamiento holístico del ser humano, no sólo en las patologías. Sin embargo, ella se centró en lo primero y dijo: «Entonces ¿no eres médica de verdad?». Me irrita admitir que me molestó; hurgó en un complejo de inferioridad que no pensaba que tuviese, y respondí, algo a la defensiva, que yo sabía lo mismo o más que un médico sobre lo que ocurre en la mente de las personas, algo que a ella le pareció cómico, y repuso: «Está bien, te llamaré “doctora”». Siempre que lo dice percibo una punzada de malestar, una sensación lacerante en la parte de atrás de la garganta que me indica que me he expuesto demasiado. De vez en cuando me pregunto si ella sabe que me molesta, si es un rasgo pasivo-agresivo por su parte, pero en realidad parece bastante sincera. Tan sólo es algo que le hace gracia.

Dejo que entre en la consulta delante de mí. Vera tiene una estatura algo mayor que la media, es delgada, con las caderas rectas. Sus manos son un poco grandes, cuelgan como péndulos junto a los costados, y yo la miro y me pregunto, como suelen hacer las mujeres cuando conocen a otras mujeres: «¿Es guapa?».

Podría decirse que sí. Es joven. Pero al mismo tiempo tiene algo extraño; su pequeño rostro redondeado, el cuerpo larguirucho.

—Bueno —dice al sentarse—. He discutido otra vez con mis padres. Y con Lars.

—Vaya —respondo, y me acomodo en mi sillón—. Cuéntame.

Mientras ella habla, el sol incipiente asoma por la pequeña ventana del techo e ilumina su cabello con una especie de aureola formada por los centenares de pelillos rizados que han emergido de su liso peinado. «Todas las mujeres tienen cabellos rebeldes de ese tipo —pienso—. Yo misma tengo muchísimos, más que Vera.»

Hay un patrón evidente en lo que me cuenta. Vera se siente rechazada por sus padres, que tienen tantas cosas importantes que hacer que no disponen de tiempo para ella. Dado que no es capaz de expresarles el motivo de su tristeza, nada mejora con las confrontaciones que tiene con ellos, y Vera, que entonces se siente todavía más rechazada, llama a su novio y comienza una nueva discusión con él. El novio, que está casado, volverá en cualquier caso con su esposa cuando cuelguen el teléfono, de manera que, en la discusión que ella misma ha provocado con él, de nuevo se sentirá rechazada. Vera gestiona así el ingobernable sentimiento de no ser prioritaria para sus padres en un contexto más manejable, el de su novio. Tras la primera media hora de sesión, comparto esa reflexión con ella.

—No sé —dice Vera, y arruga la nariz—. ¿No es demasiado simple? Un poco freudiano, ¿no?

—¿Debo interpretar que piensas que no es correcto?

Echa un vistazo a mi librería, como si estuviese sopesando mi hipótesis. Se toquetea con los dedos la pulsera que lleva en la muñeca, un fino brazalete de plata con una sencilla perla que hace girar entre el dedo índice y el pulgar. Es una joya demasiado adulta para ella, pienso. Las chicas que vienen a verme suelen llevar brazaletes con letras, palabras como LOVE, TRUST o ETERNITY. Esta pulsera, en cambio, es más propia de una mujer madura.

—No lo sé. Espero que no. En realidad, no creo que llamara a Lars porque quisiera sentirme mal. Creo que me estaba sintiendo mal y deseaba sentirme mejor.

—Entiendo —digo—. Y acabaste sintiéndote peor que antes.

—Sí —replica, y deja escapar un profundo suspiro—. Se podría decir que fue una mala estrategia.

—¿Qué crees que podría ser una buena estrategia?

—¿Para sentirme mejor? No lo sé. Sólo se me ocurren malas estrategias.

—¿Como cuáles?

—Autolesionarme —responde—. ¿No es eso lo típico? En mi clase hay una chica que se dedica a ello. Incluso escribe un blog sobre el tema, se saca fotos y muestra sus heridas; es enfermizo. Sin embargo, no es mi estilo. A menos que pienses en Lars como en una autolesión.

Esa última reflexión es una invitación que dejo pasar. Quiere hablar del novio, necesita conversar con alguien sobre esa relación y no tiene a nadie más a quien hacerle confidencias, pero no es eso lo que en realidad le causa dolor. Desde mi punto de vista, Lars es un síntoma, mientras que la causa de su depresión es más profunda y está en aquello de lo que Vera no quiere hablar. Necesitamos adentrarnos en eso. Mi cuerpo está aún medio dormido y tengo que resistir el impulso de desperezarme en el sillón. Detrás de Vera observo que la bruma se disipa. Hoy hará buen tiempo.

—Estabas disgustada tras la discusión con tus padres —continúo—. Querías sentirte mejor y, en vez de autolesionarte o cometer cualquier otra estupidez, elegiste algo que podría haber funcionado bien, es decir, buscar apoyo en otro ser humano. El problema es que elegiste a alguien que sabías que te iba a rechazar. Pero lo que yo pienso es: ¿y si hubieses intentado ponerte en contacto con otra persona?

—¿Con quién?

—No lo sé. Alguien en quien confíes. Una amiga, por ejemplo.

—Una amiga —repite con pesadumbre.

—¿Tienes amigas, Vera?

Ella me mira. ¿Me está midiendo? Hay un destello desafiante en su mirada cuando dice:

—Tengo muchas amigas. Por Dios, tengo montones, más de las que necesito. Pero ¿sabes cuál es el problema?

—No —respondo—. ¿Cuál es el problema?

—Son imbéciles. Todas ellas.

—Vaya —digo. Luego medito un instante y le devuelvo la reflexión—: Entonces no parece que sean muy buenas amigas.

Ella toma aliento. Su expresión se suaviza.

—De acuerdo, tal vez no sean imbéciles. Pero entienden muy poco. No te puedes ni imaginar cómo son las chicas de mi clase. Se dedican a leer blogs de belleza y planificar la fiesta de la graduación, y piensan que no hay habilidad comparable a saber perfilarse las cejas de una determinada manera. ¿Entiendes? Si les preguntas sobre el amor, empiezan a hablar de cuando se enrollaron un día con uno de la otra clase. ¿De qué forma podrían ayudarme?

—Parece que, aunque tengas bastante gente a tu alrededor, en realidad no tienes a muchas personas a las que puedas acudir para buscar apoyo —constato.

—Tengo a Lars.

—Sí. Pero Lars es algo distinto de un amigo. En cierto modo, parece una vida un poco solitaria.

No le gusta ese ángulo, lo percibo de inmediato. Vera quiere que Lars sea suficiente. Se considera mejor que sus compañeras de clase, pero no quiere compasión por su situación excepcional.

—En realidad, ¿es necesario confiar tanto todo el rato, joder?

—Yo creo que todas las personas necesitan a alguien con quien poder compartir confidencias.

Tampoco le gusta eso.

—Y tú, ¿tienes amigas con las que compartir confidencias? —pregunta, y ahora su tono desprende algo cruel, sarcástico, que me golpea con fuerza; lo noto en las tripas, el disgusto de ser objeto de un ataque—. ¿Tienes amigos del tipo que sea, en realidad?

Ha vuelto a alzar la ceja. Muchas de las chicas que acuden a mí me hablan de esa lucha por la existencia en el patio del colegio, de las brutales estrategias para sobrevivir a la ley del más fuerte, comer o dejarse comer. Vera me observa de esa manera, de la misma forma en que la líder de la clase observa a la chica más callada de la última fila.

—Sí, los tengo —respondo, quizá demasiado deprisa—. No hablamos de temas profundos todo el rato, pero tengo confidentes. Creo que uno los necesita.

Nos contemplamos, ambas nos medimos con la mirada. Percibo que no he atinado en mi respuesta ante su jugada.

—Y uno puede trabajar para conseguirlos —continúo, intentando transformar esto en algo constructivo.

Hay un atisbo de algo que no consigo descifrar en su mirada mientras me analiza. A continuación, es como si perdiese el interés.

—Vale —dice, y se queda mirando la perla de su pulsera, que está haciendo girar—. Puede que tú lo necesites, pero para mí no es así.

Ha sido un error. Se ha enfadado. Ha arrojado su ira contra mí, como hacen los adolescentes. Yo no he sido capaz de gestionarlo, no le he dado lo que necesitaba. En lugar de eso, he acabado por defenderme a mí misma. Vera se pasa las manos con gesto cansado por el cabello en un ademán de adulta, pero cuando las deja caer y vuelve a mirarme no aparenta ni siquiera los dieciocho años que tiene.

—Yo no necesito ningún confidente —recalca—. Lo único que necesito es amor.

Su tono es el de una niña obstinada. Casi me dan ganas de acariciarle la mejilla. Ése es el punto débil de Vera. Está tan convencida de que es más lista, más madura y sabia que sus amigas, que no intuye el alcance de todo lo que aún no ha comprendido. Tal vez sea mi labor hacer que lo entienda. Pero estoy tan cansada... Es viernes, y además la sesión está a punto de llegar a su fin.

Miro el reloj, y Vera se da cuenta.

—¿Es hora de acabar, doctora? —me pregunta.

Redacto deprisa algunas notas para la historia clínica, que terminaré de transcribir más tarde. «Discusión con los padres», escribo, «discusión con su novio». «Se siente rechazada por los padres, provoca discusiones con su novio.» Hago una breve pausa, leo. Tacho «provoca». Medito. Escribo «inicia una discusión con el novio». «Evaluación», escribo, y «motivos». ¿Cómo evaluar a Vera?, me digo. «Miedo al rechazo, vulnerable en lo que atañe al tema de la soledad. Intervención: interpretación, tratar de aumentar la reflexión sobre sus propias reacciones. Hacer seguimiento de la sensación de no tener nada en común con las personas que la rodean.»

Veo que, fuera, el BMW de la madre de Christoffer ya se ha detenido en el arcén, con el intermitente encendido. Pongo punto final, luego me estiro y me retuerzo en el sillón como si fuese un trapo de cocina.

Christoffer está en la sala de espera cuando salgo. Ha colocado una pierna sobre la otra, en ángulo recto, con el tobillo balanceándose sobre la rodilla; está sentado cómodamente, con las piernas bien separadas, en la silla de madera.

—Hola, Sara, ¿qué tal? —me saluda al levantarse para entrar en la consulta con pasos lánguidos.

Sin vacilar, se dirige al sillón que escogió el primer día. Es una especie de prueba de fuego durante la primera sesión, más que nada porque tengo la misma rutina con todos los pacientes nuevos. Siempre dejo que pasen ellos primero a la consulta. La mayoría de los adolescentes espera a que los invite a sentarse, a que indique con una señal cuál de los sillones es para ellos. Es algo natural: la consulta es mía, ellos son invitados. Algunos lo preguntan explícitamente: «¿Cuál es mi sillón?». Otros, como Christoffer, eligen uno de ellos. Durante nuestra primera sesión se detuvo un instante y examinó los dos sillones; luego escogió el que está a la izquierda, se hundió en él y colocó una pierna sobre la otra, como si tomase posesión de la estancia.

Yo me siento en el otro. La casualidad ha querido que Christoffer y Vera tengan un sillón distinto cada uno, de manera que ahora ocupo el sillón que todavía conserva un rastro del calor de su cuerpo.

—Bueno —dice él con una amplia sonrisa que deja por completo al descubierto su blanca dentadura—. Pues estoy listo. ¡Al lío!

Casi podría haberme guiñado un ojo; no lo hace, pero no me sorprendería verle hacerlo algún día.

—¿Cómo estás, Christoffer? —pregunto. Intento ser neutral, amable pero reservada. Evito dejarme llevar por su sonrisa.

—Bien, fenomenal.

Cabe decir que el rostro que envuelve esa amplia dentadura suya tiene una barba incipiente, que el flequillo con la raya al medio le cae casi hasta el mentón, que lleva el pelo teñido de negro y que alrededor de su cuello hay una correa con pinchos que, por mucho que lo intente, no puedo describir más que como un collar de perro. Christoffer se ha quitado la cazadora de cuero y se ha quedado en camiseta, dejando al descubierto los tatuajes de los brazos; alrededor de las muñecas y la cintura lleva también bandas de pinchos. Me pregunto si alguien alguna vez le dará un abrazo. Es un muchacho guapo y atractivo, con una pose de marginado que él mismo ha decidido adoptar, y supongo que, si no está siempre rodeado de chicas, al menos éstas sienten interés por él. Pero ¿abrazarlo, con todos los pinchos que lleva? ¿No sería como abrazar a un puerco espín?

—¿Y el instituto?

—Bien. Estoy aprobando por los pelos, pero apruebo. Tres hurras por mí, ¿no, Sara?

—¿Y la familia?

La sonrisa de Christoffer se ensancha todavía más; queda al descubierto el lugar donde puede que las muelas del juicio irrumpían en unos años.

—Genial. Mi padre está en Brasil y no quiere volver a casa. Mi madre está cagada de miedo con la situación.

Presiona un nudillo contra uno de los pinchos del collar que lleva.

—Deberías haberla oído hoy.

Eleva el tono en un falsete y su rostro adopta una vivaz expresión de pardillo, con las comisuras de los labios tan estiradas hacia abajo que resulta cómico:

—«Christoffer Alexander, ¿de veras vas a ir al instituto con esa cosa alrededor del cuello? Pareces una puta barata...».

Reprimo una sonrisa. Christoffer inclina la cabeza hacia atrás y ríe abiertamente.

—¿Y eso te hace reír? —le pregunto.

—Por supuesto —replica con suficiencia.

—Oye —digo—, no es que no aprecie lo mucho que te esfuerzas con tu estilismo. Pero ¿no crees que podrías encontrar una manera de irritar a tu madre que estuviese algo menos vinculada a..., ya sabes, las autolesiones?

Una nueva risa escapa de su garganta.

—Eso es lo que me gusta de ti, Sara, tengo que decirlo. Lo mucho que me esfuerzo..., vaya, qué bien te expresas. Pues sí, supongo que es verdad. Pero jamás me he hecho daño a mí mismo.

—Lo sé —replico mirándolo ahora con seriedad, y la amplitud de su sonrisa queda reducida a una tercera parte—. Pero lo insinúas con tu forma de vestir.

—Creo que en este punto debemos estar de acuerdo en que estamos en desacuerdo —dice él.

De vez en cuando Christoffer recurre a ese tipo de comentarios más propios de un adulto. Desde que lo conozco, y ya hace seis meses, su aspecto ha sido siempre el propio de un adorador del diablo, pero justo debajo de la superficie hay un educado niño de Bærum esperando a ser liberado. La primera vez que nos encontramos, me estrechó la mano, se presentó y me dijo que estaba encantado de conocerme. Christoffer acude a terapia porque su madre piensa que es necesario. Sus padres se divorciaron tras un escandaloso melodrama a base de portazos hace un par de años, y el modo de vestir del chico y sus gustos musicales, en combinación con cierta insolencia y un repentino empeoramiento de las notas, sacudió de golpe a la madre de su estupor posdivorcio. Me llamó para explicarme en un tono estridente que su hijo necesitaba ayuda de inmediato.

Es una verdad a medias. Desde la primera sesión he estado convencida de que todo le irá bien a Christoffer. Continuará con su rebeldía mientras ésta escandalice a su madre y, tal vez, con la esperanza de que su padre regrese de Brasil por pura preocupación. Pero un día no muy lejano, y bastante antes de los exámenes finales, Christoffer guardará la ropa negra, los cinturones de pinchos y las cadenas, se pondrá ropa normal e irá al instituto como si nada hubiese ocurrido. Recuperará el tiempo perdido y terminará el bachillerato con unas notas lo suficientemente buenas como para hacer lo que quiera en la vida, y todo le irá bien. Yo lo sé, y Christoffer también lo sabe.

La única que no lo sabe es su madre, y he ahí el dilema ético. Porque, si Christoffer no necesita terapia, ¿no es poco ético por mi parte ofrecérsela, semana tras semana? Por otro lado, yo necesito todos los pacientes que pueda conseguir. El chico, por su parte, está contento viniendo a verme. Tenemos una buena relación, y apuesto a que el hecho de ir a terapia lo atrae y de alguna manera refuerza el estilo con el que está experimentando. La madre de Christoffer, que ahora mismo está sentada en su BMW esperándolo, con las luces intermitentes puestas, sin duda duerme mejor por las noches sabiendo que yo me ocupo de él, como ella dice. ¿No se trata, pues, de un simple acuerdo que beneficia a todas las partes?

Una vez traté de poner fin al tratamiento, aunque no con tanta firmeza como debiera. En aquella ocasión, la madre de Christoffer me llamó por la noche llorando a lágrima viva. «Sara — gimió—, no te rindas con él. Eres nuestra única esperanza.»

Ocurrió justo antes de Navidad. Fuera nevaba y yo estaba sentada en el sillón donde está ahora Christoffer, contemplando la oscura nevisca por la ventana mientras pensaba: «Supongamos que lo conservo como paciente. ¿Qué tendría de malo?». Busqué los términos profesionales adecuados para describir la situación; para mí misma, dado que no había nadie más con quien tuviese que justificarme. «Le estoy ofreciendo un soporte para reconducir sus emociones —me dije—. Soy un adulto seguro con el que puede explorar su identidad.» Ese tipo de cosas son las que escribo en su historia clínica. Me consuela pensar que, dado que trabajo en el sector privado, no es el dinero de los contribuyentes el que se emplea en esto, sino el del acaudalado padre de Christoffer. Y, por lo que tengo entendido por las conversaciones telefónicas que he mantenido con su madre, el cabrón de su padre se lo tiene merecido.

Sigurd me ha llamado antes. Ha dejado un mensaje en el buzón de voz cuando estaba en mitad de la sesión con Vera. Ahora estoy sentada en la cocina, almorzando un sándwich de atún y un zumo de naranja. Reproduzco su mensaje con el altavoz conectado, dejo el teléfono sobre la encimera y lo escucho mientras como.

—Hola, amor —dice con su voz típica, cálida y melódica—. Hemos llegado a la cabaña de Thomas. Aquí se está..., bueno, se está muy bien, yo...

Oigo unos crujidos y noto como Sigurd sonríe, con un par de matices sonoros en la voz.

—Sólo es Jan Erik, está liado con unos trozos de leña, parece imbécil. Yo... tengo que dejarte. Sólo quería decirte que hemos llegado y..., sí, luego te llamo. Te quiero. Bueno, adiós.

Casi me he acabado el sándwich. Sostengo un último trozo de corteza de pan entre las manos mientras mi marido habla y noto una punzada en la boca del estómago. Lo echo de menos. Es un pensamiento estúpido: tan sólo lleva fuera unas horas. En realidad me gusta estar sola. Hacer ejercicio. Comer comida que a él no le apetece nunca. Ver películas que a él le parecen ridículas. Beber vino blanco, que él piensa que es para damas de honor y ancianas. Acostarme pronto. Aprovechar el día.

Pero hay algo extraño en su voz, en el mensaje del contestador. Lo llamaré después del trabajo. Me acabo el último trozo de pan, lo trago con agua. El siguiente paciente es Trygve. Me da tiempo a tomarme un café mientras repaso su historial.

Trygve llega exactamente a las dos en punto, siempre a la hora, jamás un segundo antes. Al contrario que Christoffer, manifiesta con claridad que no siente ningún deseo de estar aquí. No está sentado en la sala de espera, sino de pie, con la espalda apoyada contra la puerta de entrada, y cruza las manos sobre el pecho cuando abro para hacerlo pasar al despacho.

—Adelante —le digo, y pasa por delante de mí con el gesto hosco, los labios apretados hasta el punto de que apenas resultan visibles.

Usa el mismo sillón que Vera, pero nunca se sienta hasta que lo invito a hacerlo. Y, una vez que lo hace, no se acomoda en el sillón, sino que se queda en el borde, preparado para levantarse.

—Bueno —empiezo—. ¿Cómo ha ido la semana?

—Bien —responde Trygve con una voz sin inflexiones.

—¿Los estudios?

—Bien.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer?

—Sí.

—¿Has jugado?

—Un poco.

—¿Has jugado fuera de los horarios que acordamos?

Ahora me mira. Tiene el pelo de color arena y los ojos marrones. Sus rasgos son corrientes, nada inusuales; es llamativo lo poco llamativo que resulta su aspecto, por así decirlo. Los gestos de su rostro están controlados hasta un punto escalofriante, y sólo sucede de forma excepcional que, por ejemplo, si se irrita lo suficiente, un movimiento no calculado escape a dicha censura. La primera vez que me encontré con él pensé que no me sorprendería si resultase ser un asesino en serie.

No obstante, Trygve no acude a mí porque aspire al asesinato; tampoco porque sea demasiado controlador ni porque piense que su vida carece de sentido. Recibe tratamiento porque es adicto al videojuego *World of Warcraft* o, para ser más precisa, porque sus padres pusieron el tratamiento como condición para que siguiera viviendo en casa. Tiene veinte años, es mayor que la mayoría de mis pacientes, y dejó el instituto siete meses antes de los exámenes finales porque le impedía seguir jugando. Los padres de Trygve están preocupados, y con razón. Hemos acordado que los llamaré si su hijo no se presenta a las sesiones; él mismo ha aceptado ese acuerdo, imagino que sólo por el simple hecho de que la eventualidad de que lo echasen de casa y tuviese que trabajar para tener un techo le quitaría tiempo para jugar.

—He respetado casi del todo los horarios —dice.

—¿En qué casos no lo has hecho?

Ahoga un bufido, suena como cuando alguien reprime un estornudo.

—Han sido dos noches. El domingo y el jueves. Por lo demás, casi perfecto.

Su boca está recta y rígida, la mandíbula en tensión, y hay algo en su reticencia que me cansa, que me da ganas de tirar la toalla y decir «Fenomenal, casi perfecto; entonces ¿podemos dejarlo ya por hoy?».

—¿Cuánto tiempo te excediste esos días? —le pregunto.

—Un poco.

Suspiro. Soy consciente de que con Trygve tengo que ser concreta.

—Veamos, el domingo puedes jugar de seis a once; ¿cuándo empezaste?

—A las seis.

—¿Cuándo acabaste?

Pausa. Aprieta los dientes con tanta fuerza que un músculo tiembla a lo largo de su mandíbula. A todo esto, su maxilar tiene una extraña forma cuadrada, lo cual quizá sea un rasgo llamativo. He leído que los hombres con la mandíbula ancha son considerados atractivos. En el caso de Trygve, la mandíbula contribuye a hacer su semblante impenetrable; normal, puede que sí, pero incluso esa expresión, esa máscara gris y plana, parece calculada. Es posible que el chico tenga grandes planes con respecto a su vida, pero lo que es seguro, en cualquier caso, es que no hay ni una sola alma en el mundo real que sepa en qué consisten.

—Después de medianoche.

Un eufemismo evidente.

—¿Cuánto tiempo después de medianoche?

Un nuevo temblor le recorre la mandíbula.

—A las tres.

—A las tres, entonces. Y el jueves, es decir, ayer, podías jugar de siete a once; ¿cuánto tiempo jugaste en ese caso?

Nueva pausa.

—Hasta las tres.

—De acuerdo. Entiendo. Entonces calculo que has jugado, veamos, ocho horas más de lo acordado esta semana.

Guarda silencio, su rostro permanece hermético.

—¿Qué opinas al respecto?

Se encoge de hombros.

—¿Te parece que está bien? —insisto.

Vuelve a encogerse de hombros, mira el reloj, coloca la mano de nuevo en el reposabrazos y echa otro vistazo a la hora. Con Trygve no queda más remedio que actuar con mano dura, para conseguir hacerle ver el malestar que crea.

—Porque he tomado nota de que has empleado la palabra *perfecto* cuando has entrado, Trygve.

—He dicho «casi perfecto».

—Sí, lo recuerdo. Me pregunto qué te ha hecho elegir esa palabra.

Exhala el aire, deprisa y ruidosamente; en realidad no se trata de un suspiro, más bien es como una locomotora cuando suelta vapor.

—No lo sé, Sara —responde, y puedo ver que ahora bulle bajo la superficie—. Es posible que haya escogido esa palabra porque no me parece en absoluto divertido estar aquí cada semana hablando acerca de mis hábitos privados contigo, joder.

Ya ha salido a flote su irritación. Me percato de que hoy es más evidente de lo que suele serlo. Tal vez él también se dé cuenta, ya que es como si lo reconsiderase: se detiene y la expresión de su rostro —las cejas hundidas, la boca torcida— cuelga unos instantes en el aire; luego es como si la borrara y la sustituyese por un gesto neutro.

—Sí, yo también lo creo —me apresuro a decir. Quizá consiga llegar hasta él antes de que vuelva a encerrarse en sí mismo—. Creo que nuestras sesiones te resultan muy incómodas. ¿Podrías decirme algo más acerca de cómo afrontas ese malestar el resto de la semana, cuando no estás aquí?

Se encoge de hombros nuevamente.

—No lo sé. No suelo pensar en ello.

—Pongamos un ejemplo —digo, tratando de concretar de nuevo—. Anoche, a las once, cuando tendrías que haber acabado de jugar, ¿qué pensaste?

Debería haber dicho «¿cómo te sentiste?» en su lugar, para no caer en la trampa de centrarme en la razón.

—No lo sé. Nada.

—Porque sabías que yo iba a preguntarte hoy.

—No lo pensé.

—Me pregunto, Trygve, ¿de verdad estás motivado para intentar mantener el plan que elaboramos?

—No lo sé. Sí. Lo intentaré.

—Porque creo que yo no puedo obligarte a dejarlo; tus padres tampoco, la verdad. Eres tú el que tiene que quererlo.

—Sí. Yo quiero.

El hastío de la mañana me asalta de nuevo, con una fuerza cien veces mayor que la que ha desencadenado Vera. Es cierto que, para que Trygve cambie, tendrá que querer hacerlo él mismo, y resulta más que evidente que no quiere hacerlo. Siempre hay una motivación o, en su defecto, una ambigüedad en los pacientes que buscan terapia, según los manuales de psicología, y sé lo que dicen los orientadores: «Aférrate a lo que hay». Trygve desea preservar su hogar, debería construir a partir de ahí. Sin embargo, mi caja de herramientas está hoy vacía y parece inútil. Quizá el problema sea que el deseo de Trygve es demasiado «funcional». No desea conservar la

relación con sus padres, no desea seguir viviendo en casa porque eso le proporcione seguridad. Simplemente quiere tener un techo sobre la cabeza y electricidad para su ordenador. Y, si soy sincera del todo, no estoy segura de qué es lo que hace falta para ayudarlo. Muchos ludópatas pierden años de su vida jugando, tal y como parece ser la firme determinación de Trygve. Su voluntad está tallada en piedra, y una parte de mí piensa que, mientras eso sea lo que él quiere, no se puede hacer nada al respecto.

Pero es viernes por la tarde. No es mi estilo comenzar una nueva discusión ficticia en la que Trygve diga lo que debe decir para honrar nuestro acuerdo.

—De acuerdo —asiento—. ¿Qué crees que hace falta para que alcances el objetivo la próxima semana?

—Lo intentaré con más determinación —responde él encogido.

—Bien —zanjo—. Entonces lo intentamos. ¿Nos vemos el próximo viernes a la misma hora?

Antes de ir al gimnasio llamo a Sigurd, pero no coge el teléfono.

Voy sentada en el metro de camino a casa cuando suena mi móvil. El vagón avanza serpenteando desde Ullevål, cuesta arriba, con los ejes traqueteando. Fuera ya es de noche, y aquí dentro predomina una luz amarillenta. Hay algunas mujeres —y hombres— que regresan cansados del trabajo con portafolios y *smartphones*, algún que otro esquiador entusiasta que quiere exprimir lo que queda del invierno yendo hasta los bosques y, por lo demás, sólo estoy yo, sudada hasta tal punto que el cristal de la ventanilla que hay a mi lado se empaña. Salvo por el traqueteo del vagón, el ambiente es taciturno y silencioso, hasta que el silencio se ve interrumpido por la molesta vibración del teléfono que llevo en el bolso y el nombre de Jan Erik ilumina la pantalla.

—¿Diga? —respondo como si no supiese quién llama.

—Sí, hola, Sara. Soy Jan Erik —dice él.

Su voz suena extraña, titubeante, con un cierto tono jocoso, serpenteante como el vagón en el que me hallo, y ahogo un suspiro. ¿Ya están borrachos? ¿Se están comportando de un modo aún más pueril que de costumbre? ¿En serio les ha dado por gastar bromitas por teléfono?

—¿Sí? —interpelo cortante, como si dijera: «Vamos, ¡ve al grano!».

—Sí, únicamente nos preguntábamos, Thomas y yo, si habías tenido noticias de Sigurd.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Fuera, la cuesta es cada vez más empinada, nos estamos acercando a Berg, sólo quedan dos paradas. Las casas son como maquetas de casas, terrones negros con cuadraditos iluminados. No parecen reales, no puedo creer que viva gente en ellas.

—No, sólo... sólo queríamos saber...

Carraspea, y pienso que se está comportando de un modo muy extraño, incluso tratándose de él.

—¿Qué queréis saber, Jan Erik?

—Pues... cuándo llegará.

—¿Cuándo llegará?

Percibo los latidos de mi corazón en la sien. Primero Trygve, luego la clase de spinning, ahora Jan Erik. Lo único que deseo es una ducha, una copa de vino blanco y mi ensalada de pollo.

—Sí, quiero decir..., dijo que llegaría sobre las cinco y ya son más de las siete, y sólo es que, en fin, no conseguimos contactar con él... Así que..., je, je, no sabíamos..., y pensamos que a lo mejor tú sí. ¿Sabes algo? ¿Has hablado con él?

Oigo un murmullo de fondo: la voz de Thomas. Me incorporo en el asiento.

—Sí, supongo que todo va bien —prosigue Jan Erik, en un tono casi estridente, a mi parecer—. Sólo queríamos saber.

Thomas es más sensato que Jan Erik; no sé si llega a caerme bien, pero lo prefiero antes que a él.

—Oye —digo casi en un susurro para que no me oiga el resto del vagón, aunque desde luego lo suficientemente alto como para que lo hagan de todas formas—. Sigurd me ha llamado sobre las nueve y media esta mañana diciendo que ya habíais llegado. No sé nada de él desde entonces.

Al otro lado de la línea se hace el más absoluto silencio. Luego vuelven a murmurar algo, no consigo entender lo que dicen, pero hablan entre sí; los oigo a los dos, casi entre susurros.

—¿Qué estáis diciendo? —pregunto, y ahora ya hablo lo bastante alto como para que los que están a mi alrededor se enteren—. No oigo lo que decís.

De nuevo, silencio y, a continuación, Thomas musita algo y Jan Erik dice:

—No acabo de entenderlo, Sara; Thomas y yo hemos llegado alrededor de la una... Sigurd dijo que vendría en su propio coche y que llegaría más tarde.

Noto una opresión en la cabeza; me sobreviene una jaqueca densa y abrasadora.

—Me ha llamado a las nueve y media o diez —insisto, cansada de ellos y del metro y de todo este día—. Ha dicho que habíais llegado, ha dicho...

Trato de hacer memoria: Jan Erik, la leña.

—Ha dicho que estabas liado con la leña.

Se hace un silencio absoluto. El vagón de metro recorre ahora un tramo recto y ni siquiera éste hace ruido.

—Pero Thomas y yo hemos salido a las diez de Oslo —replica Jan Erik.

Siempre existen incoherencias en los relatos de las personas, pequeñas falsedades que no son mentiras en realidad, sino más bien atajos que hacen que una persona en diferentes momentos, o varias personas en el mismo momento, cuenten historias que no llegan a encajar del todo. Alguien que coge el autobús hasta un lugar al que es más fácil llegar en metro, por ejemplo. Estaba de vacaciones en Dinamarca, pero tuvo que explicarse en alemán en una farmacia. Si uno no se toma los detalles muy al pie de la letra, no pasa nada. Es posible que haya oído mal, tal vez no se trataba de la cafetería junto a aquella estación de metro, sino de una con un nombre parecido situada al lado de una parada de autobús. Tal vez no iban en barco a Dinamarca, sino que cogían el ferri a Kiel. En general, hay motivos fidedignos. Efectivamente, estuvimos en Dinamarca, pero fuimos de excursión a Alemania un día. Tan sólo resultaba más sencillo no contar la historia completa.

Pero historias con diferencias fundamentales, descripciones de hechos que se excluyen unos a otros..., eso no ocurre a menudo. Ni siquiera en el mundo de la terapia es habitual: «Sí, mi madre afirma que estaba bebido, pero sólo había tomado una cerveza o dos; únicamente estaba cansado. Balbuceaba, es cierto, pero no estaba borracho perdido». Uno estira la verdad. Adorna el relato.

Tira de ella en varias direcciones. Sin embargo, uno no dice «A» cuando «B» es la verdad y cuando «B» descarta a «A». Uno no dice: «Estaba en el coche en el cruce de Sinsen» si, en realidad, estaba cruzando el patio de una cabaña en Norefjell con una pila de leña entre los brazos. Uno no dice: «Jan Erik está cruzando el patio» si en realidad está contemplando un patio vacío, desierto, y Jan Erik ni siquiera está en la misma provincia.

Esa clase de contradicciones no son plausibles, no son fruto de un malentendido o de una incoherencia. Sólo existe una posibilidad entre dos: Jan Erik se hallaba en Norefjell poco después de las nueve y media y está mintiendo, o Jan Erik se encontraba en el coche saliendo de Oslo a las diez y es Sigurd quien ha mentado en su mensaje.

Sin embargo, no me encuentro con fuerzas para reflexionar sobre ello. No puedo hacer otra cosa más que pensar que Jan Erik me está tomando el pelo. Nunca he entendido su sentido del humor. En una ocasión se echó a reír hasta que le salió cerveza por la nariz porque había engañado a Sigurd para que le diese un mordisco a una guindilla diciéndole que era un pimiento dulce. Seguro que cuando cuelgue el teléfono se tirará al suelo de la cabaña retorciéndose de risa por haberme engañado. Sigurd saldrá del baño y lo mirará, sonreirá sin comprender nada y preguntará: «¿Qué es lo que te resulta tan divertido?».

—Estoy segura de que debe de haber una explicación lógica —digo—. Escucha, estoy en el metro, volviendo a casa del gimnasio. ¿No podemos... no podemos intentar llamarlo otra vez? ¿Los dos? ¿De acuerdo? Y hablamos luego más tarde, esta noche, cuando demos con él.

—Sí, de acuerdo —responde Jan Erik casi con entusiasmo—. Sí, quedamos en eso, sí... Je, je, seguro que se trata de un malentendido. En fin, sólo queríamos que lo supieras.

—De acuerdo. Hablamos. Saludos.

Colgamos. Llamo a Sigurd y dejo que el teléfono suene hasta que salta el buzón de voz. El metro entra en la estación de Berg. Miro por la ventanilla, contemplo mi reflejo en el cristal, todavía con la cara enrojecida tras la clase de spinning, y pienso que, no obstante, resulta extraño.

Hasta que me encuentro en la ducha del viejo Torp, recibiendo el chorro de agua caliente que sale de la pared, no caigo en lo ilógico de la situación. No existe otra posibilidad más allá de que uno de los dos haya mentado, Jan Erik o Sigurd. Jan Erik tiene un sentido del humor muy retorcido, pero esto es demasiado incluso para él. Y Sigurd es un tipo decente, es mi marido. No miente.

Sin embargo, supongamos que Jan Erik dice la verdad. Pongamos por caso que Sigurd ha mentado, por alguna razón, sin duda, por una razón plausible; una sorpresa, por ejemplo, qué sé yo. Supongamos que es así. Pero entonces ¿por qué no ha ido a la cabaña?

No sentía miedo hasta ese momento. Comienza como algo gélido y duro en el estómago. «¿Dónde está Sigurd?» Trato de tranquilizarme: «No seas estúpida, Sara, seguro que existe una explicación para todo esto, habrá perdido el móvil, se habrá quedado sin batería; sin duda estará de camino ahora, seguro que ha llamado desde el teléfono de Jan Erik mientras estabas en la ducha...». Me ayuda, convierte mi miedo en algo menos incisivo, lo envuelve en lana y algodón y lo transforma en una inquietante bola de preocupación en su lugar. Me aclaro el champú del pelo y cierro el grifo. Salgo de la ducha, tiritando desnuda sobre el palé de madera mientras me seco deprisa con la toalla y descuelgo el albornoz de otro palé apoyado contra una de las paredes. Me

envuelvo el cabello con la toalla, me pongo el albornoz, me froto los brazos con las manos para entrar en calor y salgo a toda prisa del cuarto de baño. Luego bajo la escalera y me dirijo a la cocina.

Pero no hay ninguna llamada perdida en el teléfono. Cuando toco la pantalla, ésta se ilumina con una imagen: somos Sigurd, yo y Theo, el hijo mayor de mi hermana; tenemos gajos de naranja en la boca y sonreímos con una amplia mueca. Los ojos de Sigurd aparecen entornados por la risa, apenas se ven, son sólo unos pliegues de piel con pequeñas perlas oscuras en el interior, y su sonrisa, con la cáscara de la naranja cubriéndole los dientes, es enorme.

El muro de contención que domina el miedo concentrado en mi estómago comienza a romperse.

Entro en el buzón de voz y reproduzco el mensaje de Sigurd.

—Hola, amor. Hemos llegado a la cabaña de Thomas. Aquí se está..., bueno, se está muy bien, yo... Sólo es Jan Erik, está liado con unos trozos de leña, parece imbécil. Yo... tengo que dejarte. Sólo quería decirte que hemos llegado y... sí, luego te llamo. Te quiero. Bueno, adiós.

Lo vuelvo a reproducir. La voz de Sigurd: «Hola, amor». La manera en que lo dice siempre. Nada extraño. No hay el más mínimo temblor en su voz, ningún carraspeo. Los crujidos cuando Jan Erik se le aproxima no suenan a nada en particular; el titubeo antes de colgar no parece fingido.

«Te quiero», tal y como lo dice siempre. «Adiós.»

Lo reproduzco una tercera vez, ahora más concentrada. Por ejemplo: ¿está dentro o fuera? Estuvimos en esa cabaña de Norefjell hace algunos años, conozco su distribución. Antes me lo he imaginado a él en el vano de la puerta, y a Jan Erik cruzando el patio con una pila de leña en los brazos que se le estaba resbalando; eso habría hecho que Sigurd tuviera que colgar para ayudarlo a llevarla. Pero ¿ha sido así en realidad? ¿No puede ser que estuviesen dentro y que Jan Erik hiciera el tonto con unos trozos de leña junto a la chimenea, que los levantara hasta la altura de la cabeza y se los colocara a modo de orejas, por ejemplo, o que alzara un tronco para simular que perseguía a Sigurd por toda la estancia? ¿Que Sigurd tuviera que colgar para echar a correr?

«Parece imbécil»... ¿Es porque estaba a punto de caerse o porque estaba haciendo el tonto? Pero, por otro lado, ¿es propio de Sigurd usar ese tipo de expresiones? Con un suspiro pienso que no; cuando lo conocí era impensable que dijese que alguien parecía imbécil. Es la influencia de sus amigos. Sobre todo, de Jan Erik. No es el Sigurd que conocí en Bergen hace cuatro años.

Al reproducir el mensaje por cuarta vez decido por fin que está fuera. Si estuviese en el interior de la cabaña, resonarían los ruidos de las bromas de Jan Erik, habría oído su voz. En el exterior, en cambio, el sonido tiene más recorrido. Otra posibilidad es que Jan Erik estuviera fuera y Sigurd lo estuviera viendo por la ventana.

Eso suponiendo que Jan Erik realmente estuviera allí... Estoy al borde de un ataque de ansiedad.

Vuelvo a llamar a Sigurd. Suena una y otra vez. «Hola, estás llamando a Sigurd Torp, ahora no puedo atenderte, pero deja un mensaje y te devolveré la llamada.» Se oye un pitido.

—Hola, mi amor. Soy yo. ¿Puedes llamarme?

Vacilo, espero. ¿Por qué no cuelgo?

—Te quiero, ¿vale? Llámame. Adiós.

«Amor.» Hemos hablado de ello. «Cielo» suena demasiado infantil. «Cariño» es demasiado serio, a menos que uno lo diga con ironía, y en tal caso sonaría extraño. «Bebé» suena demasiado infantil. «Tesoro» queda cursi. En cambio, «amor» resulta agradable pero no empalagoso. Proviene del verbo «amar» y, por tanto, es descriptivo. Justo lo que sentimos pero no somos capaces de expresar cuando hablamos por teléfono. Sigurd y yo no somos la clase de pareja que se dice «te amo» a diario. Lo dejamos para las grandes ocasiones, nos lo susurramos al oído con intensidad cuando lo percibimos tan verdadero que nos estalla en el pecho. «Amor» es una especie de código entre nosotros.

Llamo a Thomas. Coge el teléfono de inmediato.

—¿Sabéis algo de él? —pregunto.

Thomas carraspea y responde que no.

—Thomas, ¿de qué va todo esto? —añado—. ¿Me estáis vacilando o qué?

—No —asegura él rotundamente; cómo puedo pensar algo así, parece decir su respuesta—. No, jamás haríamos algo así.

—Yo sólo..., es que no lo entiendo —contesto.

—Nosotros tampoco —dice Thomas—. No sabemos qué pensar. Cuando hemos llegado no había ninguna huella en la nieve fuera de la cabaña. No me parece posible que haya estado aquí..., quiero decir, ¿estás segura de que ha sido eso lo que ha dicho?

Ahora noto una sensación opresiva en el estómago. La voz de Thomas no es vacilante, como la de Jan Erik. Habla de un modo coherente. No están borrachos. Thomas no es mala persona, en realidad no lo es. Tiene un sentido del humor normal, se ríe con los Monty Python y con los monólogos en la televisión.

—Dejó un mensaje en mi buzón de voz —replico—. Lo he escuchado cuatro veces desde que hablé con vosotros la última vez. Sé lo que dice.

—De acuerdo —dice Thomas—. Entonces no sé qué decirte. Debía de estar bromeando. Quizá iba a... No, no lo sé. —Se interrumpe y respira hondo en el teléfono.

Jan Erik comenta algo tras él.

Por mi parte, contengo la respiración.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —pregunta Thomas.

Acordamos esperar un poco, porque ¿qué otra cosa podemos hacer? «Sigue con lo que tuvieras pensado hacer», me dice Thomas, así que preparo la ensalada de pollo. Abro la botella de vino blanco. Pienso: «Esto es ridículo —y también—: Es absurdo. Seguro que todo tiene una explicación y luego nos reiremos de esto; Sigurd y yo nos reiremos de esto juntos». Me imagino cómo le voy a contar lo de este instante: «Y allí estaba yo, haciendo una ensalada de pollo sin saber qué pensar». «Ay, pobre, ¿y no se te pasó por la cabeza que tan sólo me quedé dormido en la oficina?» «Pues no, no se me ocurrió, no entendía por qué no me llamabas, pero, claro, fue porque... porque... porque...» «Pero, amor, ¿pasaste miedo? Siento mucho que fuera así. Que no pudieses disfrutar de la cena y de la película.» «No, no pasa nada. Mientras todo esté bien.»

La bola de mi estómago va desgastando su envoltura. Me sirvo otra copa de vino. Así que Sigurd me ha mentado. De lo contrario, Jan Erik y Thomas estarían mintiendo ahora, pero no lo creo. ¿Por qué de pronto confío más en ellos que en mi marido?

Porque ellos están aquí ahora. Porque me hablan. Porque Sigurd no aparece para contar su versión de la historia. De eso se trata. «Sigurd, ¿por qué no lo haces? ¿Por qué no das la cara y me explicas qué significa el mensaje en el contestador?»

Vuelvo a llamarlo. Suena una y otra vez, esa agresiva señal, no hay respuesta, luego el breve chasquido cuando salta el buzón de voz. «Hola, estás llamando a Sigurd Torp.»

La comida no me sabe a nada. He encontrado una película para chicas en Netflix, *Sentido y sensibilidad*, una adaptación cinematográfica de Jane Austen, mujeres con cofias y largos vestidos, caballeros con buenos modales que reprimen sus sentimientos. Una película que Sigurd no vería en la vida.

Así que me ha mentido. ¿Y...? En mi opinión, jamás me mentiría, pero qué sé yo. Si los hombres mienten, ¿no lo hacen sobre todo a sus esposas? ¿No existen mil razones para mentir a los más allegados?

Supongo que yo misma he mentido; miento a menudo, incluso a Sigurd. Sobre todo a Sigurd. Le digo que la consulta va bien, que es un poco difícil encontrar pacientes ahora en invierno, pero que la cosa mejorará. No le digo nada sobre la soledad que siento en el despacho encima del garaje, yo, que tanta ilusión tenía por dejar de trabajar con esos compañeros que se quejaban y se lamentaban tan a menudo, que siempre montaban líos y cotilleaban entre ellos. No le cuento que no estoy anunciando mis servicios, que no he pagado por publicidad en Google, a pesar de que un compañero de promoción que tiene una consulta privada afirma que es la manera de conseguir pacientes; no le digo que no he avisado a todos mis conocidos de que estoy trabajando por mi cuenta, no le comento que no he creado una página en Facebook, que no intento encontrar pacientes por todos los medios. Lo único que digo es que la cosa irá a mejor. Incluso miento sobre más cosas, si lo pienso: le digo que mi conocido también tiene dificultades ahora en invierno, aunque jamás me lo haya comentado; en realidad, lo único que me ha dicho es que todo iba un poco lento el primer mes, antes de que empezara a anunciarse. Retuerzo las palabras, añado, resto. Para que Sigurd no insista. Lo ha mencionado un par de veces: «Dijiste que ibas a ganar más, no quiero presionarte, pero necesitamos dinero para la reforma». En particular lo dice cuando le echo en cara que la reforma está parada. El viejo Torp impregna las paredes, debe de estar frotándose las manos. «Tengo tantas cosas que hacer...», dice Sigurd entonces, pero... ¿es verdad?

«Atkinson», dice él. Es un marinero mercante inglés que vive en un piso cerca de St. Hanshaugen para el que Sigurd ha trabajado diseñando una solución para la ampliación del sótano. La señora Atkinson, en particular, ha ocasionado problemas. Los ha dado desde el principio y el tema ha ido a peor a medida que avanzaba el proyecto. «No, así no era como tenía que quedar la escalera, no es lo que acordamos», insiste la señora Atkinson. En su cabeza iba a entrar mucha más luz tras la instalación de la ventana. Sigurd tiene que ser amable, entender que está decepcionada, explicarle, volver a la mesa de diseño. Además, le discute las facturas. «Esto no lo voy a pagar —afirma—, no es lo que acordamos.»

«Atkinson —dice Sigurd cuando vuelve a casa tarde y se desploma delante del televisor—. Llevo todo el día al teléfono con ella, tuve que bajar a echar un vistazo a la puñetera escalera, la escalera que no daba amplitud a la estancia como ella se había imaginado.» Y, con ello, se sobreentiende que esa noche no tiene energía para trabajar en el cuarto de baño ni en el dormitorio y menos aún en la escalera de este destartado caserón. Quiere sentarse con los pies sobre la

mesa, viendo en la tele cómo se las apañan solos unos americanos en un entorno natural salvaje durante treinta días mientras trastea en su portátil. ¿Acaso no se lo merece? ¿No lo merece después de llevar todo el día lidiando con la señora Atkinson?

¿O no es verdad que lo ha hecho? ¿Puede que en su caso sea como cuando yo digo que me resulta difícil conseguir pacientes?

Mientras los personajes de la película disimulan que se les está rompiendo el corazón mostrando una educada alegría, me viene a la mente: el portaplanos, el tubo gris de plástico que ya no está.

Tal vez tuviese intención de trabajar desde la cabaña. Quizá sea lógico que se llevase el portaplanos. Pero ¿ha llamado realmente desde la cabaña de Norefjell? Según Jan Erik y Thomas, no había huellas en la nieve delante de la puerta cuando ellos han llegado. Quizá sí que ha visto a Jan Erik con la leña. Pero ¿por qué iban a mentir sus dos amigos sobre el tema ahora?

Es él quien ha mentido. Tiene que ser así. Quizá todo el mundo mienta un poco. Sin embargo, Sigurd ha mentido sobre dónde se encontraba. Sobre con quién estaba. Vuelvo a escuchar el mensaje del buzón de voz, ya me lo sé de memoria. Pero hay algo más. ¿Qué es lo que oigo?

«Hola, amor. Hemos llegado a la cabaña de Thomas.»

¿Puede ser que haya un mínimo atisbo de engaño en su voz?

«Aquí se está..., bueno, se está muy bien...»

¿Era necesario si todo era mentira? Incluso suelta un suspiro. «Bueno, se está muy bien.» «¿Sabes qué, Sigurd?, aquí no se está nada bien, aquí, en Kongleveien, en esta vieja casa, donde vivió y murió tu abuelo, aquí, con el gancho vacío del que debería colgar el portaplanos, con tu voz al teléfono y tus amigos llamándome y diciendo cosas que no entiendo.»

Aquellos crujidos.

«Sólo es Jan Erik, está liado con unos trozos de leña.»

Siento una quemazón en el estómago, ardiente y violenta, que hace que el temor se desvanezca, dejando paso a la ira. Entonces es Jan Erik, ¿no? ¡Mentira! «Hemos llegado», dices. ¡Mentira! ¿Dices que me quieres? ¡Y una mierda! Borro el mensaje furiosa, a tomar por saco, no lo quiero, no quiero saber nada de él, como si pudiese borrar su recuerdo de inmediato, como si todo el problema dejase de existir sólo porque el mensaje ya no está.

Guardo la ensalada de pollo en la nevera. Paro la película, apago la tele. Me acerco la botella a la boca y me acabo el resto del vino de un trago.

Antes de quedarme dormida, envuelta en el edredón de Sigurd e intentando que la habitación deje de dar vueltas, pienso que quizá no haya sido buena idea borrar el mensaje. Tal vez habría sido mejor poder volver a escucharlo.

«Respira, respira.» Doy vueltas, me despierto con la cabeza bajo la almohada de Sigurd. ¿Qué ha sido eso? ¿He oído un ruido? Presto atención, hay un silencio absoluto.

¿Habrá llamado? La pantalla se ilumina, no hay ningún aviso. Son las 3.46. El lugar que suele ocupar está vacío; su lado de la cama, frío.

—¿Sigurd?

Lo digo en un tono medido, lo repito. Me levanto, abro la puerta, lo llamo en voz alta, en dirección a la escalera, hacia abajo, hacia el salón y la cocina.

—¿Sigurd?

Antes me ha parecido oír algo. Me he despertado de repente. Pero ahora no oigo nada. Vuelvo a acostarme.

A mi lado, en el sofá, hay una estudiante de historia que habla sin parar. Tiene el rostro girado hacia mí, me ahoga con sus palabras, lanzándomelas, me empapa con ellas y las derrama por todas partes hasta que salpican mis oídos. Miro hacia la puerta del balcón, está abierta, y fuera se encuentra mi amiga Ronja hablando con un chico que le gusta. Es ella la que me ha arrastrado hasta aquí. Estábamos en nuestro piso bebiendo sambuca en unos vasos de chupito que ella había comprado en Perú este verano, unos vasos adornados con imágenes baratas de símbolos religiosos; lloramos de risa cuando los desenvolví, y Ronja dijo: «Si yo me lo acabo primero, vamos a la fiesta a la que El Que Tú Sabes irá, y si te lo acabas primero tú, vamos a casa de tu amiga en Gyldenpris, tal y como habíamos planeado desde el principio». Ronja se lo acabó primero, y aquí estamos.

Nada más sentarme en el sofá, la estudiante de historia me ha preguntado:

—Bueno, ¿y tú a qué te dedicas?

—Estoy estudiando psicología —he respondido.

—¿De verdad?

—Sí.

Sabía hacia dónde se encaminaba aquello. Me he dado la vuelta para buscar a Ronja, pero ya estaba en el balcón.

Ella ha dicho:

—Entonces igual me puedes ayudar con un tema. Mi padre se ha vuelto a casar, ¿sabes? Mis padres se divorciaron cuando yo tenía diez años y su nueva mujer, deja que te la describa con una sola palabra, es una arpía.

Y así ha seguido la cosa. Busco con la mirada a alguien conocido. Pero quien organiza la fiesta es un amigo del novio en potencia de Ronja. Es estudiante de arquitectura y está en la cocina, lo he visto cuando he colocado la cerveza en la nevera; le estaba contando a una chica con piercings por toda la cara cómo pensaba reformar la cocina. En el sofá, frente a nosotras, hay unas chicas charlando, y da la sensación de que se conocen de antes, porque una de ellas ha rodeado a la otra con un brazo y la tercera le da palmaditas en el muslo a la primera mientras habla. Es un gesto que indica una forma de intimidad de la que yo no formo parte. No puedo entrometerme. Luego están los borrachos que comen minipretzels junto a la mesa del comedor y por último el chico apoyado en el marco de la puerta.

Él. Está solo. No parece que eso le moleste, pero puede ser que sólo lo esté fingiendo. Tiene la mirada perdida, tal vez esté pensando en algo. El botellín de cerveza que sujeta en la mano tiene la etiqueta rasgada. Sus manos, llenas de manchas de pintura, son bonitas, tienen una curvatura adecuada. Se ha mordido las uñas hasta dejarlas minúsculas.

Lo observo: uñas destrozadas, ojos dulces, pelo algo alborotado, pero sobre todo observo que está solo. No parece un caso perdido, pero está solo, e intuyo que lo único que espera es conocer a alguien, una persona divertida y lista y más o menos atractiva. Alguien como yo.

—Disculpa —le digo a la estudiante de historia, y me levanto.

Me acerco a él.

—Hola —le saludo—. ¿Eres tú?

Rodeo su cuello con los brazos y le susurro, cerca de su pequeña y redonda oreja:

—Finge que me conoces.

—Hola —dice él.

Lo miro. Tiene un lunar debajo del ojo izquierdo que se alarga cuando sonrío.

—¡Cuánto tiempo! —exclamo—. No nos hemos visto desde aquel día en Berlín.

Él dice:

—Berlín, sí. Deben de haber pasado ya varios años.

—¿Te fuiste a Francia tal y como dijiste? —le pregunto.

—No —responde, y sonrío todavía más. El lunar se estira, más fino, más alargado—.

Acabé yendo a Australia. Estuve estudiando dos años en una escuela de pandas. Me convertí en pandólogo.

Me río. Genial, me sigue el juego. Aunque he sido yo la que lo ha iniciado. Soy más divertida que él.

—Eso es increíble —continúo—. Porque resulta que mi panda está enfermo.

—¿Cómo que enfermo?

—Está bajo de ánimo. Tose y carraspea sin parar. ¿Puedes ayudarme?

—Lo siento —responde—. No me meto en líos de medicación para pandas. Yo doy clases.

Nos sonreímos. Es suficiente. Él mira a su alrededor, se inclina hacia mí y me dice, en voz aún más baja:

—¿Por qué fingimos conocernos?

—Intento librarme de la del sofá.

Él inclina la cabeza hacia un lado para echar un vistazo y veo su cuello, donde se le marca un tendón, fuerte y saludable, mientras pienso que me gustan los hombres fibrosos.

—Diría que mide uno sesenta y pesa cincuenta kilos —prosigue él—. Creo que puedes con ella.

Ahora se pasa de gracioso, pienso, quiere demostrar algo, y además no es agradable hacer comentarios sobre el peso de alguien, aunque es cierto que mido casi veinte centímetros más que ella.

—Creo que te llamas Harald —digo.

—Error —responde él.

—¿Estás seguro? Tienes cara de Harald. Bueno, en cualquier caso, Harald, esta fiesta no es lo que pensaba que iba a ser. ¿Qué me dices de ir a tomar una hamburguesa a la esquina?

—Me apunto —dice él—. Pero llámame Sigurd. Harald es mi hermano.

Porque estaba solo. Porque los chicos como él se quedan de pie en las fiestas buscando a chicas como yo. Porque estaba un poco borracha y tenía veinticinco años. Porque mi amiga estaba en el balcón hablando con un chico. Porque me sentía tan segura con ella, con las otras chicas a las que conocía en aquel entonces, que no tenía ninguna importancia para mí si él me decía sí o no.

Sábado, 7 de marzo: desaparecido

Me despierta el timbre del viejo Torp. El sonido es estridente como una alarma aérea, apropiado en el caso de que los comunistas decidieran llamar a la puerta. He tenido un sueño inquieto y fluctuante en el que estaba nadando y había algo que debía recordar hacer. El timbre. El sonido insistente me devuelve a la realidad. Miro a mi alrededor. Su lado de la cama está vacío.

Pero hay alguien llamando a la puerta, y ¿quién más podría ser? Me pongo el albornoz, me lo abrocho mientras salgo a toda velocidad y bajo corriendo la escalera, agarrándome a la barandilla para no resbalar con los cartones que cubren el suelo pegajoso que solía tener moqueta, y levantando bien los pies para no tropezar con los listones sueltos de los peldaños.

Sigurd ha vuelto. Lo explicaré todo. Es un malentendido, y no tiene importancia.

Desciendo deprisa el último tramo de escalera, el que va hasta la planta baja, donde está la puerta principal, y cuando llego la abro con brusquedad; espero verlo allí, arrojarme a su cuello.

En la entrada me encuentro a Julie.

—¿Qué tal? —me pregunta.

La miro sin entender nada. ¿Qué está haciendo aquí? Antes de que me dé tiempo a responder, atraviesa el umbral y me rodea con los brazos.

—Bien —digo de manera automática, pero en realidad no estoy segura, no he tenido tiempo de pensarlo.

He estado toda la noche dando vueltas, despertándome, comprobando que nadie hubiera llamado, pensando, volviendo a dormirme, soñando, despertándome. Ahora me encuentro en la puerta, Julie está frente a mí, con una mano posada sobre la manga de mi albornoz para consolarme. No nos conocemos demasiado bien, aunque, cuando conocí a Sigurd, ella ya estaba con Thomas. Me doy cuenta de que no he comprobado el teléfono desde que me desperté por última vez a las cuatro menos cuarto.

Sin mediar palabra doy media vuelta, subo corriendo de nuevo la escalera que lleva a la primera planta, donde están el salón y la cocina, sigo hasta la segunda planta y entro en el dormitorio. Busco desesperada en la mesita de noche; vuelco un vaso de agua, aparto un libro, intento encontrar el teléfono. Luego busco en la cama, me pongo de rodillas sobre el colchón y paso las manos por debajo del edredón, todavía caliente por el recuerdo de mi presencia, y al final noto un rectángulo plano y liso —mi teléfono— oculto entre las almohadas.

Hay dos mensajes. Uno es de Thomas, enviado esta mañana a las 7.15:

No ha llegado todavía.
Vamos a recoger para
volver a la ciudad. Nos
llamamos.

El otro es de Julie, enviado a las 7.38:

Hola, Sara. Thomas me
ha contado lo que ha
pasado. Paso a verte
cuando te despiertes.
Un abrazo. Julie.

Ninguno de él.

Al parecer Julie no ha sido capaz de esperar más, pues son las 8.23 y aquí está, en mi casa. Oigo sus pasos, ha subido al salón, me llama por mi nombre, dubitativa, como si no estuviese segura del todo de si sigo aquí. Con la respiración cada vez más acelerada, el aire entrando y saliendo directo por la garganta, busco el nombre de Sigurd en mi lista de llamadas perdidas y me acerco el teléfono al oído, «contéstame, contéstame». Hay un silencio absoluto.

—Sara, ¿dónde estás? —dice Julie.

La línea crepita. A continuación, una agradable voz femenina me comunica que la persona a la que intento llamar ha apagado el teléfono.

El efecto de sus palabras es demoledor. Me derrumbo sobre la cama. En realidad no hay diferencia respecto al día anterior, cuando su teléfono sonaba sin que él respondiese. Es lógico que la batería se haya agotado pasado un tiempo. Sin embargo, la noche anterior era como si existiese una conexión entre nosotros. Yo llamaba y su teléfono sonaba, estuviera donde estuviese. Ahora ya no suena. Este detalle técnico —un teléfono con batería cargada, un teléfono sin ella— me produce escalofríos. Permanezco así, hecha un ovillo sobre la cama, y oigo los pasos de Julie subiendo por la escalera mientras yo susurro para mis adentros: «Sigurd, Sigurd, Sigurd».

Noto su presencia antes de que diga nada, como esas veces en las que uno siente que alguien lo está mirando fijamente; esa desagradable e inexplicable sensación de estar siendo observado. Aquí estoy yo, en albornoz, tirada sobre la cama, sujetando el teléfono con fuerza entre las manos y con la frente apoyada en él; me duelen los pies, debo de haber tropezado con un listón al subir, o haber pisado alguna viruta de madera o una tabla suelta. Me quedo encogida, en nuestro desordenado dormitorio a medio hacer, con las tiras de papel pintado despegadas de las paredes y el aire desgastado de la noche flotando denso sobre la cama, quizá con un atisbo de olor a alcohol por la botella de vino que me bebí. Aquí está ella también, mirándome.

—Sara —dice, con una voz algo insegura—. ¿Te encuentras bien?

No respondo. Noto el frío cristal del teléfono contra la frente. Me escuece el pie, quizá tenga una herida. Quiero que se marche.

Pero no lo hace. En lugar de eso, entra, traspasa el umbral de mi dormitorio y se acerca a la cama; pone ambas manos en mi espalda, sobre el albornoz, y dice:

—Ven, no puedes quedarte aquí tumbada. Bajemos a preparar café.

Me agarra del hombro, como si se dispusiera a tirar de mí, como si quisiera sacarme a rastras de la cama. Cuando lo hace, noto un arrebató de ira, una columna que se alza desde mi estómago, una fuente de calor que me asciende por la espalda hasta los brazos y las piernas, entrando y saliendo por todo el cuerpo. ¿Quién coño se cree que es?

Me libero de ella, me aparto; mi enfado es tan grande que podría llegar a golpearla. Necesito un fuerte autocontrol para no pegarle una bofetada. Ella permanece de pie, sin entender nada, con sus enormes ojos de cervatillo, el pequeño y chato botón que tiene por nariz, el mentón

redondeado, ese rostro adorable con flequillo y cola de caballo, como si fuese una adolescente de instituto jugando a ser una buena samaritana que quiere ayudarme. Qué autocomplaciente es, pienso, mientras me digo que no puedo quedarme aquí tumbada. La pequeña Julie, tan normalita, viene para arreglar las cosas, para recoger los pedazos rotos que quedan de mí. Debe de haber ido en el coche ensayando lo que iba a hacer, de camino hacia aquí. Ahora está ahí parada, tan sorprendida que su cara me está pidiendo una bofetada, y lo único que impide que se la dé es la distancia física que hay entre nosotras.

Éste es nuestro dormitorio. Aquí duerme Sigurd, aquí duermo yo. En esta habitación hemos vivido y hecho el amor, discutido y dormido. Ayer por la mañana él se marchó, dejándome sola, y ahora ella está aquí, aquí, en el espacio más sagrado de la casa. ¿Quién coño se cree que es?

Cuando nos conocimos, en una barbacoa en el patio de su casa, en Nydalen, me dijo entusiasmada: «Estoy segura de que vamos a ser grandes amigas». No fue así. Ya entonces sentí cierto rechazo hacia ella, hacia sus expectativas: como nos hemos enamorado de dos amigos, es lógico que seamos amigas; incluso más que eso, tenemos que ser íntimas, confidentes. Ella llevaba unos pendientes con forma de corazón y una blusa blanca de encaje. Su expresión era sonriente y ridícula, y no vi nada en ella en lo que pudiese reconocermela.

Eso fue hace casi cuatro años. Algunas veces Sigurd se ha quejado. «Julie es maja —dice—, podrías hacer un esfuerzo por conocerla mejor.» Podría haberlo hecho, pero, por otro lado, creo que no hacerlo fue lo más sensato.

Me ajusto el albornoz, mirándola con insistencia. Siento un escalofrío, mis poros rezuman calor, igual que mis ojos y mi boca; lo noto, en este momento no estoy en mis cabales.

—Vete —le pido.

—Pero... —dice Julie.

—Vete.

Su rostro se contrae, como si la hubiese golpeado. Se da la vuelta, se dispone a irse, duda, y se vuelve otra vez.

—Sólo quería ser amable —dice con la voz llorosa, llena de reproche—, aunque tú nunca te hayas portado bien conmigo. Sólo quería ayudar.

Se da la vuelta de nuevo y se marcha, oigo sus pasos en la escalera, contundentes, rápidos. Me quedo con el teléfono entre las manos, un objeto muerto, liso. «Sigurd, Sigurd, ¿dónde estás?»

Abajo se cierra la puerta principal. Intento respirar con calma. Es sábado y estoy sola por completo.

—Comisaría de policía de Oslo —dice la mujer al teléfono.

—Sí, hola —digo—. Llamo por la desaparición de una persona, bueno, un hombre, mi marido. O sea..., está desaparecido desde ayer por la mañana, temprano, sobre las nueve y media; no lo sé en realidad. Me llamó poco después de las nueve y media. Fue la última vez que tuve noticias suyas. Tendría que haber llegado a una cabaña a las cinco, y bueno, nunca llegó.

—Vale —dice la mujer—. Lo que pasa es que no solemos activar ninguna búsqueda hasta que han pasado al menos veinticuatro horas.

—De acuerdo. —Titubeo. No había pensado en todo esto, una búsqueda, esas cosas.

—¿Se trata de un adulto?

—Sí, es mi marido, tiene treinta y dos años.

—Entiendo —dice ella—. Puede acudir a la comisaría y denunciar la desaparición personalmente, pero no se hará nada al respecto hasta después de que hayan transcurrido veinticuatro horas.

—Vaya.

No sé qué más debo decir. Veinticuatro horas. Desaparecido, búsqueda.

—La gran mayoría de las personas que desaparecen vuelven a aparecer pasadas unas horas —asegura la mujer, un poco más amable—. Por lo general, se trata de un malentendido en cuanto a una cita o los detalles de un encuentro.

Carraspeo.

—Dejó un mensaje en mi buzón de voz —digo— diciendo que estaba con sus amigos. Sin embargo, ellos afirman que no es cierto.

—Mmm —prosigue ella—. Bueno, ocurre a menudo, como ya le he dicho. Que sea un malentendido.

La economía de las oraciones breves, «estaba con sus amigos». Claro que parece un malentendido.

—Sí, lo comprendo —digo, tengo que intentarlo—. A ver si me explico: él me dijo que estaba con ellos, y ellos dicen que no, por lo que o bien está mintiendo él o, bueno, están mintiendo ellos.

—Entiendo —replica ella, y me doy cuenta de que sueno como una persona ridícula, víctima de una broma o de una infidelidad, demasiado estúpida como para entenderlo—. No es fácil saberlo, pero, en cualquier caso, cuando se trata de una persona adulta y no hay nada que haga pensar en una emergencia, no activamos el protocolo antes de que hayan transcurrido las veinticuatro horas. Puede volver a llamar entonces. Si no se da el caso de que aparezca antes.

—De acuerdo.

—La mayoría lo hace, como ya le he dicho.

Cuelgo. Una emergencia. ¿De qué estaríamos hablando en ese caso? Sigo en la cama con el albornoz puesto.

La ducha me relaja un poco. Me coloco una tirita en el dedo del pie. Mientras me visto, pienso que la mujer con la que he hablado tiene razón. La mayoría aparecen por sí solos. La policía tiene experiencia en esto. Saben de lo que hablan. Me tengo que calmar. Siempre he sido buena en las situaciones de emergencia: en el trabajo, cuando hace falta asistencia inmediata o hay niños descontrolados, en viajes en taxi a urgencias con adolescentes suicidas. Sé mantener la calma. Es uno de mis puntos fuertes.

Me he dejado llevar. Jan Erik es inquieto por naturaleza, bromea con todo, no se toma nada en serio. ¿No es esto en realidad una manifestación de inseguridad? ¿No es esta inseguridad la que hace que esconda la cabeza en cuanto surgen problemas? Thomas, bueno, Thomas es sensato, pero es posible que se haya dejado llevar por Jan Erik. O por Julie. Sin duda un hombre que se casa con Julie tiene que ser el tipo de persona que cede ante la presión.

Pero yo soy fuerte. Debería mantener la calma. Tal vez fue la sesión con Trygve, tal vez la botella de vino. Lo del mensaje en el buzón de voz es extraño, pero seguro que existe una explicación. Voy a relajarme. A esperar. Todo se resolverá por sí solo. Sigurd aparecerá, todo tendrá una explicación.

He echado a Julie. Eso ha sido un poco exagerado. Estaba enfadada, por supuesto, estaba confusa, acababa de despertarme. Anoche bebí un poco, sí, no se puede obviar, he perdido la calma. Me ha cogido por sorpresa. Literalmente. He reaccionado de un modo exagerado. Soy una persona muy celosa de mi intimidad por naturaleza, y ella y yo no somos íntimas. Tengo que enviarle un mensaje para pedirle perdón.

Tomo aliento, una bocanada larga y profunda. Sí. Me siento mejor. Tan sólo noto una leve inquietud, una punzada de desasosiego en el estómago. Por lo demás, todo bien. Estoy relajada. Es sábado. Voy a hacer lo que habría hecho en circunstancias normales.

En la primera planta algo me obliga a detenerme. Voy a la cocina, a prepararme un café, y me quedo quieta. Miro a mi alrededor. Qué extraño.

No resulta fácil describir la sensación. Rememoro el día de ayer con detalle, lo que hice y lo que no. Sin embargo, los recuerdos de anoche aparecen desordenados. La botella de vino tiene su parte de la culpa, pero también el asunto de Sigurd. Estuve pensando en muchas cosas. Para recordar necesito concentración.

Pero noto algo extraño.

Por ejemplo: el cazo que hay sobre la placa de la cocina. Está vacío, limpio incluso, lo puse allí ayer después de calentar agua para un té. Tiene un mango largo para sujetarlo con una mano. En nuestra casa solemos colocar los cazos y las sartenes con el mango hacia dentro. Al parecer, mi madre era muy estricta con eso. Los niños podrían alcanzar el mango, solía decir. Yo tenía siete años cuando murió y no me interesaban demasiado los cazos, pero recuerdo que Annika me lo decía: «Tienes que poner el cazo así, lo dice mamá». Con el mango hacia dentro. Siempre lo hago así; Annika y mi padre también. Pero aquí está este cazo, con el mango sobresaliendo de la encimera. Si hubiese algún niño aquí, podría haberlo cogido. Yo jamás dejaría el cazo de esta forma.

¿O sí lo haría? Es decir: ¿estaba tan aturdida ayer con el vino, con el mensaje del buzón de voz, que actué sin pensar? Recuerdo la taza de té. Recuerdo que pensaba en Sigurd al mismo tiempo, en su mentira, en que estaba convencida de que lo era. En por qué mentiría. ¿Estaba liado con alguien? ¿La señora Atkinson, por ejemplo? ¿Estaba involucrado en algún asunto turbio que yo desconocía? ¿Intentaba evitarme porque estoy siendo muy pesada con el tema de la reforma? Ésos eran mis pensamientos. Preparé el té por inercia. Echo un vistazo a la basura. La bolsa de té está ahí. Miro el cazo. Me recorre un escalofrío. El mango sobresale de la encimera, me hormigean los dedos sólo de verlo. ¿Fui yo? ¿Es posible que estuviera tan confusa?

¿O ha sido Julie? Respiro y recuerdo estar tendida sobre la cama presionando el teléfono contra mi frente mientras la oía moverse por la cocina, llamándome. Vaya, Julie, así que has estado figoneando mientras estabas aquí. Toqueteando mi cazo. ¿Tal vez echaste un vistazo dentro de la nevera? No pudiste evitarlo.

Vuelvo a perder la calma, me siento sobrepasada. Esta situación me está afectando mucho. Debo recordar lo que ha dicho la mujer de la policía: la mayoría regresan por sí solos.

Mientras me tomo un café contemplando el salón, noto algo más. No sé qué es lo que ha cambiado, pero hay algo que resulta diferente. ¿Julie también ha pasado por aquí?

Entonces recuerdo que me desperté por la noche. Que lo llamé a voces. ¿Estuvo él aquí? ¿Estuvo deambulando por la casa sin subir a verme?

Me estremezco. Saco esa idea de mis pensamientos. Es imposible. Ha sido Julie, por supuesto que ha sido ella. Julie en busca de información. Estoy irascible, toda yo soy un manojito de nervios.

En estos momentos me vendría bien tener una amiga. Cuando conocí a Sigurd, hace cuatro años, tenía muchas. Ronja era la más cercana, pero había otras: Benedicte, Ida, Eva-Lise. Vivíamos juntas en Bergen, Ronja, Benedicte y yo; teníamos alquilado un piso destartado en Håkonsgaten, justo al lado del cine.

Pero no hemos sido buenas manteniendo el contacto. Ronja viaja por todo el planeta. Es una trotamundos, escribe algún que otro artículo allá donde esté para diferentes periódicos, tiene trabajos temporales, emprende otro viaje..., no es fácil contactar con ella. Si le mando un correo electrónico, me contesta varias semanas después. De vez en cuando me llama, si está de paso por la ciudad, salimos, bebemos cerveza, nos reímos y lo pasamos bien, pero no es alguien en quien pueda confiar, como cuando éramos estudiantes. Ida se casó y se mudó a Stavanger. Tanto ella como su marido trabajan en la industria petrolífera, siempre están ocupados, y cuando no trabajan escalan una montaña tras otra. Benedicte tiene dos niños gemelos, de un año. Cuando la llamo, oigo sus gritos y llantos de fondo. Eva-Lise vive en Tromsø y trabaja en la universidad. Ni a ella ni a mí nos gusta hablar por teléfono. Aun así, hablamos de vez en cuando. Tampoco es para tanto, no tengo motivos reales para quejarme.

Pero éramos tan íntimas... Podía hablar con ellas de todo. De las cosas trascendentales y, aún más importante, de las cosas intrascendentes. De las cosas del día a día, de las más irrelevantes. Cosas como sabes-qué-me-pasó-en-el-autobús o te-he-hablado-de-uno-de-mi-trabajo.

Cuando tu marido no coge el teléfono desde hace horas, ése es el tipo de personas con las que quieres hablar. El tipo de personas con las que no te cuesta esfuerzo tener una conversación. Con las que puedes dejar fluir las palabras y decir lo primero que te viene a la cabeza. O callar, si te apetece. Las que te hacen pensar en otra cosa. Y ya no puedo llamar a Eva-Lise cualquier sábado, sin más, para decirle que me cuente algo que haya ocurrido en su trabajo el día anterior. Ahora son más importantes otros temas, como qué-ha-ocurrido-desde-la-última-vez. Y es de eso de lo que necesito un respiro precisamente, de lo que está ocurriendo ahora, de la asfixiante ausencia de Sigurd en esta casa.

Se me ocurre llamar a Margrethe. Quizá Sigurd sólo haya ido a ver a su madre. Me imagino su excusa, sus explicaciones: «El teléfono no tenía batería, ya sabes, y se me habían olvidado las llaves. No quise despertarte, por lo que fui a casa de mi madre». ¿He dicho «excusa»? ¿Pienso que sus explicaciones serían una excusa?

Mientras la señal de llamada suena en el auricular, pienso en lo que le voy a decir. Voy a hacer que se preocupe tanto... Por otro lado, ella es una mujer muy sensata, una de esas personas que respiran hondo ante las situaciones tensas y los problemas, que le dirían a la mayoría de mis pacientes que hagan de tripas corazón, que dejen de pensar tanto, que duerman bien y coman adecuadamente, que estudien y ordenen sus habitaciones, y así todo irá bien. Tal vez *sensata* no sea la palabra correcta. Hay muchas cosas que Margrethe no entiende.

Suena una y otra vez, nadie contesta.

Salgo. No sé adónde ir, pero no quiero quedarme en casa. Sigurd se llevó el coche, por lo que cojo el metro.

Hace sol, es un día pálido y frío. La nieve casi ha desaparecido. Cuanto más me acerco a la ciudad, menos nieve hay. El metro está lleno de adolescentes que van de compras al centro.

Podría ir a ver a mi padre. Hace mucho que no voy. Debería ir a verlo pronto. Pero no tengo fuerzas. Me imagino a mi padre en su despacho, nos imagino tomando café y conversando delante de la chimenea. Tendría que llevar preparado algún asunto sobre el que conversar, preferiblemente algo que hubiese leído y que pudiésemos debatir, como un libro; sobre todo nada demasiado actual o conflictivo. Si fuera a hablar de Sigurd, del malestar que tengo en el cuerpo, debería hacerlo con las palabras exactas para presentarlo como un problema que está bajo control. Si no soy capaz de hacerlo así, no puedo contárselo en ningún caso a mi padre. Podría ir de todas formas. Quedarme allí, sin más. Lo bueno de mi padre, al que sólo le interesa hablar sobre las cosas más generales que ocurren en mi vida, es que no espera demasiada cercanía, ni confidencias. Con él puedo tener compañía y al mismo tiempo estar en paz. Pero tampoco me parece lo más adecuado en este momento, tal como me encuentro. Y luego está lo de llamar antes de ir, para cerciorarme de que esté solo y que no tenga la casa llena de estudiantes revoloteando a su alrededor como si fuese un gurú. No, ¿en qué estoy pensando? No es el mejor día para visitar a mi padre.

Puedo ir a casa de Annika. Eso es lo que me apetece. Dijimos que comeríamos juntas mañana, pero podría ir a verla hoy. Pasarme por allí como quien no quiere la cosa. Saludar. Decirle que quería ver si estaban en casa.

Pero quizá resulte demasiado desesperado. Tal vez éstas sean las cosas que uno hace cuando está tan estresado que no quiere estar solo bajo ningún concepto. Palpo mi bolso con los dedos. ¿Debería comprobar de nuevo el teléfono, aunque tenga el sonido al máximo para no perderme ninguna llamada?

Me bajo del metro en Majorstua, salgo de la estación siguiendo la corriente de adolescentes con teléfonos móviles, pelo largo y bolsos que se dirigen hacia Bogstadveien. ¿Y si me compro algo? Estamos ahorrando, la idea es usar todo el dinero que ganamos en la casa, pero ¿qué más da? Sigurd siempre compra material de dibujo para el trabajo, quizá yo necesite unos pantalones nuevos para pasar consulta. Entro en una tienda, observo a las chicas: «Dios mío, esos pantalones te quedan de muerte», «Ochocientas coronas», «Mi madre me ha dado dinero», «Amalie y las demás han dicho que vendrán en un rato». Todo parece tan grave para ellas... Hablan con sus enormes ojos abiertos como platos, boquiabiertas, mastican el aire con ávidos bocados, todo es de muerte esto y de muerte aquello, las cosas más neutrales se presentan como obstáculos

infranqueables. Hablan de amigas y de novios como si no supiesen que esto sólo es el comienzo, que al que aman ahora no lo reconocerán dentro de cuatro años. Pero ¿quién soy yo para contárselo? Acuden a mí cuando han metido la pata hasta el fondo, cuando está deprimidas, preocupadas, insomnes, carentes de alegría. Parecen inocentes cuando las oyes en las tiendas, pero yo conozco sus secretos.

Echo un vistazo a algunas prendas y no me inspiran nada, no me apetece probarme ninguna, no soporto la idea de entrar en un probador, deshacerme del abrigo, quitarme la ropa, desatarme los cordones de los zapatos. Salgo de nuevo, camino por la calle y pienso que no, que no lo soporto, que no puedo estar aquí. ¿Y si me encuentro con alguien con quien no quiero hablar? ¿Y si me tropiezo con Julie?

Cojo el tranvía hasta Nordstrand. Quiero ver a Annika.

Me doy golpecitos en el muslo, como si tuviera un tic nervioso, mientras el tranvía traquetea cuesta arriba. Son casi las tres. Ya han pasado veintiocho horas del mensaje en el buzón de voz.

Annika y Henning viven al final de una calle sin salida. Son personas con un alto poder adquisitivo, siempre lo pienso cuando voy a verlos. Tienen una casa bonita, mucho más pequeña que la de Sigurd y mía, pero la suya es una casa que funciona. Es un chalé adosado, bastante nuevo, agradable, que siempre está desordenado, pero desordenado porque se usa. Se nota que hay vida. Tienen tres hijos varones de entre dos y siete años. Siempre hay jaleo, siempre hay alguien que pega a alguien, alguien que tropieza con algo, algo que hay que comunicar en ese preciso instante, y alguien, por lo general Annika, que pregunta: «¿No podéis estar en silencio un ratito?». Hay tantas cosas que hacer... Siempre hay bicicletas, balones y juguetes en el jardín y en la entrada del garaje que esperan ser recogidos. Siempre hay hierba que cortar, paredes que pintar, algo a lo que dedicarse. Los dos trabajan mucho, deberían estar agotados, pero son como el conejito de Duracell, que sigue dale que te pego con una furiosa sonrisa. Un día le dije a Sigurd que si se detuviesen para comprobar si necesitaban descansar, seguramente se vendrían abajo.

Cuando llego a la curva de la calle que lleva a su casa, veo a Henning de inmediato, sobre todo porque está colgando de la copa de un árbol. En las manos lleva unas enormes tijeras de podar y retuerce el torso desplazándose de un lado a otro, inclinándose para aquí y para allá. No me ve, está absorto en su labor. De repente oigo la voz de Annika:

—Aksel, ¡ten cuidado!, se está cayendo la rama. No, Aksel, no, ven aquí, ¡ven aquí, te estoy diciendo! Henning, espera, está debajo del árbol. ¡Henning!

Me detengo cuando la veo y los contemplo un instante. La espalda de Henning en el árbol. Mi hermana, con unos vaqueros que se le arrugan alrededor de las caderas y una camisa a cuadros con los faldones revoloteando, corriendo detrás del niño de dos años, que grita de alegría porque mamá le persigue. No veo a sus dos hermanos y, sin embargo, es una imagen perfecta de la familia de Annika, cuya función en todo momento consiste en impedir accidentes mortales en potencia.

Ella lo atrapa, y lo sujeta en el aire con los brazos. El niño de dos años chilla furioso, quiere continuar, tenía una misión, cómo osa su madre levantarlo así, sin más. Annika se lo echa al hombro, él enrabiado, retorciéndose y pataleando con las piernas, mientras ella le grita a su marido en el árbol:

—¡Lo tengo!

Cuando regresa a la casa, me ve. Primero se detiene y se queda mirándome, y es entonces cuando pienso que es cierto que tiene que estar extenuada. Cuando era estudiante vivió dos años en un maravilloso piso compartido en Fredensborg donde las puertas estaban siempre abiertas y aparecían invitados para tomar café, vino y discutir sobre ética y filosofía empleando palabras como *metanivel*. Ahora la miro y comprendo que debería haber llamado antes, pues al verme los músculos de su rostro se aflojan y, de repente, parece mayor, agotada. Enseguida recobra la compostura, sus músculos se vuelven a tensar y sonrío, cansada y amable, mientras el niño sigue retorciéndose sobre su hombro.

—Hola, Sara, ¡qué sorpresa!

Sigo a Annika hasta la cocina, y al mismo tiempo el pequeño se revuelve sobre su cadera intentando liberarse. Pido disculpas por aparecer sin avisar, y ella me asegura que ha sido una sorpresa agradable, aunque las dos sabemos que no es así. Me arrepiento sinceramente de haber venido, pero ya es tarde. Annika se ocupa de su hijo y se pasa las manos por el pelo; a lo mejor tiene remordimientos por no sentir que verme sea tan agradable como está diciendo que es.

—¿Quieres un té o algo? —pregunta tras las frases de cortesía; lo acepto y me ofrezco a prepararlo.

—Voy a ver qué están haciendo Theo y Joakim —me dice—. Vuelvo enseguida.

Sale de la cocina, y acto seguido oigo crujir la escalera y escucho cómo los llama por sus nombres.

Antes de mudarnos a Nordberg, Sigurd y yo intentamos tener hijos. Fue durante medio año, no más. Por aquel entonces las visitas a casa de Annika y Henning tenían un efecto preventivo en nosotros. Cuando volvíamos en metro nos mirábamos y nos preguntábamos: «¿Crees que siempre es así? ¿Tan agotador? ¿Quizá sería suficiente con uno?».

Miro su cocina. Las sobras del desayuno todavía están sobre la mesa; hay platos de plástico y porcelana, vasos infantiles y tazas de café. En la puerta del frigorífico, los imanes sujetan tantas hojas de papel que parece que la nevera va a volcarse bajo su peso: planes semanales, horarios y listas de la compra, avisos sobre el reciclaje y la vestimenta de la guardería, y una nota sobre la importancia de llevar una vida sana y meditar durante veinte minutos al día. Entre todo aquello, alguna que otra fotografía. Una foto de Annika y Henning de hace diez años, cuando acababan de conocerse. Ella le rodea los hombros con los brazos, lo mira y se ríe. Él mira a la cámara y tiene una mano alrededor de su cintura. Luego hay fotos de los niños, individuales y todos juntos; una foto de Annika y yo de niñas, yo con cinco años, más o menos, ella con unos diez, y luego una de Sigurd, Theo y yo. Es la misma que tengo en mi móvil, la foto de las naranjas. Siento una punzada. Fue un domingo en el que nos fuimos hasta Linderudkollen con los esquís. De eso hace dos años, y no hemos vuelto a ir a esquiar juntos, pero lo recuerdo como un día divertido. Una nueva punzada. Pero sé que no debo preocuparme hasta las cinco, cuando lleve veinticuatro horas desaparecido. Y para entonces seguramente ya habrá vuelto a aparecer. La policía sabe de lo que habla.

En ese mismo instante llama Margrethe. Me sobresalto al oír el teléfono —será Sigurd, me llamará para terminar con esta pesadilla, todo está bien, está en casa— y durante un breve y doloroso instante pienso que todo esto tiene solución. Sin embargo, luego veo que no es así.

—Sara. —Su voz crepita en el auricular—. Soy Margrethe.

Como si su nombre no saliese en la pantalla. Pero ella siempre habla así. Me recuerda a una época pasada, a unos tiempos que yo no he vivido, pero sobre los que he leído en los libros o he visto en la tele; aquellos tiempos en los que la gente se paseaba en coches descapotables con pañuelos de seda, la permanente hecha y los labios pintados de rojo, y se tomaba una copa en la biblioteca antes de cenar.

—Hola —respondo.

Su efusividad me transforma en una persona callada, sus formas me generan reticencia. Así es nuestra dinámica.

—Estoy pasando el fin de semana en casa de una amiga en Hankø —me cuenta—. Llevamos todo el santo día trabajando en el jardín y no he oído tu llamada.

Siempre tengo la sensación de que Margrethe espera que yo me una a ese entusiasmo, que le cuente lo que he hecho durante todo el día y que las cosas que le cuente sean glamurosas. Al parecer piensa que todos son como ella y nunca pierde esa esperanza o, peor aún, ni siquiera se da cuenta de que no es así. Es como si no pudiera asimilar bajo ningún concepto mi falta de distinción.

Por añadidura, Annika entra en ese momento en la habitación con el pequeño en brazos y sudor en la frente.

—En fin —prosigue Margrethe cuando yo no digo nada más—. Me habías llamado; ¿querías algo, cielo?

Me llama «cielo». Nadie más lo hace, ni siquiera mi padre, mi hermana o mi marido. Carraspeo, tratando de suavizar el tono. Tengo que contárselo.

—Pues sí, quería saber una cosa —comienzo, y vuelvo a carraspear; tengo la garganta muy seca, como papel de lija—. ¿Has hablado con Sigurd últimamente?

Se produce un silencio insólito al otro lado.

—¿Que si yo he hablado con Sigurd? —pregunta Margrethe.

—Sólo es que... Es que ha desaparecido o, bueno, no ha desaparecido, pero... Iba a ir a la cabaña con Thomas y compañía el fin de semana y resulta que no se ha presentado allí. Y luego...

Me muerdo la lengua y me hago daño, y lo sé, sé que no es necesario que diga lo otro, no debería, pero ya he empezado, de modo que continúo.

—Luego me llamó y me dijo que estaba allí con ellos, pero resulta que no. Entonces nos extrañó, a mí, a Thomas y al resto, bueno, quiero decir a Thomas y a Jan Erik, vaya, los tres iban a ir a la cabaña, pero, en cualquier caso, Sigurd no fue o eso me dicen ellos. Pero él me dijo que sí lo hizo.

—¿Qué estás intentando decirme, Sara? —pregunta Margrethe, y ahora su voz resulta algo severa, crítica, tal y como me imagino que pueden ser las madres cuando sus hijos tratan de involucrarlas en intrigas que consideran poco recomendables.

Me escuece la lengua en el sitio donde me la he estado mordiendo; resulta blanda al tacto y sabe a acero. Quizá esté sangrando.

—No llegó a la cabaña —digo—. Y no ha vuelto a casa.

Permanezco inmóvil. No oigo nada detrás de mí, sólo noto el movimiento que hace el pequeño entre los brazos de Annika, pero ninguno de los dos dice nada. Es increíble que haya tanto silencio en esta casa donde lo más normal es que no puedas oír ni tus propios pensamientos;

pero aquí está mi hermana, escuchando la conversación en silencio, y sé que tendré que darle una explicación en cuanto cuelgue.

—¿Has llamado al trabajo?

—Lo he llamado al móvil —digo—. Es el teléfono que usa.

—Pero ¿has llamado a sus compañeros?

—No.

—¿No? Pues ya sabes.

Ella espira, deprisa, un suspiro efectivo; ha solucionado mi problema.

—Llámalos —insiste—. O baja a verlos. Seguro que está trabajando. Sigurd es tan conciencioso que siempre está trabajando, ya lo conoces.

—Sí —respondo indecisa—. Y, de todas formas, la mayoría de los desaparecidos regresa antes de que pasen veinticuatro horas.

Margrethe no se digna a responder a este último comentario y me doy cuenta enseguida de que se trata de un planteamiento que no le gusta.

—Llárame cuando consigas dar con él —dice, con más brusquedad de la habitual—. Hablamos pronto. Hasta luego.

Cuelgo y, cuando me doy la vuelta, veo a Annika con su hijo en brazos; ambos me miran fijamente.

—¿Sigurd ha desaparecido? —pregunta Annika, y en su voz percibo el temor que yo intento mantener a raya por todos los medios.

Voy en el asiento del copiloto mientras Annika sale de su calle dando volantazos para incorporarse a una vía más grande de esta enrevesada red de carreteras que constituye su vecindario, una cuadrícula que resulta imposible conocer a menos que residas allí. Vamos de camino a la comisaría de policía. Annika ha reaccionado con una enorme rapidez cuando le he contado lo que había ocurrido. He usado palabras sobrias, intentando quitarle dramatismo al asunto, diciendo lo mismo que la mujer policía sobre que en la mayoría de los casos la gente acaba apareciendo —esa observación que repito como si fuese un mantra— y que seguro que existe una explicación fácil y sencilla. Annika se ha callado durante un segundo y después ha dicho:

—No hagas caso a lo que te diga la policía, Sara; ve ahora mismo y pon la denuncia.

—Pero ella me ha dicho... —he comenzado, aunque no he acabado la frase; he oído lo indecisa que sonaba, hasta qué punto estaba cumpliendo con lo que me habían dicho sin rechistar.

—Lo dicen porque es el protocolo —ha respondido, y ha cogido las llaves del estante de la cocina—. Pero si denuncias su desaparición, tienen la obligación de abrir una investigación. Venga, yo te acompaño.

Con el brazo que no sujetaba al niño ha arrancado su abrigo de la silla y ha salido al jardín. Annika es impresionante cuando se pone en marcha. Cada paso que daba, cada gesto con los brazos, tenía un objetivo claro. Yo he ido detrás de ella con un leve atisbo de aquella sensación de seguridad que recuerdo de los años de nuestra infancia: ahora Annika arreglará las cosas por mí.

Me he quedado en la terraza observando cómo avisaba a voces a Henning, que seguía subido al árbol; «Sara y yo tenemos que ir a la policía», ha dicho mientras daba una serie de instrucciones logísticas a su marido.

—¿Va todo bien? —ha preguntado Henning desde lo alto. Yo sólo veía sus pies desde donde estaba, pero lo oía con total claridad.

—Eso espero —ha respondido Annika de forma sucinta.

Henning ha descendido del árbol, el pequeñajo le ha sido entregado a su padre y, poco después, mi hermana y yo estábamos en su Honda familiar rumbo a comisaría.

—Es importante ser insistente con la policía —comenta Annika—. Hacen su trabajo, pero disponen de pocos recursos, como todos, así que no pasa nada si les demuestras que estás pendiente de lo que hacen.

—Entiendo —respondo, y es cierto, ahora lo entiendo mejor de lo que me gustaría.

Está claro que hay que estar pendiente, que vean que te lo tomas en serio y exigir que ellos también lo hagan. ¿Acaso no he aprendido nada al respecto después de tratar con prácticamente todas las instancias de la administración pública por mi trabajo? ¿Por qué iba a ser diferente en el caso de la policía? Mientras Annika conduce hasta la autovía y cambia la marcha a cuarta, me reconcome la conciencia. ¿Por qué le he hecho caso a la mujer con la que he hablado por teléfono esta mañana? ¿Por qué he dejado que me tranquilizara? ¿Por qué no me he fiado de mí misma, de mi intuición, de mi memoria, de mi propio razonamiento? Es obvio que no hay una explicación lógica; sin duda, Sigurd ha mentado, lo que ya de por sí indica que algo va muy mal. ¿Por qué no he insistido, por qué no he exigido hablar con alguien de inmediato? ¿Y si Sigurd está en peligro? ¿Es posible que haya sucedido algo malo? ¿Podría haber hecho algo para evitarlo mientras estaba de tiendas por Majorstuen para matar el tiempo? Annika jamás se habría ido de compras en un momento así. Ella habría sabido lo que debía hacer de inmediato. Ella es la que siempre lo resuelve todo, y aquí estoy yo, asumiendo de nuevo el papel de hermana menor, una mocosa con las rodillas raspadas, a la que, como mamá ha muerto y papá trabaja y esas cosas no le interesan, su hermana mayor tiene que ponerle una tirita. Algo que Annika siempre hacía, con movimientos torpes: «¿Por qué siempre soy yo la que tiene que ayudarte a ti?».

—Annika —digo—. ¿Crees que..., quiero decir, he cometido una estupidez? ¿Por no llamar? Mi hermana me mira. Estamos yendo por un largo tramo paralelo al fiordo.

—Sara —dice—. No es eso.

Y su intención es consolarme, quitarme un peso de encima, pero sólo consigue empeorarlo, convertirlo en algo más grande. Porque sí, ahora se ha convertido en un asunto serio y, una vez que llegemos a Grønland, se convertirá en un caso de verdad, un caso policial, con expediente y todo, o al menos eso creo. Esto no tiene nada que ver conmigo. No hay nada que pudiese haber hecho de una manera diferente. Cierro los ojos y recuerdo el momento en que él se marchó de nuestro dormitorio, el viernes temprano. Me besó la frente, sus labios estaban fríos: «Sigue durmiendo».

Antes de entrar en la comisaría de policía, vomito detrás de un contenedor de basura.

Esa noche duermo en casa de Annika y Henning. No soporto la idea de volver al vacío caserón del abuelo Torp. Cenamos tacos y vemos una película de James Bond que dan en la tele. Recibo un mensaje de Margrethe en respuesta al que yo le he enviado para contarle que he denunciado la

desaparición de su hijo y pedirle que se ponga en contacto con la policía si tiene noticias suyas. Su respuesta es breve —Por supuesto, gracias por avisar, escribe— y me suena algo arisca. La película discurre ante mí, pero no sé de qué va y me da igual. Veinte minutos antes de que termine me acuesto en el sofá cama del despacho, un viejo mueble de IKEA que ya estaba en el primer piso que compartieron Henning y Annika y que una vez mi hermana me contó entre risas que fue el lugar donde concibieron a Theo. Cierro los ojos y pienso: «Hace dos noches nos fuimos juntos a la cama. Hace cuarenta horas me besó la frente antes de marcharse. Olía a pasta dentífrica y café. Sobre el hombro llevaba la bolsa». Ahora casi parece como si me lo hubiera inventado todo. Estoy tan cansada... Resulta tan extraño... Tengo la esperanza de despertarme mañana por la mañana y darme cuenta de que todo ha sido un sueño o una alucinación.

Cada noche viene a casa. A menudo estamos sentadas en el sofá viendo la tele cuando aparece; es tarde, estamos medio dormidas. Lleva gotas de rocío en el pelo, un jersey de forro polar y ropa interior de lana debajo del abrigo. Huele a frío y a sudor, y a productos químicos. Es el único hombre cuya presencia es invariable en el piso compartido de Bergen, aunque Benedicte tiene un novio esporádico. Algunas veces para de camino en algún sitio para comprar algo; fruta, chocolate, palomitas. Se desploma en el sofá junto a mí y me rodea con los brazos, como si no pudiese relajarse de verdad hasta tenerme abrazada. Acerca los labios a mi cabello y huelo justo eso, el frío del edificio donde se pasa el día trabajando, el sudor helado que acumula pese a todo y los productos químicos que usa: barniz, pegamento, pintura. Las manchas en sus manos. A veces olor a madera, si la maqueta que está construyendo precisa de carpintería de verdad. Huele a trabajo.

Ahora ya sé que se muerde las uñas cuando está pensando en algo. Sé que su padre murió cuando él era adolescente, de cáncer de páncreas, a los dos meses de recibir el diagnóstico. Ahora sé que me abraza con todas sus fuerzas incluso antes de llegar a casa.

Es alumno visitante en la Facultad de Arquitectura y regresará a Oslo cuando acabe el semestre de primavera. A mí me queda un año y medio. Hablamos de todo, de los padres que hemos perdido y de los que nos quedan, de nuestra infancia y de nuestros estudios, hasta de lo que nos gusta ver en la tele. Pero no decimos nada sobre lo que sucederá cuando él se marche.

—La confianza auténtica es efímera —le digo a Ronja—. Porque, en realidad, ¿no es verdad que uno sólo puede ser uno mismo por completo cuando sabe que algo no va a durar?

—Es la cosa más estúpida que has dicho jamás —responde Ronja.

Intento no pensar en el futuro. Quiero que me quede un bonito recuerdo. Me salto las primeras clases para permanecer en la cama con Sigurd, para despertarme con él y charlar mientras todavía estamos medio adormilados los dos, preguntándonos cosas como «¿has dicho algo o lo he soñado?». Me quedo tumbada con él en la habitación cada vez más iluminada mientras oigo los ruidos que hacen mis amigas al otro lado de la puerta: la cafetera, las páginas del periódico que crujen, los zumbidos de sus conversaciones en voz baja.

Me ducho con él cuando ellas se marchan, me pego a él desnuda y mojada y feliz en el interior de la estrecha ducha; «no, en serio», dice, «tienes que frotarme la espalda, yo no llego; hay muy poco espacio aquí dentro». Tomo café y le leo el periódico desde mi lado de la mesa mientras pienso que somos como un matrimonio; experimento con esa sensación, con ese futuro, aunque sé que no durará. Sólo quedan unas pocas semanas. Camino despacio hacia la plaza Torgalmenningen con él, vamos cogidos de la mano. Se acerca la primavera. Él terminará pronto sus prácticas. Luego se marchará, yo me quedaré y conoceré a otro chico, y esto tan sólo será un recuerdo.

La semana antes de marcharse cenamos en el sótano del Naboen.

—Hay una chica en un curso superior al mío que hizo las prácticas en Oslo —le digo—. Por lo visto, es una opción, siempre que sea uno mismo quien se las busque.

Sigurd suelta el tenedor, me mira fijamente, con los ojos abiertos como platos, y me pregunta:

—¿Hablas en serio?

—Sí —respondo, asustada de repente; ¿estoy yendo demasiado deprisa?—. Sí, no sé; si te apetece, claro.

Entonces una sonrisa, y con ella el sol, estalla en todos los rincones de su rostro, hoyuelos y arrugas en las mejillas, en la frente y alrededor de los ojos.

—Estoy tan contento... —dice—, llevo semanas pensando en la forma de convencer a la universidad para que me dejen estudiar otro año más en Bergen.

Ese mismo verano me vuelvo a mudar a Oslo. Sigurd y yo alquilamos un piso en Pilestredet.

Domingo, 8 de marzo: ruido blanco

Está cayendo la noche cuando regreso a casa, a Kongleveien. Annika y Henning han reanudado sus labores en el jardín, yo he jugado con los niños, hemos dibujado con lápices de colores y hemos hecho una cabaña debajo de la mesa del salón. Los niños, sobre todo Theo, se han mostrado entusiasmados; no se podían creer que la tía Sara, que, por norma, sólo quiere jugar durante diez minutos y de mala gana, ahora esté de rodillas en la cabaña de debajo de la mesa durante más de una hora, dejando que los tres se monten sobre su espalda y jueguen con ella como quieran. «¿Puedes venir todos los días, Sara?», pregunta Theo, y una profunda sensación de calor invade lo más hondo de mi corazón. Me empapo en ella con ansia y cierro los ojos ante mi propia falsedad: es la primera vez que me implico de lleno y juego con ellos, y el motivo real es que no quiero irme a mi casa.

—Quédate aquí, anda —dice Annika—. Puedes dormir un par de noches en el sofá.

Pero no puedo. Mi trabajo está en mi casa, tanto el trabajo de verdad como el otro: el de estar allí cuando él llegue. Debo tener las luces encendidas, esperarlo. Lo sé y ella también lo sabe, o lo entiende, dice, cuando niego con la cabeza. Hay vida en casa de Annika, es ruidosa y agotadora, pero está llena de vida, y no tengo demasiadas ganas de volver a la zona de obras abandonada en la que vivo, aunque sé que debo hacerlo. Al final consigo reunir el suficiente valor como para salir de la cabaña de juguete a rastras, atarme los zapatos y marcharme a mi casa.

Reina un silencio absoluto cuando abro la puerta con la llave. La ausencia de Sigurd impregna las paredes. Me quedo quieta en el vestíbulo sobre el desgastado suelo de linóleo del viejo Torp, el mismo que la madre de Sigurd pisaba descalza cuando, de joven, salía de casa a escondidas por las noches. Escucho. ¿Qué trato de escuchar? ¿Intento escucharlo a él? Hay tanto silencio... Sólo se oyen los sonidos de siempre: el temblor del metro en la lejanía y los crujidos propios de una vieja casa de madera, de ese armazón que nos sostiene, que rechina bajo el peso de las estancias que habitamos. No oigo nada que me haga pensar que él está aquí. No obstante, quiero llamarlo a voces, aunque también dudo, aquí donde me encuentro, todavía con los zapatos puestos, como si sólo estuviese de paso por la casa, como si no viviese aquí y entrase para pasar la noche. No quiero oír mi voz, solitaria y sin respuesta, al decir su nombre.

Me quito los zapatos primero. Los coloco sobre el viejo periódico donde los dejamos siempre, donde también están los suyos, las zapatillas de deporte y unos zapatos ligeros que ha sacado para la primavera; parecen enormes junto a los míos, como barcas para seres minúsculos. Me armo de valor.

—¿Sigurd?!

Mi grito no resuena entre las paredes del modo en que había esperado. Al contrario: mi voz suena pequeña, apenas audible, se detiene en las paredes, y no creo que pueda oírse en el salón de la planta de arriba. De modo que subo, sorteando los listones, peldaño a peldaño, mientras oigo

los crujidos y suspiros de la madera a cada paso que doy. El salón parece enorme a la luz del crepúsculo. Vuelvo a pronunciar su nombre antes de encender la luz. «¿Sigurd?» Acciono el interruptor y compruebo que el salón está vacío.

No quiero sentarme aquí. Noto algo diferente, y no sé qué es. ¿Las cortinas? ¿Suelen caer así? Sigurd siempre las aparta todo lo que puede de las ventanas, quiere que entre luz en la habitación. De hecho, al principio le pareció innecesario comprarlas. ¿Las corrí el viernes cuando estuve aquí sola? ¿Es posible que yo, que recuerdo todo con tanta nitidez, lo haya hecho y luego lo haya olvidado? ¿Pudo Julie haberlas movido el minuto que se quedó sola en el salón? ¿Es posible que Margrethe, la única persona, además de nosotros, que tiene llaves de la casa, haya vuelto de Hankø y haya pasado por aquí? ¿Para correr nuestras cortinas?

En nuestro dormitorio tengo la misma sensación. Aquí la noto menos, pero a la vez resulta más aterradora, pues es donde dormimos y nadie aparte de nosotros entra aquí. La cama está cubierta con una colcha. Tiene algunas arrugas en un extremo, como si alguien se hubiese sentado allí o hubiera apoyado una mano. ¿Lo hice yo antes de irme? Me lavé los dientes, entré, me puse unos vaqueros y un jersey, cambié de idea, saqué otro jersey que dejé sobre la cama y me cambié. ¿Ha podido el jersey ocasionar esas arrugas? Y más importante aún: ¿estoy perdiendo la cabeza?

Me hago una taza de té. Estoy cada vez más nerviosa, lo sé. He ido a comisaría para denunciar la desaparición de mi marido porque hace más de dos días que no sé nada de él. Si yo fuese mi propia terapeuta, ésa sería la explicación que me daría. No es extraño que esté nerviosa. No es extraño que mi cerebro procese las cosas con más rapidez y paranoia de lo habitual. Estoy en estado de alerta. Debo recordar que todos los pensamientos horribles que me vienen a la cabeza en estos momentos son exactamente eso: pensamientos horribles. Que me aterricen no los hace más ciertos. Debo entender mi propia reacción. Debo tranquilizarme. Debo ser consciente de que justo ahora, en el estado de nervios en el que me encuentro, mis pensamientos no son racionales. Éste no es el momento de ponerme a descifrar el enigma del mensaje de voz de Sigurd. No es momento de entender por qué las cortinas parecen distintas. Voy a pedir una pizza, y luego veré la tele un par de horas antes de irme a la cama. Mañana trabajaré. Llamaré a los compañeros de Sigurd. Todo será más fácil cuando acabe el fin de semana. Y quizá Sigurd entre por la puerta esta noche, tal y como estaba planeado, y se termine esta pesadilla.

Entonces es cuando lo descubro. El portaplanos de Sigurd. Ha vuelto. Está colgado en el gancho de siempre.

El plan de una noche tranquila de pizza y tele se va al traste. La tele está puesta y la pizza, encargada, pero no sirve de nada. Las voces que salen de la caja tonta —los participantes de un *reality* hablando sobre estrategias de concurso y las voces de los anuncios, siempre con el volumen más alto, que recomiendan con pasión detergentes y casinos online— no son más que ruido blanco. Miro las imágenes mientras reproduzco la escena una y otra vez en mi cabeza. Escena 1: viernes, hora del almuerzo. He escuchado el mensaje de voz de Sigurd. Estoy comiéndome mi sándwich de atún. Observo el gancho vacío. Lo contemplo. Pienso: «¿Qué extraño!». Pienso: «¿Se lo habrá llevado? ¿No iba a ir a recoger a Thomas por la mañana?». Escena 2: sábado por la mañana. Observo de nuevo el gancho vacío antes de bajar al vestíbulo y, tras abrir el cerrojo, salgo de casa. Sé que eso es lo que ocurre.

Alguien ha estado en mi casa. Es la única explicación. Esto no lo ha hecho Julie. Ha sucedido mientras estaba en casa de Annika en Nordstrand.

Y aun así no me lo creo. Repaso mi razonamiento una y otra vez, apática frente al televisor. ¿Estoy completamente segura de que ha sido así? ¿No existe otra opción?

El mejor terapeuta que me dio clases en la universidad siempre decía: «Lo más importante que puedes hacer por tus pacientes neuróticos es ayudarlos a ver el mundo como es. No como ellos quieren que sea o como temen que es. No como les indican que es las conclusiones que sacan, sino tal y como es. Ayúdalos, por supuesto, a distinguir entre fantasías, deseos y temores surgidos de la realidad. Una mujer insegura que esté recién casada y tema haberse casado con el hombre equivocado, por ejemplo, necesita ayuda para comprender que las dudas que siente no dicen necesariamente nada concluyente sobre la relación que mantiene. Un joven estudiante que se derrumba ante la angustia por los exámenes necesita ayuda para comprender que su miedo no dice nada sobre sus capacidades ni sobre cómo irá el examen en realidad. Ésta es la verdad: de vez en cuando sientes irritación hacia tu marido o la materia que debes estudiar para el examen te parece muy difícil. Eso es todo. No es realista amar y admirar a tu cónyuge cada segundo del día, cada momento. Y que uno no entienda toda la materia de estudio en una primera lectura no significa que nunca la vaya a entender. El mundo no es tan simple. Es lo que es. Todo lo demás son conclusiones personales».

Sigurd ha desaparecido. Ha mentido. Eso parece indiscutible. Su portaplanos, el tubo gris de plástico que antes no estaba, ha vuelto a su sitio. Eso es todo lo que sé. ¿Significa eso que alguien ha estado en mi casa o ésa es una conclusión que he sacado por mi cuenta? Debo intentar permanecer lúcida, impedir que mi cerebro aterrado se desboque.

Llaman a la puerta. Es la pizza, pienso mientras bajo corriendo la escalera hacia el recibidor. Pero, por otro lado, ¿y si es otra persona? ¿Quizá Sigurd? ¿O alguien que sabe algo? Es un pensamiento que contiene esperanza, una última esperanza. Un lujo que todavía conservo.

Giro la llave sin mirar quién está al otro lado, abro la puerta y en cuanto veo al hombre y a la mujer que están fuera lo sé.

Ambos llevan uniforme de policía. Son jóvenes: la mujer es de mi edad, el hombre unos años menor. Él parece nervioso. Es la mujer la que habla. Es probable que sea su superior. Tal vez él esté de prácticas.

—¿Es usted Sara Lathus? —pregunta.

—Sí —digo yo, o más bien dicen mis cuerdas vocales por su cuenta.

—Me temo que tengo que darle una triste noticia —señala la mujer.

Se humedece los labios una vez, dos veces. Tal vez ella también esté nerviosa. Me la imagino en la academia de policía aprendiendo a hacer esto, a comunicar noticias difíciles. Seguro que fue una sesión doble, aunque es poco probable que durase más de noventa minutos; me la imagino sentada en el borde del asiento, tomando notas entusiasmada. «Muéstrate seria, pero digna. Transmite el mensaje con rapidez. Sé concisa.»

—Vengo de la comisaría de policía de Oslo —dice.

«Di de dónde vienes.»

—Hoy, alrededor de las cinco, hemos encontrado el cadáver de un hombre cuya descripción corresponde con la de su marido. La identificación no será definitiva hasta al menos dentro de unos días, pero todo indica que el cuerpo pertenece a Sigurd Torp. Ha sido hallado en Krokskogen, a unos dos kilómetros de Kleivstua.

La mujer carraspea. El hombre que la acompaña fija la mirada en mi hombro; no quiere que sus ojos se encuentren con los míos o quizá le hayan dicho que procure que no ocurra.

—No debe de ser fácil oír esto —dice ella—. Mi más sentido pésame.

Estaba nublado y hacía frío cuando Sigurd y yo nos casamos. Era un día típico de principios de otoño en Oslo. Volvimos a casa por el río y subimos a Torshov después. Le dije: «Ahora eres mío hasta que la muerte nos separe». Él se rio y contestó: «Lo mismo te digo».

En este momento eso es todo en lo que puedo pensar. Los policías me miran mientras yo sigo allí plantada con la mirada perdida, viendo cómo el repartidor de pizzas aparca su coche detrás del de ellos en la entrada, sale del vehículo y se queda mirándonos, indeciso, y lo único que pienso es que la muerte nos separa. No lo tuve por mucho tiempo.

—Ábrelo —dijo Sigurd.

Cogí el regalo que había sobre la cama y le arranqué el envoltorio. Rebusqué entre el papel de periódico hasta encontrar un pequeño paquete, el verdadero regalo, y también lo desenvolví. Dentro de la cajita había un colgante.

Era el día de mi cumpleaños del año en el que hice prácticas en un centro de rehabilitación para toxicómanos graves a las afueras de Oslo, en vez de trabajar en una clínica para adolescentes en Bergen, como tenía planeado. Sigurd y yo alquilamos un pequeño y gélido apartamento en Pilestredet, y cada mañana yo cogía el tranvía desde Bislett hasta la estación central de Oslo y desde allí el tren hacia Lillestrøm. Luego caminaba bajo la lluvia que caía a cántaros hasta el edificio, parecido a un barracón, donde trabajaba. En el mejor de los casos, los pacientes me mostraban indiferencia; en el peor, signos de querer atacarme de forma violenta. Mi tutor era un viejo psicólogo al que le faltaban dos años para jubilarse y al que era evidente que todo había dejado de importarle hacía muchos años. En el tren y en el tranvía de camino a casa intentaba mantener el cerebro ocupado para no ponerme a llorar antes de llegar y meterme en la ducha, donde podía hacerlo sin que nadie me viera.

—¡Sigurd! —exclamé—. Es preciosa, pero no será auténtica, ¿no?

Había una piedra reluciente, pequeña pero real, en el colgante. La sonrisa de Sigurd se ensanchó todavía más y los hoyuelos se extendieron por todo su rostro; nunca entendí cómo era posible, pero a Sigurd se le formaban hoyuelos junto a los ojos.

—No tenemos dinero —le recordé.

—No pienses en eso —dijo él—, sino en si te gusta o no. Si no te gusta, se puede cambiar.

—¿Puedo cambiarlo por dinero para la factura de la luz? —pregunté entre risas, y miré el colgante y supe que siempre lo llevaría conmigo.

Una cadenita de plata, un sencillo colgante, el diamante más diminuto. Lloraba en la ducha para que él no lo notara, pero Sigurd no era estúpido.

—Feliz cumpleaños —dijo—. Dámelo, te ayudo a ponértelo.

Lunes, 9 de marzo: coraza

Hay policías en mi casa. Han llamado a la puerta muy temprano por la mañana, con una tristeza fingida que se ha desvanecido en cuanto los he dejado pasar y se han puesto manos a la obra. Estoy sentada junto a la isla de la cocina con una taza de café. Aún no me he vestido. Tampoco me he duchado. No he llamado a nadie. He recibido algunas llamadas —de Margrethe, de Annika—, pero no he cogido el teléfono. Sólo aguardo.

Los policías están en la segunda planta. Están buscando algo, no sé el qué; por lo visto, ni ellos lo saben. «Cualquier cosa puede ser de interés», ha dicho el joven policía engreído que ahora está registrando el cajón donde guardo la ropa interior y los calcetines. Lo acompaña la mujer que vino anoche y que hoy ha vuelto, imagino que con la intención de inspirarme confianza. Tiene el efecto contrario: no quiero volver a ver a esa mujer en mi vida. Pero aquí está, destilando frescor matutino y componiendo un gesto triste en el rostro con el que quiere mostrarme que siente mi dolor.

—Gundersen quiere hablar con usted sobre las once —anuncia—. Es Gundersen quien dirige la investigación.

—Es uno de los mejores —dice el joven engreído junto a ella.

Él me gusta más. Es más natural. Ella es la típica pija del oeste de Oslo con mechas rubias en el pelo y pendientes de perlas; y ese sociolecto, esa dicción, son idénticos a los de las chicas con las que me crie. Estoy segura de que tenemos conocidos en común. Me la imagino quedando con sus amigas, hablándoles de mí, «no se lo contéis a nadie, es confidencial, pero...». ¿Me preocupa? ¿Tendría alguna importancia que alguien lo supiese? Intento averiguar lo que siento, pero no tengo adónde agarrarme, ningún gancho del que colgar teorías, en el que comprobar cómo me está afectando todo esto; lo único que noto es un enorme hueco, vacío y abierto, preparado para ser rellenado con algo, con sangre, con dolor, con algo que aparecerá, supongo, en la siguiente curva.

De momento, tomo café. No sabe a nada. Oigo voces a mi alrededor, de los policías, imagino. Tengo a la policía en casa. No he cogido el teléfono y no he intentado ponerme en contacto con mis pacientes para cancelar las sesiones. He quedado con Sasha a las nueve y media, y me doy cuenta de que quiero mantener la cita. ¡Sí! He ahí el atisbo de un sentimiento. Me vendrá bien ver a Sasha hoy. Espera, un momento: ¿la labor de los pacientes es hacer que el terapeuta se sienta mejor? ¿Estoy a punto de hacer algo poco ético? ¿Me importa? Intento escrutar el hueco en mi interior, pero parece que eso es todo: no hay ninguna reacción ante esta posible violación de los principios éticos de mi profesión. Cualquier persona sensata comprendería que no estoy en condiciones de tratar a ningún paciente, pero Sigurd ya no está, vivo sola, y no tengo la sensatez necesaria como para aconsejarme como es debido a mí misma. Por consiguiente, no he llamado a Sasha. Mi siguiente paciente viene a las once, es una quinceañera con anorexia; a ella no podré atenderla por el simple hecho de que ésa es la hora en la que el gran Gundersen ha determinado que va a hablar conmigo. Debería llamarla, pero ¿lo hago? ¿Me importa? El teléfono suena a mi lado. Como llevo todo el fin de semana pendiente del teléfono, ahora me estremezco cada vez que

emite un sonido. Pero no es Sigurd. Claro que no es él, no puede ser él, ahora lo sé. Es Margrethe otra vez. Han hablado con ella, es una de las pocas cosas que sé, y menos mal, porque eso implica que no tengo que hacerlo yo.

Esto es lo que sé: Sigurd ha muerto. Lo encontraron en Krokskogen. Creen que ha sido asesinado. Han hablado con su madre. Las tres primeras cosas me las contó anoche la agente de policía que no me gusta, por iniciativa propia. La cuarta la pregunté yo. Fue la única pregunta que hice. Estaba en la escalera y miraba más allá de la agente de policía y de su asistente, en dirección al confuso repartidor de pizzas, que dudaba sobre si ir a entregar la pizza a una casa donde había policías en la puerta. Sentí una especie de extraña expectación —¿qué hará?— y el impulso de apostar conmigo misma: diez coronas a que da media vuelta y se marcha de puro desconcierto. Al final, colocó la pizza sobre el capó y se quedó esperando. Dirigí la mirada de nuevo a la agente de policía que no me gustaba y pregunté:

—¿Van a avisar a alguien más?

Ella me miró al tiempo que una arruga interrogante quebraba su frente y las cejas cuidadosamente depiladas se alzaban. Parecía sorprendida. Por lo visto, eso no es lo que hay que preguntar cuando acabas de saber que tu marido ha sido asesinado. Hay algo reconfortante en ver a una tipa pija así sorprendida, pasa tan pocas veces...; llevan unas vidas muy aburridas, nunca les sucede nada inesperado.

—¿A quién se refiere? —preguntó.

—A su madre.

—Sí, por supuesto; quiero decir, si quiere que lo hagamos.

Me transfirió la carga de la decisión. A saber qué dirían sobre este tema en la clase sobre cómo informar de un fallecimiento. O quizá involucrar al usuario, o comoquiera que se llame, sea considerada una buena práctica. El repartidor de pizzas consultó su reloj. Me pregunté por qué les daba importancia a todos estos detalles, por qué mi cerebro tomaba esos derroteros, por qué parecía fácil distraerse con esos detalles en vez de centrarse en el mensaje que acababa de recibir, en el verdadero problema con el que tenía que lidiar.

—Sí —respondí y luego carraspeé—. Eso es lo que quiero.

Me saqué el teléfono del bolsillo para darle el número y descubrí que Annika me había escrito.

Espero que estés bien,
avisa si sabes algo más.
Nos llamamos mañana.
Cuidate. Un abrazo.

Supe que debía llamarla. Le di la dirección y el número de teléfono de Margrethe a la agente de policía y, durante unos instantes —mientras yo leía los números y ella tomaba nota—, eso fue lo único que sucedió. Es una de esas situaciones en las que te encuentras, por lo general, cada semana: la de anotar un número de teléfono. El repartidor de pizza miró el reloj de nuevo.

—Regresaremos mañana por la mañana para hacerle algunas preguntas —añadió ella—. Y para echar un vistazo a la casa, si no tiene inconveniente.

—De acuerdo —dije. En fin, que hiciesen lo que quisieran, ¿quién era yo para oponerme?

Me consolaba saber que, por lo visto, tenían un plan para lo que venía a continuación, una especie de guion de lo que debía hacerse en semejantes circunstancias. O quizá más bien unas directrices, sí, eso es, unas directrices, seguro que impresas en un folleto que guardaban en una carpeta de anillas disponible en todas las comisarías de policía de Noruega, o quizá incluso un libro, un archivador, un documento impreso con espiral en el lomo, Dios mío, ¿por qué estaba pensando en todo eso?

—Responderemos también entonces a cualquier pregunta que pueda tener —añadió.

Así fue como me enteré de que era de esperar que me estuviese preguntando una serie de cosas. Aunque en realidad yo no me estaba preguntando ninguna.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar? —preguntó ella—. Es decir, sus padres o algún amigo, algo así.

—Sí —respondí—. Sí, puedo llamar a mi hermana.

—Bien. No es buena idea que esté sola en una situación así.

«¿Y tú qué sabes?», quise decirle. ¿Cómo es posible soltar una recomendación tan general de lo que es adecuado para distintos individuos en una situación tan singular, tan peliaguda? Pero no dije nada, por supuesto. El repartidor de pizzas había comenzado a avanzar hacia la casa. Estaba decidido a cumplir con su misión. Reconozco que me sorprendió.

—Gracias —dije, aunque no sabía qué era lo que tenía que agradecer.

—De nada —replicó ella.

Adoptó una mirada afligida y entrecerró los ojos; extendió una mano y la posó sobre mi brazo, presionándomelo.

—¿Está bien? —preguntó.

Y tuve la extraña sensación de que era yo la que debía calmarla a ella; de que era tarea mía, como principal afectada, tranquilizarla a ella, la profesional. «¿Está bien?» ¿Cómo podía yo responder a semejante pregunta, con esa herida abierta y sangrante recién infligida?

—Sí —respondí.

El repartidor de pizzas caminaba más despacio a medida que se iba acercando a la casa.

—Nos vemos mañana —zanjó, informándome así de que regresaría. «Crea previsibilidad.»

Los dos policías casi chocaron con el repartidor de pizzas al darse la vuelta. Hubo un instante de confusión —se preguntaron seguramente qué hacía él allí—, pero no dijeron nada. El repartidor no esperaba que se diesen la vuelta y yo no estaba en condiciones de dar ninguna explicación, de modo que el chico empezó a hablar: «No quiero entrometerme, pero, bueno, la pizza...». La agente de policía se sintió quizá en la obligación de manejar la situación y musitó algo muy genérico sobre lo importante que era alimentarse bien en un momento como éste, a lo que el joven policía asintió en señal de acuerdo. Mientras enfilaban hacia el coche patrulla, el repartidor me entregó la pizza.

Lo habían encontrado en el bosque de Krokskogen, en la vieja cabaña de su padre. Me quedé parada con la caja de pizza entre las manos, en el vestíbulo, y supe lo que tenía que hacer. Había algo muy sencillo que debía comprobar.

El padre de Sigurd había sentido pasión por la vida marítima y, aunque el resto de la familia no tenía esa afición —más allá de que una amiga de Margrethe tuviese un pequeño velero en Hankø—, el padre de Sigurd les había dejado en herencia algunos efectos marítimos. Uno de ellos era una gran canica de cristal hueca metida dentro de una malla de bramante. Los pescadores solían usarlas antiguamente como boyas para que los enmalles se mantuviesen a flote, pero en la actualidad se vendían sobre todo como souvenirs. Por lo visto, el padre de Sigurd sostenía que aquella boya, que había comprado durante unas vacaciones en el norte, había sido usada de verdad para pescar. Sigurd ató la boya a nuestra llave de la cabaña y tanto él como Margrethe se partieron con la ocurrencia. «Son las llaves de una cabaña en el bosque», me dijo al ver que yo no me reía, como si eso lo explicase todo. Repetía la misma broma a todo el que venía de visita: mi padre, Annika y Henning, Thomas y Jan Erik... No cosechó más que algunas sonrisas educadas, pero no creo que se diera cuenta. La llave ocupa un lugar especial en un pequeño armario con ganchos del despacho de Sigurd. Cuando no la estamos usando, cuando no estamos en la cabaña, la guardamos allí junto a otras llaves, aunque la de la cabaña del bosque, con su enorme boya de cristal, llama la atención más que el resto. Lo único que tenía que hacer era caminar ocho pasos y entrar en el despacho.

Allí estaba el pequeño armario. Lo abrí. No había ninguna boya de cristal, ninguna llave de la cabaña.

Más tarde, estando arriba en la cocina, mirando la pantalla del televisor —que parpadeaba sin cesar como si no hubiese ocurrido nada— con la caja de pizza entre las manos, me di cuenta de que me era imposible llamar a Annika, tal y como le había prometido a la agente de policía que haría. Annika me apoyaría y se encargaría de todo, como siempre, pero noté que se me retorcían las tripas ante la idea de llamarla con un dolor tan crudo como el que experimentaba.

De modo que fui a acostarme. Al fin y al cabo, ¿por qué no?

No me es posible describir cómo pasé la noche. Apenas dormí, está claro. Es lo único que puedo decir. La pizza siguió intacta hasta que esta mañana le ha dado un bocado uno de los agentes que ahora están revolviendo mis cosas en la planta de arriba.

A las nueve y media estoy duchada y vestida para trabajar en mi consulta. Dos coches patrulla se encuentran estacionados a lo largo de nuestro camino de acceso, puedo verlos a través de la ventana desde donde estoy sentada. Todavía no he llamado a la paciente que viene a las once. No sé qué pienso hacer al respecto. Debería llamarla ahora, antes de que salga del instituto para acudir hasta aquí, ya que cuando acabe mi sesión con Sasha ya estará de camino, pero no soy capaz de moverme del sillón en el que estoy sentada.

En lugar de eso, me pongo a contar. Ciento veinticuatro, ciento veinticinco, ciento veintiséis. No sé muy bien por qué. Al parecer, los porqués han dejado de preocuparme. Los agentes de policía han invadido mi casa, pero aquí, en mi despacho, sigo siendo la jefa. Estoy sentada en mi sillón, el sillón que más siento como mío, donde suelo acomodarme frente a Christoffer, y frente a

Sasha también, por cierto. Ciento treinta y uno, ciento treinta y dos. Aparece abajo Sasha, en la calle. Lleva un abrigo negro y una bufanda roja enrollada, y tiene unos andares que reconozco enseguida. Me alegro de verla. Es mi paciente. Soy su terapeuta. Tengo trabajo que hacer.

Sasha es una persona transexual. Al nacer la llamaron Henrik. Según cuenta, lleva toda la vida sabiendo que en realidad no es un chico. Le quedó claro, sobre todo, durante la pubertad, y ahora, a los dieciséis años, recibe tratamiento hormonal, se viste como una mujer y ha adoptado un nombre femenino con chispa. Todo esto podría hacer parecer a Sasha un caso complejo, pero resulta que es una de mis pacientes más sanas. Sabe con exactitud cuál es su postura en cuestiones de identidad de género, algo sobre lo que cualquier joven de su edad sólo podría soñar. Sus padres no hacen más que apoyarla, y está rodeada de muy buenos amigos que la aceptan sin reservas tal y como es. Cuando, a pesar de todo, viene a terapia, es para «ordenar su cabeza», como dice ella misma, algo que necesita, sobre todo, debido a la estupidez de ciertas personas intolerantes con las que se encuentra. También está muy disgustada por el hecho de que deba esperar a los dieciocho años para poder someterse a la cirugía de reasignación de género y tener una identidad jurídica de mujer, pero hasta eso consigue tomárselo con sentido del humor la mayoría de los días que acude a mi consulta. Sólo viene una vez al mes y nuestras sesiones son buenas. Responde bien a las intervenciones que realizo, reflexiona sobre mis sugerencias y las usa de forma activa. No podría haber paciente mejor con la que tener una cita el día siguiente de conocer la noticia de la muerte de Sigurd.

Ciento ochenta y ocho. Sasha se detiene junto a los coches de policía. Permanece quieta unos instantes, contemplándolos. A continuación levanta la vista hacia la casa y la desplaza de forma lenta hacia el garaje y hacia la ventana donde me encuentro yo. Levanto la mano y la saludo. Ella alza la suya, enfundada en un guante aunque el día sea templado, y me devuelve el saludo. Pero no sonrío. Parece escéptica, casi asustada. Me pregunto por qué mientras la veo caminar el último tramo hasta el garaje. En cuanto dobla la esquina y desaparece de mi área de visión, me doy cuenta de que es porque yo no estoy sonriendo. De hecho, no creo que sea capaz de hacerlo. Me doy un cachete en la mejilla con la palma de la mano. ¡Recobra la compostura! Soy una profesional. Si no mantengo el control, no puedo trabajar. Intento decidir si eso me importa, y noto un tirón en mi interior. Bien, eso quiere decir que quedan sentimientos ahí dentro. Quizá no me importe la ética profesional, pero Sasha sí me importa.

—¿Qué pasa con los coches de policía? —me pregunta mientras se acomoda en el sillón.

Se ha quitado el abrigo y la bufanda y los ha colocado sobre su regazo. Debajo lleva un jersey de color verde musgo y una ajustada falda negra. Se ha sentado con las piernas a un lado, de una manera femenina y refinada, como si fuese una secretaria de los años sesenta.

—Es sólo un lamentable incidente que ha ocurrido este fin de semana —respondo y agito la mano.

Intento dar la impresión de que se trata de algo que carece de importancia, un robo quizá, pero observo que el gesto ligeramente alarmado de su rostro no se desvanece por completo.

—¿Cómo has estado desde que nos vimos la última vez? —quiero saber.

Me acomodo en el sillón, con el torso ligeramente inclinado hacia delante, y siento que estoy en mi sitio. Sí, puedo hacer esto. Cuando es necesario, el piloto automático toma el control y me fuerza a actuar de modo profesional. Es una sensación agradable. Todo está donde debe estar. Dejo de lado el caos que hay en la casa, los agentes de policía, los portaplanos, las cortinas, las cajas de pizza. Los abandono a su suerte. Aquí, en la consulta, estamos Sasha y yo, y tenemos un trabajo que hacer.

—Bueno —contesta ella, y estira las manos—. Va más o menos bien. Sí. Va bien.

Asiento. Entrecierro los ojos para concentrarme. Soy la viva imagen de una psicóloga en plena acción.

—Sólo es que... —añade ella, y resopla contra su flequillo—. Ay, es que es tan tonto, vas a reírte de mí. Resulta que he conocido a alguien. Es decir: yo lo he conocido a él. Que él crea que valga la pena conocerme a mí es otro tema bien distinto.

—Quieres decir que no estás segura de si tus sentimientos son correspondidos —observo.

—Sí. No estar segura es una forma suave de decirlo.

—¿Le has preguntado?

Vuelve a resoplar, de la manera en que lo hacen los adolescentes para decir: «Sí, claro».

—No es el típico tío que se enamora de alguien como yo —afirma, y añade con sarcasmo—: Por así decirlo.

—Supongo que eso significa que no le has preguntado.

—Supones bien.

—Entonces, lo que dices sobre que no es el típico tío que se enamoraría de alguien como tú de momento sólo es una suposición, ¿no?

Mira por dónde, me manejo bien. Estoy desafiando las conclusiones que ha sacado Sasha. Estoy haciendo mi trabajo.

—En principio —responde Sasha—. Ay, Sara, por favor, no me digas que seguro que me querrá cuando me conozca. No soportaría oírlo.

Sonrío, lo que me resulta algo complicado. Lo consigo, pero noto que el resultado es algo tenso.

—Hay una jerarquía en los institutos, ¿sabes? —prosigue Sasha—. Aunque sea tentador creer que lo único que importa es que seas bueno y amable y sincero con respecto a tus sentimientos.

—¿Y dónde te encuentras tú en esa jerarquía, Sasha?

—No abajo del todo —dice—. Pero tampoco arriba, precisamente.

—¿No? ¿Y dónde se encuentra él?

Sasha lanza una mirada por la ventana.

—Sara —me advierte—. Ha llegado otro coche de policía.

Sigo su mirada. Un tercer vehículo ha aparcado en la entrada, en diagonal, cerrando el acceso a la casa desde la carretera. Se bajan dos personas: un hombre en uniforme de policía y otro vestido de calle, con una cazadora y un descuidado bigote que le atraviesa el rostro. Se encaminan hacia la casa y, mientras los observamos, intento recordar la última pregunta que le he hecho a Sasha.

—Sara. —Me mira—. ¿Va todo bien?

Me gustaría responder que sí, pero sería una mentira y no soy capaz de mentir aquí, en mi consulta, no a ella y no en un día como éste, en el que el simple hecho de sentarme en esta silla no está siendo fácil. Para no desvelar demasiado, digo:

—Ha surgido algo. No tiene nada que ver con esto, con lo que ocurre aquí, pero entiendo que puede resultar un poco intimidante, o por lo menos llamativo, ver tantos coches de policía.

Sasha pregunta:

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Ha habido una desaparición —respondo.

En realidad ya no se trata de una desaparición, pero no me siento capaz de decir lo que es. Si repito lo que se me comunicó anoche en el umbral, lo haré real. Si lo digo en voz alta, tal vez jamás vuelva a ser la misma.

—Sólo es que... Bueno, es mi marido. Mi marido ha desaparecido.

Sus ojos se dilatan, las espesas pestañas se despliegan hacia la nada. Sus globos oculares parecen querer abandonar sus cuencas.

—¿Ha desaparecido tu marido?

—Sí.

Miro hacia fuera. Los dos hombres que han descendido del coche han entrado en la casa. Han llamado al timbre, pero han entrado sin esperar, o eso me ha parecido. El viejo Torp debería haber presenciado esto, pienso; al final, su vivienda ha sido sitiada de verdad por las fuerzas del orden.

—Sara —dice la adolescente sentada frente a mí—. La psicóloga eres tú, no yo, pero ¿no crees que habría sido buena idea que te tomaras hoy el día libre?

No tengo respuesta para eso. Ella tiene razón, por supuesto. Alguien debería habérmelo dicho, pero ¿quién podría haberlo hecho ahora que estoy completamente sola?

—Quería trabajar —indico—. Teníamos una cita.

Me mira, y su mirada está tan llena de compasión que parece imposible que podamos volver a tener jamás una relación profesional.

—Está bien —dice con una voz clara y lenta, como si hablase con una niña—. Mejor nos vemos otro día.

El hombre de la cazadora y el bigote frondoso me espera en el salón. La mujer policía de anoche está con él, y los acompañan un par de agentes de policía más. El bigotudo está hablando cuando entro en la habitación; oigo el final de lo que dice.

—Tenemos que asegurarnos de que los forenses se pronuncian sobre eso —declara.

Habla con un dialecto cerrado del este del país; lo más probable es que venga de un pueblo pequeño. Su voz es plana e inexpresiva, pero los demás lo escuchan con tanta atención que no necesita alzar el tono para que le oigan. Está claro que es el jefe.

En cuanto me ve deja de hablar. Los demás también se dan la vuelta y se quedan mirándome.

—Hola —digo—. Sólo he venido a por un café.

La mujer que no me gusta recobra la compostura y me presenta:

—Es Sara Lathus, la esposa del fallecido.

Suena extraño. Esposa del fallecido. Un nuevo estado civil, pienso. Ni siquiera soy el familiar más próximo, sino la esposa del fallecido. Parece una posición muy poco deseable. El bigotudo se activa y se acerca a mí con la mano extendida. Se detiene frente a mí, aunque yo no sé qué hacer con su mano, porque al parecer ya no sé comportarme con normalidad. Pero él es rápido y efectivo, resulta evidente con cada paso que da, y no piensa dejar que mi indecisión lo detenga. Así que, por las buenas, inclina el torso, agarra mi mano derecha —que cuelga lánguida junto al costado—, la estrecha con ímpetu y se presenta:

—Gunnar Gundersen Dahle. Llámeme Gundersen, todo el mundo acaba por llamarme así antes o después.

—Sara —musito.

Suelta mi mano. Noto que me duele, tiene que habérmela apretado muy fuerte. Al menos soy capaz de sentir algo.

—Sara, me gustaría tener unas palabras con usted. Explicarle lo que sabemos hasta el momento y escuchar lo que tenga que contarnos.

Asiento. Así que tengo que contarle lo que sé. Ésa es una novedad para mí. No sé qué esperaba de la conversación que iba a tener con él, pero no se me había pasado por la cabeza que tuviese que poner de mi parte.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—En mi despacho —respondo—. Está encima del garaje.

—Estupendo —dice Gunnar Gundersen Dahle—. Vayamos para allá ahora mismo.

Antes de que nuestra conversación comience, llamo a la paciente a la que tenía que atender a las once y cancelo nuestra cita. Gundersen Dahle y otra agente, una mujer pelirroja en la treintena, se quedan junto a mí mientras llamo. No me gusta, hace que me sienta vigilada. Jamás me ha gustado hablar por teléfono delante de otras personas, ni siquiera delante de Sigurd. Solía irme al dormitorio cuando tenía que hablar con alguien sobre cualquier asunto que no fuera rutinario. Y todas las llamadas que atañen a mis pacientes las hago desde esta consulta. Pero Gundersen y su compañera no han hecho ningún ademán de salir cuando les he dicho que tenía que llamar por teléfono y no estoy en posición de pedirle nada a Gundersen, de modo que aquí están los dos, escuchándome.

—Me temo que tengo que cancelar nuestra cita de hoy —anuncio.

—Ah, vale —responde ella.

Se oye ruido a su alrededor, voces y risas. Es probable que siga en el instituto. Y parece aliviada, lo que me molesta un poco. Está claro que cancelar citas es mucho más fácil de lo que me había imaginado.

Cuando cuelgo, veo que tengo una llamada perdida de un paciente que ha dejado un mensaje en el buzón de voz. Marco el número del buzón y presiono el teléfono con fuerza contra la oreja para que los policías no oigan nada. Gundersen contempla con interés un cuadro que cuelga sobre mi archivo y no parece prestar atención alguna.

—Hola —suena en el buzón de voz—. Soy Vera. Yo... tengo que hablar contigo. Antes del viernes, quiero decir. Hay algo de lo que necesito hablar. ¿Puedes llamarme? ¿Sí? Adiós.

Qué extraño, pienso. Vera jamás ha pedido una sesión extraordinaria. Debe de haber sucedido algo. Intento saber si eso me produce curiosidad, pero no siento nada, sólo el vacío de nuevo, un destello que viene de él.

—Ese cuadro —pregunta Gundersen—, ¿representa uno de esos test que le hace a la gente? ¿Ésos en los que les pregunta qué ven en él, y si ven a su madre, significa, yo qué sé, una cosa u otra?

—No —respondo—. Es un grabado de Kandinsky.

—No sé nada sobre arte —admite Gundersen—. ¿Y tú, Fredly?

—Tampoco —responde la agente pelirroja, y me da la sensación de que reprime una sonrisa. Fredly, es decir, «refugio de paz». Menudo nombre para una agente de policía.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —les pregunto.

—Llegaremos a eso en breve —responde Gundersen, y le da la espalda a mi cuadro—. Empecemos mejor por el principio.

Retira mi silla de escritorio y se sienta en ella, cruzando una pierna por encima de la otra de manera que su tobillo se acaba columpiando sobre la rodilla de la pierna opuesta. Se acomoda bien, con las piernas separadas.

Tomo nota de la situación. Yo le hago una pregunta, y él responde que por ahí no es por donde empezamos. No se me escapa tampoco que pertenece al tipo de personas que eligen su propio asiento y que, cuando lo hacen, no optan por uno de los dos sillones disponibles que están a la vista, sino que escogen una tercera silla y la retiran sin más de debajo del escritorio. Puede que estemos en mi despacho, pero ha tomado el control de la conversación. No sé qué significa eso. Tal vez nada. Pero tomo nota.

—Cuénteme cómo fue el viernes —comienza él.

Me siento en el sillón izquierdo, a falta de una alternativa. La compañera de Gundersen se queda de pie, apoyada contra la puerta. Me pregunto si lo hace por una cuestión de rango, eso de no sentarse.

—Fue un día horrible —constato.

—Cuénteme —pide Gundersen.

—Bueno —digo—. Sigurd desapareció.

—No, no —interviene él—. Cuénteme cómo fue el día. Desde el principio.

Suspiro, miro por la ventana y veo a través de ella los coches patrulla aparcados en la entrada. Hace una semana era un lunes cualquiera del mes de marzo. Gundersen no añade nada, ha dicho lo que tenía que decir y ahora espera a que yo hable.

—Me desperté cuando Sigurd se marchaba —empiezo—. No sé qué hora era, estaba durmiendo, debía de ser temprano. Me besó en la frente y dijo: «Me voy ya, sigue durmiendo». Entonces volví a dormirme. Cuando me desperté, ya no estaba.

Gundersen asiente. Fredly sigue apoyada contra la puerta, tomando notas en un cuaderno.

—Me desperté de nuevo más o menos a las siete y media —continúo—. Tenía a mi primer paciente a las nueve.

—¿Qué hizo al despertarse? —quiere saber Gundersen, y comprendo que la información que busca está precisamente en los detalles.

De repente me doy cuenta de que estoy siendo como Trygve, alguien que habla en términos generales, que evita lo concreto. Trato de recobrar la compostura.

—Me duché —digo—. Me vestí en el dormitorio. Bajé y me senté en la cocina. Desayuné, no recuerdo muy bien qué, y tomé café. Me vine aquí a la consulta, y ya me estaba esperando mi primer paciente.

Gundersen emite un carraspeo de aprobación, y pienso que en alguna parte de ese hombre se esconde un hábil psicoanalista.

—Luego tuve otro paciente más y se hizo ya la hora del almuerzo —añado.

—Un momento —interrumpe Gundersen—. ¿Cuánto tiempo estuvo con el primero?

—Cincuenta minutos.

—¿Hasta las diez menos diez, entonces?

—Sí, algo así.

—¿Algo así?

—Sí. Con un margen de un minuto o dos.

—¿Y su nombre?

—¿Qué nombre?

—El del paciente.

Ahora soy yo la que carraspea.

—Eso es confidencial.

Fredly parece sorprendida, incluso alza las cejas. Dirige la mirada hacia Gundersen de inmediato, como si sintiera curiosidad por saber cómo resolverá el asunto. Él sostiene mi mirada.

—Es la policía quien se lo pregunta —dice tranquilo—. Se trata de una causa penal. No hay secreto profesional que valga.

—Soy psicóloga —protesto—. A menos que pueda demostrar que se podrá prevenir un daño grave si le proporciono el nombre del paciente, estoy sujeta al secreto profesional.

Durante un instante se hace un silencio absoluto en la habitación, hasta el punto de que tengo la sensación de que mi voz retumba contra las paredes. Gundersen me contempla con sus ojos grises, esos ojos lo han visto casi todo, pienso. No cedo ante su mirada, sino que me concentro en devolvérsela, aunque estoy temblando por dentro. Me resulta incómodo no dar mi brazo a torcer. Sobre todo ante los hombres y sobre todo ante los que son mayores que yo. Recuerdo algunas discusiones en casa, en Smestad, cuando era adolescente, aquellas pocas veces que yo alzaba la voz, la mirada tranquila de mi padre —«pero, Sara, por favor»— y la sensación de tambalearme mientras luchaba contra la necesidad de rendirme y decirle a mi padre lo que quería oír. Más a menudo, el choque frontal era entre Annika y mi padre, y yo me escondía hasta que pasaba la tempestad. Pero esta vez debo mantenerme firme. He perdido a mi marido, pero todavía conservo mi profesión, y voy a aferrarme a ella como si fuese una boya salvavidas.

—Sara —prosigue Gundersen, su voz es suave y amable, como nata espesa—. Reflexione. No cometa una estupidez.

—Me debo al secreto profesional en lo que atañe a mis pacientes —insisto—. Lléveme a juicio si quiere.

Lanza un suspiro profundo y dramático.

—De acuerdo —dice—. Pero espero que entienda que estamos investigando un homicidio. Encontraron a Sigurd con el rostro en el fango y dos disparos en la espalda. No existe ninguna explicación natural para algo así. Es un homicidio. Y usted rechaza proporcionarnos una coartada para la mañana en la que fue asesinado.

Vuelvo a mirar por la ventana, hacia los coches policiales. De repente, me siento indescriptiblemente exhausta. Tengo ganas de cerrar los ojos, apoyar la cabeza contra el reposacabezas de este sillón y quedarme dormida. Que Gundersen siga erre que erre con lo suyo si quiere.

—Lo entiendo —digo en voz baja, al aire, mientras trato de evitar que se me cierren los ojos. Él vuelve a suspirar.

—Entonces son las diez menos diez. ¿Qué hace?

—Redacto el historial.

—Que también es confidencial.

—Sí.

Gundersen y su lacaya intercambian una mirada. Ella anota algo en su cuaderno.

—¿Y a continuación? ¿El siguiente paciente?

—Sí. A las diez.

—Y no quiere desvelar su nombre.

—No. La sesión con él también duró aproximadamente cincuenta minutos.

Vuelven a intercambiar miradas.

—¿Y luego? —pregunta Gundersen.

—Almorcé. Un sándwich de atún. Ah, sí, y me había llamado Sigurd. Mientras estaba con mi primer paciente. Me dejó un mensaje en el buzón de voz.

—¿Y qué decía?

—Que había llegado a la cabaña. Se iba a Norefjell con sus amigos el fin de semana.

—¿A Norefjell?

—Sí. Por eso denuncié su desaparición.

Por primera vez es Gundersen quien mira a su asistente. Ella asiente, pero no dice nada.

—Denuncié su desaparición —indico alzando un poco la voz— porque me llamó y me comentó que estaba con los chicos en Norefjell, y porque esos mismos chicos me llamaron por la tarde diciendo que no había llegado.

—Vaya —dice Gundersen. Extiende una mano larga y delgada hacia su ayudante y añade—: Papel.

Ella le entrega una hoja, él se saca un bolígrafo publicitario del bolsillo del pecho de su camisa y escribe algo en el papel, que apoya sobre la rodilla. Fredly toma aún más notas, y todavía más deprisa, como si Gundersen la hubiera amonestado.

—Entonces ¿Sigurd llamó y dijo que estaba en la cabaña de Norefjell? ¿A qué hora fue eso?

—A las nueve y media pasadas —respondo, y empiezo a comprender que van a pedirme que les reproduzca el mensaje—. Dijo que estaba contento de haber llegado y que tenía que colgar porque Jan Erik estaba liado con unos troncos de leña. Jan Erik es un amigo suyo, uno de los que subían a la cabaña.

—¿Uno de los chicos?

—Sí.

—De acuerdo —conviene Gundersen—. Y Sigurd, ¿dijo algo más?

—No. Sólo que había llegado.

—¿Y usted le devuelve la llamada?

—No. Quiero decir, sí, pero no en ese momento. Lo llamo después de atender a mi último paciente.

—De acuerdo. ¿Después del almuerzo hay otro paciente entonces?

—Sí. A las dos.

—¿Tampoco quiere darnos su nombre?

—No. No es que no quiera... —comienzo, pero él agita la mano para detenerme.

Hay algo despreocupado en su movimiento, ¿o es simple vanidad? No tiene interés en discutir sobre ello conmigo, ya sabe lo que necesita saber del asunto; no, pienso, tampoco es eso. Más bien está convencido de que obtendrá la información que necesita de otra manera. Sí, eso es. Gundersen no va a dejar que una respuesta negativa lo desarme. Hasta ahora no se me ha ocurrido pensar que él no tiene por qué estar de mi lado. Él está del lado de Sigurd, por supuesto, pero hasta este momento había pensado que su lado y el mío eran el mismo, que Sigurd y yo estamos del mismo lado, y que lo que es bueno para el caso es bueno para mí.

—Dispone de tres horas entre el segundo paciente y el tercero —calcula Gundersen—. Tres horas y quince minutos, para ser más exactos. ¿Qué hace durante este periodo, además de comer?

—Redacto el historial —respondo—. Y luego preparo la siguiente sesión.

—¿Cuánto tiempo tarda en redactar el historial?

—No lo sé, diez minutos, quizá.

—De acuerdo, y luego digamos media hora, máximo una hora de almuerzo. Eso deja dos horas de preparación, ¿verdad?

Una sensación de acorralamiento se extiende sobre mis hombros. Mis ojos se desplazan desde la asistente —que toma notas, que me observa y luego sigue anotando un poco más— hasta Gundersen, que continúa sentado con una pierna sobre la otra, contemplándome con su inflexible mirada gris.

—No —contesto—. Quiero decir, supongo que haría alguna otra cosa también. Cosillas. Fui al baño, me tomé un café, recogí un poco. Revisé mi correo electrónico.

—Y cuando va al baño y toma café, ¿lo hace aquí mismo?

—No, aquí no tengo agua ni nada de eso. Voy a la casa.

Él asiente, y su ayudante sigue escribiendo. Por la ventana veo un Honda gris que entra y se detiene sobre el césped junto a la entrada. De él sale Annika en traje de chaqueta, en la mano una cartera de documentos. Se queda quieta un momento al bajar del coche, con los tacones de sus elegantes botines altos clavándose en el césped embarrado; mira perpleja a los coches de policía y, a continuación, a la casa. Está tan lejos que se me escapan los detalles de la expresión de su rostro, pero su incredulidad es inequívoca. Su boca abierta forma una O, y vuelve la cabeza con agitación de nuevo hacia los coches patrulla.

Gundersen lanza una mirada en su dirección, pero no dice nada al respecto.

—¿Cuándo terminó la sesión con el tercer paciente? —pregunta, en cambio.

—A las tres menos diez —respondo, y vuelve a mí la habitual animosidad que Trygve me inspira—. No, espere, fue antes. Creo que la sesión no duró más de veinte minutos.

—¿Hasta las dos y veinte, entonces?

—Sí. Algo así.

Annika cruza la explanada de césped y se dirige a la casa. Camina de forma insólita y entrecortada, como un pato. Los tacones seguramente se hundan en la tierra húmeda a cada paso que da, pero, a pesar de ello, hace todo lo posible para avanzar de forma rápida y eficaz, a grandes zancadas. De no estar yo tan embotada, lo habría encontrado cómico.

—En definitiva, acaba la jornada un poco antes de las dos y media —sugiere Gundersen.

—Sí. Bueno, no. Primero redacto el historial. Un poco pasadas las dos y media.

—Vale. ¿Y después?

—Voy a casa. Me tomo un sándwich e intento llamar a Sigurd.

—¿Y qué ocurre cuando llama a Sigurd?

—El teléfono suena, pero no lo coge. Salta el buzón de voz.

—¿Y deja un mensaje?

—No, en ese momento no. No, rara vez lo hago, en general doy por sentado que verá la llamada perdida y me volverá a llamar.

—¿Y luego?

—No sé. Leo el periódico. Veo un rato la tele. Ordeno un poco la casa, quizá pongo una lavadora. Leo algunos periódicos digitales y miro Facebook y esas cosas. Me apunto a una clase de spinning a las seis. No sé si hago algo más.

—De acuerdo. Y ¿la siguiente actividad?

—Es la clase de spinning. En Ullevål, a las seis.

—Eso quiere decir que abandona esta propiedad por primera vez aquel viernes, para acudir al gimnasio, a las...

—Cinco y diez, tal vez. Cojo el metro y llego, veamos, más o menos a y media.

—De modo que, más allá de sus pacientes, cuyos nombres no quiere desvelar, su primera actividad verificable del día es ésta, ¿verdad? Supongo que hay algún tipo de registro de entrada en su gimnasio.

—Sí.

—Hay cámaras en la parada de metro de Holstein —apunta la ayudante.

Es su primera contribución a la conversación. Su voz, profunda y melódica, en un dialecto del norte del país, me sorprende.

—Bien —prosigue Gundersen—. Pedalea, suda, ¿durante cuánto? ¿una hora? Y cuando acaba...

—Vuelvo a casa.

—¿Se ducha?

—No. Sí, quiero decir, pero no hasta llegar a casa. Voy en el metro y entonces me llama Jan Erik.

—Exacto. ¿Y qué dice Jan Erik?

—Dice, bueno, lo que he explicado antes, que Sigurd no ha llegado a la cabaña.

—¿Lo dice tal cual? ¿Que Sigurd no ha llegado a la cabaña?

—No, no, claro que no. Me refiero a que... Supongo que en realidad me pregunta si sé dónde está Sigurd. Ellos lo están esperando.

—¿Y ellos son...?

—Jan Erik y otro amigo, Thomas.

—De acuerdo. Se encuentran en una cabaña en Norefjell esperando a Sigurd.

—Sí. Él les había dicho que llegaría sobre las cinco de la tarde. Pero a mí me dijo que saldrían juntos desde Oslo a las siete de la mañana.

Gundersen vuelve a anotar algo. Acto seguido alza una mano y se la lleva a la cara, deslizándosela por la mejilla y el bigote. Me pregunto si es un gesto que suele hacer la gente con bigote.

—Entonces, según Sigurd, él salió de Oslo antes de las siete y debería haber llegado a Norefjell sobre las nueve y media o antes. La llama desde allí poco después de las nueve y media. Pero a las..., ¿qué hora era?, un poco después de las siete de la tarde, Jan Erik la llama y dice que está en Norefjell y que siguen esperando a Sigurd.

—Sí. Y que no ha visto a Sigurd en todo el día.

—¿Y el mensaje en el buzón de voz sobre Jan Erik y la leña?

Asiento. Es como me lo temía. Será mejor que lo diga cuanto antes. Trago saliva.

—Lo que ocurre entonces es que me voy a casa y me ducho, y pienso que seguramente habrá una explicación, pero luego vuelvo a llamarlos... A Thomas, vaya, el otro amigo: hay algo más de confianza, si sabe a lo que me refiero; al principio pienso que se puede tratar de una broma... En definitiva: me quedo muy desconcertada, no entiendo nada. Porque Sigurd no es una persona que suela mentir, pero la única explicación posible es que esté mintiendo. Entonces, en fin, bebo algo de vino. Y estoy un poco estresada, y me paso un poco con el vino, e intento llamar a Sigurd una y otra vez, pero no coge el teléfono. Y luego hago algo que tal vez sea una estupidez, o, no sé, igual no tiene importancia, pero, en resumidas cuentas, borro el mensaje del buzón de voz.

Ahora me miran tanto Fredly como Gundersen. Hasta los ojos de Gundersen están abiertos como platos.

—¿Borra el mensaje?

—Sí.

La sangre asciende con furor hasta mi cabeza.

—Pero supongo que no importa —señalo—; quiero decir, supongo que pueden recuperar el mensaje, las compañías telefónicas conservan esas cosas, ¿no? Guardarán los datos sobre quién llama a quién y lo que dicen, por lo menos los mensajes que se graban en el buzón de voz. ¿No es lo que siempre dicen? Que estamos vigilados a todas horas y todo eso.

Sonríe en contra de mi voluntad, de nervios; noto que lo hago, pero no puedo detenerme.

—Esto no es nada bueno, Sara —admite Gundersen—. Sobre todo teniendo en cuenta que no quiere proporcionarnos los nombres de los pacientes con los que habló aquel día.

Hay cierta preocupación en su voz; la de un médico, pienso, una preocupación profesional, por cuenta de otro.

—Estaba enfadada —digo—. Me había mentido. Me sentía muy triste. ¿Entiende lo que quiero decir?

En el mismo instante se abre la puerta de la sala de espera. Tanto la ayudante como yo nos volvemos expectantes hacia la puerta que hay entre la sala de espera y la consulta donde nos encontramos; en cambio, noto la mirada de Gundersen clavada en mí hasta que se abre la puerta y Annika entra en la habitación.

Lo primero que ocurre cuando Annika entra es, por supuesto, que capta nuestra atención. Lanza una mirada a Fredly, que ha tenido que moverse para que mi hermana pueda abrir la puerta, echa un vistazo superficial a Gundersen y luego fija la vista en mí.

—Sara, ¿qué está ocurriendo?

Y yo tengo la sensación de ver el mundo a través del lado equivocado de unos prismáticos, de forma que todo lo que ocurre a mi alrededor aparece como algo pequeño y lejano, pero miro a Gundersen, que asiente, como si me diese permiso para compartir la información y, a continuación, le digo a Annika desde el otro lado del catalejo:

—Sigurd ha muerto.

Lo que ocurre después es, de alguna manera, previsible y extraño al mismo tiempo. Porque Annika toma aliento conmocionada, cruza la habitación de una zancada y me rodea con los brazos. Me estrecha entre ellos, meciéndome de un lado a otro, como una muñeca de trapo. Dejo que me mueva de aquí para allá mientras me abraza tan fuerte que me deja sin aire y susurra junto a mi cabello «ay Sara, ay Sara, ay Sara». Cuando me suelta de nuevo, observo que le brotan lágrimas de los ojos y que el rímel ha dejado huellas negras sobre sus mejillas.

Y lo que resulta extraño es que Annika manifiesta la reacción que debería haber tenido yo. Mientras yo me muestro insensible y distante, y me obsesiono con los detalles más absurdos —los repartidores de pizzas y los dialectos de los agentes y quién elige qué silla en la consulta—, Annika va al meollo de la cuestión. Sigurd ha muerto. Es espantoso, horrible. Así de sencillo. Y nadie quería más a Sigurd que yo. Entonces ¿por qué no soy yo la que llora?

Annika se seca las lágrimas con el dorso de la mano, y convierte los arroyos negros de rímel en estratos grises que recorren sus mejillas. Se limpia la mano en la americana y la extiende hacia Gundersen.

—Annika Lathus —se presenta—. La hermana de Sara. Soy abogada.

Siempre me extraña cuando la gente se presenta así, con su título profesional. Es como si estuviesen tan orgullosos de su oficio que tuvieran que aprovechar cualquier ocasión para comunicarlo. Sigurd lo hacía. Esperaba que los demás quedasen impresionados por su título de arquitecto, aunque no sé por qué, pues no recuerdo que en ningún caso la reacción fuese más allá de un educado gesto de asentimiento o como mucho alguna pregunta de seguimiento por cortesía.

Entonces me doy cuenta de que Annika busca protegerme. Quiere que Gundersen sepa que una persona con conocimientos jurídicos está vigilando lo que hace. No parece impresionado, y extiende la mano hacia ella sin levantarse, pero su ayudante deja de tomar notas durante un instante. Y, de alguna manera, Annika llega hasta mí, alcanza la isla desierta a la que mi dolor emigró cuando se disoció de mi cuerpo, pues noto que el hueco de mi pecho es algo más cálido, un poco más como un hogar. Alguien está de mi lado.

Annika se sienta junto a mí y es el turno de Gundersen. Se levanta, estira los dedos y hace crujir los nudillos. Es alto, lo noto de repente, tiene que agachar el cuello cuando se desplaza bajo el techo inclinado de la buhardilla, excepto cuando está justo en la parte más alta de la consulta. Habla con una voz calmada, inexpresiva, de manera sencilla y formal, sin usar adjetivos innecesarios. Camina de un lado para otro mientras habla, gesticula con las manos, me mira de vez

en cuando. Su mirada es clara y directa, no parece ser de los que claudican. No sé qué podría hacer por un hombre como él; pienso que no parece que Gundersen vaya a tener necesidad de hablar con un psicólogo en un futuro próximo.

Esto es lo que nos cuenta: el domingo, un vecino de la zona encontró el cadáver del que piensan que puede ser Sigurd. Yacía vestido por completo a poca distancia del sendero, en una zona muy transitada por excursionistas. No parecía que hubieran tratado de ocultar el cuerpo. Un examen preliminar reveló que había recibido dos disparos en la espalda, aunque faltan las conclusiones del instituto forense.

Lo encontraron con el rostro sumergido en el fango, tal y como me ha comunicado Gundersen hace un rato, o tal y como me ha espetado, al negarme a facilitarle los nombres de mis pacientes. Sus palabras no han dejado de vibrar en mi pecho desde aquel momento. El rostro de Sigurd —su nariz algo torcida, los hoyuelos por toda la cara, sus ojos avispados y bonitos, el lunar debajo de uno de ellos— hundido en el fango. Ahora ya sé que nunca voy a poder superar justo ese detalle y odio a Gundersen por haberlo usado contra mí. Estaba molesto conmigo por acogerme al secreto profesional, pero ésta es mi vida, mi tragedia, y tendré que vivir con ella el resto de mi existencia. Tendré esa imagen siempre grabada en la mente. Gracias, Gundersen.

—Llevaba muerto un par de días —prosigue Gundersen—. Tendremos un cálculo más exacto más adelante, pero a tenor de las averiguaciones iniciales es probable que fuese asesinado el viernes o, como muy tarde, el sábado por la mañana.

Aquello me proporciona un cierto alivio. El sábado por la mañana me dejé tranquilizar por la mujer policía al teléfono que opinaba que no urgía denunciar su desaparición. Para entonces ya era demasiado tarde.

—Su familia tiene una cabaña en Krokskogen —dice Annika—. ¿No es así, Sara?

—Eso ya lo sabemos —constata Gundersen.

Es probable que alguien haya hablado ya con Margrethe; tal vez les diese esa información anoche, cuando le comunicaron el fallecimiento.

—Debo preguntarle algo, Sara —prosigue Gundersen, y se coloca delante de mí con las manos apoyadas en los costados; es un muro de hombre, aunque en realidad sea bastante delgado—. ¿Le viene a la cabeza alguien que pudiese tener alguna razón para querer quitarle la vida a Sigurd?

Mi mente está en blanco. Pienso en todos nuestros conocidos, en las personas de las que Sigurd me ha hablado y en comentarios que ha hecho cuando estaba frustrado o cansado.

—No —respondo—. No se me ocurre nadie.

—No tiene por qué ser nada importante —insiste Gundersen—. ¿No tenía discrepancias con nadie? ¿Debía dinero a alguien, o alguien le debía dinero a él?

—No —reitero—. Que yo sepa, no. Tal vez suene aburrido, pero lo cierto es que Sigurd era tan sólo..., era un tipo normal.

Hay un destello de algo en el rostro de Gundersen. Un tipo normal, pienso. ¿Eso qué es?

—No estaba metido en drogas ni en juegos de azar —añado—. Trabajaba duro, y mucho; de vez en cuando salía con sus amigos y, por lo demás, estaba en casa conmigo por las noches, viendo la tele.

—¿Está pensando en algo en concreto? —pregunta Annika.

—Son sólo preguntas rutinarias en caso de homicidio —responde Gundersen.

—No se me ocurre nada —respondo.

—Avísame si se le ocurre algo en algún momento —zanja.

Garabatea su número de teléfono en la esquina del papel que le ha dado su ayudante, arranca el trozo y me lo entrega.

—Puedes llamarme en cualquier momento —dice, dándose permiso para tutearme.

Coloca la mano sobre el tirador de la puerta. Entiendo que la conversación ha finalizado.

—Gundersen —digo, su nombre suena mal en mi boca, suena estúpido, pero se da la vuelta—. ¿Es...? Quiero decir: ¿es seguro que es él?

El inspector suelta el tirador y se vuelve hacia mí con una mirada casi amable.

—No lo sabremos con seguridad hasta que dispongamos del informe del instituto forense —responde—. Pero si dejas que te dé un único consejo, Sara, que sea éste: no empieces a ponerlo en duda. El hombre que encontramos es Sigurd. Probablemente no deba decirlo. Pero es él.

Asiento despacio, somnolienta. Gundersen da media vuelta y se marcha. Fredly le sigue de inmediato.

El diminuto diamante de Sigurd descansa entre mis clavículas. Lo he llevado puesto cada día desde que me lo regaló. Ahora lo toqueteo. Estoy en la cocina con mi hermana. Annika ha sacado pan y ha preparado un sándwich que ha colocado delante de mí. Lo miro y sé que en caso de que fuera capaz de ingerir un bocado, por pequeño que fuese, lo vomitaría.

—¿Has hablado con Margrethe? —me pregunta.

—Sigurd me regaló este colgante por mi cumpleaños, hace tres años —digo.

—Lo sé —dice ella.

—Vivíamos en Pilestredet. Él todavía estaba estudiando, no teníamos dinero; aun así, me lo compró.

—Sí —responde.

No muestra un especial interés, se la ve estresada.

—Es tan típico de Sigurd... —prosigo—. Pensó que yo necesitaba el colgante más de lo que necesitábamos el dinero y, de alguna manera, creo que tenía razón. Porque ¿no es cierto que cuando uno debe ahorrar dinero es cuando necesita...?

Busco las palabras. Annika mira por la ventana. Me recuerda a esos médicos que salen en los programas de televisión que tratan sobre los servicios de urgencia en los hospitales y que buscan una visión de conjunto en una situación caótica.

—En cualquier caso —digo—. Compró este colgante con sus ahorros. Fue por mi cumpleaños.

—Lo sé, Sara —repite, y ahora se sienta frente a mí y me coge las manos—. Me lo has contado varias veces; la primera vez, cuando te lo regaló. Pienso que deberíamos ir a ver a Margrethe esta tarde. ¿Me acompañas? Creo que es buena idea que vayas.

—De acuerdo —respondo.

Me siento como una toalla vieja entre sus manos; haré lo que me pida. Aunque no me apetezca lo más mínimo ver a Margrethe, en realidad. Va a ser todo un suplicio enfrentarme a su duelo cuando tengo tan poco control sobre el mío. Aun así, y pese a que no quiero hacerlo,

acompañaré a Annika a verla si ella me lleva. Me siento agradecida, es así, de que alguien tome las riendas.

Cuando mamá murió, Annika se convirtió en el pilar de la familia. Mi padre estaba destrozado y se enclaustró en su despacho con los álbumes de fotos y las pilas de cajas de zapatos que formaban el sistema de archivo de mi madre; cajas con zapatitos de bebé y mechones de pelo y postales de viejos amigos de vacaciones y notas con números de teléfono. «¿Qué voy a hacer con todo esto?», suspiraba. Yo tenía siete años. Una amiga me había contado que, cuando la gente muere, sus cuerpos son devorados por pequeños insectos; si es que no son incinerados, en cuyo caso el cuerpo se pone en pie cuando está en llamas. Mi cabeza estaba llena de imágenes horribles. Annika tenía doce años. Acompañó a papá a la agencia funeraria. Fue ella la que propuso que tocasen *Ellinors vise* —que tanto le gustaba a mamá— cuando papá fue incapaz de recordar qué solía escuchar ella. Sólo supo decir que solía poner *Satisfaction* de los Rolling Stones a todo volumen cuando se arreglaba para salir. Annika encontró la agenda de mamá y llamó a los amigos que no estaban al tanto. Escogió los vestidos que llevamos el día del entierro. Y, en definitiva, fue ella la que clasificó lo que había en las cajas de zapatos, reduciendo las diecisiete cajas a cuatro. Se le dan muy bien esas cosas. Papá se volvió apático cuando mamá murió, y si esta situación puede compararse a aquélla, al parecer he salido a él, porque estoy igual de apática, igual de desvalida.

Nos subimos al Honda de Annika. Antes de marcharnos, ella llama al paciente que tengo esta tarde, así como a los que tengo mañana y el miércoles. Siento alivio por no tener que hacerlo yo.

Aparcamos delante de la casa de Margrethe en Røa. Espero nerviosa junto al coche mientras Annika pliega los retrovisores laterales. No quiero entrar en la casa sola. Al fin ella asciende delante de mí por el pequeño sendero que atraviesa el jardín delantero. Sube la escalera de piedra que conduce a la puerta principal y llama al timbre. Yo me quedo a cierta distancia, detrás de ella, y lucho contra el impulso de agazaparme y buscar un escondite. Al cabo de un rato abre la puerta una mujer que no he visto nunca antes, vestida con una blusa verde y unos pantalones negros de tela cara y reluciente que parecen hechos a medida.

—¿Sí? —dice.

—Soy Annika Lathus —se presenta Annika. Luego me señala—. Ésta es Sara, la mujer de Sigurd.

Yo estoy a su lado, con un aspecto diminuto y mustio. La mujer que nos recibe en la puerta no dice su nombre, pero abre para que entremos.

—Está en el salón —dice mientras cierra la puerta.

No me sorprende ver a extraños en casa de Margrethe. Ella siempre está rodeada de gente. Su marido, el padre de Sigurd, murió cuando los niños eran pequeños. Sé muy poco de él; la familia siempre lo describe en términos generales, enumerando sus valores: «Era tan intrépido, era tan honrado, era un hombre de principios». De vez en cuando cuentan anécdotas que pretenden demostrar esos valores: la historia de cuando navegó solo a Inglaterra, la historia de cuando podría haber ganado mucho dinero al recibir un soplo para especular en la bolsa pero decidió no hacerlo, etcétera. Nunca nada que lo humanice, que me ayude a comprender cómo era como

persona, cómo era convivir con él. En las fotos sonrío, cálido y amable, y me he preguntado varias veces si las evasivas se deben justo a eso, a que era un ser afable que quedó completamente a la sombra de la voluntad de hierro de la ruidosa y colorida Margrethe.

Ella nunca volvió a casarse, pero no parece sentirse sola. Conoce a tanta gente, participa en tantas reuniones... Resulta exótico e inquietante a la vez. Algunas veces va a casa de famosos y tiene amigos relacionados con la casa real, pero su círculo de amistades está en permanente evolución. En una ocasión le pregunté a Sigurd si no le parecía una mala señal que, de todas las personas que han pasado por la vida de Margrethe, sólo unas pocas hubieran decidido quedarse. A Sigurd no le gustó que lo dijera.

Margrethe está junto a la ventana del salón cuando entramos y contempla el jardín. Se vuelve hacia nosotras y saluda con la mano. Su mirada está rota, hecha pedazos. Sigurd era su hijo predilecto.

—Hola —digo.

—Hola —dice ella.

Nos quedamos mirándonos. Hay algo familiar, pienso, en esa mirada rota, en esa línea temblorosa que jamás he visto antes y que se extiende a cada lado de su boca. Mientras la miro, siento una afinidad con ella que nunca antes he experimentado; en alguna ocasión he sentido el deseo de llegar a conocerla bien, de acercarme a ella, pero cuando al fin la entiendo resulta ser demasiado tarde.

Alzo una mano, la poso en su brazo y noto su extrema delgadez. Su brazo, envuelto en la manga de su blusa, tiembla y se agita. Durante unos instantes nos quedamos así, mientras Annika y la amiga de Margrethe nos observan sin saber qué hacer.

—Gracias por venir —dice Margrethe.

—Les pedí que te lo comunicaran —explico.

—Gracias —contesta.

Retiro la mano. Margrethe rodea su cuerpo con los brazos.

—No sé qué hacía en Krokskogen —continúo—. Iba a ir a Norefjell. Iba a intentar llegar pronto. No lo entiendo.

Margrethe niega con la cabeza, se abraza a sí misma; tiembla y no quiere escuchar.

—Harald está de camino —indica—. Él y su novia volarán desde San Diego esta noche.

—Qué bien —digo.

Sólo he coincidido con Harald un par de veces, durante un verano en el que vino a pasar varias semanas a Noruega. Es como Sigurd, sólo que más alto y un poco más ruidoso. Y tiene el pelo rojizo, mientras que el de Sigurd es castaño; parece una fotocopia de Sigurd hecha con una impresora que se ha quedado sin tinta a la mitad. Ahora tiene novia, se llama Lana Mei. Es mitad china, y una especie de prodigio, según Margrethe: tiene un doctorado en física y una posición como investigadora en una compañía energética privada que le paga un montón de dinero. Fue Margrethe la que nos habló de ella a Sigurd y a mí este verano en Hankø. Recuerdo exactamente dónde estábamos sentados en la terraza, y cómo yo toqueteaba la esquina del mantel a cuadros rojos mientras ella hablaba, sintiéndome gris y aburrida en comparación con la maravillosa Lana Mei.

Margrethe permanece de pie, meciéndose de un lado a otro. La mujer de la blusa verde se acerca a ella y coloca las manos sobre sus hombros. Es como si le susurrara algo, pero Margrethe agita la mano para que se aparte, no quiere escucharla. Endereza el cuello y mira por la ventana y, durante un instante, nos quedamos contemplándola las tres. Luego se vuelve hacia nosotras; parece que ha recobrado la compostura.

—¿Puedo ofreceros algo de beber? —pregunta—. Tenemos café, té, agua y whisky. Y una botella de vino blanco abierta en alguna parte, creo.

Ahí estamos, Annika y yo con un vaso de agua en la mano. Margrethe, para sorpresa de nadie, ha optado por el whisky. Es probable que se haya tomado un par de vasos más antes de que llegásemos nosotras, en realidad; pero no está borracha, no es eso. La estampa tiene algo de anticuada, y en ella Margrethe es una trágica actriz de los años cuarenta: Greta Garbo, Veronica Lake. El whisky encaja del todo.

—Tendremos que pensar en qué hacemos con la casa —dice de repente—. Yo no quiero vivir allí. Pero quizá le apetezca a Harald, con el tiempo. Podría comprar tu parte.

—Seguro que encontramos una solución —afirmo.

—Ese tal Gundersen no vale nada —espeta Margrethe—. Con ese tabaco de liar y esas zapatillas de deporte sucias.

No respondo. Le suplico a Annika con la mirada que tome la iniciativa de despedirse, pues yo no soy capaz de decir nada.

—Y encima en Krokskogen —declara Margrethe fijando la vista en su vaso—. Ay, en Krokskogen.

—Entonces ¿Lana Mei también viene? —pregunto.

—Sí —responde Margrethe.

—¿Será la primera vez que la veas?

Margrethe contempla su vaso con detención, lo gira entre las manos. De repente me mira con irritación.

—Ya sabes que sí, Sara —dice.

Agacho la mirada. Annika sugiere:

—Sara, quizá sea hora de volver a casa y dejar que Margrethe descanse un poco.

La abrazo antes de salir. La noto rígida y fibrosa, como una barra de hierro entre mis brazos. La mujer de la blusa verde nos acompaña a la salida. No creo que haya dicho en ningún momento su nombre.

En el coche, de camino a casa, Annika comenta:

—Sabes que no tiene derecho a reclamarte la casa.

—¿A qué te refieres?

—Estás casada con Sigurd. Tienes derecho a permanecer en la propiedad. Además, heredas la mitad de lo que es suyo.

—Bajo ningún concepto pienso negarle a Margrethe nada que tenga que ver con la casa —advierto.

—Bueno —prosigue Annika, y acelera para salir de un cruce—. Lo digo sólo para que lo sepas: estás en tu derecho de hacer lo que quieras desde un punto de vista puramente jurídico.

Miro por la ventana y toqueteo el pequeño diamante. Significó tanto para mí cuando me lo regaló...; intento que me provoque alguna emoción en este momento, pero no soy capaz. ¿Sigue siendo importante? No tengo la menor idea.

—Sara —dice Annika—. He pensado en lo de tus pacientes.

—¿Sí? —replico, aunque no le presto atención. Contemplo el paisaje fuera del vehículo, las casas adosadas y los jardines y la nieve a medio derretir.

—Si ellos están de acuerdo, puedes proporcionar sus identidades a la policía.

—Gundersen no me lo puede exigir —protesto.

Me siento como una niña obstinada que se aferra a sus derechos.

—Lo sé —afirma—. Pero tampoco pasaría nada por pedirles el consentimiento. Sería una forma de mostrarle a la policía que quieres colaborar.

Avanzamos cuesta abajo hacia la circunvalación. En breve pasaremos por la carretera que conduce a la zona donde nos criamos. No quiero pensar en este tema; no soy capaz de imaginarme llamando a Vera, Christoffer y Trygve para pedirles permiso para dar sus nombres a la policía. En cualquier caso, no sé qué podría responderles cuando me preguntaran por qué. No, no quiero. Gundersen no tiene derecho a pedírmelo.

—Si quieres, puedo hacerlo por ti. Llamar a los pacientes. Preguntar si les parece bien —sugiere Annika.

Apoyo de lado la cabeza contra la fría ventanilla del coche. Siento la frescura del cristal contra la sien. Estoy tan cansada...

—De acuerdo —respondo—. Si quieres...

El resto del camino apenas decimos nada.

Annika se queda conmigo hasta las nueve. Cuando se marcha, me siento en el sofá con el teléfono. ¿Debería llamar a papá? Ni siquiera haría falta que le dijera nada sobre esto. El simple hecho de oír su voz podría tranquilizarme. Sabría que está ahí, con toda normalidad, que está haciendo sus cosas y que es como siempre. Pero no sé. Quizá no me ayudaría a pesar de todo. Reviso la lista de llamadas y llego a la llamada entrante de Sigurd el viernes a las 9.38. Me pregunto si él sabría que yo estaría ocupada con un paciente en ese momento.

Aparecen todas las llamadas perdidas que he hecho a su teléfono este fin de semana. Dejé de llamarle de golpe el domingo por la noche. Desde entonces tengo llamadas entrantes de Margrethe, Annika y Vera, y las que he hecho a mis pacientes para cancelar sesiones. Annika ha llamado a cinco de mis pacientes por mí. Julie no ha dado señales de vida, y tampoco lo han hecho Thomas o Jan Erik.

Antes de acostarme le devuelvo la llamada a Vera.

—¿Sí? —dice al coger el teléfono. Ha sido rápida.

—Hola —saludo—. Soy Sara Lathus. Me has dejado un mensaje en el buzón de voz, ¿verdad?

—Sí —contesta—. No era nada importante.

—¿Estás segura? —pregunto—. Decías que era urgente.

—Bueno, sólo era lo de siempre —asegura—. No pasa nada. ¿Nos vemos el viernes como habíamos quedado?

Permanezco callada durante dos largos segundos mientras su pregunta queda suspendida en el aire. Me doy cuenta de que habrá más días después del día de hoy, de que hay un futuro en el que seguiré adelante, en el que ejerceré como terapeuta y redactaré historiales, concertaré citas e intervendré, intentando curar la angustia, la depresión y el descontento de muchos jóvenes. Habrá miles de días laborables; es lo que más me horroriza. Habrá días normales, días grises, donde se esperará de mí que siga trabajando como si no hubiese sucedido nada. Habrá muchísimos de esos días.

—Sí —confirmo—. Nos vemos el viernes.

Una vez que he colgado, pienso: «Siempre puedo cancelar la cita si resulta que dentro de cuatro días sigo sin estar bien».

El tren se mueve veloz y casi en silencio, y yo contemplo el paisaje que pasa de largo y me pregunto cuánto tardaremos en llegar a la montaña, cuánto tarda esto, pueblo tras pueblo; ¿no debería llevar menos tiempo este trayecto? Quizá sea el café del vasito de cartón que tengo delante, pero llevo sintiendo esta impaciencia toda la semana. Ahí les den, pienso, a los compañeros, a los pacientes, a todo aquello que debería, pero no logro, solucionar. Me voy a Bergen. Ronja también viene, toda la pandilla va a reunirse y eso es todo lo que importa. Ahora estoy de camino y no puedo crearme mi suerte. Tengo cuatro días enteros libres. El tren avanza como una flecha a través del paisaje, y aun así no se desplaza con suficiente rapidez para mí. Todavía quedan cinco horas para llegar y estoy mirando la hora cada diez minutos.

He preparado el sofá cama y la cerveza está en la nevera, sólo falta que llegues, escribe Benedicte en un mensaje de texto. Vuelvo a mirar la hora, todavía faltan cinco horas. Me obligo a reírme de mí misma. ¿Tengo catorce años o qué? Estoy tan ilusionada que no puedo esperar.

Pronto hará dos años que me mudé a Oslo. Sigurd y yo tenemos un pequeño apartamento en Pilestredet; él está estudiando y yo trabajo en una institución para jóvenes toxicómanos. Los pacientes me escupen, me llaman «puta», «dictadora» y «cerda nazi». Intento tomármelo como lo que es: una manifestación de ira legítima, aunque dirigida al objetivo equivocado, de unos jóvenes a los que les ha tocado más mierda de la que les corresponde en la vida. Sostengo la cadena que Sigurd me regaló entre los dedos, me da fuerza; por lo menos tengo a Sigurd, él me ama. Lloro en los servicios cuando no me queda más remedio, luego cubro las huellas con maquillaje y continúo. Soy una profesional. No conozco a ninguno de mis compañeros, pero ellos sí se conocen entre sí, y se enfrentan desde las trincheras de sus batallas profesionales, y yo no pertenezco a ningún bando, pero está bien. Cada mañana me siento sola en un tren de cercanías, media hora de ida, media hora de vuelta, leo libros, periódicos, siempre en movimiento. Regreso a casa. Sigurd casi nunca está. En un mes entregará su trabajo de fin de carrera y prácticamente vive en la universidad. El gélido piso de Pilestredet está vacío, y ahí estoy yo. No conozco a nadie en Oslo. «Llama a Julie», decía Sigurd al principio; a Sigurd le encanta Julie, no entiende que no seamos amigas. Annika ha tenido su segundo hijo, es imposible hablar con ella. Visito a mi padre, me siento en su salón, observo a los estudiantes que prácticamente se han mudado a su casa, que trabajan y escriben y debaten en el comedor; hablo con mi padre de forma educada sobre los libros que he leído y los asuntos menos controvertidos que aparecen en los periódicos. Pienso en lo parecidos que somos. Él es tan

torpe con las relaciones sociales como yo. Gestiona esta adversidad innata cultivando un grupo de seguidores siempre cambiante. No se quedan mucho tiempo, pero, cuando están ahí, son totalmente fieles. Parece ser algo propio del cuarto semestre: leen las obras de mi padre y quedan cautivados. No sé muy bien qué propósito cumplen para él, si le hacen compañía, le proporcionan el contacto y el cariño humano que necesita o encuentra un placer vanidoso al verse reflejado en sus miradas admiradas. Quizá se trate de sexo, pienso, pero no se lo digo a nadie, ni siquiera a Sigurd. Apenas lo barajo en mi fuero interno, pues es mi padre, a pesar de todo; ¿y cómo podría sentarme frente a él en mis visitas si pienso en eso?

Apenas vamos a ver a Margrethe, casi nunca al viejo Torp. A duras penas veo al propio Sigurd.

Lo entiendo: tiene mucho que hacer. Intento ser comprensiva, no quejarme, no lamentarme de mi soledad ni de que mi contacto con otros seres humanos se reduzca casi en exclusiva a estos jóvenes heridos que piensan que los servicios secretos de la policía los espían, y que quieren escaparse y conseguir dinero para un chute haciendo mamadas entre los arbustos de Sognsvann. Es algo tan lamentable que es para echarse a llorar: en primer lugar por el destino de esos adolescentes, y luego por mi propia existencia, pues ¿qué motivos tengo yo para sentirme desdichada cuando estos jóvenes, que tienen entre diez y quince años menos que yo, ya han experimentado tantas miserias? Drogas, incesto, prostitución, abusos y violaciones, guerras y tortura... No hay ningún límite, y aquí estoy yo, lloriqueando porque mi novio trabaja mucho.

Lloro en casa. Me siento en el sofá llorando a moco tendido. Algunas veces empiezo en el tren de cercanías y alzo mi libro para taparme el rostro, como si fuera miope. Después, con discreción, dejo que las lágrimas, imposibles de detener, corran por mis mejillas, que luego seco con el libro.

Y no llamo a nadie. ¿Qué podría decirles? Es tan humillante... Si Sigurd me hubiese pegado, podría haberlo dicho, pienso; si hubiese sido infiel o bebiera demasiado, podría haber llamado a mis amigas. Ronja vive en Madrid en estos momentos, pero habría cogido el primer vuelo ante algo así. Si mi padre hubiese muerto. Si hubiese caído enferma. Pero ¿por el hecho de que me siento sola? Ni siquiera me atrevo a decirlo. ¿Quién tomaría el primer vuelo por alguien que no es capaz de establecer un vínculo con los demás? Podrían consolarme y prestarme su apoyo por teléfono, pero se avergonzarían de mí. Colgarían y pensarían: «Sara siempre ha sido algo rara». La soledad es algo con lo que nadie quiere codearse. Se apartarían, y eso es algo que no podría soportar.

Por consiguiente, me lo trago yo sola, en casa, en nuestro triste salón. Lloro, me ducho, cocino. Como sola delante del televisor. Lloro durante las pausas publicitarias por lo triste que me siento. Me convierto en un cliché: una muchacha sentada en el sofá con un plato de pasta en su regazo, llorando a lágrima viva por un anuncio de champú.

Finjo estar dormida cuando Sigurd vuelve a casa. Escucho la llave en la cerradura, oigo cómo deambula por el piso. Se prepara un sándwich, enciende la tele, se lava los dientes y, al final, entra en el dormitorio; ahora, pienso, ahora por fin obtendré el destello de amor que llevo todo el día añorando. Me vuelvo, suspiro, entrebrazo los ojos, como si hubiese estado dormida hasta ese momento, y digo:

—Sigurd, ¿ya estás en casa?

Y él responde:

—Sí, sigue durmiendo.

Se desnuda y se mete en la cama por su lado. Yo me deslizo hacia él. Alzo la cabeza, la apoyo sobre su brazo. Coloco una mano en su pecho, cierro los ojos, inhalo su olor, el sudor, el frío, los productos químicos. Así olía cuando lo conocí, cuando volvía de la universidad al piso que teníamos en Bergen. Él me besa la cabeza. Me abraza, pero está cansado y duerme mejor solo, y sé que está esperando, que cuenta los segundos que tiene que abrazarme antes de poder soltarme. Noto que mide el tiempo. Tres, dos, uno. Me estrecha contra sí, se inclina sobre mí y retira el brazo.

—Buenas noches —dice, y se da la vuelta para dormirse en su lado.

Algunas veces, en mi desesperación, he tenido algún desliz. Le he dicho: «Todavía no»; le he dicho: «Ya nunca nos vemos, ¿por qué no dormimos pegados un ratito?». Pero he aprendido que el rechazo directo al que le obligo en esos momentos —«Sara, estoy muy cansado, llevo todo el día trabajando, no puedo más, sólo quiero dormir»— es peor. Prefiero aceptar las migajas que me da, el minuto, quizá, que me abraza antes de empujarme a un lado. Algunas veces está bien. A veces incluso me siento satisfecha. Otras veces me asusta lo poco con lo que me conformo, la miseria de todo.

Mi teléfono suelta un pitido mientras tamborileo con los dedos sobre la cubierta del libro que he dejado junto a la taza de café; no soy capaz de leer, no consigo concentrarme.

¿Cuánto te queda?, escribe Ronja, y luego: ¡Iré a buscarte a la estación!

Ha pasado casi un año desde la última vez que la vi. Consulto el reloj: quedan cuatro horas y quince minutos y el tren avanza cada vez más rápido y parece estar ascendiendo, como si cada vez hubiera más montañas fuera. Las cuatro nos hemos apuntado como voluntarias en el Nattjazz y vamos a pasar tres días enteros de festival encargándonos de algunas tareas sencillas, sin responsabilidades, sólo estar juntas, beber cerveza y asistir a conciertos. Me he tomado los días libres en el trabajo. Sigurd se mostró entusiasmado, demasiado entusiasmado quizá, ante la perspectiva de pasar unos días sin sentirse culpable. «Claro que tienes que ir —dijo—, disfruta de unos días con las chicas, no te pases con la fiesta, ja ja, pero ahora en serio, disfrútalo de verdad.» Y eso voy a hacer.

La veo antes de que ella me vea a mí. Está debajo del tejadillo del andén de la estación y busca con la mirada entre todos los pasajeros que salen en tropel del tren. Tiene el pelo más largo de lo que recuerdo, le cuelga despeinado alrededor de los hombros. Tiene una elegancia descuidada y natural que contagia a la persona que está a su lado; cuando soy el apéndice de Ronja, soy alguien que cuenta. Ella no me ve a pesar de que la saludo con la mano, y disfruto de verla buscarme; me está esperando a mí y el momento en que me ve es maravilloso. El rostro se le ilumina y me saluda con la mano, de forma frenética, se pone a dar saltitos y grita mi nombre a todo pulmón.

Nos abrazamos.

—Sara, golfa —dice junto a mi cabello—. Te he echado de menos, ¿sabes?

Y yo debo concentrarme para no empezar a llorar allí mismo.
—Ronja, golfilla —digo mientras intento mantener la compostura—. Por supuesto que lo sé.

Noche del 9 al 10 de marzo: Vale, vale

¿Qué ha sido eso? De repente, estoy despierta por completo y con los ojos abiertos como platos en la oscura habitación, mirando pero sin tener dónde fijar la mirada. ¿He oído algo? ¿Me ha despertado algo? Ahora todo está en silencio. Permanezco así durante unos segundos, en alerta total. La casa cruje, fuera hace viento. En la lejanía intuyo el traqueteo del metro, pero he llegado al punto de no estar segura de si realmente lo oigo o de si lo he oído tantas veces en los últimos días, cuando me he detenido en el vacío que ha dejado Sigurd, que me lo imagino incluso cuando hay silencio.

Pero no oigo nada más. Extiendo la mano con torpeza hacia el teléfono, que he dejado sobre la mesita de noche. Al mirar la hora intento no fijarme en la foto en la que salimos Theo, Sigurd y yo con las cáscaras de naranja en la boca. Son las 2.43. Qué bien.

Oigo un crujido. No el típico crujido de las casas de madera cuando hace viento, sino el crujido de algo que se mueve, un sonido nítido, acusado. Me incorporo. Enciendo la luz. No sé qué espero descubrir, pero el dormitorio está vacío, tal y como estaba antes.

Mi mirada danza inquieta de un objeto a otro: el perchero con mis camisas y las de Sigurd, la cómoda, la ventana, su lado ahora eternamente vacío de la cama, su mesita de noche, mi mesita de noche, la lámpara del techo, la ventana de nuevo. Acto seguido oigo pasos. Están sobre mí. Son pasos claros, expresos, golpes rítmicos. Hay alguien en la buhardilla. Alguien deambula por la antigua sala de mando de la buhardilla del viejo Torp. Oigo como los pasos salen por la puerta, como ésta se cierra, y con un escalofrío tengo la certeza de que hay alguien en el descansillo, junto a la escalera de arriba.

Sólo una puerta separa lo que hay allí arriba de mí. A una velocidad increíble, sin pensarlo dos veces, me levanto de la cama de un salto y me pongo en pie; me coloco junto a la puerta, agarro el tirador y tiro de él hacia mí con ímpetu; mantengo la puerta cerrada con todas mis fuerzas.

Arriba hay silencio. Cuento, uno, dos, hay alguien arriba que me ha oído, tres, cuatro, nos esperamos el uno al otro, cinco, seis, unas eternas centésimas de segundo en las que vigilo al intruso y el intruso me vigila a mí, siete, ocho, y entonces, cuando llego a nueve, el intruso lleva a cabo su jugada. Con un estruendo escucho sus pasos en la escalera, y éstos se precipitan peldaño a peldaño hacia abajo, hacia mi planta. Me aferro a la puerta, me cuelgo del tirador con todo el peso de mi cuerpo, y me invade la sensación gélida y paralizante de que éste es el momento decisivo, el momento de la vida o la muerte, entre el extraño que hay fuera y yo.

Sin embargo, los pasos se precipitan sin detenerse por delante de mi puerta, continúan bajando la escalera hasta el salón y luego descienden del salón hasta la entrada del sótano. Después oigo que la puerta de entrada se abre y, a continuación, nada más.

Con el pulso latiéndome como si estuviese a punto de reventarme los tímpanos, aguardo. Sigo aferrándome al tirador de la puerta con todas mis fuerzas. El intruso debe de haber salido, pero, qué sé yo, puede haber otras personas ahí arriba. Espero en completo silencio e intento, a pesar

del zumbido de mi sangre subiendo a mi cerebro, discernir si hay más extraños en casa.

Después suelto el tirador, me lanzo hacia la mesita de noche y cojo el teléfono, me estiro hacia atrás de nuevo y, con una mano en el tirador de la puerta, empleo la otra, la izquierda, para teclear el número de la policía.

—Soy Sara Lathus —digo a la agradable voz masculina que contesta—. Vivo en Nordberg y me he despertado hace cinco minutos porque había alguien en mi casa.

La policía tarda nueve minutos en llegar y, mientras los espero, permanezco así, sentada, con una mano sobre el tirador de la puerta del dormitorio y la otra apretando el teléfono con fuerza.

—Vale —me digo a mí misma para calmarme—. Vale, vale, vale.

No digo nada más. Tampoco pienso en nada, todo es blanco y tembloroso y, de vez en cuando, se me aparece la imagen que se me quedó grabada en la mente aquel día de hace apenas un año en el que Sigurd y yo vinimos a visitar al viejo Torp y lo encontré muerto en la buhardilla.

Al fin los oigo.

—¿Hola? —dice una voz de hombre dentro de mi casa—. Hola, ¿hay alguien? Policía.

Espero, permanezco inmóvil, vale, vale, voy a pensarlo.

—Hola —se oye decir a otra voz—. Hemos recibido una llamada de emergencia desde aquí.

Musitan algo, imagino que hablan entre ellos, y entonces los oigo en la escalera que sube al salón. Sus voces suenan un poco más alto.

—¿Hola? ¿Está aquí?

Y, a continuación, más bajito:

—¿Sabemos a quién estamos buscando?

—A una mujer, se llama..., veamos...

Vale, vale. El ritmo de mi pulso desciende un poco. Una llamada de emergencia.

—¿Sara?

Vale, vale.

—Sí —respondo con la voz ronca.

—¿Sara? ¿Está ahí?

—Estoy arriba —respondo.

—¿Puede salir?

Suelto al fin el tirador de la puerta. Me tiemblan las manos por el esfuerzo. Me levanto y salgo con las rodillas temblorosas por la puerta que me ha salvado.

Los policías son jóvenes y amables. Uno de ellos habla en el suave dialecto de Kristiansand, lo que me recuerda a los veranos de mi infancia en el sur. El otro tiene aspecto asiático; imagino que sus padres son de Pakistán. Es bastante guapo, tiene unos grandes ojos marrones y una diminuta cicatriz en una mejilla. Es él quien me interroga.

—¿Cuándo has oído los primeros ruidos?

—Me he despertado de repente —respondo—, he mirado la hora y eran las tres menos cuarto.

Asiente y toma nota.

—¿Puedes describir cómo era el ruido?

Su compañero hace comprobaciones mientras hablamos: se acerca a la puerta de la terraza y agarra el tirador; verifica si las ventanas están cerradas.

—Eran pasos —digo—. Estoy segura de que eran pasos. Venían de la buhardilla. Quien fuera que estuviera allí ha salido al descansillo que hay junto a la escalera y ha permanecido un rato quieto. Yo estaba en el dormitorio sujetando la puerta cerrada. Luego ha bajado la escalera y ha salido.

El policía toma nota.

—¿Hay otros accesos a la casa además del que hemos usado al entrar y la puerta de la terraza? —pregunta su compañero.

—Hay uno detrás de la cocina, en el cuarto de la lavadora —confirmo señalando, y él desaparece en esa dirección.

—¿Te ha ocurrido alguna vez algo similar? —pregunta el policía que me entrevista, y durante un instante es como si el tiempo se detuviese, y pienso que él no lo sabe, no lo ha oído, y soy yo la que tiene que informarle.

—Bueno —digo—. Encontraron a mi marido muerto en Krokskogen el domingo.

Sus ojos se dilatan y se llenan de comprensión.

—Sé que no es exactamente lo mismo que un allanamiento de morada —añado—. Pero entenderás que esté un poco nerviosa.

—Por supuesto —dice él—. Sí, claro, espera un momento.

Desaparece por el mismo sitio que su compañero, en el cuarto de la lavadora. Me quedo contemplando el lugar por donde se ha ido. Sola en el salón, miro a mi alrededor. Están justo al otro lado de la pared, pero ya los echo en falta; con ellos aquí, este lugar cobra vida y parece estar lleno de gente. Me pregunto si puedo pedirles que se queden. La simple idea de volver a acostarme sola en el dormitorio me aterra.

Los policías suben al lugar donde ha aparecido el intruso, la buhardilla del viejo Torp. De repente me vuelvo muy parlanchina y les hablo del viejo Torp y de cómo lo encontré ahí. Pero no los acompaño arriba. En lugar de eso, me acerco a la ventana. Tenemos vistas sobre todo el fiordo de Oslo desde nuestro salón. Es uno de los grandes atractivos de la vivienda.

Hay luces por todas partes ahí abajo, pequeños puntitos. Farolas, locales de oficinas vacíos con las luces encendidas derrochando electricidad. También hay autobuses, puestos de comida, panaderías y redacciones de periódicos en las que ya hay gente trabajando, supongo. Y luego están los pobres solitarios que no pueden dormir. Me pregunto cuántos son en una noche como ésta. Siento el repentino deseo de aliarme con ellos.

Los policías bajan de nuevo.

—Bueno —dice el de Kristiansand—, hemos registrado la buhardilla y comprobado todos los accesos y no hay nada que indique que alguien haya entrado por la fuerza.

—¿Estás segura de que cerraste la puerta principal anoche?

—Sí —respondo.

Lo repaso mentalmente. ¿Lo hice? ¿Cómo puedo saber si mi recuerdo de haberlo hecho es de ayer y no de la noche anterior? ¿Es posible que con los nervios se me olvidase cerrar la puerta?

—¿Estás segura?

Hago un cálculo rápido.

—Al noventa y cinco por ciento.

Se intercambian miradas.

—La puerta principal estaba abierta cuando hemos llegado —continúa él—. Por lo que para nosotros es imposible saberlo, y es posible que haya entrado por una ventana abierta, que luego haya cerrado.

Asiento, aguardo; ¿tienen otras alternativas?

—Y si no... —dice mirando a su compañero.

—Si no, existen dos posibilidades —dice el compañero—. O bien se ha colado durante el día, si en algún momento la puerta ha estado sin cerrar, o bien alguien tiene la llave.

—¿Hay alguien aparte de ti que tenga llave? —pregunta el de Kristiansand.

—Mi marido tenía —respondo con un suspiro. Sigurd tenía una, pero él ya no existe—. La encontraron en él, o con él, por lo que debéis de tenerla en alguna parte. Su madre tiene llave.

Asienten.

—¿Puede haber sido ella? —sugiere uno de ellos.

—No —respondo—. No, no me la puedo imaginar entrando de esa manera, paseándose por la casa y saliendo luego a toda prisa.

—Acaba de perder a su hijo —dice el hombre de aspecto asiático—. Quizá esté en estado de shock. Tal vez quiera tener algo suyo.

No sé qué responder a eso. Me imagino a Margrethe tal y como la vi ayer, una belleza trágica y ligeramente embriagada.

—Llámalma mañana —propone el de Kristiansand—. Y pregúntale si todavía tiene la llave. Alguien se la puede haber quitado.

Algo en su tono me indica que están terminando.

—¿Qué va a pasar ahora? —les pregunto, y ellos me miran, intercambian miradas y luego me vuelven a mirar.

—Ahora redactaremos un informe —me explica el policía de la cicatriz—. Y después se lo enviaremos al responsable de tu caso. Es decir, del caso de tu marido.

Me vuelven a mirar y noto que el pánico comienza a inundar mi pecho; no lo entienden, van a marcharse.

—Lo que quiero decir —continúo— es qué pasa conmigo. Vais a, no sé, ¿vais a ir os sin más? ¿Vais a dejarme aquí?

El de Kristiansand se mira las manos. Yo también fijo la vista en ellas. Están cubiertas de un denso vello rubio.

—Si no quieres quedarte quizá puedas ir a casa de algún conocido.

Annika, papá, Margrethe. La lista no es muy larga. Annika me acogería al instante, pero, no sé, no estoy convencida. Aquí es donde vivo. Ésta es mi casa. Y carece por completo de lógica, pero es así: si Sigurd volviese a casa para buscarme, vendría aquí.

¿Lo pienso de verdad? ¿Me lo creo? ¿Estoy perdiendo el juicio? Me imagino la voz del eminente Gundersen: «El informe del instituto forense llegará el martes». Y a continuación: «Sara, no empieces a ponerlo en duda». Bueno, Gundersen, eso es lo que estoy haciendo. El informe del instituto forense aún no ha llegado. Todavía existe una remota posibilidad de que se trate de otra persona. Si fuera así, no sé qué implicaciones tendría, pero lo que sé es que quiero estar aquí si Sigurd viene para hablar conmigo.

—Quiero quedarme aquí —declaro—. Vivo aquí. ¿Por qué iba a irme?

—Bueno —replica el otro, y hay algo en su tono de voz que me indica que se está empezando a cansar de mí—, por supuesto, ésa es una decisión que depende de ti.

—¿Tienes algún motivo para pensar que el intruso pueda volver? —pregunta el hombre del sur de la mano peluda.

—No lo sé —respondo—. Para empezar, ni siquiera sé cuál fue el motivo de que viniese.

Cuando los policías se marchan, entro en mi consulta. Llevo el edredón bajo un brazo y la almohada bajo el otro. Con la mano izquierda sujeto las llaves. Con la derecha sostengo el cuchillo de cocina más afilado que tengo.

Aquí dentro se está más caliente, más seguro. Soy la única persona que tiene llave para entrar, ni siquiera Sigurd tiene una llave extra. Cierro la puerta de la calle y también la puerta que hay entre la pequeña sala de espera y la consulta. Después empujo el escritorio hasta la puerta del despacho y coloco la silla debajo. Si alguien intenta entrar, al menos me despertaré. Me tiendo en el suelo sobre el edredón. Resulta duro e incómodo, pero no cuento con dormir mucho en cualquier caso. Mi mano se aferra al cuchillo.

Voy a contar lo que recuerdo de los días en el festival Nattjazz de aquel año.

Recuerdo una primera noche eléctrica, casi convulsa: Benedicte, Ronja, Ida y yo nos encontramos en Verftet, hemos conseguido una mesa; gente que conocemos pasa junto a ella, repartimos abrazos a diestro y siniestro, y yo digo: «Hola, ¿cómo estás?» a montones de antiguos conocidos que había olvidado que tenía. Resulto muy intensa, lo noto; intento controlarme un poco, relajarme y disfrutar del buen rollo, pero no lo consigo, estoy demasiado desesperada, y para camuflarlo bebo de más. Benedicte tiene que acompañarme a su casa antes de que la fiesta acabe y termino vomitando en los arbustos de su vecino.

Recuerdo los sándwiches que preparamos el equipo encargado del catering del festival para los voluntarios: de mortadela, mantequilla y rúcula, o de queso, mantequilla y uvas. Los artistas reciben mejores viandas. Somos cuatro en el mismo turno: una chica emo de Sauda con delineador de ojos negro que apenas habla, una estudiante de literatura que escribe su trabajo de fin de grado sobre Proust y que es sorprendentemente divertida —«En busca del cortaquesos perdido», dice por encima de los sándwiches—, y un ingeniero italiano un poco tímido que finge entender lo que decimos cuando hablamos en noruego, pero que no se anima hasta que nos compadecemos de él y nos pasamos al inglés. Yo también soy divertida. Lo noto. Cuento historias sobre mi vida, sobre las prácticas, sobre la vida en Oslo, sobre mi padre. Hablo demasiado. No sólo de mis prácticas, lo cual es de una ética dudosa, sino también de lo demás. No es que hable de lo triste que es mi vida, pero sí que cuento cosas demasiado personales. Me burlo de mi padre. «No estoy segura de si he leído algo de Zinerman», dice la estudiante de literatura, y yo le aseguro: «Créeme, si lo hubieses hecho lo recordarías. Mi padre se graba en la memoria a fuerza de conmocionar».

En los camerinos de los artistas colocamos lo que les va llegando: la comida, las camisetas, lo que sus representantes han pedido por ellos. El ingeniero italiano, Massimo, y yo pasamos un momento embarazoso frente a una pila de revistas pornográficas que ha pedido una banda americana de jazz progresivo. Massimo se sonroja con facilidad, lo que me resulta muy dulce.

Recuerdo las mañanas en casa de Benedicte, cuando su novio está en el trabajo; ella y yo engullimos enormes y grasientos sándwiches de queso y bebemos litros de café en tazas de cerámica que se llevó del piso que compartíamos mientras vemos series de comedia en DVD, y todo es como antes.

Recuerdo el olor a cerveza en el recinto del festival cuando llegamos al mediodía, el olor a sudor, a fiesta, a la gente del día anterior que aún impregna las paredes y el pesado telón negro del escenario; huele a cosas que sólo puedo intuir, a cosas divertidas y un poco ilegales, a drogas, quizá, o a sexo.

Recuerdo el concierto de un viejo artista dominicano que se quita la camiseta sobre el escenario y se la arroja al público. Ronja la atrapa y la mantiene alzada, es blanca con flores azules, y las dos la miramos, nos reímos, y en ese instante pienso: «No voy a regresar, aquí soy libre, que los jodan a Sigurd y a todos los demás en aquel coloso de hormigón gris que es Oslo».

Recuerdo la última noche del festival, cuando todos los voluntarios salen de fiesta. Ronja ha conquistado al tío más ligón del festival, yo he tomado chupitos de pimienta y regaliz con mis compañeros de equipo de catering, y algunos de los que han trabajado en el festival desde hace años, las fuerzas motoras del evento, se ponen a tocar juntos. Ninguno de ellos es profesional, pero lo compensan con su pasión por la música, y resulta casi hermoso cuando se dejan llevar hasta una antigua melodía de Billie Holiday, «All of me, why not take all of me, can't you see I'm no good without you». Massimo agarra mi mano. Le sonrío, y estoy a punto de decir algo —«Lo siento, tengo novio»—, pero no lo hago. Ahora mismo es como si tuviese veintidós años y fuese una estudiante recién llegada. Pienso: «¿Acaso no me merezco una noche en la que pueda ser aquella persona de nuevo?». En este momento no existe Sigurd y, si no existe, yo no vivo en Oslo, y por ende no soy esa persona que llora tras un libro en el tren y finge que duerme cuando su novio llega a casa. De modo que me quedo allí y le doy la mano a Massimo durante diez minutos. Él me pone la otra mano en la cintura. Luego me besa el lóbulo de la oreja. Me mira con esos amables ojos castaños que tiene y pienso: «Joder, ¿por qué no?». He bebido un poco, pero no es por eso. Pienso con suficiente claridad como para decirme: «Tenemos que irnos ahora, antes de que cambie de opinión, antes de que recobre el juicio». Lo arrastro conmigo fuera de la sala y hasta uno de los camerinos que sé que está vacío.

Esto es lo que recuerdo de Massimo aquella última noche: que tenía un sorprendente tatuaje de un tiburón en el hombro. Que tenía miedo de que alguien entrase en el camerino, a pesar de que yo cerré la puerta con llave. Que lo hicimos de pie, apoyados contra la pared, una postura que resultó ser incómoda, pero que de todas formas estuvo bastante bien. Que le pedí que dijese algo en italiano mientras lo hacíamos, y que esto le hizo cohibirse; no sabía qué decir, me contó, pero tampoco quería decepcionarme, y al final me dijo: «Sara, bella». Que yo me arrepentí de haber insistido en que me dijese algo.

Que lo mejor vino después, cuando salimos y no les dijimos nada a los demás, pero nos sonreímos con complicidad el resto de la noche.

Temprano por la mañana, alrededor de las siete o así, todos nos quitamos la ropa que nos quedaba y saltamos al agua. Vi el tatuaje del tiburón de Massimo por segunda vez. El agua estaba helada, y yo sumergí la cabeza. Al salir, me sequé con unos telones viejos del escenario. Luego me vestí, le di a Massimo un abrazo un poco demasiado largo y prometedor, anoté un número de teléfono inventado en un trozo de papel cuando me lo pidió y me fui con Ronja de vuelta a la estación central.

—¿Qué ha pasado con el italiano? —me preguntó ella.

—Nada —contesté yo.

Dormí durante todo el trayecto en tren de vuelta a casa.

Sigurd está en la universidad cuando llego a casa. Me quedo despierta hasta que entra por la puerta, y consigo diez minutos con él.

—¿Lo has pasado bien? —me pregunta con ojos enrojecidos y cansados entre bocado y bocado a una rebanada de pan con queso—. Cuéntame qué habéis hecho.

—Estuvo bien —contesto yo.

—Estupendo —añade él, y su mirada se pierde a lo lejos.

Una semana más tarde, los recuerdos del festival de música se han marchitado tanto como los otros recuerdos que guardo de Bergen. Me parece algo que sucedió en otra época, que le ocurrió a una chica que ya no soy yo, alguien que sólo conozco o sobre quien he leído. Sigurd espera poder entregar su proyecto de fin de carrera a lo largo del verano. Incluso duerme de vez en cuando en la universidad, acurrucado en la instalación en la que está trabajando, con un saco de dormir y una almohada. Ronja está de vuelta en Madrid, y los correos electrónicos que nos enviamos son escasos y están llenos de trivialidades. Al menos ahora, por lo general, consigo contener las lágrimas hasta que llego al apartamento. Echo una solicitud a un par de trabajos, me hago un nuevo corte de pelo.

Un día Sigurd está en casa cuando abro la puerta. No me lo esperaba, y cuando oigo su voz llamándome no puedo evitar contestar:

—¿Sigurd?

Como si no pudiese creerme que esté ahí.

—Estoy en la cocina —dice él, y voy hacia allí con los zapatos todavía puestos.

Está sentado a la mesa de la cocina. Delante de él hay una postal.

—¿Qué haces en casa a estas horas del día? —le pregunto.

—¿Quién es Massimo? —me pregunta él.

—¿Massimo? —replico, y por un momento es verdad que casi no sé de quién me está hablando.

Me tira la postal. Está en inglés.

Querida Sara:

Gracias por los maravillosos momentos que compartimos en Bergen y sobre todo por la última noche. Fue muy especial para mí. Te echo mucho de menos y pienso en ti. Desearía poder visitarte en Oslo, o que tú vinieses a Milán. Por favor, escíbeme o llámame cuando quieras.

Muchos besos.

Tuyo,

Massimo

—Sigurd —digo, y por primera vez en muchos meses siento que de verdad me ve.

Martes, 10 de marzo: respira y empieza de nuevo

Gundersen entra en mi cocina a grandes zancadas, con un aire de satisfacción pintado en la cara. Me encuentra sentada, contemplando una taza de café medio llena. Pienso: «Hay algo realmente intimidante en ese hombre». Cuando se siente satisfecho por alguna razón, como es evidente que ocurre en este momento, es pura energía. Yo me siento pequeña y con los nervios a flor de piel. He pasado la mitad de la noche encerrada en mi consulta, dormitando por momentos con la espalda directamente sobre la alfombra y el cuchillo de carne a mano. No hay nada en especial que me apetezca hacer.

Sin decir nada, deja de golpe un montoncito de papeles sobre la mesa. Lo miro. El lado impreso está hacia abajo, pero es obvio que son importantes.

—¿Sabes lo que tengo aquí, Sara? —me pregunta.

—No —respondo.

—Lo que tengo aquí son tres consentimientos para la entrega de las historias clínicas de, veamos, Trygve, Vera y Christoffer.

Los levanta y me los tiende y, hasta que reúno las fuerzas suficientes como para alzar la mano y cogerlos, quedan suspendidos en el aire, como una invitación de su mano, la triste prueba de lo que consigue el poder cuando tiene prisa. Los ojeo y veo en ellos las firmas añidadas con bolígrafo azul, pero las letras bailan ante mis ojos y no soy capaz de leer ni de protestar. Me da igual.

—Supongo que todo está en orden —prosigue Gundersen—. ¿O hay algo más que decir al respecto?

—No —digo sin ánimo, y salimos para ir a la consulta.

Abro la puerta con llave. Mi edredón está enrollado junto a una pared.

—Me han dicho que tuviste visita anoche —dice Gundersen.

—Sí —confirmo, y para mi sorpresa no añade nada más sobre el asunto—. Ahí está mi archivo —señalo. Pero desecha mis palabras con un gesto: por lo visto, ahora que ha conseguido acceso a la información que necesitaba dispone de todo el tiempo del mundo.

En su lugar, se acerca a los dos sillones junto a la ventana.

—¿Aquí es donde se produce la magia? —pregunta.

—Aquí es donde trato a mis pacientes, en efecto —respondo.

—Nunca he ido al psicólogo —confiesa—. Hubo un tiempo en que lo consideré. Me acababa de divorciar. No sé. Siempre me he preguntado cómo es.

—No tiene nada de mágico. Es un trabajo duro.

—Sí —dice—. Sí, es posible.

Seguimos de pie uno al lado del otro.

—¿En qué sillón te sientas tú? —pregunta y, a pesar de mi profunda apatía, el comentario me divierte un poco. O sea que ahora pregunta, ¿no?

—Dejo que mis pacientes elijan —replico.

—Vaya —dice y asiente—. Pero ¿cuál prefieres tú?

—El derecho.

Gundersen se sienta en el izquierdo y con un movimiento imperativo de la mano me pide:

—Siéntate un momento, Sara.

—¿No vas a revisar las historias? —Decido pasar al tuteo, igual que hace él.

—Tenemos tiempo —responde.

Permanecemos ahí sentados.

—¿Cómo inicias una sesión? Si no es un secreto profesional... —quiere saber Gundersen.

—Depende —contesto—. Pero suelo facilitar un poco de información práctica, y luego le pregunto al paciente por qué está aquí.

—¿Y ellos qué responden?

—Suelen contarme las dificultades que tienen.

Asiente.

—Quizá no sea muy diferente de lo que hacemos nosotros —aventura, pero no me mira. Es casi como si estuviese reflexionando sobre ello para sí mismo.

No añado nada. Él se desliza una mano por el mentón. Debe de tener cuarenta y algo. Está claro que varias décadas de consumo de tabaco han dejado su huella, pero, aun así, es un hombre apuesto. Si se deshiciera del bigote y de la desgastada chaqueta impermeable se lo podría calificar de atractivo. Su postura, sentado así, tiene algo que desarma. Casi parece como si pudiésemos quedarnos aquí conversando un rato, como si yo pudiese preguntarle: «¿Cómo sueles iniciar tú una conversación con un informante?», y pudiésemos meditar sobre las similitudes y las diferencias entre nuestras profesiones. Me pregunto cuánto de todo esto es calculado, un recurso para crear el ambiente que desea, y cuánto, si es que hay algo, es genuino.

—¿Tienes algún paciente que te odie? —pregunta de repente.

—¿A qué te refieres?

—No sé —responde y estira los brazos—. Llevas trabajando como psicóloga ¿cuánto?, ¿tres, cuatro, cinco años?

—Tres.

—Durante ese tiempo, ¿algún paciente te ha amenazado?

—He trabajado con toxicómanos psicóticos, así que ¿tú qué crees? —respondo.

Ríe con amabilidad.

—Entiendo —dice—. Pero ¿alguien en particular?

Suspiro y me encojo de hombros.

—Eran agresivos, pero no creo que ninguno de ellos en realidad me odiase a mí. Mi impresión es que su odio estaba más bien dirigido al sistema.

—El sistema puede ser suficiente —concede Gundersen—. Sólo te pido que lo pienses un poco. Que pienses si hay algo, cualquier cosa.

Cierro los ojos, recordando un par de incidentes en los que esos jóvenes furiosos y desesperados por la abstinencia o aterrados por un brote psicótico acabaron escupiéndome. Más tarde trabajé en un centro ambulatorio para niños y jóvenes: había niños de ocho años que se orinaban en la cama y adolescentes con aversión a la escuela que se autolesionaban en los brazos. Pero apenas mostraban hostilidad. Y, luego, mi consulta privada. Me lo pienso bien. Trygve.

¿No he creído siempre que hay algo malévolo en él? Quizá no contra mi persona, sino contra la imposición que represento para él. Lo obligan a venir aquí cada semana y confesarse, y le resulta humillante. De vez en cuando, como ocurrió el pasado viernes, la ira atraviesa su rostro. En una ocasión me dijo que los *gamers* tienen mucho poder: «Podemos convertir tu existencia en un infierno y que no sepas ni de dónde viene el ataque». Nunca interrumpiré el tratamiento, pues es la condición que le han puesto sus padres para poder seguir viviendo en casa, pero detesta acudir a la consulta. Si me pasara algo que me impidiera trabajar con él, o trabajar en general, ¿eso no sería conveniente para Trygve?

Pero no quiero decirle nada de esto a Gundersen. En primer lugar, porque me parece rebuscado. Si Trygve quisiera deshacerse de mí, y si realmente fuese capaz de emplear medios tan extremos —lo que ya es mucho suponer—, ¿por qué matar a Sigurd? ¿Por qué no acabar conmigo directamente? Por no hablar de todo lo demás: ¿por qué en Krokskogen? ¿Qué tiene que ver la mentira de Sigurd con el asunto? ¿Y quién anda por mi casa de noche? Otro motivo para no mencionarle nada a Gundersen son las consecuencias que tendría para Trygve. Me imagino al policía entrando a zancadas en la cocina de los desesperados padres de Trygve, del mismo modo en que ha entrado en mi cocina hace veinte minutos: «Escúchenme bien, la psicóloga de Trygve piensa que es probable que él haya matado a su marido». Sería imposible reconstruir nada con esa familia después de algo así. Para ser sincera, no me importaría librarme de las sesiones semanales con Trygve, pero temo las consecuencias que esto tendría para él, para ellos en realidad, y para su capacidad de confiar en el sistema. Por no hablar de que no quiero ver la decepción en los ojos de unos padres que tanto han sufrido ya. Y sólo porque Trygve es el único de mis pacientes que, según mi opinión, muestra una especie de odio hacia mí, y por la inverosímil posibilidad de que él haya disparado a Sigurd por la espalda por ello.

—No —respondo, por lo tanto—. No se me ocurre nadie.

Gundersen asiente.

—Avísame si en algún momento se te ocurre —prosigue, y se queda pensando un instante—. Qué maravilla. Varios años ejerciendo de psicóloga y nada de odio.

Esbozo una breve sonrisa.

—¿Y el caso contrario? —pregunta—. ¿Alguien que haya mostrado una fascinación algo exagerada?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es si se ha enamorado de ti alguno de los pacientes.

Arrugo la frente.

—Creo que eso es más común en las películas que en una consulta privada noruega —respondo, y añado—: Al menos, cuando uno trabaja con niños y adolescentes.

—Bueno —dice Gundersen, y estira sus largas piernas—, hay que mirar debajo de todas las piedras.

Asiento para declararme de acuerdo, pero me quedo mirando los extremos de sus zapatillas de deporte y pienso: «¿Realmente están considerando alguna de esas posibilidades? ¿Nadie tiene motivos para desearle la muerte a Sigurd y por eso investigan razones más rebuscadas, como que mis pacientes me profesen un odio o un amor fervientes?».

—Hay un asunto sobre el que me gustaría preguntarte, Sara —añade Gundersen a modo de petición.

Vacila un momento y me mira con ojos tranquilos.

—¿Teníais Sigurd y tú problemas en vuestra relación?

Y ésta, por supuesto, es la pregunta más evidente. Lo entiendo. Está claro que el tono amistoso de Gundersen en esta conversación tenía como objetivo llegar hasta aquí.

—No —digo—. Los típicos desacuerdos de matrimonio, pero nada más. Hemos tenido un buen matrimonio.

—¿En qué consistían esos desacuerdos?

Suspiro, notando el peso de la carga que contiene la pregunta. Tener que evocar las discrepancias más triviales con el hombre al que amo, apenas unos días después de perderlo; que esas discrepancias sean objeto de una evaluación crítica —hablamos del móvil de un asesinato—; que cualquier estupidez cometida por él o por mí se convierta en objeto de especulaciones sensacionalistas es necesario, por supuesto. Pero resulta tan incómodo, tan indignante...

—Estamos reformando la casa —digo—. Ya lo has visto. Sigurd era el gestor del proyecto; yo, el peón. Yo estaba impaciente, me parecía que tardábamos demasiado en acabar cualquier cosa. A él, por su parte, le parecía que mi consulta no generaba suficientes ingresos; que tenía pocos pacientes, una facturación demasiado baja. Cosas así.

Gundersen asiente meditativo.

—¿De quién es la casa?

—De los dos. Quiero decir, es la casa donde se crio mi suegra. Cuando su padre falleció, la casa pasó a ser de Sigurd. Su hermano se quedó con la cabaña familiar y heredará la casa en Røa cuando llegue el momento, de modo que nosotros nos quedamos con ésta.

—Y ahora es tuya —declara Gundersen en voz baja, con la vista fija en las puntas de sus zapatillas.

—Sí —afirmo, y recuerdo la conversación que tuve con Annika ayer—. Supongo que sí. Aunque Margrethe heredará una parte del patrimonio de Sigurd, ¿no?

—¿Tu suegra? Tal vez. Una pequeña parte, quizá. Pero no puede echarse de la casa.

—En cualquier caso —prosigo—, ésta es la casa donde se crio Margrethe. Fue ella quien la heredó. Nos la cedió para que tuviésemos la posibilidad de acceder a una vivienda.

—Muy considerado por su parte —constata Gundersen—. ¿Por cuánto se venden las casas en esta zona? Una vivienda unifamiliar como ésta. ¿Diez millones? ¿Quince?

Me está presionando, y el estrés que me provoca esa situación me oprime el pecho. Algo que aprendí en mi trabajo con jóvenes psicóticos fue a ser consciente de mis propias reacciones. En terapia es algo que se denomina «contratransferencia». Los buenos terapeutas saben usarla de manera activa en el tratamiento. Los sentimientos que provoca en ti un paciente —ya sean de ira, tristeza o frustración— arrojan pistas sobre lo que le ocurre a esa persona, y sobre lo que sienten las personas allegadas a él o a ella. Si se aplica con cuidado, es un mecanismo que puede contribuir a que el paciente comprenda mejor su propia conducta y sus defensas psíquicas. En cualquier circunstancia es importante ser consciente de cómo opera la contratransferencia, «aquello que el paciente despierta en mí», en palabras de uno de mis tutores. Gundersen está insinuando algo incómodo. Despierta en mí la necesidad de defenderme. Pero no es así, yo no tenía ningún interés en la casa más allá del deseo de vivir en ella con Sigurd. Por Dios, este caserón ya me ha causado suficientes problemas.

Respira. Y empieza de nuevo. También aprendí eso cuando trabajaba con los adolescentes psicóticos. Tomo aliento, larga y profundamente. Estoy tranquila. Puedo manejar esto. Puedo interpretar lo que está ocurriendo y devolver la bola.

—Gundersen —empiezo—. Tengo la impresión de que intentas decirme algo. ¿No puedes decir lo que piensas, sin más?

Pero Gundersen no es un paciente, y ésta no es una sesión para trabajar con su conducta y su actitud defensiva.

—Tu matrimonio con Sigurd ha sido muy lucrativo para ti, desde el punto de vista económico —dice.

No desvía la mirada. Yo tampoco.

—He perdido muchas cosas en estos últimos días —respondo yo—. ¿No crees que renunciaría a esta casa, a esta pesadilla de proyecto de obra en este mismo instante, si eso me devolviese a Sigurd?

Gundersen se encoge de hombros.

—Yo sólo he hecho una observación —prosigue.

—¿Crees que habría matado a Sigurd por la casa?

—Hay gente que mata a sus cónyuges por menos.

—Bueno —digo—, yo amaba a Sigurd. Nunca lo habría asesinado. No sería capaz de matar a nadie. Pero supongo que no sirve de nada decírtelo.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Bien —concluye—. El dinero y la casa. ¿De qué otras cosas discutíais?

Durante una fracción de segundo pienso en el hijo que planeamos tener cuando vivíamos en Torshov y que dejamos de intentar concebir cuando nos mudamos a esta casa. El asunto se mencionó una sola vez y nunca más. No fue una discusión. Pero fue algo que me despertó dudas.

—No —respondo.

Se inclina un poco hacia delante.

—¿Estabas pensando en algo, Sara? Puedes decirlo sin más. Yo también he estado casado, sé cómo es.

—No —digo—. En realidad, rara vez discutíamos.

—Entiendo —señala, recorriendo con la mirada la consulta, una pared hacia arriba y luego la otra hacia abajo—. Aun así, tengo una duda. Según tengo entendido, hubo una tercera persona en algún momento. Por tu parte. Una especie de incumplimiento de contrato, por así decirlo. Hace algunos años.

Parpadeo. ¿Incumplimiento de contrato?

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—¿No es cierto que tuviste una relación extramatrimonial hace dos o tres años?

Cae un silencio incómodo sobre la habitación mientras tomo aliento. Han hablado con alguien. No pensé que Sigurd se lo fuese a contar a nadie, pero es posible que se lo confiara a Thomas y a Jan Erik. Y es probable que Thomas se lo haya dicho a Julie, en cuyo caso seguro que lo sabe más gente, pues es un secreto demasiado goloso como para guardarlo. Quizá hayan hablado con ella.

—Es cierto —digo, y echo un vistazo al edredón del rincón, aquel triste residuo de mi cama —. Sigurd y yo tuvimos un periodo complicado. Cometí una estupidez; fue una noche, una sola noche. Él se enteró. Se enfadó. Pensé que me iba a dejar, estuve un mes pensando que lo haría, pero al final decidió perdonarme.

—Es algo muy difícil de perdonar —declara Gundersen.

—Sí, tal vez.

—Tuvo que haberle costado bastante.

—Seguro.

—¿Cómo fue vuestra relación después de aquello?

—¿Sabes? —zanjo—. Después fue a mejor. Empezamos a cuidarnos más. Nos dimos cuenta de que podríamos habernos perdido el uno al otro.

—Oye —interviene Gundersen —, estoy divorciado, ya te lo he dicho, por lo que no voy a fingir que soy un experto en matrimonios, pero no soy capaz de entenderlo. Uno de los dos se va con un tercero. Y el otro se lo perdona. ¿Me lo puedes explicar, como psicóloga? En estas situaciones, ¿no surge un deseo de castigar a la otra persona? Ya sabes, liarse con alguien también. O echarla de casa. O enviar fotos íntimas suyas a su jefe. Cosas así.

Ahora es mi turno para encogerme de hombros. Me siento presionada, pero esta vez no sé si podré tomar aliento y empezar de nuevo.

—No lo sé —respondo—. Supongo que dependerá de cada persona.

—¿Y Sigurd?

—Estaba enfadado conmigo. En aquella época estaba muy ocupado con la universidad y terminó su proyecto de fin de carrera prácticamente sin dirigirme la palabra. Cuando lo entregó, se marchó cuatro días sin decir adónde iba. Luego regresó a casa y dijo que quería intentarlo de nuevo.

—¿De nuevo?

—Sí. Quería estar conmigo. Nos compramos un piso y nos prometimos.

—Vaya —dice Gundersen—. Un final feliz a una situación desafortunada. ¿Dónde estuvo esos cuatro días?

—No lo sé.

—¿No le preguntaste?

—Trata de imaginar en qué situación me encontraba. No podía preguntarle nada. Tan sólo me sentí aliviada de que quisiese seguir conmigo.

—Pero algo debiste de suponer, ¿no?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Creo que fue a la cabaña de Krokskogen. Le gustaba ir allí a reflexionar, y casi siempre está vacía. Y la llave con la boya de cristal no estaba.

Gundersen asiente.

—Y ahora resulta que volvió a Krokskogen. ¿Sobre qué crees tú que reflexionaría en esta ocasión?

—No lo sé, sinceramente. No tengo la menor idea.

—¿Los problemas de dinero y de la casa podrían llevar a un hombre a huir al bosque?

—No lo sé.

—Pero ¿qué piensas?

Suspiro. No he comido nada desde los pocos bocados que Annika me obligó a tomar anoche para cenar y empiezo a notar las consecuencias.

—No sé qué pensar. Tenía problemas con algunos proyectos en el trabajo y la reforma estaba tardando lo suyo, pero, por lo demás, estaba contento. No sé qué más puedo decir. Me invitó a una cena sorpresa por mi cumpleaños hace poco más de un mes. No había nada extraño, por así decirlo, en su conducta.

—Entiendo —dice Gundersen—. Éste es un hueso duro de roer.

—¿Tenéis algún sospechoso? —le pregunto.

Vuelve a contemplarse las manos, parece que es a ellas a quienes sonrío. El tabaco ha dejado un rastro anaranjado en las yemas de sus dedos. Incluso desde donde estoy sentada puedo ver que deben de olerle mal.

—Aún es muy pronto —constata—. Todavía estamos explorando el terreno, por decirlo de alguna manera.

Luego me observa con la mirada clara, de un modo intimidante; es un hombre con tanta fuerza que cuesta resistirse a él.

—¿Puedo ser sincero contigo? —me pregunta, como si yo fuese a protestar.

—Sí —respondo, de manera totalmente superflua.

—Me gustaría creerte, Sara. Me gustaría. Vas a heredar la casa, aunque, bueno, eso les pasa a casi todos los que pierden a su cónyuge, y además pareces bastante honesta. Pero no alcanzo a comprender lo del mensaje del buzón de voz. Intento ponerme en tu lugar: soy tú, he estado en el gimnasio, he vuelto a casa, me han llamado para informarme de que Sigurd no está donde debería estar. De acuerdo. Tengo un mensaje en el buzón de voz en el que él me cuenta que está en un lugar en el que se ha comprobado que no está, con algunas personas que dicen que no lo han visto en todo el día. Tengo una prueba irrefutable de que está mintiendo. Y voy y la borro. ¿Por qué haría algo así, por el amor de Dios? Aunque no piense en este caso como en una causa penal, aunque no se me ocurra que sea posible que tenga que probar mi inocencia en algún momento, al fin y al cabo es una prueba de su mentira. ¿No la guardaría para, al menos, confrontarle con ella? No puedo llegar a entenderlo, Sara.

Cierro los ojos. Me zumban los oídos otra vez. Estoy exhausta. Durante un instante desearía poder regresar al sábado, cuando aún creía que Sigurd volvería a casa y me explicaría todo el embrollo.

—Ya lo he dicho —afirmo con los ojos casi cerrados—. Había bebido un poco. Estaba enfadada con él. No pensé... En aquel momento ni siquiera podía imaginarme que aquéllas serían las últimas palabras que él me dirigiría.

Brotan lágrimas de mis ojos. Aquel mensaje, la mentira de Sigurd, fue lo último que me dijo. Nunca más oiré su voz. «Hola, amor.» Nunca más su sonrisa, nunca más el sonido de su llave en el cerrojo de la puerta. Estoy sola.

Lloro en silencio. No miro a Gundersen, y él no dice nada. Durante varios minutos permanecemos así, yo llorando, y él sentado en silencio, dejándome hacerlo. Al cabo de un rato se me acaban las lágrimas. Cojo un pañuelo de la caja que siempre tengo en la mesa entre los dos sillones y me seco los ojos.

—Entiendo que resulte incomprensible —digo—. ¿Qué más puedo decir? No tenía intención de hacerle ver su mentira de ese modo. Iba a preguntarle. Él me respondería. No se me pasó por la cabeza que fuese a necesitar aquel mensaje.

—Bueno —prosigue Gundersen—, tengo que decir que siento que no se te pasase por la cabeza. De verdad que lo siento.

Nos quedamos otro instante en silencio.

—¿Quieres echar un vistazo a las historias clínicas? —pregunto.

—Sí, por favor —responde.

Enciendo el ordenador e imprimo lo que necesita. No decimos nada mientras la impresora trabaja, tampoco nos miramos, pero el silencio no resulta incómodo. Le entrego las hojas impresas y confirma que soy libre para marcharme.

—Sara —dice antes de que yo abandone la consulta—, deberías comer algo, ¿eh? Vas a necesitar fuerzas. Sería nefasto que fueses por ahí pasando hambre. Hazlo por mí.

Y en el momento en el que dice eso, parece buena persona.

La policía está inspeccionando nuestro coche, de modo que me dirijo al metro. Estoy inquieta y deambulo de un lado a otro por el andén. Emergen en mi mente, como destellos, imágenes de lo que ocurrió después de que llegara la postal. Aquel largo mes en el que Sigurd estuvo trabajando en su proyecto de fin de carrera y yo estuve esperando a que decidiera si me perdonaba o no. Notaba su silencio al volver a casa, las mandíbulas apretadas, y apenas me miraba, sólo lo justo para no tropezar conmigo, y nunca a los ojos. Yo esperaba. Él dormía en el sofá. A veces se quedaba en la universidad. O tal vez dormía en casa de alguien. Iba y venía a su aire, y yo no le preguntaba nada, ya no tenía ningún derecho, no podía exigirle nada. Esperaba. Entregó el proyecto y desapareció. Yo seguí esperando. Aquellos días fueron un martirio. No se lo conté a nadie. Fui a casa de mi padre, me quedé una noche a dormir en el que era mi cuarto de niña y disfruté del desinterés de mi padre por los acontecimientos de mi vida. Comí sus albóndigas caseras en salsa, escuché un largo discurso sobre la ignorancia del Consejo Noruego de Investigaciones Científicas y alcancé un bendito estado de entumecimiento mental. Seguí, en fin, como si nada hubiese pasado. Iba a trabajar, volvía a casa, esperaba a Sigurd. Pensé —supe— que las cosas no podían seguir así. Sigurd tenía que perdonarme o tenía que decidir que no iba a ser capaz de hacerlo y abandonarme. Lo segundo me resultaba demasiado doloroso, y no me veía capaz de darle un ultimátum. Tampoco era necesario: yo sabía que él era consciente de que debía tomar una decisión. Cuatro días más tarde lo encontré en casa cuando volví del trabajo. Estaba sentado en el sofá, recién duchado. Había girasoles en la mesa del salón. Supe cuál era la decisión que había tomado.

Lo hablamos, por supuesto. Le prometí por lo más sagrado que jamás volvería a suceder. Él me dijo: «Tengo que poder confiar en ti». Yo le dije: «Somos tú y yo». Él dijo: «Sí, somos tú y yo». Un día de aquel verano Sigurd fue a una joyería y compró un anillo.

No volví a añorar jamás los veintidós. Acepté la vida que tenía. Ya no sentía nostalgia por Bergen. Echaba de menos a mis amigas, pero me di cuenta de que ellas habían pasado página, de que lo que yo añoraba era una época que ya había acabado. Debía concentrarme en lo que tenía ahora. Sigurd. Mi trabajo. Llamé a una amiga del instituto y fui a tomar un café con ella; también

hice un nuevo intento con Julie, aunque sin mucho empeño. Empecé a trabajar en un centro ambulatorio de atención en salud mental para niños y adolescentes. Pensé: «De acuerdo, no soy especialmente sociable. Tuve un periodo, cuando era estudiante, en el que siempre estaba rodeada de gente, pero hoy por hoy tengo un círculo de amistades muy reducido. Está bien. Tengo a Sigurd, a quien amo. Tengo un trabajo. El bebé que vendrá. Es más que suficiente».

El metro aparece traqueteando en el andén; entro y me siento pensando en él, en el hipotético bebé. La ilusión por intentarlo sólo le duró a Sigurd seis meses. Y ahora nunca habrá un niño. Ahora tampoco hay marido, en realidad.

«Tu matrimonio con Sigurd ha sido muy lucrativo para ti», ha dicho Gundersen. «Me gustaría creerte.» Lo entiendo. Está del lado de Sigurd, y el lado de Sigurd no tiene por qué ser el mío necesariamente. Estoy destrozada tras nuestra conversación y, sin embargo, sé que él se ha portado bastante bien. Y que en el futuro podría haber conversaciones mucho menos agradables.

Anoche alguien estuvo en casa. Cuando me desperté, esa persona estaba en la buhardilla, pero no hay rastro de que nadie haya entrado por la fuerza. No sé qué significa, pero me doy cuenta de que los policías que están en mi casa no están allí para averiguar quién se encontraba en mi buhardilla. El agente que me interrogó me hizo una única pregunta sobre el asunto, y esa única pregunta podría considerarse más bien como una frase de cortesía. Quizá no me crean. Quizá piensen que me lo he inventado. Gundersen dice que quiere creerme. Sin embargo, yo no sé si le creo a él. Respiro profundamente, como para asumir la gravedad del asunto. Ahora estoy sola.

El estudio de arquitectura FleMaSi se halla situado en una tranquila bocacalle de Bislett. Los jóvenes emprendedores pagaron un ojo de la cara por un hermoso y luminoso local en un edificio del siglo XIX, frío en invierno y caluroso en verano, pero cuya belleza salta a la vista, con sus paredes encaladas y el parqué barnizado y acuchillado. «El local lo es todo», exclamó con entusiasmo Sigurd —la «Si» del nombre— cuando me enseñó el lugar por primera vez. Por aquel entonces el local era sólo un amplio espacio vacío. Ahora está dividido en tres despachos y una sala que hace la vez de taller y sala de reuniones. Cada uno de los arquitectos dispone de una mesa de dibujo técnico y sobre la puerta de entrada cuelga una señal con el logo que ellos mismos han diseñado. FleMaSi arquitectos: Flemming, Mammod, Sigurd. Un rombo naranja con letras grises y blancas. El local ocupa la planta baja del edificio, y desde la calle veo a Flemming, concentrado en su trabajo, con la cabeza gacha. El despacho de Mammod da al patio interior. El de Sigurd está vacío.

Llamo al timbre. La voz de Mammod responde —«¿Sí?»—, amable, informal, eficaz, tal y como los tres chicos decidieron llevar su negocio.

—Hola —digo—. Soy Sara. La mujer de Sigurd.

Se queda callado un instante.

—Hola, Sara, pasa —añade, con bastante más seriedad en la voz. Se oye un zumbido en la puerta y tiro de ella.

Los dos salen a mi encuentro. Mammod lleva ropa de trabajo, un mono azul con manchas de pintura y serrín y agujeros en ambas rodillas; Flemming, gafas de pasta y una camiseta con personajes de dibujos animados de los años ochenta, un estilismo entre hípster y friki. Ambos

lucen un gesto apenado y rígido. Sigurd era su amigo, pero aun así me imagino que el ambiente lo crean, sobre todo, en mi honor. No tenían una amistad demasiado íntima y su relación laboral había pasado por algunos baches.

Flemming habla primero. Se acerca a mí y me abraza.

—Sara, joder, ¿cómo lo llevas? —murmura entre mi cabello.

Mammod es el siguiente; también me abraza, algo más rígido.

—Lamento mucho lo que nos han contado —dice.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Flemming. Los miro, primero a uno y luego al otro.

—No tengo ni la menor idea. No sé nada —respondo.

Nos sentamos en la sala de reuniones. Huele a madera, hay tabloncillos de aglomerado de medio metro de altura apoyados contra la pared.

—Siento el desorden —dice Mammod—. Estoy trabajando en una maqueta.

Flemming nos sirve un café fortísimo, sin preguntar si queremos. Ni Mammod ni yo protestamos. Sostenemos las diminutas tazas entre las manos.

—¿Cómo estás? —pregunta Flemming.

—Es increíble —añade Mammod—, todavía no me lo puedo creer.

—¿Quién diablos iba a querer matar a Sigurd? —se pregunta Flemming—. ¿Qué podría haberle hecho a nadie?

Me contemplan con la frente arrugada y las cejas alzadas, en señal de incompreensión.

—Lo sé —digo—. Resulta tan absurdo...

—Ayer vino la policía por aquí —me hace saber Mammod—. Estuvieron fisgoneando en su despacho, desordenando las estanterías. Sacaron fotos de su agenda de compromisos y todo.

—Nos preguntaron por temas de trabajo —apunta Flemming—. Por si había algún problema con Sigurd.

Ambos socios niegan con la cabeza y yo tomo nota de la pregunta. Gundersen, cómo no.

—¿Y qué respondisteis? —pregunto. Ellos intercambian miradas.

—La verdad —dice Flemming—. Que Sigurd era un buen amigo, un buen arquitecto y un compañero apreciado.

La expresión lo dice todo, pienso. «Un compañero apreciado.» Como si estuviese pronunciando un discurso en el funeral de un estadista. La mirada de Mammod cede una pizca. Él es más concienzudo.

—Mencionamos que hemos tenido algunas dificultades —concede, con la cabeza ligeramente inclinada—. Ya sabes, necesitamos ganar lo suficiente para cubrir los gastos, y bueno..., les contamos la discusión que tuvimos en invierno sobre cómo gestionar el estudio. Minucias, en realidad, pero, ya sabes, hay que poner todas las cartas sobre la mesa. Eso fue lo que dijo el tipo ese con bigote de la policía.

Flemming golpea la mesa con una mano.

—Es una estupidez —protesta—. Comenzamos en agosto. Por supuesto que nos hemos enfrentado a desafíos. Habría sido un puto milagro que no hubiera ocurrido.

Recuerdo esos desafíos y, sobre todo, la discusión en invierno. Sigurd volvió a casa agitado. «Flemming piensa que es el jefe —dijo Sigurd—, sólo porque su participación es mayor.» La distribución es la siguiente: Flemming posee el cuarenta por ciento —su padre había puesto dinero — y los otros dos un treinta cada uno. Los jóvenes arquitectos estaban de acuerdo en que era una

mera formalidad, que se reflejaría en los beneficios, por supuesto, pero no impediría una organización plana. Nadie iba a estar por encima de nadie. Y entonces, ante el primer desacuerdo, Flemming asumió el liderazgo. O eso aseguró Sigurd. Mammod no dijo nada, pues él solía evitar los conflictos, no quería opinar sobre absolutamente nada. De nuevo, según Sigurd.

Flemming quería lograr visibilidad compitiendo en los grandes concursos de arquitectura y acumular capital con proyectos menores. Sigurd y Mammod querían llevar a cabo proyectos privados y trabajar para conseguir proyectos medianos de carácter público, para no tener que dedicar largas jornadas de su valioso tiempo a preparar competiciones que jamás ocasionarían beneficios. Al menos eso dijo Sigurd. No era fácil saber lo que quería Mammod, aunque en mi opinión, sólo quería trabajar en paz. No creo que llegasen a resolver el asunto. Creo que cada arquitecto trabajaba en lo que quería, y que un nuevo conflicto habría sido inevitable en cuanto se vaciase la hucha. Bueno, el asunto quizá esté resuelto ahora.

—¿Qué dijo? —pregunto—. Gundersen, quiero decir, el policía.

Flemming se encoge de hombros.

—Nada. Nos preguntó si teníamos mala relación. Le conté que de ninguna manera, y que resolvíamos los desacuerdos creativos a base de trabajo duro y cantidades industriales de alcohol. Punto final.

—¿A ti te están molestando, Sara? —pregunta Mammod.

Suspiro.

—Están ahí. Preguntan un montón de cosas extrañas. Sobre qué discutíamos y ese tipo de cosas. Pero supongo que están haciendo su trabajo. Intento verlo así.

Ambos asienten, como si hubiese dicho algo importante y sabio. Deben de estar ansiosos por deshacerse de mí. Me acabo el café de un trago.

—Sólo quería echar un vistazo a su despacho —digo—. Si os parece bien.

—Claro que sí —responden con entusiasmo, casi al unísono.

Nos levantamos los tres.

—Te acompaño adentro —dice Flemming.

Mammod me vuelve a dar un abrazo y regresa a sus tabloneros de madera aglomerada.

La agenda de compromisos de Sigurd es un libro físico. Así son las cosas en el estudio de los arquitectos FleMaSi: ni Outlook ni calendarios de iPhone sincronizados. Cada uno por su cuenta. En el viernes 6 de marzo anotó lo siguiente: «11.30: Atkinson»; «16.30: montaña». Contemplo la característica escritura de Sigurd: letras de imprenta inclinadas como si se tratase de caligrafía, con círculos irregulares sobre las íes. De acuerdo, entonces Atkinson a las once y media. Dos horas después de dejarme el mensaje en el buzón de voz diciendo que había llegado. Recreo en mi mente la escena de la noche anterior a su desaparición, con detalles que ya no sé si resultan veraces porque recuerdo la conversación con claridad o porque he pensado mucho en ella, pero me acuerdo de una cosa con una seguridad inquebrantable, y es a Sigurd alzando la mirada del ordenador sobre su regazo y diciendo: «Intentaré estar en casa de Thomas a las seis y media».

Vuelvo la página para ver la semana anterior: dos citas con Atkinson. La semana anterior a aquélla hay tres.

—Trabajaba mucho con los Atkinson —comento.

—Sí —dice Flemming con un suspiro—. Parece ser que eran muy peculiares. Y también malos pagadores. Tienen una enorme deuda pendiente. Sigurd tuvo problemas para conseguir que aflojasen la pasta. Sobre todo con la señora. Siempre surgían discusiones sobre si en realidad habían acordado esto, lo otro o lo de más allá.

—¿Sabes para qué iba a verlos el viernes?

—Ni idea —responde Flemming—. Él no estaba aquí cuando llegué.

—¿Crees que iba a enseñarles planos? Quiero decir: ¿se llevaría el portaplanos a una visita así?

Flemming se encoge de hombros.

—No lo sé. Supongo que sí. Pero es posible que fuesen a hablar de otra cosa, con ese tipo de gente nunca se sabe. Clientes difíciles. Yo también tengo un par de ellos.

Alzo la mirada. La mesa de dibujo está vacía.

—¿Se llevó algo la policía? —le pregunto.

—No —dice—. Que yo sepa, no. Oye, Sara, tengo cosas que hacer. Quédate el tiempo que quieras y, en fin, sus cosas son tuyas ahora, llévate lo que quieras. Ya hablaremos más adelante de todo lo demás, o sea, de las cosas prácticas.

—Gracias —digo—. Hablamos, sí.

Vuelve a abrazarme.

—Es increíble, joder —murmura, y sale con pasos lentos.

Hago fotos de la agenda: del viernes, del resto de esa semana y de las tres anteriores. También saco una foto de esta semana, la primera semana que Sigurd no vivirá. Su agenda está bastante vacía. Veo que esta semana no tiene ninguna cita con Atkinson. Avanzo un par de semanas. El nombre no figura en ningún lado. En las últimas dos páginas vienen las direcciones. Los Atkinson viven en una calle que conozco, un poco más abajo de St. Hanshaugen. Cambio de idea y me meto la agenda en el bolso.

No sé si mantuvo o canceló la cita con los Atkinson, pero esto sí que lo sé: me mintió. Me dijo que iría a buscar a Thomas a las seis y media de la mañana. Cuando habló conmigo no dijo nada sobre que fuera a encontrarse con un cliente antes de ir a la montaña.

Cuando vuelvo a salir a la calle, Mammod sale corriendo detrás de mí.

—¡Espera! —grita.

Aguardo y se acerca a mí.

—Hay otra cosa —dice.

Está allí con su mono azul, con las gafas de protección en el pelo y cubierto de una fina capa de serrín.

—No sé si debería decírtelo o no —declara—. Pero Sigurd ya no está y pienso que deberías saberlo. Había una mujer que lo esperaba algunas veces.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, creo que la vi dos veces. La primera vez vi que estaba aquí fuera, apoyada en esa farola, mirando hacia dentro. Era por la tarde, tal vez fueran las cinco o las seis, y recuerdo que estaba en el despacho de Flemming porque él me iba a enseñar algo, y me percaté de su presencia porque nos estaba mirando fijamente. Vaya, pensé, qué leches, entiendo que la gente no quiera

vivir en una planta baja en la ciudad, con la de gente cotilla que hay. Si no lo hubiese pensado, seguramente no me habría fijado en ella, pero luego pensé: «¿Cuánto tiempo se quedará ahí?». Y esperé, y entonces vi que de repente Sigurd se acercó a ella. Se dieron un abrazo rápido y se marcharon juntos. No sé nada más, fue lo único que vi. Y pensé: «¡Caramba!, qué extraño». Pero no sé. Podía ser una amiga o, qué sé yo, una prima tal vez.

»Luego, quizá hace un mes o algo así, Sigurd se pasó por aquí con el coche para recoger algo del despacho. Paró el coche aquí fuera, en doble fila, con las luces de emergencia puestas, y vi a una chica sentada en el coche. Y, a ver, yo no llevaba gafas, no puedo estar seguro del todo, pero creo que era la misma. Y me pareció un poco raro, por eso cuando se marchó se lo mencioné a Flemming, que Sigurd había venido con una chica en el coche; se lo dije un poco así, de forma frívola. Quiero decir..., ya sabes cómo somos los chicos, ¿verdad?

—Sí —digo sin aliento, y pienso que no, que no tengo idea de cómo son los chicos.

—Entonces Flemming dijo que, ahora que yo lo mencionaba, él también la había visto una vez. Fue un poco lo mismo que cuando yo la vi, ella estaba esperando fuera, y luego salió Sigurd y se marcharon juntos. Así que no sé, quiero decir, seguro que no es nada, a lo mejor incluso la conoces.

Sonríe, creo que esperando que yo se lo confirme.

—No sé —digo—. Quiero decir, ¿qué aspecto tenía?

—Bueno... —dice Mammod rascándose la cabeza. Una pequeña nube de polvo de madera asciende de sus rizos—. Era medio rubia, como son la mayoría de las chicas. Un poco como tú, de hecho. De estatura normal y constitución normal. Abrigo negro. Tal vez algo más joven que él. No sé muy bien, ya te he dicho que no me fijé mucho.

Noto que mis ojos están vacíos cuando lo miro. No sé cómo reaccionar a lo que me cuenta. Una mujer esperando a Sigurd, no una vez, sino al menos tres veces. ¿A qué mujeres conoce Sigurd, además de a mí y a Margrethe? A mis amigas, que no viven en la ciudad. A mi hermana, que trabaja en el centro y podría haberse pasado a saludar, aunque no sé por qué iba a hacerlo. A Julie, que tiene unos años menos que él y que, en efecto, tiene el pelo medio rubio. Me detengo un instante a pensar en ella, en Julie, con la que según él yo debía entablar una amistad, a la que quizá incluso quería que me pareciese. Julie, la que fisgoneó en mi casa. Luego está la novia de Jan Erik, puestos a no omitir ninguna posibilidad. Y un par de compañeras de la facultad, que puedo descartar de inmediato, pues Mammod y Flemming son de su misma promoción y, por lo tanto, conocen a las chicas con las que estudiaba Sigurd.

¿Y si era una clienta? ¿Conocen todos a los clientes de los demás? Y enseguida pienso: Atkinson. Aquella señora misteriosa cuyo marido estaba constantemente de viaje; aquella mujer difícil que exige sin parar, que no paga sus deudas. Sobre la que, por lo visto, Sigurd consideró necesario mentir.

Mammod me mira y entrecierra los ojos con preocupación.

—Quizá no debería haberte comentado nada —dice—. Eso era lo que opinaba Flemming. Pero he pensado que, bueno, que si fuese tú querría saberlo.

—Sí —respondo y asiento—. Gracias.

Él también asiente.

—Puede haber una explicación lógica —continúa él—. Podría ser, yo qué sé, cualquiera. Pero ahora por lo menos estás al tanto.

Se da la vuelta para marcharse.

—Mammod —digo, y él se vuelve de nuevo—, ¿le contasteis esto a la policía?

—No —constata—. Quiero decir, no nos preguntaron. Quizá deberíamos haberlo hecho.

—Quizá —digo.

—Puedes mencionárselo —sugiere él—. Si hablas con ellos.

Da media vuelta y vuelve corriendo al estudio. Me quedo mirándolo mientras abre la puerta con llave para entrar. «Podría ser cualquiera», dice Mammod, y dada la descripción, me inclino a estar de acuerdo con él. Cabello medio rubio, bastante joven, estatura normal, constitución normal. Es una descripción que encaja con la mayoría de las mujeres noruegas de menos de cuarenta años. ¿Está siendo ambiguo a propósito? Al parecer, ya no me fio de nadie.

Mientras camino de vuelta al metro, pienso en que la policía no sabe nada de esto. Mammod no se lo mencionó a Gundersen. Debo contárselo. Pero después vacilo. Entro en la estación de metro de Majorstua y paso deprisa por delante de los quioscos para no ver los periódicos sensacionalistas. Prefiero no saber si están publicando algo sobre el homicidio de Krokskogen, que es como ha venido a denominarse mi tragedia; detesto ese tono alterado y entusiasta, sediento de sangre, que emplean cuando hablan de asesinatos. Me dirijo a las vías. Alzo la vista y entrecierro los ojos para mirar las pantallas mientras vagones de metro cruzan de un lado al otro, hacia el este y el oeste. Me imagino la conversación con Gundersen. Yo diciendo: «Sigurd veía a una mujer medio rubia a escondidas». El fingido gesto de ingenuidad de Gundersen, su artificial semblante de neutralidad: «¿De veras? Qué me dices». Como si no entendiese lo que significa que un hombre vea a una mujer a espaldas de su esposa.

Acto seguido pienso que no es necesario que diga nada todavía. No voy a mentir, claro está; si me preguntan, responderé. Pero si nadie menciona nada puedo esperar un poco. Dejar pasar algo de tiempo. Respiro con más facilidad. Tampoco es que la policía parezca demasiado interesada en saber qué opino yo estos días. ¿No resulta muy comprensible que espere un poco antes de informar sobre ello?

No regreso a casa. Todavía es muy temprano. No tengo pacientes, ¿qué voy a hacer allí? Decido coger el metro hasta Smestad.

No visito a mi padre con tanta frecuencia como debería. Si alguien me preguntara, diría que voy una vez por semana, pero la verdad es que, a menudo, surgen otras cosas, y me refiero a otras cosas en el sentido más amplio: una buena película en la tele, que a Sigurd le apetezca dar un paseo o que esté demasiado cansada y prefiera quedarme en casa. A Annika le ocurre lo mismo. No es nada que comentemos entre nosotras; al contrario, a menudo nos decimos la una a la otra: «Voy a verlo un día por semana». Mi padre nunca llama por teléfono. Está demasiado ocupado para eso, dice, y es pésimo haciendo planes. Lo reconoce sin ningún apuro. «Pero siempre sois bienvenidas», nos dice, y así delega en nosotras la responsabilidad de planear las visitas.

Vive en un chalé blanco entre Smestad y Holmen. Es la casa donde me crie. Cuando la veo aparecer entre las copas de los árboles, me invade la nostalgia y también una cauta esperanza, la mezcla de sentimientos que recuerdo de aquella época en la que volvía a casa del colegio con mis botas de lluvia, mi abrigo de plumas y una pesada mochila escolar cuyas varillas se me clavaban en la espalda.

Aquí murió mamá. Pero también fue aquí donde crecí. Aquí perdí la virginidad, fumé mi primer cigarrillo y lloré hasta caer rendida la noche del día en que Annika se marchó para estudiar fuera, empapando la funda de mi almohada con unas lágrimas que no entendía del todo, pues sólo iba a estar a una distancia de menos de una hora en tren y en aquella época encima discutíamos constantemente.

De alguna manera, la esperanza y la nostalgia están incrustadas en la arquitectura de la casa. Es una vivienda unifamiliar construida a finales del siglo XIX, de estilo clásico, con una ventana mirador y todo, aunque en evidente estado de deterioro. Hace unos años mi padre contrató a unos trabajadores polacos que aparecieron por allí ofreciendo sus servicios para pintar la casa, por lo que el color en sí es bastante blanco. Y si observas la vivienda más de cerca, no está tan estropeada como para indicar negligencia. No hay ventanas rotas ni marcos desvencijados y la casa no parece estar a punto de derrumbarse ni de sucumbir a la próxima tempestad de otoño. Su estado denota, más bien, una falta de interés por parte del propietario. Tal vez sería posible adivinar, ya en una primera inspección exterior, que el propietario se mueve más en el mundo metafísico que en el físico.

Cuando llega la primavera los signos de decadencia se hacen especialmente evidentes. De camino hasta la puerta principal, observo que el césped no fue rastrillado antes de que cayesen las primeras nieves el otoño pasado, y como resultado hay una maraña amarronada de hojas viejas cubriéndolo como un manto. Cuando el sol brille con más intensidad, dentro de un mes o dos, empezarán a pudrirse. Alguien —Annika quizá o incluso papá— finalmente se apiadará del césped y rastrillará las hojas. Pero para entonces ya será tarde; tal vez ya lo sea. Hay huellas de barro en el sendero. Seguramente tendrán que pasar dos años para que el césped vuelva a estar verde, frondoso y acogedor. Annika dice que antes lo estaba, cuando éramos pequeñas y mamá vivía, pero yo no lo recuerdo. Es posible que tenga razón. Cuando la gente habla de mamá, a menudo dicen que tenía buena mano con las plantas. Por otra parte, a veces sospecho que Annika tiende a idealizar nuestra vida familiar antes de que mamá enfermase. Mi hermana habla de mamá mucho más que yo; parece tener la necesidad de mantenerla con vida; «mamá lo hacía así», dice, «mamá solía decir eso». Yo no la llegué a conocer como Annika, y durante varios años después de su muerte preferí no saber nada de ella. Si Annika o mi padre hablaban de mamá, yo cambiaba de tema de conversación. Annika se enfadaba y trataba de obligarme a escuchar. Yo me negaba, y me marchaba o me tapaba los oídos. ¿Cómo podía saber si lo que decía mi hermana era verdad o no? Yo era tan pequeña cuando mamá cayó enferma... Muchos de mis recuerdos están teñidos por la incertidumbre que rodeaba su enfermedad. Hacía muchas cosas extrañas. «¿Es ella de verdad? — me preguntaba a menudo cuando decía o hacía algo— ¿o es la enfermedad?» No sabía qué hacer con todas aquellas anécdotas de una feliz vida familiar que apenas recordaba y que Annika arrojaba sobre mí.

Mamá padecía alzhéimer. Se denomina «alzhéimer precoz» cuando los primeros síntomas aparecen antes de los sesenta y cinco años. Por lo general, incluso cuando es de inicio temprano, la enfermedad no aparece hasta después de los cincuenta, pero mamá tenía cuarenta y pocos. Me han contado que empezó con pequeñas cosas. Se olvidaba de alguna que otra cita, mezclaba nombres, lugares... Pero se reía cuando se lo hacían notar. Lo achacaba a su mala memoria, lo cual resultaba un poco exagerado, cierto, pero una madre de dos niñas en edad preescolar tiene muchas cosas en las que pensar. Se le olvidaba apagar el horno. Se le olvidaba meternos merienda en la

mochila. Un día puso la mesa con cucharas en vez de con cuchillo y tenedor. Recuerdo que nos sentamos allí, Annika y yo —papá estaba de viaje—, con dos cucharas soperas cada una, mientras en una fuente sobre la mesa había palitos de pescado y zanahorias cocidas. Recuerdo que me resultó gracioso. Recuerdo que Annika se enfadó.

—No podemos comer con cucharas —dijo con voz severa.

Mamá se rio.

—Vaya por Dios, tienes razón —dijo.

Ella se rio. Yo me reí. Annika recogió las cucharas y se fue a la cocina.

Supongo que alguien se sentó a hablar con nosotras cuando se supo el diagnóstico. No recuerdo ninguna conversación, pero sé que papá solía decir que mamá tenía pensamientos enfermos y pensamientos sanos, que hacía cosas de enferma y cosas de sana. Una canción antes de dormir y un beso en la frente eran cosas de sana. Una cuchara sopera para el pescado y un refresco para desayunar eran cosas de enferma. Recuerdo que solía reírse de una manera particular cuando alguien le hacía notar las cosas de enferma; una risa burbujeante y algo ridícula por la que llegué a sentir repulsión.

Mamá no cayó enferma de la noche a la mañana, pero, según mis cálculos, yo debía de tener cinco años cuando recibió el diagnóstico. Los síntomas debieron de ser explícitos al menos medio año antes, quizá incluso un año entero antes, y, por lo tanto, guardo pocos recuerdos de mi infancia en los que pueda estar segura de que ella estaba bien. Recuerdo un día en el jardín de la abuela, mi madre y yo jugando con una pelota de playa roja y blanca; evoco aquella imagen y pienso: «Ahí estaba bien, ahí era una madre espabilada y normal». Estoy segura, casi por completo, pero resulta muy difícil despejar del todo la duda: ¿lo estaba, en realidad?

Se habría convertido en una persona dependiente por completo. La enfermedad progresó con rapidez. Si hubiese seguido con vida, tendría que haber sido ingresada en una institución antes de que yo hubiese empezado la educación secundaria. Pero al final murió mucho antes. Un día fatal que estaba sola en casa mezcló la medicación que tomaba, una combinación de ansiolíticos y analgésicos, pensando que eran cápsulas de vitaminas. Fue papá quien la encontró. Siempre me he preguntado si antes de aquello papá era tan distante como lo fue durante el resto de mi infancia o si lo ocurrido, el encontrar a su esposa muerta en el suelo de la cocina, lo marcó para toda su vida. Yo tenía siete años cuando sucedió. Tampoco recuerdo mucho de él antes de que ella enfermara. Podría preguntarle a Annika. Pero no hablamos de papá de esa forma, ella y yo, y no sé cómo podría sacar el tema.

Llamo al timbre y espero. Veo que hay luz dentro. Aun así, la puerta tarda en abrirse y, cuando al fin lo hace, y como suele ser habitual, no es él quien está al otro lado. La chica que aparece ante mí es algo más joven que yo, tiene el cabello largo y castaño y una mirada dura, y me observa con algo más que un atisbo de escepticismo.

—¿Sí? —dice.

—¿Está Vegard en casa? —le pregunto.

—¿De qué se trata?

A ella es la primera vez que la veo. «Están como Pedro por su casa estos estudiantes a los que acoge», pienso. No puede llevar mucho tiempo aquí, pero es evidente que se considera una especie de centinela, alguien que debe proteger al genio sensible contra el molesto mundo externo. Muchos de sus estudiantes son así. Es posible que aquellos que atrae tengan una determinada

predisposición, pero casi tengo que suponer que él fomenta esas cualidades. Las historias que les cuenta sobre su vida pública y académica, sin duda, están inspiradas en el arquetipo de David y Goliat, la lucha del pequeño hombre contra el sistema. Mientras dura el encantamiento, los estudiantes se sienten importantes. Son sus defensores incansables en un periodo que va desde unos meses hasta un semestre entero.

—Soy su hija —declaro.

No dice nada más, pero abre la puerta y me deja entrar. En el recibidor veo zapatos y chaquetas de diferentes estilos y tamaños, muchos de los cuales seguro que no pertenecen a mi padre. Por lo visto hay un grupo de estudiantes instalado en su casa. Me quito los zapatos a patadas. La estudiante entra en el salón, y yo la sigo. Una vez dentro, paso por delante de ella y entro primero en el estudio. Mi adelantamiento parece molestarle y no puedo evitar disfrutarlo; éste es el hogar de mi infancia, y me niego a que me lleven de un lado a otro como a un invitado cualquiera. Entro sin llamar a la puerta.

Está junto al escritorio, trabajando en un manuscrito, con una enorme taza de té al lado. Lleva las gafas de leer en la punta de la nariz y tarda un instante en alzar la mirada para descubrir que la estudiante y yo lo estamos contemplando. Acaba de leer la página que tenía entre manos, moviendo los labios a cada palabra.

Acto seguido alza la vista y una sonrisa se extiende en su rostro.

—Vaya, Sara, hola —dice—. Qué agradable verte.

Me acerco a su escritorio y le doy un abrazo. Huele a té y a loción para después del afeitado, y a hojarasca húmeda.

—Hola, papá —saludo.

—¿Conoces a mi hija? —pregunta a la estudiante, que permanece en la puerta y responde que sí. Luego se dirige a mí de nuevo—: Hola.

—Hola —respondo cortésmente.

—¿Te apetece tomar algo, Sara? —pregunta al tiempo que se levanta—. No sé qué tengo en casa ahora mismo, me paso el día escribiendo y esquiendo, no me queda tiempo para hacer la compra. Pero ahora tengo aquí a un grupo de estudiantes, como ves, un grupo con reflexiones interesantes alrededor del significado del castigo en la sociedad; bueno, están en ello, y así por lo menos hacen la compra y se come algo.

—Tenemos panecillos —interviene la estudiante con amabilidad.

—Con un té me basta —digo.

Papá desaparece para ir a preparar el té y la estudiante sale tras él. Los estudiantes que lo reverencian tienen la manía de instalarse en su casa. La situación resulta algo inquietante, como si no estuviese bien del todo, y en la medida de lo posible intento no pensar demasiado sobre la relación que mantiene con estos estudiantes y en qué consiste.

Hace unos años papá se hizo con un estudio de trabajo en Bislett, para tener un lugar adonde ir a escribir. «Para cuando había demasiado lío en el departamento», dijo. Annika y yo nos preguntamos si no sería quizá para librarse de los estudiantes que campan a sus anchas en su casa. ¿Por qué otro motivo iba a necesitar un hombre que vive solo otro lugar para poder estar solo?

—Quizá sea para poder acostarse con ellos de uno en uno —fue el seco comentario que soltó Sigurd en el coche de camino a casa. No le contesté.

El local de FleMaSi está muy cerca del estudio de trabajo de mi padre. Si asomas la cabeza por la ventana de la oficina de Sigurd puedes ver la ventana del estudio de mi padre. En una ocasión sugerí que quizá alguna vez podrían almorzar juntos, ya que trabajaban tan cerca el uno del otro. No sé por qué se me ocurrió decirlo, pues en realidad no me imaginaba que fuesen a quedar y, como era previsible, mi propuesta no fue muy bien recibida por ninguna de las dos partes. Papá opina que Sigurd es un maquillador glorificado cuya única meta profesional es crear adornos y chorradas semejantes. Sigurd, por su parte, siempre ha tratado a mi padre con el asombro que suele expresar la mayoría de la gente que le conoce: «¿Está hablando en serio?». «Sí y no», solía responder yo. Con papá es mejor no darle demasiadas vueltas. Le gusta provocar. Cuanto más te enfadas, más le divierte tomarte el pelo. Sigurd encontró una manera de relacionarse con él y, mientras Sigurd no diese la nota, mi padre lo aceptaba como a una pieza de interior a la que no tenía estima alguna y a la que aguantaba porque yo insistía en que lo hiciese. Estaba todo bien, no había ningún conflicto entre ellos. Pero nadie volvió a mencionar la cercanía entre sus dos lugares de trabajo y desde luego a ninguno se le ocurrió jamás invitar al otro a tomar un café.

Sola en el despacho vacío, echo un vistazo al encabezado del manuscrito que hay sobre su mesa. «El empleo de latigazos como castigo y efecto preventivo general, un estudio literario intercultural de Vegard Zinerman.» Suspiro. Veo que todo sigue como de costumbre.

Cuando tenía catorce años, mi padre escribió una columna de opinión en el periódico *Aftenposten* en la que argumentaba a favor de la reinstauración del cepo de tortura en el sistema judicial noruego. Mi profesor de ciencias sociales dijo: «Zinerman... ¿Es alguien de tu familia?». Fue la primera vez que comprendí por qué los demás lo conocían. Más tarde averigüé que había escrito columnas de opinión y artículos controvertidos durante toda mi infancia. De joven tenía otra postura, había leído al sociólogo y criminólogo Nils Christie y creía que debía reducirse al mínimo el empleo de castigos. Es evidente que después cambió de opinión. Cuando leo sus textos, nunca estoy segura de cuál es el plano en el que opera: ¿es irónico o sincero? ¿Exagera cualquier planteamiento para visibilizar las paradojas y las hipocresías de la sociedad o realmente cree lo que escribe? Durante el juicio por los ataques terroristas del 22 de julio de 2011 en Utøya estuvo muy activo y lanzaba su opinión con estruendo ante cualquier micrófono que se le pusiese por delante.

El año del artículo sobre el cepo, Annika dijo:

—Oye, he estado pensando en una cosa. Me gustaría tomar el apellido de mamá. En homenaje a ella.

—¿No quieres seguir llamándote Zinerman? —preguntó papá.

Estábamos comiendo, recuerdo, en el comedor de esta casa. Papá detuvo el tenedor a medio camino de su boca, lo dejó en la mesa y observó a mi hermana con una mirada apesadumbrada y seria. Annika se quedó mirando su servilleta.

—He comenzado a olvidar cómo era —le dijo, con la voz empañada.

Se cernió el silencio sobre la mesa del comedor, y entonces papá dijo:

—Hija mía, es tu apellido. Elige el que quieras. A mamá le gustaría.

Annika asintió en señal de agradecimiento. No tenía lágrimas en los ojos, me percaté de ello. Estaba cursando su segundo año de derecho. La semana anterior, en el periódico *Dagbladet*, papá había publicado un artículo titulado «La pena de muerte y la dignidad de los Estados».

Yo no tenía fuerzas para enfrentarme a él y supe que no tendría otra oportunidad.

—Yo casi la he olvidado —señalé con voz temblorosa—. Recuerdo mejor el entierro de lo que la recuerdo a ella.

—¿Tú también? —protestó papá, y no lo miré, soporté el silencio, conté los segundos para prolongarlo—. Sí, no puedo más que entenderos —dijo él a continuación—. Y en cualquier caso supongo que es bueno para las dos que tengáis el mismo apellido.

El apellido Zinerman provenía del abuelo paterno de mi padre, un marinero polaco que se enroló en un barco que zarpaba de Lisboa en dirección a Bergen. Mintió sobre su origen y se inventó un nombre, y mi padre se sentía muy orgulloso de este abuelo emprendedor. Nadie más lleva el apellido Zinerman. Es un sello de calidad, en su opinión, y nunca se percató de la vergüenza que ocasionaba a sus hijas. Debió de dolerle que el apellido no continuase en la familia, pero, fiel a su espíritu, no compartió ese dolor con nosotras. No volvió a mencionar el tema jamás, en señal de respeto por nuestra decisión. Annika y yo fuimos juntas al ayuntamiento para rellenar las solicitudes de cambio de apellido, y eso fue todo.

Papá vuelve a entrar en el estudio. Se ha deshecho de la estudiante. Trae dos tazas de té que deja en la mesita de café que hay entre los dos sillones situados junto a la chimenea. El despacho de papá es la estancia mejor acabada de toda la casa; es espaciosa, casi como un salón, tiene chimenea, sillones y hasta un mueble bar. En caso de emergencia podría quedarse viviendo en el despacho durante varios días.

—Bueno —dice y me mira—. ¿Cómo estás, mi niña?

Papá tiene los ojos de color verde claro, como un anciano o un bebé. La piel de su rostro está llena de surcos infligidos por el viento de las cumbres altas y los montículos expuestos que ha conquistado esquiando, y su sonrisa es de una increíble amabilidad, tan cálida que jamás creerías que pertenece a alguien capaz de defender la pena de muerte y los latigazos. Se ha quitado las gafas, se ha cruzado de piernas y la mirada que me brinda dice: «Habla, tienes toda mi atención». Y de repente me entran ganas de llorar.

Cuando era niña, lo que más deseaba en el mundo era que mi padre me invitase a entrar aquí. Ese honor no me era concedido con frecuencia, pero algunas veces me preguntaba si quería entrar y quedarme un rato con él. En ocasiones preparaba té o chocolate caliente y nos sentábamos cada uno en un sillón. Yo me acurrucaba en el sillón y no decía prácticamente nada por miedo a romper la magia del momento, como si, por decir algo equivocado, pudiera poner fin a la improbable dicha de poder quedarme aquí con él. Por lo tanto, él hablaba y yo escuchaba. Lo hacía de los científicos a los que admiraba, de los grandes filósofos, de batallas decisivas en el reino de Bizancio, de epopeyas de la antigua Turquía o de leyendas de tiempos remotos en países que yo no conocía. No creo que llegase a entender la mitad de lo que me decía, pero no importaba. Podía reclinar la cabeza contra el respaldo del sillón y entornar los ojos hasta casi cerrarlos, hasta que sólo lo veía como una sombra y escuchaba su voz, tan ronca que casi parecía que pudiese encenderse una cerrilla con ella.

Ahora que los dos somos adultos no es que mi padre no me pregunte nunca cómo estoy. Es sólo que se le olvida escuchar la respuesta. Con él dispongo de una ventana de atención muy estrecha. Lo que tenga que decir debe ajustarse a ese tiempo. Al cabo de unos minutos, sus pensamientos comienzan a divagar. Lo sé. No es algo que me produzca pesar: papá es quien es. Un hombre como él no se deja cambiar. Sus gafas están sobre la mesa, pero veo la marca que le han

dejado en el puente de la nariz, una tenue línea roja. Me observa, me dice con la mirada que es todo mío, que me está escuchando, y yo sólo tengo que armarme de valor y soltarlo sin más: «Sigurd ha muerto». Hazlo de una vez, me digo, y luego que él diga lo que quiera.

Cuando iba al instituto, durante una época intenté hablar con él sobre cómo me sentía. Le contaba cuando mis amigas se iban a la cabaña sin invitarme, acudía a él cuando no podía dormir por las noches porque el chico que me gustaba había empezado a salir con otra... Pero mis problemas lo eran todavía más tras aquellas conversaciones: «Sí, vale, bueno, todo irá bien» era todo lo que me decía. A menudo, por su respuesta, sabía que no me había escuchado para nada, que había estado pensando en sus cosas. Supongo que opinaba que lo que yo le contaba sólo eran dramas de adolescente, algo que pasaría por sí solo. Y así era. Pero me hacía sentir muy estúpida cada vez que lo intentaba. Y de nuevo estoy aquí sentada; no he aprendido nada. Sigo pensando que esta vez sí es importante.

Cuando la abuela murió de forma inesperada tras una caída en el bosque de Huseby, papá nos invitó a Annika y a mí a un crucero. No nos preguntó qué nos parecía, compró los pasajes sin más. Tres semanas en el mar del Caribe. El vuelo salía de Oslo el día siguiente al entierro. Debió de costarle una fortuna. Annika estaba a punto de dar a luz y dijo que de ninguna manera. Así que nos fuimos papá y yo. A mí tampoco me venía bien. Era justo antes de un examen y pasé la mayor parte del viaje en una hamaca sobre la cubierta, con los apuntes descansando sobre las rodillas. Pensaba en la abuela por las noches, en lugar de dormir, mientras daba vueltas en la cama. Papá también estaba inquieto. Caminaba de un lado al otro por el barco. Siempre había estado muy unido a su madre. No se le había ocurrido que ella también fuese a morir, que pudiese ocurrir tan de repente. Deambulaba sin parar, desasosegado en su duelo; debería haber ido al bosque o a la montaña, donde podría haberse movido con libertad. Seguro que odió cada instante del viaje. Sólo lo había hecho por mí. Debió de pensar que mitigaría nuestro dolor, el de Annika y el mío. Se gastó sus ahorros en darnos unas vacaciones que ni él ni nosotras necesitábamos en realidad.

No es que mi padre no me quiera. Pero no sé qué puedo esperar de él. Tampoco sé qué necesito de él. Acabo de perder a Sigurd. Tengo tan poco por lo que seguir adelante... Por ello digo:

—Estoy bien.

—¿Sí? ¿Con el trabajo y todo? ¿Y con Sigurd?

—Ahí voy, currando —digo—. ¿Y tú, papá?

Durante un instante me mira interrogante, como si quisiera preguntarme algo más, y pienso: «Se me nota, voy a tener que explicárselo». Pero acto seguido sonrío de nuevo y dice:

—Ya sabes, currando yo también.

Su sonrisa es cálida. Me transporta a la época en que me contaba historias delante de la chimenea, a una niñez en la que me sentía a salvo siempre que él estuviese allí. Un alivio infinito me recorre el cuerpo. He venido para contarle algo. Ahora me libro de hacerlo.

—¿Y por lo demás? —le pregunto.

—Estoy esquiando bastante —responde, y añade con orgullo pueril—: La semana pasada fui todos los días. Si vas en coche hasta Sørkedalen hay nieve suficiente.

Me reclino en el sillón y durante un instante deseo apoyar la mejilla contra el respaldo como hacía cuando era pequeña.

—¿Has leído algún buen libro últimamente? —le pregunto.

Papá se acomoda. Ha estado leyendo a Michel Houellebecq.

—Es un tipo que toca temas muy diversos —comenta—. Es oscuro, no se puede negar, pero al mismo tiempo, Sara, creo que se puede aprender mucho de sentarse en la oscuridad y observar el mundo. Creo que es esencial. Sólo hay que intentar salir de la oscuridad después, no permanecer en ella.

Yo he estado leyendo a Sofi Oksanen.

—Deberías leer algo de ella —digo—. Me gustaría saber lo que opinas, creo que te gustaría. Habla precisamente de la oscuridad.

Así es como conversamos sobre las grandes cosas de la vida: el amor, la muerte, el dolor, la falta de sentido. Si los grandes autores han escrito sobre ello, papá y yo podemos hablar del tema. Me siento tan aliviada por mi decisión de no decirle nada sobre Sigurd que me río, con generosidad, de sus afirmaciones y bromeo con él. Sí, incluso sobre eso de salir de la oscuridad después. «Supongo que ahí es donde los psicólogos entramos en juego», le digo. Mientras habla de su libro, me reclino en el sillón. Al calor de la chimenea casi puedo notar el sabor del chocolate caliente que me preparaba cuando era pequeña y me invitaba a quedarme con él. Cierro los ojos y disfruto de la sensación de permanecer inmóvil durante un breve instante.

De camino al metro empiezo a comprender que me arrepentiré de no habérselo dicho. En cualquier caso, tendré que hacerlo en otra ocasión.

La casa de Kongleveien se yergue en su empinada pendiente cuando vuelvo a casa. Está nublado, es casi de noche. En la entrada de vehículos hay un coche de policía y en el jardín veo a una agente agachada. Los sonidos de mis pasos sobre la gravilla la alcanzan y, cuando se vuelve, descubro que es Fredly, la noruega pelirroja que acompañó a Gundersen durante la primera conversación que tuvimos en mi consulta. La saludo con la mano y ella me devuelve el saludo.

Una vez en la cocina, noto lo cansada que estoy. Anoche me desperté a las tres menos cuarto y no he vuelto a dormirme. Si lo pienso bien, he dormido muy mal desde que Sigurd desapareció. Al fin y al cabo, no me siento segura en mi casa; ¿cómo voy a poder dormir?

Pero con un coche de policía en la entrada, con Fredly en el jardín, estoy a salvo. Subo la escalera como en estado de trance, me desplazo lentamente hacia el dormitorio y me desplomo sobre la cama, en el lado de Sigurd.

El concurso se llamaba «Nuevos horizontes» y el encargo era diseñar un nuevo centro cultural para un pueblo de la zona oeste del país. El municipio ponía el dinero, a los participantes les habían dado total libertad y Sigurd, recién graduado, desempleado y lleno de ambición, aceptó el desafío. Cubrió nuestro piso de esbozos y empezó a trabajar en el cuarto de invitados hasta bien entrada la noche, en una danza en corro entre el ordenador y la mesa de dibujo.

—Grandes superficies —me decía—. Espacios abiertos, vistas.

—Qué bien —decía yo.

Nuevos días y noches, nuevas ideas. Un día volví del trabajo, subí por la calle Vogt, entré en el portal del piso que habíamos comprado en Torshov y abrí la puerta. Allí dentro olía a aire viciado y café frío.

—Sigurd —lo llamé, y él salió con los ojos brillantes.

—Un lugar de encuentro —anunció—. Un foro para el juego, el aprendizaje y la conversación.

Traía un dibujo, me lo enseñó.

—¿Qué te parece?

—¿Qué es eso? —pregunté, y un atisbo de irritación asomó en la comisura de sus labios antes de explicármelo.

—Ahí está la sala principal, éste es el vestíbulo, por aquí habrá salas de reuniones y, más allá, un sitio donde los niños podrán jugar.

Biblioteca, mediateca, escenarios. Sigurd sentía pasión, de repente, por los habitantes del pueblo. ¿Por qué debería haber edificios elegantes sólo en Oslo? ¿Es que los habitantes de la costa oeste, tan castigados por el mal tiempo, no tienen derecho a disfrutar de igual modo de la cultura y de la belleza arquitectónica?

Por la noche, cuando estoy sentada delante del televisor en el salón, lo escucho ahí dentro, el estruendo de la anticuada impresora trabajando a destajo, sus pies cruzando la habitación para recoger las hojas impresas. De vez en cuando sale para coger algo de beber, para ir al baño. He dejado de preguntarle si quiere ver la tele conmigo.

En la universidad Sigurd era un estudiante ejemplar. Trabajaba más horas que ninguno de sus compañeros, se desvivía por sus proyectos. Recibió elogios por ello, que ignoraba, y críticas, que le hacían resoplar. Tenía la mirada puesta en la línea de llegada desde que lo conocí, iba a ser grande, iba a diseñar óperas y otros hitos arquitectónicos, así como proyectos privados en los que podría expresarse a su gusto. Era incansable a la hora de hablar de «la importancia de lo que nos rodea», de los «edificios que ayudan a respirar». Cuando se ponía en marcha, perdía la capacidad de tener en cuenta a su público. Thomas y Jan Erik lo aguantaban, aunque bajo una capa cada vez más fina de cortesía. Margrethe se lo dejó claro: «Sigurd, hijo, ya no soportamos oírte hablar más de espacios diáfanos». Pero no se dio por enterado. Bueno, él iba a graduarse con el mejor expediente que jamás se había visto en su universidad, que le llevaría derecho al seno de un estudio de arquitectos de largo recorrido pero innovador, donde empezaría desde abajo e iría ascendiendo, y creo que jamás se le pasó por la cabeza que las cosas pudiesen salir de otra manera.

Pero en el otoño de 2013 los estudios de arquitectura eran prudentes a la hora de contratar. Acababan de salir de una crisis financiera, y una crisis del petróleo estaba en ciernes. En su fuero interno, Sigurd ya se consideraba un prestigioso arquitecto de renombre, pero sobre el papel no era más que un recién graduado sin experiencia. Pasó los dos primeros meses de búsqueda de trabajo en un estado de asombro mudo e incomprensivo. ¿Cómo podía estar sucediendo aquello? Veía en Facebook que sus amigos conseguían trabajo, y exclamaba:

—Y ésta, ¿qué habrá hecho en su vida que sea original?

Yo empecé a trabajar en el centro de atención en salud mental para niños y adolescentes. Sigurd y yo hablamos muy poco del hecho de que yo cambiase de puesto de trabajo. Habíamos comprado nuestro primer piso, habíamos dejado atrás la historia de Massimo. Se suponía que ahora llegarían los días buenos.

Entonces, una tarde, la convocatoria del concurso entra en la bandeja de entrada de Sigurd.

Se llena de entusiasmo enseguida. Nuevos horizontes. Diseña, habla. Esto puede ser una oportunidad. Trabaja solo desde casa. ¿Quién necesita los grandes estudios? ¿Quién necesita burocracia y jefes que lo atosigan a uno? Un hombre a solas con su mesa de dibujo, eso es todo, nada de molesto papeleo, pura creatividad. El proyecto se apodera de nuestro piso. Yo sólo me alegro de que Sigurd tenga algo que hacer.

La resolución llega en octubre. Han escogido ocho propuestas que serán evaluadas. Siete de ellas provienen de estudios grandes y la octava es de un experimentado arquitecto holandés. Cuando vuelvo a casa del trabajo el piso huele a quemado. En la ducha me encuentro los restos calcinados de la maqueta. En el cuarto de invitados Sigurd está recogiendo sus cosas, arrancando hojas de los cuadernos de bocetos.

—Seguro que es normal obtener una respuesta negativa la primera vez —digo—. Habrá que pasar por algunas rondas parecidas antes de ser escogido.

Sigurd me mira fijamente, con una mirada oscura, y es como si me observara un extraño.

—Cierra la boca, Sara —dice.

Es como una bofetada en la cara. Sigurd nunca me habla mal. Y yo no sé qué hacer con eso, con el furor y la ira que envuelven a mi novio como una pestilencia. No quiero hurgar en el tema. No quiero empeorarlo. No quiero saber qué hay allí dentro. Éste no es Sigurd. No quiero saber nada de esto. Le digo que me voy al salón, salgo del cuarto y cierro la puerta.

Media hora más tarde sale, cargado de papeles. Se dirige al cuarto de baño. Coge una botella de whisky y unas cerrillas. Yo no digo nada.

Lo que queda del whisky entra con él en el cuarto de los invitados. Dentro de la mampara de la ducha ahora hay restos de papel junto a la maqueta. Evito pisarlos. Me lavo los dientes como si no estuviesen allí. Quiero despertarme mañana y reencontrarme con el hombre con el que estoy prometida. Me acuesto con la firme convicción de que así será.

Y funciona. Al siguiente día, Sigurd está taciturno. Cuando vuelvo del trabajo, ha recogido el piso y ha hecho la compra para la cena. Tres semanas más tarde consigue un trabajo. No volvemos a hablar de Nuevos horizontes.

Annika viene a verme después del trabajo. Me encuentra en un estado apático buscando en unas cajas algo que no sé explicar. Sigurd y yo seguimos viviendo, en parte, entre cajas. Una de ellas está marcada con «cosas varias, Sigurd», y resulta prometedora. Todo lo suyo es mío, tal como dijo Gundersen; también lo dijo Flemming, y quizá pueda aprender algo de Sigurd a partir de sus cosas.

Viejas fotos de la celebración de la graduación de bachillerato: Sigurd y Jan Erik con rostros jóvenes, suaves, y los ojos entrecerrados, embriagados por el alcohol al que todavía no se han acostumbrado; bocas sonrientes, las gorras de estudiante ladeadas. La bibliografía de los cursos de la escuela de negocios BI, donde estudió antes de decidir que sería arquitecto. Postales artísticas en pequeñas bolsas de papel: Klimt, Rodin, Chagall, Kandinsky, Pollock y Warhol. Una caja de madera con un puro reseco. Sigurd no ha tocado nada de esto en, como poco, los últimos cinco años; voy a ciegas, lo sé, pero necesito algo a lo que agarrarme. ¿Quién era Sigurd? El recuerdo de su agenda —Atkinson a las once y media— me mortifica. Sé que en algún momento me lanzaré sobre ella, la compararé con la mía, y cada vez que aparezca el nombre de Atkinson me preguntaré: «¿Qué fue lo que me dijo que iba a hacer?».

Esto, sin embargo, el contenido de todas estas cajas, no me dice nada. También hay una en la que pone «cosas varias, Sara», llena de objetos parecidos, viejas fotos, tarjetas que recibí cuando cumplí veintitrés años, el programa del campamento lingüístico al que fui cuando tenía quince... Nadie aprendería nada sobre mí rebuscando en aquella caja, excepto lo más banal: que cuando tenía veinte años viajaba de vez en cuando y que en 2007 fui a una exposición fotográfica, lo que quizá significa que me gustaba la fotografía o, al menos, que intentaba fingir que era así.

—Hola —dice Annika.

Me mira con compasión. En la mano llevo un peluche de color verde chillón, de esos que te tocan como tercer premio en los parques de atracciones.

—Hola —respondo.

Está de pie en la cocina; yo estoy sentada en el suelo del salón. Coloca una bolsa de papel marrón con manchas de grasa sobre la encimera; supongo que es la cena de hoy, comprada en cualquier tienda de comida para llevar de las que hay entre su despacho y el lugar donde ha aparcado el coche. Aunque no debería quejarme: Annika trabaja a tiempo completo haciendo muchas horas extra, tiene tres hijos de menos de diez años y, aun así, viene a verme todos los días para cuidar de mí. ¿Habría hecho yo lo mismo por ella o por mi padre?

—¿Cómo lo llevas? —pregunta.

—Bueno —digo.

Miro a mi alrededor. Las cajas, los objetos sueltos.

—He traído un poco de cena —dice Annika.

—No tengo hambre —respondo, sin siquiera pararme a pensar si es así.

—Bueno —acepta—. Pero come un poquito de todas formas.

Ha traído comida india. No me cabe en la cabeza qué será lo que le hace pensar que el pollo *tikka* y el pan *naan* con ajo son lo que uno debe servirle a alguien sin apetito. Aun así, contra todo pronóstico, consigo comer un poco. No me sabe a mucho, pero mi cuerpo se estremece y se abalanza sobre la pequeña dosis de alimento que por fin le proporcione. Algo mejora y lo entiendo: tengo que comer. Tomo otro bocado.

—Hoy he ido a ver a papá —le comento entre dos bocados.

—¿Ah, sí? —dice.

Nos quedamos en silencio, masticando las dos.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo de siempre. Lo que ha leído, lo que debo leer. La casa está llena de estudiantes a su disposición.

—Me refiero a lo de Sigurd.

—Ah, eso.

Arranco un trozo de pan *naan* y miro por la ventana. Fuera hay niebla. La ciudad sigue ahí, la tengo casi ante mi puerta, lo sé, pero ahora no veo nada, sólo la niebla y los árboles más cercanos, nada más.

—No lo sé —digo—. No se lo he contado.

Ella me mira y entrecierra los ojos, pero no me pregunta por qué. Sólo dice:

—Entiendo.

Me imagino a mí misma yendo a terapia, fantaseo con un terapeuta amable, entrado en años, un hombre de la edad de mi padre, aunque distinto, alguien que escucha y comprende, que pregunta: «¿Qué significa, en tu opinión, que vayas a ver a tu padre y no le cuentes que han encontrado asesinado a tu marido? ¿Qué significa que tu hermana entienda sin más tu decisión?».

—Puedo llamarlo por ti y contárselo —dice Annika—. ¿Quieres que lo haga?

¿Quiero que lo haga? No lo sé, no sé nada, pero ¿por qué no? Así que asiento. La comodidad de no tener que hacerlo se mezcla con un malestar que conozco muy bien: una vez más, aquí llega Annika para arreglarme la vida.

—Annika, ¿recuerdas que me hacía pis en la cama cuando era pequeña? ¿Cuando mamá estaba enferma?

—Sí —responde.

Me pregunto si está alerta. ¿Resulta esto doloroso para ella? Masticamos las dos.

—¿Crees que papá veía a otras mujeres mientras mamá estaba enferma? —le pregunto.

—¿Cómo? —suelta Annika y, acto seguido, cuando no respondo—: Ya sabes lo que opina de la infidelidad. Suele mencionar el cepo de tortura.

—Sí, pero al final —añado—. Cuando ella era más una paciente para él que su mujer.

Reflexiona. La casa está tan silenciosa...; cuando los cubiertos golpean contra los platos, las paredes resuenan.

Rara vez hablamos de nuestra infancia, Annika y yo. Cuando yo era adolescente, ella lo intentó algunas veces. Me invitó a cenar en un par de ocasiones al piso compartido donde vivía, puso la mesa con mantel y velas, me sirvió vino tinto barato aunque yo todavía no había cumplido los dieciocho, y me preguntó: «¿Cómo van las cosas en casa en realidad, con papá?». Y también: «¿Qué recuerdas de lo que ocurrió justo después de la muerte de mamá?». Yo me puse nerviosa. Allí sentadas, en un ambiente agradable, no había escapatoria. Sus preguntas eran tan directas,

estaban tan cargadas de intención... Había tantas expectativas en aquella comida que había preparado, en las velas que había encendido... Era el momento de las confidencias, y yo no tenía la menor idea de qué podía decir, de qué era lo correcto. Al final le dije, más o menos, lo que pensé que ella querría oír. Y luego cambié el tema de conversación a algo más seguro.

Más tarde, leí acerca de la fundamental importancia del vínculo temprano entre padres e hijos, y empecé a cavilar sobre cómo mi infancia —la pérdida de un progenitor, la relación tortuosa con el otro— me había marcado. Entonces sí me hubiese gustado saber lo que ella recordaba, para poder comparar sus recuerdos con los míos. Ella, que había sido mayor y había podido entender mejor lo que estaba ocurriendo. Pero no le pregunté. Tal vez no sabía bien cómo hacerlo. Además, no la veía a menudo; yo vivía en Bergen, ella en Oslo. Supongo que pensé que sería mejor hablar del tema más adelante.

Ahora ella se frota los ojos. Me pregunto si habrá ido al juzgado hoy. Eso parece: está arreglada y maquillada, con el cabello en su sitio.

—Quién sabe —dice Annika, abatida—. Al parecer, su, ¿cómo lo diría?, su código moral se adapta a lo que le conviene en cada momento.

Los cubiertos dejan de golpear los platos. En la lejanía noto la vibración del metro que trepa hacia la estación de Holstein.

—¿Eso te parece? —pregunto, mirando la comida—. Yo no lo creo.

Continuamos comiendo en silencio un rato. Éste tampoco es el momento de hacer estas preguntas, no ahora que tan sólo han pasado unos días desde la desaparición de Sigurd. Pero quizá otro día las haga, no dentro de mucho tiempo. Me acabo casi toda mi ración de comida, y me siento bien. Annika me explica que su hijo mediano ha ido hoy al dentista y le ha mordido el dedo a la higienista. Intentamos relajarnos.

No recuerdo mucho de la época en que mamá estuvo enferma. Me acuerdo de cuando murió, del entierro y de lo que vino a continuación. También recuerdo algunas anécdotas —cucharas en vez de tenedores, la risa tonta de mi madre, los pensamientos sanos y enfermos—, pero muy poco de cómo me sentía yo. ¿Estaba triste? ¿Tenía miedo? ¿Me causaba inseguridad el hecho de que de repente mi madre no fuese una persona adulta en la que podía confiar?

Recuerdo que empecé a hacerme pis encima por las noches. Me acuerdo muy bien de la sensación de despertarme, estar mojada y notar la cama pegajosa, y recuerdo muy bien la vergüenza, la profunda miseria, aquella humillación, con lo mayor que yo era. Recuerdo que despertaba a Annika. Por aquel entonces yo ya debía de saber que no podía contar con mi madre, y no habría despertado a mi padre por algo así: para él quería ser capaz y digna de su amor. Por lo tanto, acudía a Annika, zarandeaba a mi hermana hasta que se despertaba y me confesaba con la mirada gacha. Ella me ayudaba de mala gana. Después de un par de incidentes consideró que yo debía apañármelas sola. Ella tenía once o doce años, y le daba asco. A mí también me daba asco, y eso me convertía en alguien repugnante. Prefería no tener que contárselo a nadie.

En la carrera aprendimos que la incontinencia nocturna, también llamada «enuresis nocturna», puede deberse a circunstancias de estrés emocional. Recuerdo que, en el aula, mientras un psicólogo dedicado a la psiquiatría infantil y juvenil repasaba muy deprisa todos los trastornos

infantiles del manual de diagnósticos, sentí como me inundaba un alivio pueril. Quizá sólo fue el estrés. Quizá no le pasaba nada malo a la niña que fui. Quizá sólo estaba fuera de mí porque mi madre estaba enferma.

Más tarde también pensé que era una manifestación de cómo me sentía. Recuerdo muy poco dolor, muy poco miedo, muy pocos sentimientos en general. Sólo recuerdo lo que ocurrió. Lo recuerdo con frases adultas, por lo que debí de absorber lo que otras personas interpretaron y me explicaron. Por lo demás, sé muy poco de cómo viví en realidad aquel tremendo suceso, aquel terrible duelo que experimenté en mi infancia.

Una noche me desperté y estaba caliente y húmeda bajo la espalda y por los muslos, y pensé desesperada: «Oh, no». Salí al pasillo y me dirigí al armario de la ropa blanca. Busqué sábanas, tal y como me había enseñado Annika, e intenté hacer la cama, pero no conseguía colocar la sábana bajera alrededor del colchón. Era una de esas sábanas ajustables. Cuando estaba sentada en la cama forcejeando con las esquinas, vi que la sábana limpia también estaba mojada: el colchón húmedo la había empapado. Empecé a llorar.

No sé por qué acabé en el descansillo de la escalera. Debí de salir al pasillo cuando no logré hacer la cama. No me atreví a despertar a Annika, pero recuerdo que abrí un poco la puerta del dormitorio de mis padres, que vi a mi madre dormida y que sentí una inmensa desesperación al saber que no serviría de nada despertarla. Que la cama de mi padre estaba vacía. Que era extraño, pues los había oído cuando iban a acostarse, habían estado conversando allí dentro, pero ahora él no estaba. Que me sentí completamente sola. No recuerdo cómo se me ocurrió sentarme en el rellano de la escalera, sólo sé que estoy sentada en él. Estoy llorando, en silencio, para no despertar a nadie, y de repente hay alguien en la puerta. Puedo ver el recibidor desde donde estoy sentada. Es papá. Él no me ve. Se quita los zapatos. Se introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca algo. Lo toquetea. No veo qué lleva en las manos. Cuando cuelga su chaqueta, me ve y dice:

—Sara, ¿qué haces ahí sentada?

No le pregunto por qué ha salido ni adónde ha ido. No digo nada. Me coge en brazos, apoya la cabeza en su ancho hombro —huele a aire fresco y a la loción para después del afeitado que caracteriza a papá— y deseo que jamás vuelva a marcharse. Él me lleva al dormitorio y me tiende sobre la sábana nueva, y no me atrevo a contarle que está empapada, no me atrevo a decirle que me he hecho pis encima. Me acuesto en la cama mojada e intento dormir.

Un día, tres semanas después de que Sigurd y yo nos casáramos, lo supe. Estaba desinfectándome las manos en mi despacho tras una sesión de terapia con una familia. Se habían marchado y yo me estaba aplicando gel desinfectante del dispensador que tenía en la consulta. Lo hacía con esmero, lo había aprendido de mi trabajo con los jóvenes psicóticos: estrecha siempre la mano para saludar, pero lávate siempre las manos después. Todavía no me había acostumbrado a llevar la alianza, por lo que me eché el gel sin sacármela y el producto se adhirió al borde del anillo. Me lo quité, lo puse sobre el escritorio y me froté entre los dedos. Acto seguido sequé la alianza con una servilleta y, entonces, cuando me la iba a poner de nuevo, me vino a la cabeza con total claridad

qué era lo que había presenciado aquella noche en que me hice pis en la cama y me quedé sentada en el rellano de la escalera de la casa de Smestad viendo como mi padre se sacaba algo del bolsillo. Más de veinte años después estoy viviendo una experiencia que confiere sentido al recuerdo: papá se estaba poniendo la alianza.

Mientras recogemos la mesa, alguien llama a la puerta. Annika y yo nos miramos y supongo que parezco asustada, pues ella dice: «Yo abro».

Justo cuando comienza a descender la escalera, Gundersen aparece subiéndola. Así son ahora las cosas, mi casa ya apenas me pertenece, la policía entra y sale cuando le place, y Gundersen no tiene tiempo para esperar a que yo reúna fuerzas para bajar a abrirle la puerta.

Ascienden la escalera juntos; el primero, Gundersen, saltando los peldaños de dos en dos. Está en su modo enérgico, por lo que veo. Annika viene tras él, otra vez alerta, con las cejas contraídas y los ojos clavados en él, como si intentase hacerle saber con todo su cuerpo que tenga cuidado, que lo está vigilando.

Gundersen me saluda y se sienta a mi lado junto a la isla de la cocina. Guarda silencio.

—¿Cómo va todo? —pregunto.

—Bueno... —responde.

Está pensativo y mira distraído al vacío, en palpable contraste con su entrada enérgica.

—¿Cómo fue el resto de aquel fin de semana, Sara? —dice al final—. Fuiste al gimnasio, volviste a casa, tomaste vino, borraste el mensaje y luego te acostaste, ¿correcto?

—Así es.

—¿Qué ocurrió después?

Pienso un instante.

—Me desperté al día siguiente —digo—. Julie estaba aquí. Julie es la novia de Thomas, el amigo de Sigurd. Supongo que quiso comprobar si estaba bien. No sé. Nosotras... Bueno, no se quedó mucho rato.

No voy a quedar muy bien, pienso, si he de contarle los detalles de mi encuentro con Julie a Gundersen. Por supuesto, no tiene nada que ver con el caso, pues tanto si tiene el pelo medio rubio como si no, no me imagino a Julie pegándole un tiro a Sigurd por la espalda. Pero decir que discutí con la novia del mejor amigo de Sigurd después de borrar aquel mensaje...

En cualquier caso Gundersen no parece demasiado interesado.

—Sí, vale —dice—. ¿Y luego?

—Fui a la ciudad. Cogí el metro hasta Majorstua, di un paseo por allí y me fui a ver a Annika a Nordstrand. Le conté lo que había pasado y ella me llevó a la comisaría de policía para denunciar la desaparición de Sigurd. Bueno, yo ya había hablado con la comisaría por la mañana, llamé para decir que había desaparecido, pero me dijeron que esperara al menos hasta que hubiesen pasado veinticuatro horas.

—¿Y después?

—Volvimos a Nordstrand. Me quedé a dormir en casa de Annika.

—Es correcto —corroboró Annika.

Permanece de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados, como un gorila de discoteca con botines de cuero y traje de chaqueta.

—¿Cuándo volviste a casa?

—El domingo por la tarde. Pasé la mañana con Annika y luego regresé a casa.

—De acuerdo.

Gundersen sigue pensativo. Golpetea la encimera con los dedos. Miro a Annika y luego me vuelvo de nuevo hacia él.

—¿Por qué lo preguntas? —añado.

—Es una simple formalidad —me asegura él—. ¿Cómo fue lo del teléfono? Quiero decir, me contaste que lo estuviste llamando, ¿verdad?

—Sí, todo el rato, hasta que su móvil se quedó sin batería.

—De acuerdo. Y eso ¿cuándo fue?

—Lo llamé el sábado por la mañana, mientras Julie estaba por aquí. Saltó el buzón de voz, con el típico mensaje de «la persona a la que llamas no está disponible en este momento», o algo así.

Gundersen asiente.

—Verás, Sara. Resulta que hemos encontrado el teléfono de Sigurd.

—¿Sí?

Annika y yo lo miramos fijamente.

—Sí —constata Gundersen tranquilo—. Estaba en el jardín.

—¿Qué? —digo—. ¿Aquí? ¿En el jardín?

—Sí. Fredly lo ha encontrado esta tarde.

Se produce un silencio absoluto durante un instante. Dirijo la mirada a la niebla que hay fuera, donde está anocheciendo, y pienso en la última vez que llamé a Sigurd, desde el dormitorio, mientras Julie andaba husmeando por abajo, en el salón. Pienso en los pasos en la buhardilla esta noche, en la puerta de entrada abierta.

El jueves por la noche Sigurd me dijo que intentaría estar en casa de Thomas a las seis y media de la mañana del día siguiente; así llegarían pronto y tendrían todo el día para pasarlo en la pista de esquí. He dado tantas vueltas a nuestra breve conversación que la diferencia entre lo que me dijo y lo que creo que me dijo empieza a desvanecerse. ¿Puedo estar totalmente segura de que el recuerdo que guardo de la conversación corresponde a los hechos que ocurrieron en realidad del modo en que siempre lo he estado respecto a mis recuerdos? ¿No existe, quizá, la posibilidad de que Sigurd se refiriese a las seis y media de la tarde y que yo pensase que hablaba de las seis y media de la mañana, y que haya agregado ese detalle a mi recuerdo? ¿Me contó, sin asomo de duda, que iba a ir a buscar a Thomas? ¿Puedo estar segura de que no le interpreté mal? ¿O de que no estoy mezclando detalles a partir de los datos que he sabido después? ¿Acaso he modificado el recuerdo, de un modo imperceptible, cada una de las veces que he reproducido en mi cabeza aquella conversación, de manera que al final, con el tiempo, la he convertido en algo que no era? ¿He dejado que sucediese, en realidad, sin ser consciente de ello?

Sin mirar a Gundersen, digo:

—¿Cómo ha ido con el informe del instituto forense?

—Bueno, ésa es la otra cuestión —dice Gundersen—. Ya nos lo han enviado. Lo mataron el viernes. La causa de la muerte ha sido la herida de bala. El hombre encontrado es Sigurd, no cabe duda.

Pienso en el viernes, en su teléfono sonando sin parar. En el mensaje: «Hola, amor. Hemos llegado a la cabaña». En el portaplanos, en las cortinas, en el cazo.

—¿Puedo verlo? —pregunto.

—¿El cuerpo? —responde Gundersen.

—A Sigurd —especifico—. ¿Puedo verlo?

—Han pasado varios días —contesta Gundersen—, no sé si es aconsejable.

—Pero ¿puedo?

Se encoge de hombros.

—No te lo puedo negar, está claro. Pero, como ya he dicho: lleva muerto varios días. El proceso de putrefacción es rápido.

—Quiero verlo —insisto—. Cuanto antes.

—Ay, Sara —dice Annika. Pero no protesta.

—En ese caso —prosigue Gundersen—, recomiendo que lo organicemos para esta misma noche.

El sótano del instituto forense está alicatado. Sigo a una mujer que lleva ropa verde y una mascarilla en lo alto de la cabeza, del modo en que suelen llevarse las gafas de sol. Annika me ha traído hasta aquí, pero me espera arriba; me ha mirado con el rostro pálido y contraído y me ha dicho: «No puedo bajar contigo». Está bien. Voy sola, sigo a la mujer con la ropa verde.

No tengo miedo. No sé lo que siento; emoción, quizá. Me noto despierta. He tomado una decisión. Recuerdo con detalle la imagen del cadáver del viejo Torp, sé lo que ocurre con un cuerpo que ha permanecido tres semanas en una buhardilla. También sé que necesito saber.

Encontraron el teléfono de Sigurd en el jardín. El portaplanos ha aparecido por sí solo. Alguien deambula por mi casa. Anoche, mientras estaba tendida en el suelo de la consulta sujetando el cuchillo de cocina con tanta fuerza que los nudillos, privados de sangre, me dolían, pensé: «¿Por qué no lo llamo? ¿Por qué no llamo a Sigurd?».

Pero ¿por qué iba a llamarlo? Está muerto. No soy supersticiosa: cuando mueres ya no hay vuelta atrás. No creo que los crujidos en la escalera los ocasionase un fantasma que salió corriendo y dejó la puerta abierta de par en par. Sin embargo, en un pequeño y vacilante rincón al fondo de mi cerebro pensé: «¿Y si es Sigurd?». Y hoy han encontrado su teléfono.

Lo encontraron aquí, en Nordberg. Eso no tiene por qué significar que Sigurd haya venido a verme. Llevarse el teléfono de un hombre muerto y tirarlo, por ejemplo, en los arbustos fuera de su casa es la cosa más sencilla del universo. Y si sales corriendo en mitad de la noche incluso se te puede caer.

Pero me resulta muy difícil creer que Sigurd ya no esté. El mensaje en el buzón de voz. Todo lo que he aprendido sobre él desde entonces, sus mentiras. La mujer que lo esperaba fuera del despacho. Atkinson. Sigurd está muerto, y yo acabo de comprender que hay muchas cosas que desconozco de él. Pueden equivocarse en el instituto forense, ¿no? Pero yo no cometeré ese error. Si veo con mis propios ojos que es Sigurd, en ese caso será verdad. Y por este motivo estoy aquí. Para cerciorarme.

La mujer abre una puerta que conduce a una sala. Al contrario de lo que me había imaginado, este lugar es bastante agradable, en realidad. Está bien iluminado. No es un sótano oscuro y húmedo, no hay profundas cámaras frigoríficas llenas de cadáveres ni médicos aterradores o perversos. La mujer que me acompaña es de la edad de Annika, lleva pendientes de oro y tiene las caderas amplias, como muchas mujeres después de dar a luz. En la sala hay un lavabo, algunos armarios de cocina y una encimera, y luego una camilla de metal sobre la que se encuentra algo cubierto con una especie de sábana. Si no fuese por esa camilla, pienso, podríamos estar en cualquier lugar. Colocas unas mesas y unas sillas y podría ser la sala del almuerzo de cualquier centro ambulatorio.

Pero, claro, está la camilla.

La mujer me entrega una mascarilla.

—Es posible que huelga un poco —dice.

Me la pongo. Ella se coloca también la suya.

—¿Estás preparada?

—Sí —afirmo, y es en ese instante cuando noto que estoy nerviosa.

Ha llegado el momento. O es él o no lo es. Ella retira la sábana.

Es algo indescriptible. Si alguna vez alguien me pregunta por este momento, no tendría mucho que decir. Yace con los ojos cerrados. Está muerto, lleva varios días muerto, y no cabe ninguna duda —ninguna en absoluto— de que es Sigurd. Al verlo así, recuerdo detalles de los que no me he acordado o en los que no he querido pensar estos últimos días. Sus pestañas castañas, rubias en las puntas. La leve profusión de pecas sobre la raíz de la nariz. El pelo despeinado que nunca le apetecía cortarse, y que se le rizaba en el flequillo.

Yace sin vida. No parece que esté dormido, como a veces dice la gente. Parece muerto. La sangre ha abandonado su rostro. Mientras lo miro suelto un sollozo que nos sorprende tanto a mí como a la mujer de verde; no le sucede el llanto, viene solo. Sé que recordaré el resto de mi vida este instante en el que me quedo contemplando a Sigurd muerto. No siento ningún alivio, ninguna sensación de catarsis o de pasar página. Sólo la certeza de que esto es serio. Nunca podré olvidar lo que estoy viendo.

Se supone que la vida comienza el día en que una mujer se inclina hacia un hombre y le susurra al oído: «¿Lo intentamos?». Estamos sentados en el sofá. Es un día cualquiera. Hemos cenado albóndigas de pescado, vemos la tele. Aparece el anuncio del delfín. Sigurd dice: «Odio a los delfines».

—Nadie odia a los delfines —protesto.

—Yo sí —confirma.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Se creen tan adorables... —dice él—. Nadan por ahí como si le gustasen a todo el mundo. Mírame, qué mono soy.

Me río. Lo beso.

—Lo digo en serio —insiste Sigurd—. Crees que estoy de coña, pero lo digo en serio.

Le rodeo el cuello con el brazo. Me inclino hacia él.

—Sigurd —le susurro al oído—. ¿Lo intentamos?

El primer intento tiene lugar esa misma noche. En el momento en que Sigurd me estrecha contra él, pienso: «Ahora ocurre, ahora te creamos, cielo».

Al mes siguiente tenemos relaciones sexuales todas las noches de mi semana fértil. Ahora, ahora, ahora. Cuando estoy a punto de hacerme el test de embarazo, descubro rastros de sangre. Observo la mancha sin comprender. Esto no puede ser, ¿no? Con la de veces que lo hemos hecho. Con el lío que hemos montado.

El mes siguiente me da tiempo a hacerme el test antes de ver la sangre. Sólo aparece una raya en la ventanita del test, azul y despiadada, como una profesora severa.

Muchas parejas tardan en conseguirlo. La media es de seis meses, leo en internet. No hay motivo para que cunda el pánico si no hace al menos un año que lo intentas. No se lo cuento a nadie. Me imagino lo que voy a decir cuando llegue el momento, cuando aparezcan dos rayas cruzadas en la ventanita del test; me imagino cómo se lo voy a decir a Annika, así como de pasada: «Por cierto —sonrisa deslumbrante—, tengo algo que contarte». Pienso en lo que le diré a Ronja.

Pero esto no puedo decirlo. Esta nada, este estado transitorio. «Lo estamos intentando.» No es ninguna noticia. No es nada, sólo una promesa vacía; apenas eso.

Pasan tres meses. Llegan las vacaciones de verano. Margrethe viaja a Italia con sus amigos. «Cuidad un poco del abuelo, subid a verlo una vez por semana o así», nos pide. Subimos un cálido día de finales de verano y lo encontramos en la buhardilla.

Cuando nos mudamos a Nordberg, llevamos seis meses intentándolo. Ya debería haber ocurrido. Muchos lo intentan durante más tiempo, leo en internet. La ausencia involuntaria de hijos no es ninguna enfermedad, clama un artículo de opinión en el periódico, y yo lo doblo y lo tiro a la basura; no soporto leerlo, no soporto saber por qué esto no es el fin de todo, cómo de plena puede ser una vida sin hijos, qué agradecida debo estar por lo que tengo. Sigurd está trabajando a destajo con mi consulta, y es mi semana fértil. Voy a verlo. Está en la habitación, con un mono, gafas de protección y una lijadora. Tarda un momento en darse cuenta de que estoy allí, y entretanto permanezco quieta en el vano de la puerta, contemplándolo, su cuello agachado mientras lija el suelo bajo el techo inclinado, absorbido por completo por lo que está haciendo. Y yo pienso: «¿Qué hago? ¿Lo seduzco, lo tiento, me lo llevo a la casa y al dormitorio, es eso lo que voy a hacer?». Voy en pantalones de chándal, él en ropa de trabajo. No sabe que estoy aquí, no sabe que lo estoy mirando, y pienso: «¿Acaso no es un milagro que ocurra, que la gente encuentre tiempo, entre todas sus otras tareas, para el sexo?».

Entonces me ve. Apaga la máquina, empuja las gafas hacia arriba y se quita los auriculares.

—¿Sí? —pregunta.

Tiene polvo del suelo en el flequillo y los labios agrietados de estar aquí fuera. Piensa que he venido a decirle algo, está esperando. Sí, ¿qué ocurre? Yo permanezco ahí, en pantalón de chándal, y seducirlo me parece de repente una tarea imposible.

—Nada —digo—. Sólo quería decirte que me voy a la cama.

—De acuerdo. Buenas noches.

Sigurd está haciendo esto —estos suelos, la consulta— por mí. Yo subo, me ducho, me acuesto. Me quedo despierta una hora, dos horas. Son las doce y media. Él no aparece.

Duermo a ratos. Me despierto, me estremezco y escucho. ¿Hay alguien ahí? Delante de la puerta he colocado una silla y sujeto el cuchillo entre las manos. Oigo un crujido, un coche que pasa por la carretera de ahí fuera, y en algún momento el llanto de un niño. Vuelvo a dormirme. Me despierto un rato más tarde. Me deslizo dentro y fuera del sueño.

Han pasado ocho meses, y todavía nada. Es cierto que en los últimos meses los intentos han sido menos apasionados. Sigurd ha finalizado la consulta, pero, a pesar de eso, quedan tantas cosas que hacer... La cocina, el cuarto de baño, los dormitorios. También está muy atareado en el trabajo. Vuelve a casa a las seis, cena delante del televisor y empieza a martillar en la cocina. Yo he abierto mi consulta, pero la cosa va lenta. Me paso la jornada navegando por internet en busca de consejos sobre fertilidad. «Come pescado azul y cítricos. Evita el alcohol y el café. Colócate una almohada debajo de las caderas después de mantener relaciones sexuales. Intenta tenerlas por la mañana.»

Toda nuestra vida gira en torno a la casa. Yo trabajo y vivo aquí, apenas salgo de ella. Sigurd desaparece todos los días para ir al trabajo, regresa por la tarde o por la noche y sigue trabajando hasta altas horas de la madrugada. Tiene una expresión cansada y la piel grisácea.

De nuevo ha llegado el momento, la semana decisiva. Sigurd arranca el papel pintado de las paredes del estudio que hay en la planta del sótano. Yo me pongo un camisón — apropiadamente corto, pasablemente sexy— y me suelto el pelo antes de bajar. Hay tiras de empapelado en el suelo, todo el que ha podido arrancar con las manos. Ahora lo está raspando; el sonido hace que se me erice la piel de los brazos, como el ruido de la cubertería contra platos de cerámica.

—¿Sigurd?

Se da la vuelta. Pegamento en el flequillo, gafas de protección puestas.

—¿Quieres subir conmigo?

—Pensaba seguir un poco.

—Pero ésta es la semana clave —digo, con voz débil—. Es el momento de hacerlo.

—Sí.

Se empuja las gafas hacia el pelo. Se frota los ojos con las manos. Se estira y luego se acerca a mí. Sus pasos son pesados. Se detiene, apoya el brazo contra el marco de la puerta. Está tan cerca de mí que veo las marcas enrojecidas que las gafas han dejado en su rostro, unos surcos rojos como los que le dejaba la funda de la almohada aquellas mañanas en las que nos despertábamos juntos en Bergen.

—Le he estado dando vueltas a ese tema —dice—. Y, no sé, ¿qué te parece si lo posponemos un poco? Lo de tener el niño.

La habitación se queda sin aire. Tiemblo dentro del camisón.

—¿Posponerlo?

Traga saliva. Me mira; sus ojos de color azul grisáceo, el lunar debajo del izquierdo.

—Estamos exhaustos, Sara. Los dos. Acabamos de empezar por nuestra cuenta. Y luego está todo lo de la casa.

—Pero esta habitación... —digo, y noto que se me empaña la voz. Asoman algunas lágrimas.

Aquí estoy, en camisón corto, con el pelo suelto.

—Sólo sería un tiempo —explica—. Sólo hasta que estemos en marcha con el trabajo, hasta que terminemos la casa. O, por lo menos, hasta que esté algo más terminada. ¿Eh?

Me acaricia la mejilla. Me trago las lágrimas, bajo ningún concepto me pondré a lloriquear aquí, en camisón.

—Yo sólo... —añade Sigurd—. Creo que no puedo ahora mismo. Me muero de cansancio. No me quedan fuerzas.

—Sí —digo—. Lo entiendo. Esperaremos un poco. Pero tampoco muchísimo, ¿vale?

—No —responde Sigurd—. Sólo hasta que salgamos a flote otra vez.

Me siento en el borde de la cama, en el dormitorio, e intento averiguar si estoy triste. En realidad, hasta siento una especie de alivio. Me libro del sexo obligatorio, sólo por cumplir. De las decepciones mensuales, de tener que ver aquella furiosa raya azul. Podemos tomárnoslo con más calma. Hacer el amor cuando nos apetezca. Acabar la casa. Y, quién sabe, quizá ocurra si dejamos de intentarlo. Eso es lo que dicen los blogs que ocurre: lo intentas durante años y,

entonces, cuando menos te lo esperas... Me tiendo sobre la cama, sorprendida. Me gusta la idea de vivir en una casa terminada cuando comience a crecerme la barriga. «Espera un poco, pequeño. Pronto vas a poder venir, y cuando eso ocurra todo estará preparado para ti.»

Miércoles, 11 de marzo: superficies amplias y luminosas

Alguien ha entrado en mi casa otra vez. Lo noto nada más bajar la escalera. Hay algo diferente. En cuanto dirijo la mirada hacia la cocina, veo de qué se trata: es la nevera. Sigurd y yo tenemos fotos colgadas en la puerta del frigorífico: algunas de nosotros dos, otras de mis sobrinos, un par de postales y dos menús de restaurantes de comida a domicilio. Y todo ha desaparecido. La puerta de la nevera está vacía, limpia y blanca, deshabitada. Además, como para subrayar que alguien ha estado aquí, todos los imanes están colocados en la esquina superior de la puerta. Miro fijamente el frigorífico durante un segundo o dos, el tiempo que tardo en entender todo esto, y acto seguido pego un grito.

Han matado a Sigurd, me lo he repetido una y otra vez, pero no he llegado a comprenderlo del todo hasta este momento, cuando lo he visto con mis propios ojos. Alguien ha quitado las fotos de la puerta de la nevera durante la noche, y sé con absoluta seguridad que no ha sido él. De modo que ha sido otra persona, ¿y quién podría ser excepto quien disparó a Sigurd? Un asesino ha estado en mi casa. Tal vez siga aquí, en realidad. Me pongo a gritar a todo pulmón. Doy media vuelta y echo a correr escaleras abajo. Abro la puerta de entrada con llave y salgo a toda prisa.

Justo en el momento en que salgo corriendo hacia el césped, un coche de policía aparca en el acceso de vehículos. Fredly va al volante, y del lado del copiloto desciende la agente con aspecto de ser la típica zorra de los barrios pijos de Oslo. Llevan café en vasitos de cartón en las manos y están conversando sobre algo, creo, cuando me ven. Ambas se sorprenden, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que voy corriendo hacia ellas descalza y en albornoz, pisando un césped mojado donde todavía se acumulan manchas de nieve. Pero yo las veo, y lo único que pienso es: «Estoy salvada». Es posible que no haya dejado de gritar en ningún momento.

Fredly es la que está más cerca de mí y la que viene a mi rescate. Supongo que se da cuenta de lo que va a ocurrir, o tiene buenos reflejos, pues suelta el vasito —que cae al césped; el café con leche se derrama— justo cuando me lanzo a sus brazos. Me abraza y pregunta:

—¿Qué ha pasado?

No soy capaz de decir nada. Sollozo, respiro con dificultad, estoy al borde del llanto pero sin lágrimas, tiritito de frío y miedo, no consigo formular una frase. No veo a la zorra pija, sólo el hombro de Fredly contra mi mejilla. Me apoyo en ella, tiemblo, dejo que me abrace hasta que me calmo un poco, y entonces digo:

—Alguien ha entrado en mi casa.

—Vale —dice Fredly, y parece alerta.

—Quizá todavía siga allí—sollozo.

—Vamos a comprobarlo —dice ella, y la zorra pija se sube de nuevo al coche, tal vez para pedir refuerzos—. ¿Puedes contarme qué ha ocurrido?

—He bajado esta mañana y he descubierto que alguien había estado aquí —digo entre sollozos—. Han quitado todas las fotos de la puerta de la nevera y han cambiado de sitio todos los imanes.

—¿La puerta de la nevera?

—Sí. Solemos tener varias cosas ahí: fotos, postales y menús y esas cosas, pero todo ha desaparecido.

—Vaya. ¿Algo más, quiero decir, se han llevado algo?

—No lo sé. Sólo he visto que todo había desaparecido y he echado correr.

—¿Estás segura de que las fotos y todo lo demás estaba allí cuando te acostaste? —oigo que pregunta alguien detrás de nosotras, y veo que la tipa pija ha vuelto a bajarse del coche.

—Sí —respondo—. Quiero decir, me habría dado cuenta si no hubiesen estado.

—Vaya.

—¿Hay algo que indique que han entrado por la fuerza? —pregunta Fredly.

—No lo sé —reconozco, y comienzo a inquietarme. ¿Por qué tantas preguntas? ¿No van a hacer nada?

—¿Estaba la puerta principal abierta? ¿Estaba la cerradura rota o algo?

Reflexiono.

—No —constato—. Estaba cerrada con llave.

Intercambian miradas de complicidad. Doy un paso atrás para librarme del brazo de Fredly, que todavía se apoya sobre mi hombro.

—¿No vais a comprobarlo?

Sus miradas vuelven a encontrarse. Algo pesado se cierne sobre ellas; no, más bien es frustración.

—Pues sí —dice Fredly con amabilidad—. Vamos a comprobarlo.

Hay un cierto desprecio en su voz, como si yo fuese una mocosa, como si ellas fuesen mis niñas y yo les estuviera exigiendo que comprobasen que no hay fantasmas en el sótano.

Entran en la casa. Yo me apoyo contra el vehículo y espero. No parece que vayan a llegar refuerzos. Espero un rato, muerta de frío, dándome cuenta de que debería haberme detenido para ponerme unas zapatillas mientras corría por mi vida. Coloco un pie sobre el otro, con la intención de ir alternando la postura y así limitar el riesgo de congelación. Transcurre algo más de tiempo. Veo que la agente de policía que no es Fredly abre la puerta de la terraza y vuelve a cerrarla. Cruzo despacio el césped y entro en el vestíbulo.

Encuentro a Fredly en el salón. Su compañera está en la primera planta, comprobando todas las ventanas. Me entrega un montón de fotos y papeles y me pregunta:

—¿Son éstas las fotos?

Las miro.

—Sí.

¿Falta alguna? Intento recordar. ¿Qué fotos teníamos puestas? La postal de Margrethe desde Budapest, ¿la tiramos hace unas semanas o seguía colgada en la nevera?

—No hay signos de allanamiento —me asegura Fredly.

Asiento. Echamos un vistazo a la cocina, a los incriminatorios imanes de nevera. Siento que mi rostro comienza a recuperar su color natural; lo noto enrojecido y acalorado. He salido corriendo, en albornoz, gritando, descalza sobre la aguanieve y el lodo. Por culpa de siete imanes de nevera.

Alguien ha estado aquí, lo sé, y en principio no debería importar si lo que ha hecho es sólo quitar las fotos de la nevera en lugar de, no sé, robar el ordenador de Sigurd y revolver todos nuestros armarios. Aun así, entiendo que la situación puede parecer ridícula, intrascendente. No había nada importante en la puerta de la nevera, es obvio. Pero también parece absurdo que hayan matado a Sigurd. De modo que tiene que existir un patrón.

—Comprueba que lo tienes todo —dice Fredly—. Me refiero a que verifiques que tienes todos los documentos de valor y esas cosas.

Se lo está tomando en serio, es cierto, pero no parece muy entusiasmada. Imanes de nevera. Cuando lo que están investigando aquí es un homicidio. Compruebo algunos cajones aleatorios, las escrituras de la casa, las declaraciones de la renta. Encuentro la agenda de Sigurd en el sitio en el que la guardé ayer. Atkinson. Noto una opresión en el pecho. Saco la agenda y la escondo dentro del albornoz. Siguen temblándome las manos.

«Respira y empieza de nuevo.» Estoy en la ducha y dejo que el agua caliente recorra mi cuerpo. Mis pies congelados empiezan a entrar en calor entre pinchazos y punzadas. «Tranquilízate. Relájate. Contempla el mundo como es.» El miedo es algo natural. Es normal que sienta que he perdido pie: han entrado dos veces en mi casa después de que a mi marido lo encontraran asesinado. Pero no se puede confiar en el miedo. Engaña tus sentidos, altera la capacidad de razonar. «Respira.»

Alguien ha estado en mi casa esta noche. Parece incuestionable. No fue Sigurd, de eso estoy ya segura. También sé que la puerta estaba cerrada con llave cuando he salido huyendo: recuerdo que he intentado abrirla y que he maldecido el retraso que me ha ocasionado tener que ponerme a forcejear con ella. Temía tener a un asesino demente pisándome los talones. Pero ha resultado que la casa estaba vacía. Lo que quiere decir que la persona que he estado aquí, o bien ha entrado por la fuerza o —una alternativa mucho más inquietante— tiene llave.

Mis llaves están en mi bolso. Las de Sigurd las tiene la policía. Margrethe también dispone de un juego de llaves. Ésas son todas las llaves que existen.

Por supuesto, se pueden hacer copias. Reflexiono sobre ello. Perdí las llaves del piso anterior y tuve que ir a hacer duplicados. La llave del portal tenía un mecanismo de seguridad anticopia, pero la llave que abría el piso no. Fui al cerrajero del centro comercial Storoenteret e hice todas las copias que quise en menos de media hora. De modo que es posible que Sigurd haya hecho copias sin que yo lo sepa. Puede haberlas repartido a diestro y siniestro. No sé por qué iba a hacerlo, pero, por lo visto, tenía más secretos para mí de lo que yo creía. Está lo que me contó Mammod de la mujer que lo esperaba, la de la melena medio rubia. Me la imagino apoyándose en la farola que hay fuera de la oficina de FleMaSi y esperándolo. ¿Querría Sigurd darle un juego de llaves a ella?

Luego está lo de los imanes de la nevera. Con eso estoy en blanco. Todas las fotos que recuerdo están aquí, pero tengo algunas dudas respecto a otras cosas: la postal de Margrethe, una lista de lo que necesitábamos comprar para la reforma del cuarto de baño. ¿Hemos tirado aquella postal? ¿Ha quitado Sigurd la lista? ¿O lo he hecho yo? Pero ¿qué interés podría tener para nadie lo que Margrethe nos escribió desde Budapest? ¿Y por qué le preocuparía a alguien lo que hemos

de comprar? Me hierve la cabeza otra vez, y apoyo las manos en los sucios azulejos del viejo Torp. ¿Códigos secretos en listas de la compra? ¿Postales misteriosas que quizá no procedían de Margrethe, al fin y al cabo? Resulta demasiado rebuscado.

Es miércoles. He cancelado las citas de la consulta, por lo que el día se despliega ante mí. No sé qué hacer, aunque lo que tengo claro es que no quiero quedarme aquí, en este lugar que la policía está revolviendo de arriba abajo y en el que los imanes de la nevera me miran. Puedo bajar a la ciudad. Dar una vuelta. Por St. Hanshaugen, por ejemplo. La agenda de Sigurd está aquí, conmigo, junto al lavabo, oculta bajo mi albornoz, y pienso en las últimas páginas, donde venían las direcciones. Atkinson. ¿O es una estupidez? ¿Me meteré en problemas si voy para allá? Cierro el agua. Lo mejor será tomármelo con calma. Respira. Empieza de nuevo.

Cuando bajo, la cocina está vacía y el coche de policía ha desaparecido. A través de la ventana veo el vasito de cartón de Fredly —sigue en el lugar donde lo ha dejado caer— y de repente tengo la certeza de que la policía ha concluido con el caso de los imanes de nevera. Me veo como ellas me ven: como una mujer a punto de perder el juicio. Mi credibilidad se está esfumando. El lunes hablamos de principios profesionales, del derecho de los pacientes a que su historial no sea compartido. Luego vi a Sasha. He perdido mucho en muy pocos días.

Quiero al menos volver a sentirme segura en mi casa. Cojo mi tablet y busco *seguridad y alarma antirrobo*. Una de las primeras compañías que aparecen se llama Seguridad Arild. El logo consiste en una casa rodeada por un candado, y la imagen transmite algo bueno y seguro. Un buen candado, eso es lo que necesito.

Marco el número, pero no le doy a la tecla de llamada. Miro el teléfono. ¿Estoy segura? ¿Estaban anoche en su sitio los imanes de la nevera? ¿Puedo estar segura del todo? Anoche estuve en la cocina, recogiendo, después de que Annika y yo cenásemos, y recuerdo que metí los platos en el lavavajillas. Intento acordarme de la puerta de la nevera. Le eché un vistazo breve y, sí, todo estaba en su sitio: los menús de los restaurantes, las fotos, una circular sobre reciclaje. ¿Estaban la postal y la lista de la compra? No soy capaz de evocar esos detalles en mi cabeza ni de obligar a mi memoria a precisar si están o no. Pero todo lo demás está. ¿O no? ¿Lo recuerdo mal? ¿Estoy acordándome de otro día? Annika, por ejemplo, ¿forma parte de ese recuerdo? Intento obligar a mi mirada a recorrer la habitación para buscarla, pero no lo consigo. Lo único que veo es la puerta de la nevera y el lavavajillas abierto.

Recuerdo muy poco de mi llegada a casa después de la visita al instituto forense. Debí de haber subido directamente al primer piso al regresar. Es probable que tomara un vaso de agua en la cocina. Es probable que recogiera un poco. Pero estos recuerdos resultan tan difusos que se escabullen cuando intento fijar la mirada en ellos. Yo, que siempre lo recuerdo todo. ¿Es posible que yo misma haya movido los imanes? ¿Que en mi turbación mis manos actuaran sin que yo me diese cuenta? ¿Que estuviera tan aturdida como para no recordarlo después? ¿Puedo todavía fiarme de lo que veo, de lo que recuerdo?

La pantalla de mi teléfono se ilumina. Seguridad Arild. Cambio de idea. Guardo el número en el teléfono. Siempre puedo llamar en otro momento.

Unas horas más tarde, atravieso el cementerio de Nuestro Salvador. Sobre el lugar pesa un extraño silencio. No hay grupos de niños con chalecos reflectantes y mochilas, ni profesores en pleno recuento para asegurarse de que no han perdido a nadie, tal y como suele pasar en St. Hanshaugen. No hay parejas de hípsters con tazas de café reutilizables hablando sin parar del concierto al que han ido o del nuevo bar al que hay que ir. No hay hileras de madres que acaban de dar a luz con sus carritos de bebé por delante, a modo de escudo. No hay casi nadie. Una anciana con un bastón. Una niña paseando a un perro con la correa puesta. Las lápidas. Enormes y viejos árboles.

El piso de los Atkinson está situado un par de calles más arriba, en un viejo edificio clásico. Parece bastante bien conservado. No es tan elegante como los edificios antiguos que hay más arriba. Tiene un aspecto normal. La pintura está algo desconchada por aquí y por allá, pero no ha pasado mucho tiempo desde que se hizo algo al respecto. La verja está abierta y, cuando entro, puedo divisar en el patio trasero una bicicleta con un asiento infantil detrás y un carrito rosa de muñecas. Entro en el portal, que es amplio y espacioso, tan diferente a los portales que diseñan Sigurd y sus amigos en la actualidad, donde cada metro cuadrado cuenta. Los Atkinson viven en la planta baja. En la puerta pone sólo eso, Atkinson, en una vieja placa de latón clavada con tornillos oxidados. Me armo de valor e intento pensar en qué voy a decir. Lo único que Sigurd me ha contado sobre ellos es que él es inglés y trabaja en el sector marítimo, y que ella es una auténtica zorra. Sin embargo, ya no me fio de nada de lo que haya dicho Sigurd. Atkinson. Pueden ser cualquiera.

Llamo al timbre. Emite un sonido cortante, estruendoso y agresivo. No parece que ocurra nada. Espero. La pintura del marco de la puerta está desconchada en algunos sitios, y el felpudo sobre el que me hallo no ha sido sacudido desde hace algún tiempo. No sé si eso significa algo.

Vuelvo a llamar y se oye de nuevo el mismo sonido estruendoso y luego unos pasos en el interior que se acercan. Se me hace un nudo en el estómago. ¿Estoy pisándole el terreno a Gundersen? Sin embargo, ahora ya es tarde para darse la vuelta, y tampoco tengo intención de hacerlo. Se oye un chasquido en el cerrojo. La puerta se entreabre, una pesada cadena la mantiene entornada. Desde dentro, una voz fina y llena de aire dice:

—¿Sí?

Echo un vistazo por la rendija y sólo veo un contorno, una nube blanca de cabello y un ojo celeste.

—Hola —digo, aclarándome la garganta—. Me llamo Sara. Estoy aquí en nombre de los arquitectos FleMaSi.

Hay silencio.

—¿Sí? —repite.

En el interior huele a algo dulzón, pesado y denso; un olor anticuado, a la vez sucio y especiado.

—Sólo quería consultarle un asunto.

Vuelvo a aclararme la garganta.

—Soy la ayudante de Sigurd Torp.

La puerta se abre unos centímetros más y al fin la veo. Es menuda y anciana, al menos tiene ochenta años. No tiene la piel arrugada en realidad, no en el rostro, pero su cabello es blanco y fino, casi transparente, y el cuello son sólo tendones y pliegues de piel. Lleva un vestido azul floreado, y tiene los ojos, como muchos ancianos, celestes y algo húmedos, como si durante

décadas el sol los hubiese palidecido y desgastado. Además, huele a tabaco. Su boca es pequeña y fina, y una lengua rosada humedece sus labios. Lleva una pesada cadena de oro al cuello. Ahora me sonrío; me mira fijamente y sonrío.

—Vaya. La ayudante de Sigurd Torp —dice.

Arrastra las palabras. Si la hubiese conocido como paciente, habría pensado que consume alguna fuerte medicación sedante. Me siento algo decepcionada: es evidente que no estoy frente a la misteriosa mujer medio rubia.

—Sí —respondo—. Él quería hacerle una consulta. O, más bien, nosotros. El estudio. ¿Puedo pasar?

Asiente con lentitud, cierra la puerta, descorre la cadena del cerrojo y abre por completo. Ahora me alcanza el olor del piso en toda su plenitud, un olor a humo denso, perfume y mujer anciana. Parece que sea la primera vez en varios días que penetra allí algo de aire fresco. Entro, no obstante; tomo aliento y me sumerjo en el vestíbulo. La mujer está descalza y sostiene un cigarrillo con boquilla.

—Quisiera hacerle una consulta —digo, mientras ella cierra la puerta con llave.

—Pase primero —dice ella.

Me abre camino y yo sigo sus pasos hacia el salón. El humo es más denso ahí dentro. Está oscuro, pues las persianas están bajadas, pero el sol brilla fuera con tanta fuerza que algunos rayos de luz irrumpen en la estancia: un haz roza la chimenea e ilumina los adornos de la repisa, otro alcanza la oscura librería de caoba y un tercero proyecta su reflejo en mis ojos desde una campana de cristal que hay sobre una mesa nido, junto a un inmenso sillón de brocado. La señora de la casa se sienta en el borde de una lustrosa silla de madera oscura. Se ha recogido el cabello con una pinza de plástico. Golpea el cigarrillo para sacudir la ceniza sobre un enorme cenicero de ébano. Miro a mi alrededor, más que nada para no tener que mirarla a ella, y dejo que mis ojos se deslicen por el mobiliario anticuado y los cuadros de las paredes, entre ellos una pintura emborronada de dos niños en traje de marinero y una fotografía en marco de plata de un hombre severo en uniforme.

—¿Le apetece un té? —pregunta ella.

—Sí, por favor —respondo.

Permanece sentada, sacude la ceniza del cigarrillo otra vez y le da una nueva calada. Contemplo sus pies descalzos: están hinchados, casi azulados. Apaga el cigarrillo con cuidado, quita la colilla de la boquilla y la echa al cenicero. Durante un instante alza la boquilla en el aire y observa los adornos intrincados que la recorren.

—¿Le gusta? —me pregunta.

—Sí —respondo, y trago saliva.

El aire está muy seco aquí dentro. Desearía haberme traído una botella de agua.

—La compré en París —declara.

La guarda en un estuche que hay encima de la mesa y que cierra con dificultad.

—Sólo es una baratija —dice a continuación, y empuja el estuche sobre la mesa.

Asiento. Se levanta de la silla.

—Quédese sentada —añade—. Pondré agua para el té.

Desaparece del salón a través de una cortina. Observo la silla donde estaba sentada, el cojín de tela cara, que parece desgastado. En el mismo instante, algo me roza la pierna. Me sobresalto. Un gato gordo y peludo se restriega contra mi pantorrilla. Ni siquiera alza la mirada cuando me estremezco. Emerge un leve ronroneo de su garganta; no entiendo cómo los gatos pueden producir ese sonido, me resulta extraño, no parece que pueda provenir de un animal. El gato se restriega. Yo no me muevo. Cuando acaba conmigo se contonea con la cola espigada. Tras cruzar medio salón da media vuelta y me mira. Sus ojos son estrechos y verdes. Ahora veo que algo se mueve en la librería. Otro gato reposa junto a una larga fila de libros con el lomo rojo, un estante más arriba de donde se proyecta un rayo de luz. Se oye el ruido de unos cazos desde la cocina. Giro la cabeza, reviso el sofá con la mirada: hay otro gato; éste es blanco, igual de gordo y peludo que el que se ha restregado contra mi pierna. No entiendo que Sigurd nunca me contase nada de esto, del olor a humo y los gatos.

La señora de la casa se desliza con sigilo de nuevo en el salón. Ahora lleva una tiara, una de esas baratas que las niñas piden para Navidad, con gemas de plástico y purpurina. No hago ningún comentario al respecto; no sé qué podría decir.

—Ya he puesto el agua —anuncia.

—Muy bien —respondo—. ¿Es usted la señora Atkinson?

—Sí. —Sonríe. Le faltan varios dientes—. Soy yo. Encantada.

Realiza una genuflexión. Sus pies apuntan hacia dentro, y durante un instante parece una niña.

—Sara —me presento.

—Sí —afirma—. Ya lo ha dicho.

—¿Ha sido...? —pregunto con torpeza—. Quiero decir, ¿es aquí donde Sigurd ha diseñado algo? ¿Para esta estancia?

Ella niega con la cabeza. Un cuarto felino pasa a toda velocidad por delante de sus piernas y se mete en la cocina.

—No estoy segura —continúo, y vacilo mientras mi cerebro trabaja a destajo para dar con el ángulo correcto—. No estoy segura, pero creo que estaba trabajando en una ampliación del sótano, ¿no es cierto?

No estoy acostumbrada a sacarle información a la gente de esta forma. Los psicólogos pueden preguntar cosas muy íntimas, pero es probable que los ayudantes de arquitecto procedan de forma diferente.

La señora Atkinson me mira con sus diminutos ojos de canica.

—Mi marido está en el mar. ¿Lo sabía usted? —dice.

—Vaya —digo incómoda—. No lo sabía.

—Es el amor de mi vida —añade.

Señala una fotografía que hay sobre una mesita junto al sofá. Es de una pareja de novios, el hombre de traje y la mujer con un vestido blanco hasta los tobillos. Posan delante de una pequeña iglesia. La imagen está tomada de demasiado lejos como para que se puedan divisar sus rasgos; no puedo adivinar si son jóvenes, si son guapos, ni siquiera si la mujer es la misma que tengo delante en este momento.

—¿Qué hace en el mar? —pregunto.

—Navega —comenta, y cierra los ojos—. Navega y navega.

Asiento. Permanece inmóvil un instante. Acto seguido vuelve a abrir los ojos y da un paso hacia mí.

—Le enseñaré la habitación. Venga conmigo.

Me coge de la mano. La suya es diminuta y está agarrotada y, sin embargo, es fuerte, se aferra a mí como si le fuese la vida en ello. Quiero quedarme donde estoy, no quiero adentrarme más en este piso, quiero permanecer cerca de la salida, pero ella me arrastra consigo. Pasamos por delante de la cocina y entramos en un oscuro corredor. Me conduce al fondo del pasillo, pasando por delante de una puerta, hasta llegar a otra cortina de terciopelo grueso. La aparta con la otra mano. Detrás también hay una puerta. La abre.

Al otro lado hay un espacio abierto e iluminado, una habitación vacía con unas sucias ventanas orientadas hacia el patio trasero, donde veo varias bicicletas. Respiro aliviada: por un momento había creído que la oscuridad del piso no tenía final. Fuera brilla el sol. En el patio trasero hay incluso un tobogán de plástico.

—Por aquí descenderá la escalera —dice mi pequeña anfitriona mientras continúa aferrada a mi mano—. Cuando mi marido regrese.

Hay tablas esparcidas por el suelo, algunas grandes y anchas, y una caja en la que puede leerse «servicio de tecnología asistencial». En resumen: hay elementos de una zona de obras aquí dentro, pero, al parecer, la obra aún no ha comenzado.

—¿Se han puesto de acuerdo en cómo va a ser? —pregunto—. ¿Con Sigurd?

Clava los ojos en mí, me examina de arriba abajo; permanecemos así casi durante un minuto. Me inspecciona, y yo dejo que lo haga, mientras mi mano descansa en la suya. Entonces dice:

—Pero ¿no lo sabe?

—¿El qué? —pregunto.

—Sigurd acabó de diseñar los planos antes de Navidad —añade ella—. No ha vuelto por aquí desde hace meses.

Apenas puedo respirar mientras la sigo de vuelta al salón. Es posible que haya más cosas que deba preguntar, ya que estoy aquí, pero no tengo la presencia de ánimo suficiente como para seguir fingiendo. Por suerte, la mujer me ha soltado la mano, que ahora me tiembla. Lo único que quiero es salir de aquí cuanto antes, pero ella no se mete en la cocina, tal y como yo tenía la esperanza de que hiciese, cuando regresamos por el pasillo oscuro. Camina hacia el salón. La sigo sin voluntad, tomo aliento y lleno los pulmones del humo dulce y especiado que planea sobre sus muebles. Ella no dice nada, pero se acerca a la mesa, abre el estuche donde ha guardado la boquilla de París y coloca en ella un nuevo cigarrillo. Fijo la mirada en el retrato de la pared, en el señor severo en uniforme; «respira —me digo a mí misma—, respira». Los dos niños en traje de marinero me miran embobados desde la pintura emborronada; son un niño y una niña pequeños, ambos rubios y de ojos azules. El gato del principio vuelve a restregarse contra mi pierna. Vuelvo a desplazar la mirada al hombre en uniforme. En su solapa diviso una esvástica.

—Parece usted sorprendida —dice ella.

Ha vuelto a sentarse, está fumando. Yo no digo nada. La tiara le está empezando a resbalar sobre la frente. Se la ha sujetado al cabello, pero lo tiene muy fino; en realidad sólo le quedan algunos mechones. En los dedos torcidos lleva anillos de oro.

—También lo estaba la policía —señala—. Vaya, así que Sigurd Torp ha dicho que lleva todo el invierno viniendo aquí. Acabó los planos en un mes. No lo he visto desde noviembre.

Sólo soy capaz de asentir. Más allá, cerca de la librería, hay otro retrato, de otro hombre, en otro uniforme. No quiero observarlo en detalle, no quiero saber en qué guerra estuvo luchando.

—Sigurd ha muerto —continúa ella—. Eso dijo la policía.

—Sí —confirmo.

—Usted no es su ayudante.

—Soy su mujer.

—Vaya.

Asiente con la cabeza varias veces, casi la mece.

—Mi marido solía pasar en el mar varios meses seguidos. Yo nunca sabía dónde estaba. Ni siquiera sabía si volvería a casa.

Se hace el silencio. Al lado del otro hombre uniformado cuelga un puñal. La hoja está oxidada, tiene manchas negras. La señora Atkinson fuma con los ojos cerrados. Al fin la campana de cristal junto al sillón tintinea, y ella se levanta.

—Voy a por el té —dice—. Lo toma con azúcar, ¿verdad?

Cuando llega a la cortina, se vuelve. Me contempla de nuevo y, durante un instante, sus acuosos ojos azules resultan casi amables.

—Parece usted una chica maja —dice—. Sigurd Torp no merecía la pena. Es mejor para usted que haya desaparecido.

Nos quedamos así, mirándonos en total silencio. La señora Atkinson tiene una expresión de completa locura en los ojos; son demasiado redondos, demasiado penetrantes, y su sonrisa está fuera de lugar. Yo no digo nada. De repente da media vuelta y se marcha. Cierra la cortina y desaparece. En cuanto oigo un estrépito en la cocina me dirijo a la salida a hurtadillas, abro la puerta y salgo al portal. Cierro la puerta con tanto sigilo como puedo y atravieso corriendo el portal y la cancela. Salgo a la calle y corro todo lo que puedo para deshacer el camino por el que he venido. No aminoro la velocidad hasta que no estoy a varias manzanas de distancia.

Siempre estoy en casa. En un día normal lo más lejos que llego es al supermercado Kiwi de Nordberg. El resto del tiempo me quedo en la consulta o en la cocina. Leo los correos. Miro Facebook. Espero a Sigurd.

Espero también pacientes. Espero a que me encuentren. No los busco de forma activa, al menos no lo suficiente. Debería, debería, noto la presión en el pecho. Apenas tenemos dinero. Debería aportar más. Debería trabajar tanto y de una forma tan tenaz como Sigurd. No notar el cansancio, no sentir hastío. Sólo seguir adelante.

Espero a Sigurd. Espero a alguien con quien hablar, a alguien que me haga compañía. Él llega a casa tarde y está cansado. No quiere salir a ninguna parte. No quiere hablar. Sólo quedarse sentado con el ordenador en el regazo.

Le pregunto cosas. «¿Cuándo vamos a acabar con esto? ¿El cuarto de baño, el pasillo de abajo, el dormitorio? ¿La escalera?» Sigurd dice: «Curro como un cabrón, ¿te has dado cuenta?, y tampoco es que tengamos mucha pasta para afrontar los gastos». Yo le hablo de mi propio día a día. Intento explicarle la soledad que habita estas paredes, eso de andar por aquí, hora tras hora, sin nadie con quien hablar. Sigurd dice: «Prueba a tener a Flemming todo el día atosigándote con sus estúpidas sugerencias sobre cómo llevar el negocio... El puto jefecillo que se cree un genio de los negocios porque recuerda alguna que otra cosa de la asignatura de empresariales de segundo». Ya casi nunca tenemos relaciones sexuales.

Una noche me encuentro una caja de tabaco de liar en su bolsillo. No es que estuviese husmeando: se cae cuando levanto su chaqueta.

—Sigurd, ¿fumas tabaco de liar?

Me observa con la mirada vacía y dice:

—Sí.

—¿Llevas mucho tiempo haciéndolo?

—Algunos meses.

—¿Cuántos?

—No sé. Cuatro, cinco.

Me echo a reír. Él sólo me mira.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Intento dejar de reírme.

—No, no sé, sólo que... ¿Por qué no me has dicho nada?

Se encoge de hombros.

—¿Qué iba a decirte?

No quería compartirlo conmigo. No hace falta que diga nada. Lo pillo. No volvemos a hablar del tema.

Tampoco es que yo sea una persona fácil. Tengo ataques de ira en el cuarto de baño por la mañana: hace demasiado frío, se acerca el invierno, parece que el agua de la ducha vaya a acabar formando carámbanos en mi barbilla... Me gustaría ser más amable. Me gustaría hablarle en un tono ligero y distendido, como hacía antes. Que nos riéramos juntos. Pero se me va la cabeza. Esta maldita soledad.

Por las mañanas, cuando él ya se ha ido al trabajo, me quedo contemplando el fiordo desde mi posición privilegiada en Nordberg. Soy la señora del caserón. ¿Cómo podría quejarme?

Y entonces, un día de diciembre, revienta. Hemos cenado delante del televisor, como de costumbre. Le pregunto si vemos una película, hay una nueva en Netflix de la que hablan bien en Facebook. Sigurd está demasiado cansado, dice, con el ordenador en el regazo, sólo tiene ganas de jugar a algún videojuego, echar algún que otro vistazo a alguna serie de televisión absurda que ninguno de nosotros estará viendo en realidad y matar un par de horas antes de irse a la cama. No es que esté enfadado, sólo es eso. «De acuerdo», digo, y llevo los platos de la mesa del salón a la cocina. De camino meto un dedo del pie en el hueco que hay entre dos tablones y tropiezo; no me hago daño, pero pierdo el equilibrio durante un instante y se me cae un plato al suelo.

—¡Joder! —exclamo.

Sigurd no dice nada. No hace falta que me dé la vuelta para saber que está sentado, inclinado sobre el ordenador, en otro mundo. Lo he visto así tantas veces... Tiene que haberme oído. Sólo estoy a diez metros de él, y el plato ha hecho ruido al golpear el suelo. Pero no dice nada.

Todos deseamos ser amados y respetados, es algo humano. Pero aún peor que ser odiado es no ser visto. Que no te vean como la persona que quieres ser es importante, de acuerdo, pero ¿que no se reconozca tu existencia? Si gritas en el bosque y nadie te responde, entonces ¿has gritado? Si un plato se cae al suelo y se rompe y tu marido no reacciona, entonces ¿ha ocurrido? ¿Qué pasa cuando el espacio que ocupas, ese pequeño resquicio de existencia en el que habitas, no lo reconoce ni siquiera el hombre con el que compartes vivienda y cama? Es un dolor muy particular el que algo así ocasiona. Y en aquel momento emerge de mi garganta como un vómito, se abre paso a través de mi boca en forma de sollozo miserable y hace que rompa a llorar.

Durante los segundos que Sigurd tarda en acudir a mí, me las ingenio para tirar el otro plato al suelo, esta vez adrede. Se rompe en mil pedazos que quedan esparcidos por el suelo. Me he derrumbado, estoy sentada de rodillas mientras me rodeo con los brazos y sollozo a todo pulmón entre pedazos de platos rotos y cubiertos sucios.

—¿Qué diablos ocurre? —pregunta Sigurd; está sobre todo enfadado, según parece, por el hecho de que haya pulverizado el segundo plato. Es como si no viese que estoy sufriendo, y le chillo:

—¡¿Estás loco, estás completamente loco?! ¡¿Ahora son los platos lo que más te importa?! —Cuando no responde, añado—: Parece que yo ya no te importe. No creo que me sigas queriendo. Creo que no soy más que otro objeto de esta casa con el que tienes que convivir a la

fuerza.

Se desploma en el suelo a mi lado, y ahí nos quedamos.

Hablamos. No sobre lo que yo le he dicho, sino sobre todo lo demás. Que es difícil. Que estamos cansados. Que las cosas no han salido como nos imaginábamos o que quizá fuimos muy ingenuos cuando nos sentamos en la cocina del piso en Torshov y diseñamos los planos y los contornos de la vida que íbamos a llevar en la nueva casa, con los nuevos trabajos.

Que está muerto de cansancio.

—Siento que te estoy fallando —dice él—. Se suponía que me iba a ir muy bien.

Que me siento sola. Que lo sabe, pero que no tiene fuerzas para hacer nada al respecto.

Y entonces decidimos hacer una escapada la semana de entre Navidad y Año Nuevo. No tenemos dinero para hacerlo, pero nos rascaremos los bolsillos, pediremos prestado a mi padre, a Margrethe. Por la relación, decimos. Porque un divorcio saldría mucho más caro, dice Sigurd con una media sonrisa. Se trata de una broma, pero no sólo es eso. Entramos en internet, buscamos, vemos imágenes de soleados hoteles blancos y turquesas piscinas. Ése, quizá, o tal vez aquél. Primeros auxilios. Ya siento el calor.

Jueves, 12 de marzo: el fuerte

—Sí, soy Arild —dice la voz al teléfono.

—¿Seguridad Arild? —pregunto.

Estoy sentada junto a la isla de la cocina de mi casa. Esta noche he vuelto a dormir en la consulta; me llevé el colchón hinchable para invitados, por lo que al menos no he tenido que acostarme sobre el suelo, aunque apenas he dormido. He pasado casi toda la noche con los ojos abiertos, contemplando la oscuridad, escuchando. Me he levantado dos veces para acercarme a la ventana, a la pared acristalada junto a los sillones, y mirar hacia fuera al resguardo de la neblina. La calle que hay junto a la casa está iluminada. No tenemos luz en la entrada de vehículos, pero el viejo Torp tuvo la sensatez de instalar una lámpara exterior en la pared de la casa, y es la fuente de luz que observo por las noches, el pequeño haz luminoso que la rodea. ¿He oído algo? ¿Puedo ver a alguien? ¿Hay algo moviéndose entre las sombras que hay fuera de ese círculo? ¿Hay algo moviéndose en las ventanas en penumbra de la casa? ¿Se ha agitado la cortina del salón? Ya no lo sé. Me aferro con vigor al cuchillo de cocina que tengo entre las manos. Si alguien me viese en este momento, pensaría que estoy loca.

Pero ¿qué puedo hacer? Vuelvo a acostarme sobre el colchón hinchable, que se hunde un poco bajo mi peso, que gime cuando me doy la vuelta con un sonido que reverbera contra las paredes. Mis ojos siguen abiertos. Me aferro al cuchillo. Intento dormir, pero en realidad sólo estoy esperando. A que amanezca. O a que ocurra algo. No puedo fiarme de mis sentidos. Cada dos por tres oigo algo. Coches que pasan. El sonido de metal contra metal, el cerrojo de la puerta de entrada abriéndose. El escalofrío que me produjo el oscuro y hermético salón de los Atkinson se ha instalado en mi cuerpo y sé que ya no puedo confiar en lo que oigo. No soy capaz de distinguir el sonido de mi puerta del sonido de la puerta de un vecino o de la fantasía de que se abre mi puerta.

A las seis y media llego a la conclusión de que ya es seguro salir. Ha amanecido, el intruso tiene que haberse marchado. No estoy demasiado convencida en cuanto a esa conjetura, pero mi exilio en la consulta está a punto de desquiciarme. Llevo conmigo el cuchillo cuando cruzo la entrada de vehículos para subir a la casa. Abro la puerta y entro. Me quedo quieta en el pasillo, olisqueando, escuchando. ¿Puedo sentir al intruso? ¿Sigue aquí? Aún sostengo el cuchillo con ambas manos. Digo «¡hola!» en voz alta y sé que mi voz suena pusilánime, frágil y asustada. De ninguna manera es el grito de la dueña de una casa, armada y preparada para defender lo que es suyo.

Subo a la cocina. Miro a mi alrededor. Las cortinas están desordenadas. Hay algo raro en la librería. Ya no sé si puedo fiarme de mis recuerdos. Estoy en territorio desconocido, mi memoria es la piedra angular de mis capacidades. En este momento ni siquiera soy capaz de distinguir un cambio en las cortinas o un desbarajuste en la librería, tal es el terror que habita en mi pecho. Ya no sé lo que veo y lo que creo que veo.

Subo al dormitorio. Entrar ahí me produce una intensa aversión. Imagino que hay alguien tendido en el suelo, que tras cada puerta se asomarán nuevas atrocidades y, sobre todo, detrás de ésta, de la puerta que conduce a la habitación más íntima de la casa. Pero está vacía. Echo un vistazo en los armarios. Miro debajo de la cama.

Algo apaciguada por encontrar el dormitorio vacío, subo también a la buhardilla. El despacho del viejo Torp está en silencio. No hay nadie. Pero alguien ha estado aquí. Alguien ha desordenado el polvo de la mesa. Alguien ha levantado las carpetas de sus estanterías. Veo las marcas sobre la capa de polvo: aquí ha habido movimiento.

¿Ha sido esta noche? ¿Fue la noche pasada? ¿Pueden haber sido los policías que registraron la casa? Salgo de nuevo. En el rellano de la escalera doy media vuelta. Me he acordado de una cosa. Hay algo que debo comprobar, algo que no he comprobado desde que Sigurd desapareció. Vuelvo a entrar y me dirijo a la primera estantería, me pongo en cuclillas delante del estante más bajo y retiro un par de archivadores de cartón que guardaba el viejo. Detrás hay una caja pequeña y plana. En apariencia no tiene nada de especial, pero el propio Torp nos mostró su contenido en persona cuando se iba acercando su final, quizá con la esperanza de que su nieto siguiese con su lucha. Abro la caja y descubro que está vacía.

En la caja guardaba su viejo revólver. Un auténtico tesoro para él, y de gran valor también, o eso fue al menos lo que dijo su dueño cuando nos lo mostró con los ojos brillantes. Por lo visto, su anterior propietario fue un hombre que había luchado en la Revolución rusa, aunque a nosotros nos pareció que en realidad debía de haber comprado el revólver bastante después. Todavía funcionaba a la perfección. «¿Qué arma podría ser mejor para dispararles una bala entre los ojos a los enemigos del comunismo?», nos preguntó el anciano de modo retórico. Incluso tenía cartuchos para el revólver, los guardaba junto a la caja. El arma estaba lista para ser usada. ¿Cuándo fue la última vez que lo comprobé? ¿Cuándo subí aquí por última vez en realidad? Nunca pienso en el revólver. No lo hice cuando Sigurd desapareció y ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que podía cogerlo para defenderme. Simplemente, no me acordé.

Alguien lo ha cogido. ¿Ha sido el intruso, esa persona que entró por la fuerza en la casa y deambuló por aquí aquella noche? ¿Era esto lo que buscaba? Hay varios centenares de cajas en este cuarto, la mayoría llenas de recortes de periódico y de los cuadernos de letra apretada del viejo Torp. La mayoría de las cosas carecen de interés por completo. ¿No es mucha casualidad que un intruso abra accidentalmente justo la caja que contiene un arma? ¿No es demasiada casualidad? Debería haber tenido un conocimiento previo sobre la existencia del arma. Pero el viejo Torp no se veía con mucha gente. Margrethe, Sigurd y yo. Tal vez Harald cuando estaba en casa, cada muchos años. Prácticamente nadie conoce la existencia del revólver.

Cierro la puerta de la buhardilla tras de mí. No sé dónde está la llave, si lo supiese la habría cerrado hace tiempo. Bajo corriendo por la escalera hasta la cocina, donde está mi teléfono. Intento calmar mi respiración antes de llamar. Quizá sea la policía la que lo ha cogido. Llamo a Gundersen. Él no coge el teléfono, de modo que dejo un mensaje en su buzón de voz, informándole de mi descubrimiento y diciendo que espero que hayan sido sus hombres, pero que estaría bien que me lo confirmase, pues estoy un poco asustada. Y luego pienso «a la mierda», y llamo a Arild.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta Arild.

Habla con el suave acento que tiene la gente de los alrededores de Drammen, de Mjøndalen o Hokksund y sus alrededores. Su voz suena relajada, despreocupada, y escuchar cómo me ofrece su ayuda hace maravillas en mí. Me inspira confianza.

—Alguien está entrando en mi casa por la fuerza —digo.

Le cuento la historia. El asesinato de Sigurd. Las visitas nocturnas. La indiferencia de la policía, los imanes de la nevera, el momento con Fredly en el césped en el que me di cuenta de que me ven como a una histérica. «Pues vaya —dice Arild mientras le cuento—, vaya, vaya.» En ningún momento parece que piense que estoy exaltada o que me lo estoy inventando. Me escucha. De vez en cuando hace alguna pregunta. «¿Estaba la puerta cerrada con llave en todos los casos y sin signos de allanamiento? —pregunta, y también—: ¿tienes alarma antirrobo?» Cuando llego al final de la historia, dice:

—En este caso te recomendaría un plan integral. Una alarma con sensor de movimiento en algunas zonas del interior de la vivienda, por ejemplo, para que cualquier movimiento que ocurra fuera de tu dormitorio active la alarma por la noche. Una alarma perimetral separada, que cubra todas las puertas. Cerraduras nuevas, por supuesto, y quizá algunas cerraduras reforzadas, lo podemos discutir. Además te recomendaría iluminación con sensor de movimiento en el exterior de la casa también, por lo menos junto a la entrada. Depende de ti si quieres que también se conecte a la alarma.

—Lo quiero todo —digo.

—Es algo más caro, claro.

—No me importa. Sólo quiero sentirme segura.

No sé si el dinero es el desencadenante o no, pero Arild promete acudir en persona, en compañía de un asistente. Vendrán en media hora. Mientras tanto debo relajarme. Le doy la dirección y, antes de colgar, dice:

—Nos vemos pronto.

Sus palabras me llenan de un indescriptible alivio. Arild está de camino.

Gundersen llama mientras espero a Arild, y le hablo del revólver.

—¿Guardabas un arma en la casa y no has dicho nada hasta ahora? —me pregunta un poco irritado.

—No me acordaba —repito—. Si se me hubiese ocurrido, la habría dejado en la mesita de noche para defenderme contra los intrusos, pero se me había olvidado por completo que estaba allí. Ni siquiera sé si funciona. El abuelo de Sigurd opinaba que sí, pero, en fin, ese revólver es más viejo que Matusalén.

—No debes, bajo ningún concepto, guardar un revólver en el dormitorio como protección —ladra Gundersen—. Los revólveres son letales, puedes acabar con una herida de bala. O matando a alguien. Eres una chica lista, Sara, no hace falta que te diga nada de esto. Y, a menos que tengas permiso para llevar armas, además es ilegal que lo tengas siquiera.

—Lo sé —suspiro—. Pero es justo lo que estoy diciendo: no recordaba que estaba en la buhardilla.

Se oye un rugido tras él. Tal vez se encuentre en el coche, quizá sea el tráfico lo que oigo.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Lo pienso.

—Lo vimos al revisar sus cosas cuando nos mudamos a la casa, así que fue en agosto del año pasado, quizá. O, espera, en otoño estuve limpiando ahí arriba y abrí la caja para echar un vistazo. Ya sabes, dijo que tenía cierto valor, y tenía algunas tallas en la empuñadura. Sólo quería verlo. Ésa debió de ser la última vez. Jamás usamos ese cuarto.

—¿En qué momento de otoño?

—Fue una especie de limpieza prenavideña. A finales de noviembre, quizá.

Permanece en silencio un instante. Me imagino que detiene el coche, que da volantazos de un lado a otro para aparcar bien, que mira por encima del hombro mientras retrocede.

—Entonces —dice a continuación—, hasta donde sabes, es posible que Sigurd lo haya cogido para algo que no guarde ninguna relación con nada de esto.

—¿Para qué podría ser? —le pregunto.

—No lo sé. Tal vez quiso venderlo, si tanto valor tenía.

—Sí, tal vez —respondo—. No lo sé. Sólo sé que a finales de noviembre estaba ahí, y que ahora ha desaparecido.

Vuelve a quedarse en silencio.

—¿No crees que sea posible que lo haya cogido alguien de tu equipo? —pregunto de forma tentativa.

Sería tan agradable que fuese así... Sería tan tranquilizador saber que el estúpido revólver que había olvidado por completo está a buen recaudo con la policía, anotado como es debido en un pulcro registro en posesión de Gundersen...

—No —dice Gundersen tajante—. No habrá otros detalles que deba conocer, ¿verdad, Sara? ¿Más armas? ¿Rifles de caza o lanzallamas, o qué sé yo? ¿Algún antiguo instrumento de tortura con hermosos adornos? ¿Algún sistema intrincado de vigilancia?

—No —respondo cansada—. Que yo sepa, no. Oye, no es algo que haya ocultado a propósito. No se me pasó por la cabeza.

—Lo entiendo. Tengo que marcharme, pero seguimos en contacto.

Después de colgar, me quedo tamborileando con los dedos sobre la mesa. No me atrevo a tocar mis cosas, no me atrevo a prepararme algo, un café o un té, por temor a que el intruso haya manoseado lo que hay en el armario. De modo que permanezco sentada esperando, con un molesto gruñido en el estómago provocado por la conversación con Gundersen y que no es más que el convencimiento creciente de que estoy perdiendo su simpatía.

Arild resulta ser un hombre de cincuenta y tantos años con una rizada mata de pelo pelirrojo algo encanecida y una complexión ancha en hombros y piernas que le da un cierto parecido a un oso de peluche. Luce un bigote despeinado que cuelga sobre su boca como un cepillo. Mientras estrecha mi mano con amabilidad y dice que está encantado de conocerme, siento el impulso de hundirme en su pecho, pues es justo el tipo de persona que necesito: una figura paterna segura y estable, distinta por completo a mi propio padre, con toda una batería de efectos que va a desplegar para mi protección. Lo acompaña un chico joven, de poco más de veinte años, flacucho, callado y algo tímido, llamado Kristoffer, al que Arild se refiere como «el aprendiz».

—Entonces —dice Arild, y se coloca las manos en los costados con firmeza— ¿ésta es la casa que hay que asegurar?

—Sí —respondo—. ¿Os la enseño?

Comenzamos en el recibidor, y les muestro el despacho del sótano que en algún momento iba a convertirse en un cuarto infantil, el cuarto de la lavadora, el otro dormitorio que hay abajo y el trastero. A continuación subimos a la planta baja, y echan un vistazo entusiasta a la cocina y al salón. Arild agita la mano para llamar al aprendiz, y se quedan examinando la cerradura de la puerta de la terraza con interés. Les enseño la entrada de la cocina y la abro con llave para que puedan revisar la puerta desde fuera y desde dentro. Acto seguido subimos a la primera planta y echan un vistazo al dormitorio, sobre todo a la ventana que tiene, y al cuarto de baño, y luego subimos hasta la buhardilla. Les cuento en pocas palabras lo que ocurrió con el viejo Torp y les hablo del revólver desaparecido, que es algo a lo que no paro de dar vueltas desde la conversación con Gundersen. Una vez de vuelta en la cocina, Arild realiza un rápido esbozo de las cuatro plantas de la casa.

—Bueno —dice él—. Lo primero que pienso es que tenemos que asegurar bien todas las puertas. La puerta de la terraza tiene una cerradura muy frágil, y la madera que la rodea está tan podrida que se podría abrir sin tener que ejercer demasiada fuerza. No lo estoy diciendo para asustarte, Sara, pero debemos ser realistas. En un futuro deberías considerar cambiar la puerta, pero creo que podemos mejorar mucho con una buena cerradura, y tengo un amigo en Nittedal que es cerrajero; un tipo muy apañado. La puerta de entrada a la cocina también necesita una nueva cerradura, y además pienso que deberías instalar un cerrojo de seguridad en ambas puertas. Parece que el intruso podría disponer de la llave, ya que no hay indicios de daños en las puertas o en las ventanas. A menos que hayan estado sin cerrar, y dices que no, por lo que debemos concentrarnos sobre todo en la puerta principal. Pero si el intruso quiere entrar y no puede hacerlo por la puerta, no sabemos de lo que es capaz y, por eso, opino que debemos asegurar todas las potenciales entradas lo mejor que podamos. Complicarle mucho las cosas, ¿verdad?

—Sí —apruebo—. Yo también lo pienso.

—Bien —concluye Arild, y su rostro bigotudo se ilumina con una sonrisa—. Entonces, en la puerta principal cambiaremos la cerradura y además le añadiremos un buen cerrojo de seguridad, de doble perno y con protección completa. Propongo una cerradura que no se pueda joder. Mi colega de Nittedal ofrece varias alternativas, y pienso que debemos optar por lo mejor que hay. Con cadena de seguridad y una cerradura extra, por si acaso. Una alarma perimetral impedirá cualquier intento de entrar o salir por las puertas, ya que esto activaría la alarma, y pienso que la puedes tener puesta todo el tiempo y sólo desactivarla cuando entres o salgas, al menos mientras estén así las cosas. La alarma con sensor de movimiento en el interior de la vivienda la debes activar cuando vayas a dormir y, si quieres, podemos asegurar la ventana del dormitorio e instalar una buena cerradura para la puerta del dormitorio, para que te sientas segura dentro de tu cuarto aunque la alarma se active en el resto de la casa.

—Sí —afirmo, y noto que la angustia de la noche anterior se disuelve y cae al suelo ante esta idea.

—Todas las alarmas estarán conectadas a nuestra central de Økern —prosigue Arild—. Y allí hay personal las veinticuatro horas del día. Cuando se dispara la alarma, solemos llamar y acordar si acudimos o no, pero en este caso creo que debemos decretar un código rojo, que

implica que acudiremos digas lo que digas al teléfono. Quiero decir, de momento. Hasta que resuelvan el... —Mira aturdido hacia la ventana—. Caso de tu marido.

—Estupendo —respondo.

—Bien, el aprendiz y yo nos pondremos en marcha enseguida. Tardaremos unas horas en instalarlo todo, así que tú haz lo que tuvieras previsto para hoy y nosotros estaremos trabajando por aquí mientras tanto. ¿Te parece bien que hagamos una copia de la llave de la casa y la tengamos en la central?

Les entrego todo lo que me piden. Mientras están por la casa, me atrevo a ducharme y a vestirme. No es hasta que estoy esperando el metro cuando se me ocurre que estoy dando pleno acceso a mi casa a unos desconocidos que he encontrado por internet.

Los diviso en la distancia cuando salgo del metro. Me están esperando fuera de la agencia funeraria. Se distingue la prominente y esbelta figura de Margrethe, algo inestable en esta ocasión, junto a un hombre alto y algo encorvado que supongo que será Harald. A su lado hay una mujer delgada, de baja estatura, que sin duda es la famosa Lana Mei. No distingo los detalles, estoy demasiado lejos, pero la silueta de Margrethe es inconfundible.

Ellos no me ven. Están conversando. Harald y su novia se envuelven con sus abrigos para protegerse del viento. Margrethe permanece quieta, sin más. Llevo varios días sin verla. Tal vez debería haber ido a visitarla. Pero no sé. También ella podría haber venido. Quizá prefiera estar sola, como yo. No consigo imaginarme cómo podríamos llegar a servirnos de consuelo la una a la otra.

Durante un instante me detengo y me quedo observándolos. Son una familia que espera a alguien. Y me doy cuenta de que no es a mí. Por supuesto, eso sería lo que responderían si se les preguntase. Pero en realidad lo están esperando a él. Ahí está la familia de Sigurd, esperando a Sigurd. Siento el impulso de darme la vuelta y regresar a casa. Sigurd no vendrá nunca. Quizá tampoco lo estén esperando a él. Tal vez sólo estén esperando a que pase el tiempo. O a que vuelva a ponerse en marcha.

Harald me ve cuando estoy a cincuenta metros. Alza la mano y saluda. Su gesto hace que las otras dos mujeres giren la cabeza hacia mí mientras acudo a su encuentro.

—Hola —digo.

Me miran. Margrethe tiene los ojos enrojecidos y apagados. Le doy un abrazo. Su cuerpo carece de fuerza alguna. Abrazo a Harald, al que noto agarrotado y lejano, pero que al menos me da una palmadita en la espalda. Después saludo a Lana.

Se podría decir que es mona. Como en las fotografías que he visto, aunque quizá algo menos atractiva en persona. Por lo menos aquí, en este aparcamiento de Smestad, donde no hay nadie para quien posar. Me estrecha la mano.

—Encantada de conocerte —dice con un nasal acento americano y una tibia sonrisa—. Aunque me hubiese gustado que fuese en otras circunstancias.

Intento sonreír. He odiado la idea de Lana Mei desde la primera vez que Margrethe nos enseñó una foto de ella mientras contaba que la nueva novia de Harald era «muy lista» y que tenía un «doctorado en física aplicada, además de un buen trabajo en una de esas compañías energéticas

de California que va a resolver la crisis climática». No obstante, ahora que sé que jamás vamos a llegar a conocernos bien, ya que ella empieza a formar parte de la familia y yo termino de serlo, siento una especie de afinidad indulgente hacia ella. Aunque no consigo esbozar una sonrisa.

—Bueno —dice Harald, y se envuelve con el abrigo—. ¿Entramos?

Nos recibe un tipo de mi edad. Viste muy correctamente, de traje. Nos estrecha la mano por turnos. Sostiene mi mano y la de Margrethe durante más tiempo, pero la misma cantidad de tiempo en los dos casos. Le seguimos hasta su despacho.

—Hay muchas decisiones que tomar —dice serio—. Pero estoy aquí para ayudarlos.

Me sorprende que sea capaz de modular tan bien su tono de voz. No refleja un exceso de aflicción, pero tampoco resulta ordinario o informal. El hombre parece más bien neutral. Me doy cuenta de que no recuerdo su nombre.

Entonces comienza el debate. ¿Qué clase de féretro queremos, con qué forro? ¿Qué clase de flores? ¿Dónde queremos que tenga lugar la ceremonia? ¿Será religiosa? ¿Nos hemos decidido por algún cementerio y, si no, tenemos alguna idea de dónde queremos que descanse? Son preguntas tan absurdas que apenas puedo tomármelas en serio. Pero Margrethe, que es evidente que toma fuertes barbitúricos para ser capaz de mantenerse en pie, se espabila de repente. Ella ha estado reflexionando sobre el tema. Quiere un féretro clásico y elegante con herrajes dorados. Es caro, pero lo pagará ella. Quiere que la ceremonia tenga lugar en el crematorio de Vestre Gravlund, y quiere que Sigurd reciba sepultura allí, en la tumba donde están enterrados sus padres.

—Ahí es adonde también iré yo —afirma, y en su voz hay algo profundamente trágico, pero al mismo tiempo suena un poco teatral.

El agente, si así es como se le denomina, asiente con lentitud, como si se tratase de una decisión meditada y de buen gusto, y acto seguido se vuelve hacia mí.

—Y usted ¿qué piensa al respecto? —pregunta.

—Me parece bien —respondo con la voz empañada.

Le agradezco que me pregunte, pero no soy capaz de formarme una opinión al respecto. Margrethe plantea el dilema entre rosas rojas y blancas versus lirios blancos.

—¿Qué creéis que le hubiese gustado a Sigurd? —pregunta.

Y yo tengo que morderme el labio para detener un sonido que está a punto de emerger con efervescencia desde mi pecho. ¿Qué le hubiese gustado a Sigurd? Le hubiese gustado cumplir más de treinta y dos años. Pero no vale la pena mencionarlo. En cuanto al tema rosas contra lirios, me resulta difícil concebir que pudiese tener una opinión tajante al respecto, teniendo en cuenta que estamos hablando de su propio entierro.

Sólo en una ocasión en toda la charla doy mi opinión. Hablamos de la música. Margrethe propone *La canción de Solveig* de Edvard Grieg y *Bridge Over Troubled Water* de Simon and Garfunkel.

—Esa última no —digo—. A Sigurd no le gustaba esa canción.

—Cuando era pequeño la escuchábamos —interviene Margrethe algo dolida—. Solía quedarse sentado muy pegado a mí cuando sonaba.

—No le gustaba —repito—. Unos conocidos la pusieron en su boda y dijo que le parecía un cliché.

—Eso jamás me lo ha dicho a mí —dice ella.

Me encojo de hombros.

—No sé si lo decía muy en serio, pero no me apetece escuchar una canción que me aseguró que le parecía un cliché. Sigurd odia los clichés.

—Por el amor de Dios, Sara, deja de decir «cliché» —espeta irritada y, durante un instante, me parece que la vieja Margrethe se asoma de entre las neblinas a las que la han transportado los sedantes—. A mí me gusta esa canción. Me recuerda a Sigurd.

El agente carraspea con cautela.

—Recomendamos que se decidan por algo con lo que pueda estar cómodo todo el mundo — sugiere, y Margrethe clava la mirada en él.

—Estamos hablando de mi hijo —dice—. Esto me acompañará el resto de mi vida. ¿Puedes tú decir lo mismo, Sara?

Sus palabras hacen brotar lágrimas en mis ojos. Margrethe siempre ha sabido derribar a sus oponentes y, como todas las personas con una lengua venenosa, sabe que la verdad es lo que golpea más fuerte. ¿Cómo pensaré en Sigurd dentro de diez años, o veinte? ¿Qué lugar ocupará en la historia de mi vida, si es que algún día llega a contarse? Todavía no me ha dado tiempo a reflexionar sobre ello. No ha pasado ni una semana desde la desaparición de Sigurd y lo que he estado haciendo es, sobre todo, sobrevivir. La idea de todos los años que quedan por llegar es tan inmensa... ¿Qué haré con ellos?

Harald mueve las piernas.

—Madre —dice—, habrá otras canciones que escuchabas con Sigurd cuando era pequeño.

Lo miro con el rabillo del ojo y me conmueve el hecho de que tome partido por mí en este asunto. Por mí, que estoy a punto de dejar de formar parte de la familia, que soy alguien a quien él jamás ha conocido de verdad. Ahora me doy cuenta de que se parece un poco a Sigurd. La honradez que muestra en asuntos como éste, en cuestiones de principios. La forma en que tensa la mandíbula cuando se arma de valor ante la madre. Tal vez pueda adivinarse algo del padre en ellos.

Margrethe suelta un sollozo y aparta la mirada.

—¿No solíamos escuchar a Bob Dylan cuando éramos niños? —pregunta Harald.

—¿Y qué quieres que pongamos? —pregunta Margrethe—. *¿Like a Rolling Stone?*

Harald no responde. Transcurren unos segundos en los que todos aguardamos, y luego dice:

—¿Cómo se llama esa canción tranquila? La que trata sobre cómo todo cambia.

—*The Times They Are A-Changin'* —contesta el agente.

—Ésa es —dice Harald—. ¿Qué os parece?

Margrethe permanece un instante en silencio. Se mece de un lado a otro. Sigurd era su favorito.

—En realidad era a tu padre al que le gustaba Dylan —indica resignada.

—Conozco a una joven cantante que a menudo canta en funerales —dice el agente—. La oí cantar esa canción en una ocasión y fue precioso. La suya es una versión diferente a la del disco. Más solemne, de alguna manera. Puedo preguntarle si está disponible.

Margrethe asiente con lentitud.

—¿También interpreta a Grieg? —pregunto, a modo de declaración de paz, y el agente responde enseguida que está seguro de ello.

Me dejan escoger una canción. Es el agente quien me lo ofrece. Escojo *Blackbird* de los Beatles. No sé por qué. Tampoco es que sea nuestra canción ni nada por el estilo. Pero es ligera. Y pienso que Sigurd era ligero. No sólo ligero, claro. Pero si quiero ser capaz de sobrellevar la ceremonia, creo que lo mejor es recordar los buenos momentos. «*Take your broken wings and learn to fly.*»

El entierro tendrá lugar el lunes. La hora no me importa, no tengo otros planes. Lo único que siento cuando mencionamos el lunes es terror por la larga semana que se abrirá ante mí después.

La reunión en la agencia funeraria me ha dejado agotada, pero sólo es la una. Desde el aparcamiento que hay fuera de la agencia Harald llama a un taxi mientras Lana Mei, Margrethe y yo permanecemos calladas mirándolo. Ellos van a casa de Margrethe. Cuando el taxi está de camino, Harald me pregunta adónde voy. Si vamos en la misma dirección me puedo montar con ellos, dice. Como no quiero molestar, le digo que voy a subir a ver a mi padre un rato. Es justo aquí arriba, le aseguro, prefiero caminar, tomar un poco el aire. Asiente. Aliviado, me parece. Lo entiendo. Ahora soy una persona ajena a ellos. Están de luto, lo mejor es que se queden solos, los tres. Nos despedimos, le doy un abrazo a cada uno de ellos, nos decimos que nos veremos la semana que viene. Nadie menciona la palabra *entierro*. Lana Mei dice que ha sido un placer conocerme. Cruzo el aparcamiento con pasos lentos hasta el sendero peatonal que sube a Holmen y, cuando me doy la vuelta, ellos están de espaldas a mí, mirando hacia la calle por la que aparecerá el taxi. Harald ha rodeado a su madre con el brazo, ella apoya la cabeza en su hombro. Algo se clava dentro de mí.

En realidad, no tengo intención de ir a ver a mi padre. Estoy demasiado cansada, demasiado enervada. Sólo pretendo alejarme de esos tres, esperar a que se vayan del aparcamiento y luego bajar de nuevo para coger el metro a casa. Sigo el estrecho sendero que me aleja del ruidoso cruce de Smestad y recorre los antiguos chalés semiadosados —construidos en la época en la que esta zona era un barrio como otro cualquiera— en dirección a las antiguas y venerables villas y a los chalés recién construidos. Los habitantes de Smestad han creado una barricada hecha de inmensas tablas de madera orientadas hacia el exterior que los separa del camino de Sørkedalsveien. Así intentan conservar una especie de fe nostálgica en que aquí se vive en un entorno rural, incluso teniendo una arteria principal, furiosa e iracunda, la que va desde Majorstuen hasta Røa y la parte este de Bærum, justo delante de su puerta.

Estoy contenta de no estar de camino a casa de Margrethe. De no estar montada en un taxi, apretujada en la parte trasera con Harald y su novia. De no tener que entrar en el salón de Margrethe, donde siento que siembro el caos si retiro una silla o muevo un cojín para sentarme en el sofá. De librarme del ambiente siempre algo tenso que hay en su casa, que será incluso más tenso en estos momentos por culpa de esta enorme e informe pena que nos envuelve, tan densa que no podemos respirar sin llenarnos los pulmones de ella. Estoy contenta de no estar de camino a su casa, de verdad. Pero, al mismo tiempo, ellos se marchan juntos; yo me voy sola.

Hay muchas maneras de pasar el duelo. Supongo que sentí dolor por la muerte de mi madre cuando era niña, pero recuerdo muy poco de todo ello. Tengo un recuerdo difuso de llorar por las noches, de ocultar la cabeza debajo del edredón para que mi padre y Annika no me oyesen. También forma parte del duelo el no ser capaz de ubicar estos recuerdos, el no poder decir con seguridad si, en mi vago recuerdo, el motivo del llanto era que echaba de menos a mi madre. Luego está el duelo que no es por ella, sino por todo lo que no fue, por todo lo que podría haber sido si ella no hubiese desaparecido. Este duelo dura más y nunca se esfuma del todo. Aparece con regularidad, sin previo aviso. En casa de una amiga después del colegio, en quinto, cuando su madre nos gastaba bromas y nos preguntaba si nos portábamos bien con los profesores. Cuando la madre de Ronja nos enseñó cómo se hace una trenza de cola de pez y se puso detrás de su hija, le quitó la goma del pelo y empezó a trenzar su cabello con movimientos cuidadosos mientras nos lo iba explicando. Cuando el hermano de Sigurd ha abrazado a su madre en el aparcamiento hace un momento y ella ha apoyado la cabeza en su hombro.

El sendero peatonal termina en un tramo corto de calle, un par de manzanas más abajo de la casa donde me crié. Me detengo. El taxi no tardará en recogerlos del aparcamiento; quizá se hayan marchado ya. Podría dar la vuelta y regresar. Por otro lado, aún me queda un progenitor. Podría ir a verlo. Podría tomarme un té con él o, incluso mejor, podría sentarme arriba, en mi antiguo dormitorio. Todavía sigue allí, apenas ha cambiado desde que yo era niña. Nadie ha quitado la enorme colcha blanca de ganchillo que me hizo mi madre y que cubre la cama. Cuando me tendía sobre ella, podía sentir la obra de su mano contra la mejilla.

Mi teléfono suena mientras camino por la calle entre montículos de hielo, huellas de neumáticos y nieve sucia que todavía no se ha derretido en dirección a la casa de mi infancia.

—Soy Gundersen —dice Gundersen en el momento que lo cojo—. Oye, Sara, tengo una pregunta para ti. Cuando redactas una historia clínica, ¿cómo de sincera eres?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que hasta qué punto escribes lo que piensas. Si te parece que un paciente está loco de atar o sólo es un quejica, ¿lo escribes?

—No es una pregunta fácil de responder —digo—. Siempre soy sincera, pero de un modo profesional. Y, además, el paciente tiene derecho a consultar su historial, por lo que intento redactarlo de una manera que no resulte ofensiva en caso de que me pida leerlo.

—Entonces ¿eso qué significa? ¿Lo adornas?

Suspiro. La extenuación tras la visita a la agencia funeraria se hace notar.

—El historial no refleja mi opinión sobre alguien. Es mi evaluación profesional. Si alguien está loco de remate... Ni siquiera sé muy bien qué quiere decir eso. Pero si alguien se queja mucho... Depende. Si se lamenta por algo sobre lo que tiene control, algo que puede cambiar, es posible que escriba algo sobre eso. Pero en ese caso también lo hablaría con la persona en cuestión, claro.

—Mmmm. Pero tengo una duda. En el historial clínico hay una parte que llamas «evaluaciones».

—¿Estás leyendo mis historiales?

—Sólo por encima. Algunos párrafos escogidos. Para entender.

—¿Entender el qué?

Una breve pausa.

—Tu jornada laboral. Lo que ocurre en tu consulta.

—Eso es información confidencial —protesto, pero he perdido algo de brío desde nuestras anteriores conversaciones sobre el tema—. Tienes la ley de tu parte para poder acceder a ellos, de acuerdo, pero también tienes el deber ético de no violar el derecho a la privacidad de mis clientes. Si tienes dudas con respecto a lo que ocurre en mis consultas, es mejor que me lo preguntes a mí.

—De acuerdo, entendido —responde impaciente, y tengo la clara sensación de que seguirá haciendo lo que le venga en gana con mis historiales—. Ahora te lo estoy preguntando. ¿Qué implica lo de «evaluaciones»?

Giro la esquina de la calle donde está la casa de mi padre mientras hablamos. Tengo el sol a la espalda y mi confusa sombra se proyecta sobre los adoquines de la acera.

—Evalúo al paciente. Su tratamiento. Intento hacer una evaluación después de cada sesión.

—¿Y si piensas que un paciente, por ejemplo, te está mintiendo?

—No creo que ocurra a menudo que alguien me mienta. Pero que exagere, tal vez. O que evite contar lo que le preocupa de verdad. Un paciente puede describir un recuerdo de la infancia, por ejemplo, algo trágico que le ha ocurrido, y luego decir: «Pero en realidad no pasó nada». En ese caso puedo pensar que trata de distraer la atención, cambiando de tema deprisa, y que ahí hay algo. Cuando tenía cinco años seguramente no creyó que aquello no fuera importante, ¿no? Algo así podría llegar a comentarlo en la evaluación.

—¿Y qué anotarías en un caso así?

—Mmmm. «El paciente presenta aplanamiento afectivo en relación con la gravedad del episodio ocurrido. Considero que puede haber más debajo de este suceso de lo que emerge a la superficie durante la sesión; conviene seguir explorándolo en la próxima sesión.» Algo así, quizá.

—Entiendo —responde Gundersen—. Gracias, Sara. Hablamos pronto.

—Espera —intervengo en el momento de subir por la entrada de vehículos de la casa de mi padre—. ¿Estáis más cerca de una resolución? Quiero decir, ¿cogeréis pronto al tipo?

Durante un instante sólo oigo silencio, y me pregunto si está dedicando la atención a otra cosa mientras habla conmigo.

—Estamos siguiendo un par de pistas diferentes —dice al fin—. Creemos saber por qué Sigurd estaba en Krokskogen aquel día. Pero eso es todo lo que puedo decir hasta el momento, Sara, y tengo que pedirte que no pienses en ello. Y que nos dejes hacer nuestro trabajo.

—¿Os he impedido llevar a cabo vuestro trabajo en algún momento? —pregunto.

—Sé que has ido a ver a la señora Atkinson —dice—. Está claro que no puedo impedirte que vayas a visitarla si quieres. Pero sería más inteligente no hacerlo. Lo creo de verdad.

Su advertencia me alcanza como un golpe en el estómago. No porque me dé vergüenza que él sepa que he ido a ver a la anciana, o incluso que me marché de su casa presa del pánico —aunque eso sea bochornoso—, sino porque insinúa que estoy poniéndole las cosas difíciles. Que soy una niñaata estúpida jugando a hacer de señorita detective. «Sería más inteligente no hacerlo.» Como si me estuviese incriminando a mí misma. ¿Y por qué ese interés de Gundersen en saber cómo transcurren mis consultas, cómo es mi jornada laboral? Es entonces cuando, a modo de defensa quizá, suelto el pedacito de información que me había guardado para mí, aquello que en realidad no quería contarle.

—Había una mujer que solía esperarlo fuera del trabajo. ¿Lo sabías? Hablé con sus compañeros y me lo contaron. Lo habían visto reunirse con ella fuera.

Gundersen vuelve a permanecer callado.

—¿No me digas? —pregunta acto seguido—. No lo sabía, pero suena interesante. ¿Quién has dicho que te lo contó?

—Mammod. De FleMaSi.

—Gracias, Sara.

—De nada —respondo.

Pero no siento satisfacción alguna al arrojar este dato a la cara de Gundersen, ni hace que me vea como su igual.

—No me informaron de ello hasta ayer —añado, y yo misma oigo que suena como una disculpa.

—Tengo que irme. Hablamos, Sara.

Se oye un clic en el teléfono. Me lo guardo en el bolsillo y llamo al timbre.

Nadie abre la puerta. Me quedo esperando un rato. Cuando no queda ninguna duda de que la casa está vacía, bajo la escalera y me acerco a las cuatro macetas que hay a lo largo de la pared, junto a la entrada. Son unas macetas grandes de terracota que por lo visto adquirió y sembró mi madre, y que tras su muerte nadie ha cuidado demasiado. Hace años que no dan flores, y una de ellas tiene una enorme grieta, pero siguen allí todavía, cuatro macetas sobre cuatro platillos. En el platillo de la tercera desde la puerta, bien escondida en la parte de atrás, se encuentra la llave de repuesto de la casa. Lleva ahí desde que tengo uso de razón. Palpo con los dedos, sin guantes, y la encuentro, una pequeña figura de un perro de plástico, una cadena y un llavero con una llave.

La casa está en silencio. Me alegra ver que no hay botines de talla de mujer en el recibidor. Todo el calzado pertenece a mi padre: un par de zapatillas de deporte, zapatos de vestir y botas de esquí. Creo que las que hay aquí no son las mejores botas que tiene, por lo que quizá esté esquiando, aunque también es posible que guarde las mejores botas en el coche para poder irse a esquiar al bosque en el momento que se le antoje, que suele ser a menudo. Coloco mis zapatos junto a las botas de esquí de repuesto.

—¿Papá? —llamo por si acaso.

Nadie responde. Entro en el salón.

Mi padre heredó esta casa de sus padres. Ocurrió poco tiempo después de que yo naciese. Mis padres y Annika vivían en un pequeño piso en Holmen. Al nacer yo, mi abuela decidió que una familia de cuatro necesitaba más la casa que ellos, un matrimonio de ancianos. No sé lo que opinaba mi abuelo al respecto. Ellos se mudaron a un piso en Frogner, pero dejaron algunos enseres atrás: un viejo armario de ropa blanca, una antigua cómoda, el viejo escritorio de mi abuelo. Mi madre debió de esforzarse en transformar la casa para nuestra familia, pero desde su época poco se ha hecho en ese aspecto. Mi padre no tiene ningún interés por los muebles, el empapelado o los cuadros, son asuntos demasiado mundanos para él. Entrar en el salón me sumerge en mi historia familiar. Los que la conocen pueden descascarillar allí una capa tras otra de esa historia, cual arqueólogos. El enorme espejo con marco de estuco que cuelga sobre la chimenea es obvio que es de mis abuelos. Lo más probable es que los sofás grisáceos los pusiera

mi madre. La cómoda junto a la pared es de mi abuela, eso lo sé, porque le encantaba contar que procedía de la casa de su infancia y que su madre había prometido dársela cuando se casase. Se emocionaba hasta las lágrimas al recordarlo. Sobre la cómoda está la fotografía de boda de la abuela y el abuelo, la única fotografía personal que hay en el salón; mi padre, que no es nada sentimental, ha debido de ver en ella un atisbo de emoción y no la ha relegado a la caja del sótano con el resto de las fotografías. Por lo demás, la decoración es muy espartana. Sobre la cómoda cuelga un retrato que durante mucho tiempo creí que era de la madre de mi abuela, seguramente a causa de la historia que había detrás de aquel mueble. Sin embargo, más tarde me enteré de que era Hannah Arendt, una autora judía que escribió sobre el totalitarismo y la maldad. No conozco el motivo por el que mi padre optó por ponerla justo en esa pared, pero sus ojos —tiene una mirada firme que denota autoconfianza— inspiran seguridad, y esboza una pequeña sonrisa. Cuando yo aún creía que era mi bisabuela, me sentaba a veces delante de ella y le hablaba.

Sobre el sofá cuelga un enorme y espantoso cuadro en el que aparece un jarrón de flores rojas sobre un fondo de un intenso color verde claro. Fue el regalo que el departamento de la universidad le hizo a mi padre cuando cumplió los sesenta y, al contrario de lo que yo esperaba, le encantó y decidió colgarlo. Mostró tal entusiasmo ante la pintura que, en algún momento, llegué a preguntarme si estaba volviéndose loco. «¿No es precioso? —decía embelesado—. ¿No pega estupendamente con esta sala?» El cuadro es tan horroroso que llegué a preguntarme si no lo habrían escogido así aposta. Mi padre no tiene muchos amigos en el departamento, sobre todo debido a sus artículos; quizá a alguien le pareció el regalo perfecto: un cuadro horrendo para un compañero que despierta antipatía. Y, en realidad, encajaría con el carácter de mi padre el haber adivinado esa intención y haber decidido colgar el cuadro justo por eso. Papá suele tomarse como una marca de distinción que la gente de bien le dé la espalda.

El despacho es la única estancia de la casa que, en apariencia, le importa algo a mi padre. Está ubicado en el interior del salón y es preciso atravesarlo para entrar. Fue el estudio de su padre antes de convertirse en el suyo. Mi abuelo paterno mandó hacer las estanterías de roble oscuro de las paredes, del suelo al techo, que llenó con sus libros. Cuando mi abuela y él se mudaron, mi abuelo se llevó todos los libros, y mi padre llenó los estantes con los suyos. Si su estudio en Bislett es su lugar de trabajo, entonces el despacho es su biblioteca. Ha conservado el escritorio del abuelo, una mesa gigantesca y reluciente de cerezo en la que abundan los cajones, que pueden cerrarse con unas pequeñas llaves doradas. Cuando era niña, me encantaban esos cajones, eran como pequeñas cámaras del tesoro que mi padre, para mi decepción, se negaba a cerrar con llave. «No tengo nada que ocultarle al mundo», sostenía. Al fondo del despacho hay una chimenea que mi padre enciende a diario de octubre a abril, e incluso a menudo en primavera y verano. Junto a ella hay un cesto para la leña y tenerlo siempre lleno es cuestión de orgullo para mi padre. Lo que es el mantenimiento del fuego también es importante, y dispone de una serie de utensilios para este fin que cuelgan de un pequeño soporte de metal: varios sopladores, diversas varas para remover las cenizas y un cepillito y un pequeño recogedor para limpiar cuando se apaga el fuego. Delante de la chimenea hay dos sillones Chesterfield en los que nos sentábamos en las poco frecuentes ocasiones en las que me invitaba a entrar cuando era niña. Entre ellos hay una mesa de café repleta de libros y, al echarle un vistazo ahora, veo que en la pila hay una novela de Dag Solstad, una de las más oscuras que ha escrito, creo, o al menos una que yo no he leído.

Aquí dentro papá no se priva de nada en lo que atañe a la decoración. Tiene alma de coleccionista, aunque rara vez lo muestra. En el alféizar de la ventana hay una vieja balanza, por lo visto usada por los buscadores de oro de Klondike, así como un reloj que fue lo único que el padre de su padre —el tunante polaco que nos dio el apellido al que Annika y yo renunciamos— trajo consigo a Noruega. Papá se ocupa de su mantenimiento según todas las reglas del arte y sigue funcionando. Junto a él hay un busto de Darwin, además de una vasija que por lo visto importó ilegalmente de Irán y un calendario rúnico hermosamente tallado.

Mi padre se considera, ante todo, un científico. Es sociólogo, pero se ve a sí mismo como un descendiente directo de Newton, Darwin y Copérnico. Las ciencias naturales son una de las ramas de su amada ciencia y, cuando los demás difieren en cuanto a la relación intrínseca entre estas disciplinas, o bien se sorprende sinceramente o bien rechaza ese postulado de la manera más enfática que es capaz. La ciencia, según él, es un método para buscar la verdad, y la considera el camino más puro y elevado para llegar al conocimiento. Por lo tanto, dedica el espacio de su escritorio en exclusiva a objetos que ve como símbolos de la ciencia: un sextante anticuado, una copia del péndulo de Foucault, un trozo de meteorito y un péndulo de Newton. Dispone de infinidad de anécdotas acerca de estos objetos. Los contempla con la mirada tierna que otros hombres reservan para los gnomos hechos a partir del cartón del papel higiénico y los muñecos de nieve de poliestireno creados por sus hijos. Papá jamás ha conservado nada de lo que mi hermana y yo hacíamos en la guardería o en el colegio. A Annika eso le duele. Yo, en cambio, quizá desearía que las cosas fuesen de otro modo, pero al mismo tiempo entiendo que no es que no nos quiera, sino que no es capaz de entender lo que un Papá Noel hecho de un cartón de leche puede significar. Pienso en todo ello mientras dejo que mis dedos se deslicen con cuidado sobre los tesoros que alberga su escritorio. Mi hermana se fija más en sus limitaciones. Es un hombre que no tiene la habilidad de adoptar otras perspectivas que no sean la suya y que en el fondo se preocupa más que nada por sí mismo. Pero soy consciente de las pequeñas cosas que hizo por nosotras cuando éramos niñas, incluidas las visitas que le hacíamos en su despacho y las leyendas que nos contaba, o sus largos discursos sobre el sextante y el péndulo, que eran un intento de iniciarnos en lo que él ama. Sé que el horrible crucero al que me llevó cuando murió mi abuela fue una demostración de afecto. Sé también que sacrificaría su vida por nosotras si fuera necesario, aunque luego no sea capaz de hacer ninguna de las cosas que significan algo en la vida real: venir a vernos, mostrar interés por sus nietos, preguntarnos por nuestros trabajos, amigos y matrimonios, comprarnos cosas que queremos —cosas que de hecho necesitamos— como regalos de Navidad o llamarnos el día de nuestro cumpleaños. No es culpa suya, en realidad. Sólo ha nacido con una capacidad reducida para mostrar interés por aquello que en el fondo no le interesa.

Tras la ventana se despliega el jardín, que linda con otras parcelas que albergan otras casas. Hace diez años mi padre vendió una parte del jardín a una constructora, y ahora hay un nuevo chalé blanco en el lugar donde estaba mi columpio cuando era pequeña. Parece un cubo, y tiene una azotea con barandillas de acero en la que puede verse, suspendida y maltratada por la nieve, el hielo y la humedad, una sombrilla azul grisácea que alguien olvidó recoger cuando empezó el invierno. En paralelo a nuestro jardín se sitúa el de la familia Winge, que vivía en la casa vecina cuando yo era pequeña. El hijo se llamaba Herman Winge, iba a la otra clase de mi curso, y durante tres años enteros de educación secundaria lo amé hasta tal punto que pensé que iba a estallar. Nunca se lo dije, ni se lo conté a nadie más. Anotaba su nombre en cuadernillos que

escondía en el cajón secreto de mi escritorio, e intentaba salir de casa a la misma hora que él, para que pudiésemos caminar juntos hacia el colegio. El escritorio de mi padre está colocado donde siempre ha estado, y sé por experiencia que, si giras la silla, desde ella adquieres una buena visión de la que era la casa de la familia Winge; solía sentarme ahí para tratar de ver a Herman Winge, y a veces lo conseguía. Pero no puedo concebir que mi padre haya girado nunca la silla para mirar al exterior. Aquellas elegantes casas y jardines no le inspiran ningún interés, y ha colocado el escritorio de manera que, al sentarse, da la espalda a la ventana.

Sobre el escritorio hay un enorme álbum abierto. Las tapas son de cartón grueso y sus relucientes páginas negras están cubiertas de recortes de periódicos pegados. Es el álbum de archivo de mi padre. Cataloga todos los trabajos que le publican, ya sean artículos científicos o intervenciones en periódicos o revistas especializadas. Lo que acaba de pegar —supongo que ésa es la razón por la que el álbum está abierto— es un artículo que parece recortado de una revista para gente con intereses peculiares. «Tiempo y sociedad», reza el encabezado de la página, y no sé de qué clase de revista se trata, pero las que quieren publicar los textos de mi padre suelen ser polémicas y muy pequeñas. «Diez aspectos que mejorarían en caso de que Noruega ratificase la sharía en su totalidad», se titula el artículo. Hojeo el álbum hacia atrás. Hay muchas páginas coloridas de revistas. Si su artículo ha ocupado una doble página, lo recrea así en el álbum, y coloca las dos páginas tan bien pegadas al pliegue de la encuadernación que casi podrías pensar que se trata de una sola página. Resulta casi conmovedor comprobar el esmero con el que lo ha hecho: los bordes rectos de los recortes, el afán empleado al pegarlos. Nada de pegamento pegajoso por fuera de los bordes de los recortes, ninguna arruga en las hojas pegadas. No entiendo mucho de lo que escribe; el artículo taly-cual argumenta a tenor de tal-y-cual teórico. Pero entonces aparecen las ocasionales bombas: «La sanción como medida contra las prestaciones sociales». «Los derechos humanos, ¿una amenaza contra el sentido del derecho?» Rara vez leo lo que escribe, tal vez porque Annika lo hizo durante una época y acababa furiosa con él o levantándose de la mesa durante las cenas familiares. Annika quería azuzar el fuego. Papá, el imperturbable pleitista, se enrocaba en su postura. Mi abuela, si estaba allí, hacía las veces de mediadora de la paz.

—A Vegard le gusta provocar, pero no lo hace con mala intención —decía ella.

Yo la creía. Sigo creyéndola. La marca registrada de mi padre es perseguir la lógica hasta donde le lleve, sin dejarse afectar por las consideraciones éticas. Deja de lado la moral convencional y realiza minuciosos análisis de coste-beneficio, entreverados con una pizca de su peculiar filosofía existencial, una mezcla personal entre Charles Darwin, John Stuart Mill, Per Fugelli y Rage Against the Machine, todo combinado en un brebaje sorprendente, una especie de utilitarismo ideado por él mismo. Lo presenta, además, con una mirada ingenua y la voz más cálida que uno pueda imaginarse: «¿No es mejor que una persona condenada injustamente sufra un largo castigo en lugar de que un culpable sea puesto en libertad y haga sufrir a diez personas inocentes?».

—¡No! —habría gritado Annika cuando tenía quince o veinte o veinticinco años—. El Estado no puede castigar a alguien que no ha hecho nada malo, ¡eso es abuso!

—Pero, Annika, hija —diría mi padre, con su voz más amable, más inocente—. ¿No es cierto que nosotros, como sociedad, debemos dar prioridad a la solución que cause el menor sufrimiento posible al conjunto? ¿No es lo lógico?

—A Vegard le gusta tanto desafiar las convenciones... —diría la abuela—. Pero ahora hablemos de algo más agradable, queridos.

Por supuesto, Annika siempre tenía razón. Por supuesto, no se puede imponer un castigo severo a alguien que sólo quizá haya hecho algo malo. Por supuesto, no se debe azotar a los delincuentes o castigar a la persona equivocada. Pero, ante todo, yo diría que la abuela tenía razón. «Hablemos de algo más agradable, queridos.»

Ojeo el álbum de recortes. Imagino las horas que ha dedicado a archivar sus hazañas. Me lo imagino aquí sentado antes de que yo naciese. A mamá sentada en el salón, haciendo mi colcha de ganchillo, mientras él añadía un recorte con gran esmero, pegándolo con una capa finísima de pegamento sobre la hoja, concentrándose para conseguir el ángulo correcto, deslizando a continuación las manos por encima para que quedase fijado. Quizá mis padres intercambiasen miradas. Quizá él sonriese, avergonzado por que alguien lo hubiese observado en medio de su ritual, y tal vez mamá se metiese con él, o sólo se riese, pensando en su fuero interno: «Vegard y su archivo».

¿Qué estaría escribiendo papá en la época en la que murió mamá? Seguro que siguió escribiendo, seguro que permaneció aquí recortando y pegando en profunda concentración mientras ella estaba enferma, y si no lo hizo en los días previos al entierro, sin duda lo hizo después, mientras la casa estaba de luto. Jamás se me ha ocurrido que podría comprobarlo. Nunca me ha interesado su trabajo. No he querido saber nada sobre ello, lo he evitado aposta. He oído a Annika gritarle, la he visto abandonar la mesa bañada en lágrimas, y he vivido la tensión que había en la casa los días posteriores, cuando ellos dos no se dirigían la palabra. Papá insistiendo en no perder el humor ni la indiferencia, y Annika lidiando con su animosidad hasta poder volver a tratar con él. Yo por mi parte siempre me he mantenido al margen, pensando que cuanto menos sepa sobre lo que piensa y escribe, mejor. Pero tuvo que escribir en la época en que perdió a mamá. Y ahora estoy aquí yo, que también he perdido a la persona con la que compartía mi vida. Sé dónde guarda los álbumes de archivo. En el estante más bajo de la vieja librería del abuelo, justo al lado de la chimenea, guarda libro tras libro, iguales al que he encontrado sobre su escritorio ahora, con fechas anotadas con pulcritud desde finales de los años setenta. Mamá murió en junio de 1988. Retiro el álbum en el que pone «86-91», lo coloco en la mesita que hay entre los sillones y lo abro. Hojeo las gruesas páginas con antigua tinta de impresión y gráficos. 86-86-86-87-87-87-88. Febrero. El siguiente recorte es de octubre. En febrero: «Sobre la legislación en materia de corrupción». En octubre: «El moralismo y lo mejor para la manada». No me interesa la corrupción, pero es posible que me interesen la moralidad y el bien común.

El artículo comienza con una historia sobre un tipo de perros salvajes que conviven en manada en las estepas africanas. En estas manadas, sostiene mi padre, la justicia de la comunidad es la más sublime y la mejor. Los individuos enfermos, ancianos o lesionados abandonan el grupo para no retrasarlo. Los perros entienden cuándo se han convertido en una carga para su manada, y asumen las consecuencias: mueren a causa del hambre, la enfermedad o el ataque de otros animales, en completa soledad. Para que los demás subsistan mejor.

«Este sacrificio también lo encontramos entre los seres humanos, en ciertas culturas», escribe mi padre.

Pero en las sociedades occidentales individualistas, los derechos del individuo se anteponen al bien de la manada. Somos como polluelos, cada uno de nosotros gritamos: «¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!» La acción más noble, que conocemos por la moral que nos enseñan las grandes religiones del mundo, la moral que enseñamos a nuestros hijos y al resto de las generaciones jóvenes, consiste en sacrificar tus propios deseos por el bien común. Y ¿dónde vemos esta nobleza con más claridad que en la familia, la unidad más importante de esta sociedad? Los padres y los abuelos sacrifican tiempo, energía, dinero y otros recursos para educar a la juventud. Una madre se arrojaría ante un camión fuera de control, jugándose la vida, para salvar a su hijo. Hasta cierto punto estamos acostumbrados a la nobleza de anteponer a los demás a nosotros mismos, pero nos resistimos a la hora de llevar esta máxima hasta sus consecuencias lógicas y existenciales.

Los ancianos enfermos esperan ser cuidados, salvaguardados y atendidos por sus hijos, aunque estos hijos a menudo tienen más que suficiente con cuidar y guiar a sus propios hijos, la generación que heredará la tierra. Emplean los recursos comunes para mantenerse vivos año tras año en la enfermedad, a pesar de que ésta no tenga cura. No tienen ningún futuro más allá de otras enfermedades y una muerte lenta, pero, no obstante, piensan que tienen derecho a apropiarse de los recursos que los jóvenes necesitan y podrían aprovechar mejor. ¿No constituiría un ahorro para la sociedad —para los servicios sanitarios y la seguridad social, así como para cada familia— si estos ancianos hiciesen como los perros de las estepas? ¿No sería ésa la acción más noble? Lo mismo se podría aplicar a los enfermos incurables, a los que padecen trastornos psíquicos crónicos o enfermedades neurodegenerativas.

Pero supongamos que ellos no quisieran tomar la decisión de los perros de modo voluntario: ¿no debería existir entonces un órgano que les prestase asistencia? Me imagino un comité al que se pudiese acudir cuando un determinado individuo se hubiese convertido en una carga demasiado grande. En beneficio de su familia, de su manada, un familiar podría solicitar al comité que se retirara a esa persona de la manada. Así, los niños no tendrían que criarse a la sombra de una enfermedad. Así, los cónyuges y otros familiares podrían dedicar sus recursos a apoyar a los que pueden contribuir a la sociedad, en vez de permanecer junto a una cama en el hospital o en la sala de visitas de alguna institución. Ante la ausencia de un comité como el descrito, algunos individuos quizá tomarán la decisión bajo su propia responsabilidad, y yo me pregunto: ¿puedo juzgar moralmente a estos individuos? ¿Acaso no son ellos los que, a ultranza, llevan a cabo la acción más noble, más sublime?

El artículo continúa, pero ya he leído suficiente. Cierro el álbum, y se me cae dos veces al suelo antes de ser capaz de volver a colocarlo en la estantería. Me levanto y regreso al escritorio, cierro el libro que hay allí también y sostengo entre las manos el pequeño sextante en un intento de calmarme.

«No lo hace con mala intención.» «Le gusta provocar.» «Hablemos de algo más agradable.»

Desearía no haber tenido esta súbita idea. Sobre todo ahora que han entrado en mi casa por la fuerza y mi marido ya no está, ahora que la policía sale y entra cuando quiere y he pasado toda la noche en la consulta con un cuchillo de cocina entre las manos. Ahora que necesito, con tanta urgencia, algo de calma.

Intento respirar con normalidad. Este recorte lleva en la librería desde los años ochenta. En cualquier momento de mi infancia podría haber entrado aquí, haber abierto el álbum y leído el artículo. No es nada nuevo, nada grave.

Desearía no haberlo leído jamás, pero, ahora que lo he hecho, no puedo dejar de pensar en ello. Lo más importante en este momento es no entrar en pánico. Llevo bastantes años siendo consciente de que mi padre ha escrito muchos disparates.

Dejo el sextante en la mesa. Tomo el rugoso trozo de meteorito, deslizo con cuidado el dedo a lo largo de su superficie. Respira. Y empieza de nuevo.

Esto lo escribió mi padre pocos meses después de la muerte de su propia esposa. Y su esposa padecía lo que con tanta insensibilidad denomina «una enfermedad neurodegenerativa», uno de los diagnósticos que, según su lógica, debería llevar a la persona en cuestión a apartarse y morir. Casi me pregunto cómo se atrevió a escribirlo. Escribirlo y publicarlo tan poco tiempo después de que su propia familia experimentase semejante tragedia. Y no sólo eso: también opina que, si la gente como mamá no se quita la vida *motu proprio*, el Estado debe hacerlo por ellos. Y puesto que el Estado no lo hace, él llega al extremo de defender a los que matan a sus familiares más cercanos. Lo que me conduce a una pregunta que preferiría no tener que hacerme: ¿lo dice porque él mismo sería capaz de hacerlo?

Pero es una locura. Dejo el trozo de meteorito. No he venido para esto. He venido para buscar tranquilidad, para sentirme en casa, a salvo. En ningún caso necesito esto, no en este momento. Salgo del despacho, me apresuro a subir la escalera, entro corriendo en lo que era mi dormitorio y cierro la puerta.

Aquí dentro todo tiene el mismo aspecto que cuando me fui. Las paredes con empapelado de flores. Cortinas de encaje blancas. Un cajón de imprenta convertido en una estantería en la pared, un sillón de mimbre con un cojín con volantes en el rincón. Un escritorio blanco. Un retrato de familia, de cuando yo era tan pequeña que la enfermedad de mamá no había avanzado tanto. La colcha hecha a ganchillo. Un sombrero de paja como decoración en la pared, una muñeca de porcelana encima de la librería. También hay algunos elementos más juveniles, como una fotografía de Leonardo DiCaprio, recortada de una revista adolescente con menos esmero del que mi padre ha empleado en su archivo y pegada en la puerta. Sobre la cama cuelga un poema de Dorothy Parker escrito con letra infantil en papel rayado, y en la librería están los libros que leí durante mi adolescencia, y que eran, por supuesto, libros de adultos: Bjørneboe, Dostoievski, Plath, Woolf, Kafka. En el cajón de imprenta reciclado hasta hay un par de vasos de chupito. Pero la habitación parece, sobre todo, pertenecer a una niña pequeña.

Fue ella la que la hizo para mí y por eso nunca pude cambiar nada. Cuando ahora me tiendo sobre la cama aparece de nuevo el pesado y sordo nudo en el pecho que representa mi duelo por todo lo que podría haber sido, por toda la vida familiar que nunca tuve. Querían mucho a la niña para la que se preparó esta habitación. Su madre puso todo su empeño en empapelar las paredes con el papel pintado adecuado, de pequeñas flores. Cuánto tuvo que cavilar sobre qué cortinas quedaban mejor, sobre qué tipo de cama. Cuántas horas debió de emplear en hacer la colcha a ganchillo. Todo para que su hija tuviera el mejor dormitorio posible. Antes de caer enferma. Antes de tomar demasiados medicamentos y derrumbarse en el suelo del recibidor de esta casa.

Si es que realmente tomó muchos medicamentos. Quiero decir, si fue un accidente. Me tiendo sobre la cama. Es una suposición monstruosa. ¿Quiero de verdad continuar con esta línea de pensamiento? ¿Seguir la lógica hasta su última consecuencia, como diría mi padre? ¿Quiero seguir por ese camino?

Pongamos que no fue un accidente. Pongamos que mi padre, de acuerdo con la argumentación de la que dio cuenta con tanto detalle unos meses más tarde, decidiera quitarle la vida; ayudarla, como diría él, a convertirse en la víctima más noble. ¿Podría haber sido posible?

Mi madre tomaba mucha medicación. Nunca he llegado a entender cómo es posible que a una mujer con alzhéimer le recetasen una medicación tan potencialmente peligrosa que un error pudiese matarla. Aunque quizá tenía mucho miedo y le dieron ansiolíticos, y luego hubo algo por lo que recibió analgésicos. Me he preguntado antes cómo pudo ocurrir la sobredosis. ¿Cómo diablos es posible que una persona cuya enfermedad se caracteriza por provocar confusión y desorden mental fuese responsable de administrarse su propia medicación?

Pero por supuesto no lo era. Había personal sanitario en casa, iban y venían. Algunas de esas personas hablaban conmigo a veces. Una de ellas solía darme pastillas de menta; eran blandas al masticarlas, y se te pegaban a los dientes. Recuerdo a los enfermeros y a las enfermeras. Traían pastilleros. Recuerdo bien estos pastilleros, eran cajitas de plástico con varios espacios diferentes para las pastillas: el espacio del lunes, el del martes, el del miércoles, etcétera. Cuando era pequeña pensaba que se parecían al cajón de imprenta que tenía en la pared. Los cuidadores contaban las pastillas y las metían en el pastillero que luego se usaría fuera de su horario laboral. Entonces era la familia la que tenía esa responsabilidad. Es decir, papá.

¿No habría sido muy fácil para él darle más pastillas de las que le tocaban o cambiárselas por otras? Ella no se enteraba de nada. A su alrededor todo era confuso y complicado. Sabía que debía tomarse las pastillas. Si su marido le hubiese dicho «tómame estas diez», ¿no lo habría hecho sin rechistar, de la misma manera en que cruzaba la calle cuando él daba el visto bueno y se acostaba cuando él le decía que había llegado la hora de hacerlo? A veces quería salir pero se quedaba en casa porque él le decía que estaban en mitad de la noche o que llovía a cántaros o que existía otro motivo que ella no comprendía, pero que aceptaba. El mundo se había vuelto un lugar tan difícil de entender para ella, necesitaba ayuda con tantas cosas, que hacía todo lo que él le decía. Comíamos lo que él decía que comiéramos. Usábamos los cubiertos que, según él, eran los correctos. Y cuando él le ponía un montón de pastillas delante y le pedía que se las tomase, ella se las tomaba. Por supuesto que se las tomaba. Si empezaba a cuestionar lo que él decía que hiciera, ¿dónde acabaría entonces?

A la pregunta sobre cómo es posible que ocurriese este accidente, cómo es posible que no hubiese un mejor control sobre los medicamentos que podían llegar a provocar una sobredosis letal en una paciente con alzhéimer, la respuesta es que debió de ser un error humano. El almacenaje de los medicamentos, quizá algún problema con el pastillero. Papá juró que se le había administrado justo lo que le tocaba aquel día. Él salió un rato. Ella tuvo que haber ido al botiquín por su cuenta. Se le debió de ocurrir que tenía que tomarse más. Así era ella: de repente quería salir a dar una vuelta en bragas, de repente quería ir a la tienda en mitad de la noche... Está claro que los medicamentos deberían haber estado almacenados en un botiquín cerrado con llave al que ella no tuviese acceso. Pero empeoró con mucha rapidez. Las medidas de seguridad no habían logrado seguirle el ritmo al desarrollo de la enfermedad. El sistema había fallado, tal y como lo hacen los sistemas a veces. Quizá el personal sanitario debería haber previsto el peligro, quizá el médico debería haber visto lo mal que se encontraba durante la última consulta, quizá papá debería haber tomado la iniciativa de guardar los medicamentos bajo llave. Pero ¿quién señalaría con el dedo en una situación así? Estaba enferma y, de todas formas, jamás se hubiese recuperado. Fue un suceso muy triste en una familia ya afectada por la tragedia que conllevaba la enfermedad en sí. Dejaron que un padre y sus dos hijas pasaran el duelo en paz. La inspección sobre el asunto se sobreseyó. El hospital se comprometió a revisar sus procedimientos. Etcétera.

La respuesta fue estándar, comprensible, pues los accidentes ocurren. Y, al mismo tiempo, insatisfactoria. Si se encontraba tan mal como para poder hacer una cosa semejante, ¿cómo es posible que nadie se diese cuenta?

Pero si a mi padre la explicación le convenció, eso es otro asunto. Explica muchas cosas.

Hay algo más. Aquella noche que me hice pis encima y vi que papá volvía a casa tarde y se ponía la alianza, mamá seguía viva. Estoy completamente segura. ¿Por qué, si no, iba papá a quitarse la alianza? ¿Qué otro motivo podría existir, además de que fuese a salir con otras mujeres? Pero papá desprecia la infidelidad. Es, por definición, anteponer tus propias necesidades a las de la familia. Y la familia es la manada. El pilar más importante de la sociedad. La cuna de los seres humanos y de la humanidad. Los individuos siempre deben hacer lo que es mejor para la manada. Poner en riesgo a la familia eterna por la satisfacción temporal de uno mismo es el mejor ejemplo de egoísmo. La ruptura del matrimonio es un delito contra la familia, y el que comete un delito contra la familia merece un severo castigo. Esto es lo que nos ha contado que opina, en pocas palabras. Varias veces. Esto fue en lo que pensó Annika cuando le pregunté mientras cenábamos.

Pero ¿y si él ya no consideraba a mamá una persona? En eso pensé yo, eso fue lo que le pregunté a Annika, en realidad. ¿Y si él pensaba que, al estar ella enferma, ya no formaba parte de la familia o de la sociedad, sino que era una carga de la que nos debíamos deshacer? ¿El perro de las estepas enfermo? En ese caso, iniciar una relación con otra persona no sería engañarla. Según su propia lógica, él seguiría siendo igual de irreprochable desde el punto de vista moral que antes.

¿Resulta todo esto demasiado rebuscado? Ya no sé si puedo confiar en mis conclusiones. Estoy tan cansada... Las flores del empapelado comienzan a revolotear ante mi mirada. Cierro los ojos. Sólo un instante, sólo para que descansen.

Sigurd y yo viajamos a Tenerife. Una semana, desde justo después de Navidad hasta pasado Año Nuevo, financiada por Margrethe mediante un préstamo. Un poco horterera, dijimos antes de marcharnos. Un viaje organizado a Canarias. No es muy propio de nosotros.

Nos fueron a buscar al aeropuerto en minibús y nos llevaron al hotel en compañía de una familia del norte de Noruega y dos amigas de sesenta y tantos de Løten. El hotel era antiguo, bastante bonito, pero era evidente que cualquier rehabilitación realizada desde los años setenta había sido llevada a cabo con el único propósito de sacar lustre a la fachada. Nos dieron una habitación con moqueta. Ni todos los purificadores de aire del mundo podrían haber ocultado el olor a tabaco impregnado en aquella moqueta. Pero disponíamos de vistas al mar y un pequeño balcón.

En el hotel lo teníamos todo incluido y, dado que no teníamos dinero, estaba claro que haríamos todas las comidas allí. En el hotel había piscina, pista de tenis, una pequeña playa de arena y un gimnasio, y eso era todo. Lo que en la página web aparecía descrito como un área de spa, consistía en una sauna y un jacuzzi. En el centro comercial cercano que anunciaban que había, los únicos establecimientos fueron una joyería barata, un restaurante chino, un bingo y un pub escandinavo, nada más. Una vez visto todo esto el primer día, nos miramos con cautela, intentamos reírnos un poco y fingimos no ver derrumbarse por completo las vacaciones ante nuestros ojos.

Sin embargo, ocurrió todo lo contrario. Contra todo pronóstico, acabamos pasándonoslo en grande. Dormíamos hasta tarde, hacíamos el amor por la mañana, y Sigurd me abrazaba. Luego bajábamos, asaltábamos el bufet del desayuno y nos sentábamos a desayunar en nuestro balcón. Jugábamos al tenis todos los días; los dos éramos igual de pésimos, pero nos mondábamos de la risa mientras jugábamos. Un día alquilamos un coche y nos recorrimos el interior de la isla, otro día tomamos prestadas unas bicicletas en el hotel y nos dimos una vuelta por la playa. Incluso nos acercamos a aquel desolado centro comercial, comimos dumplings y pollo agridulce en el restaurante chino, y echamos una partida al bingo. Pasábamos gran parte del tiempo en la piscina, leyendo libros y recitando párrafos que pensábamos que podrían interesar al otro. Nos bañábamos en la piscina, nos deslizábamos juntos hacia la superficie y nos abrazábamos debajo del agua. Sigurd coló algunos botellines de cerveza del bar en la llamada «área de spa», y nos sumergimos en el jacuzzi para contemplar la puesta de sol mientras nos embriagábamos entre risas. Manteníamos largas y profundas conversaciones durante las cenas, y yo estaba convencida de que las otras personas del restaurante nos tenían envidia: éramos la pareja más enamorada de aquel lugar. Pedíamos copas en el bar y nos las tomábamos junto a la piscina después de la cena, o jugábamos a las cartas y tomábamos vino blanco hasta emborracharnos en el balcón de nuestra habitación. No estábamos rodeados de elegancia y lujos sin límites, el lugar no era de muy buen gusto. Pero era justo lo que necesitábamos. Moqueta incluida.

Sueño con el viaje que Sigurd y yo hicimos a Tenerife, pero en el sueño no se parece a como fue en realidad. El hotel es otro, más blanco, con suelos lisos, sin moqueta. Estoy allí con Sigurd, pero él está muerto. No está muerto como uno lo está en la vida real, sino que camina a mi lado, hace lo mismo que yo, pero está muy pálido, es casi transparente, y no dice nada. Decido que vamos a continuar con nuestras vacaciones, a pesar de todo. Decido que nadie tiene por qué darse cuenta. Hablo por él, en nombre de los dos. Él está ahí sentado conmigo, está a mi lado, no hay por qué dejarse afectar por el hecho de que no siga vivo. Yo pido por él en el restaurante, «él tomará solomillo, gracias —digo—, y una copa de vino tinto», y los camareros nos miran con preocupación, no dicen nada, pero yo me estremezco bajo sus miradas. Me siento más abrumada por que nos miren que por el hecho de que Sigurd esté muerto. Pongo la mejor de mis sonrisas para que no se den cuenta de lo incómodo que me resulta. Acaricio la fría mano de Sigurd, que no es completamente real, que no es palpable del todo. Él no dice nada. Parece atormentado. No logro establecer contacto visual con él. No logro llegar a él de ningún modo, pero finjo que todo está bien, sonrío y me río y me encargo de toda la conversación, pues nadie en el hotel debe entender lo mal que están las cosas.

Y como me despierto de repente, recuerdo el sueño, tan corto y tan extraño. Estamos de vacaciones. Sigurd está muerto. Yo pretendo no darme cuenta.

Hay un zumbido. Lo oigo dentro de mi sueño. De entrada pienso que debo ignorarlo, que desaparecerá si no le hago caso, pero en ese mismo instante su intensidad aumenta, y ya es demasiado tarde. Me doy cuenta de que es mi teléfono. Me despierto, parpadeo, miro a mi alrededor.

Estoy en mi antiguo dormitorio. Tardo un instante en comprenderlo. Está anocheciendo. El sol debe de haberse puesto ya, o debe de estar a punto de ponerse. La sombra que arroja la ventana contra la pared es alargada y a mi alrededor hay penumbra. Busco a tientas con la mano y encuentro el teléfono, que suena y vibra a mi lado, en la cama.

—¿Sí?

—Hola, soy Arild —se oye al teléfono—. De Seguridad Arild.

—Ah, sí, hola.

—Oye, estamos a punto de acabar por aquí. Hemos tardado más de lo previsto, hemos tenido que esperar al cerrajero y eso, pero ya está todo instalado. Vamos a recoger ahora, pero, no sé, ¿estás por aquí cerca? Tengo que enseñarte cómo funciona el sistema.

—Claro —digo, y miro el reloj, que marca casi las seis—. Estoy en Smestad, creo que..., bueno, en realidad me he quedado dormida, apenas he dormido esta noche, pero, en cualquier caso, salgo enseguida. Estaré allí en unos veinte minutos. Máximo treinta.

—Estupendo —responde él.

Me incorporo en la cama y me froto los ojos tratando de desprenderme de la desagradable sensación de haber perdido la noción del tiempo; he caído en un sueño profundo, como si fuera de noche, y me he despertado al caer la tarde. Quizá mi padre ya haya vuelto a casa. La angustia que sentía antes de dormirme sigue gruñendo en mi estómago. Prefiero no coincidir con él en este momento. Sigo con el teléfono pegado a la oreja y me doy cuenta de que Arild todavía está al otro lado. Parece estar vacilando.

—¿Algo más? —pregunto.

—Sí —responde—. Sí, tenía que comentarte un asunto más.

Vuelve a guardar silencio. Me froto el rostro con el dorso de la mano y espero.

—Sólo quería saber... ¿Eres consciente de que hay un sistema de vigilancia instalado en tu casa?

—¿Cómo? —digo.

—Hay cámaras —prosigue él—. Y micrófonos. Un equipo de vigilancia. Quería preguntarte porque he pensado que igual lo podrías haber instalado tú misma.

—¿Qué me estás diciendo? —pregunto—. Quiero decir, no entiendo lo que me estás diciendo.

—A ver, hemos encontrado un equipo de vigilancia —repite Arild—. En el recibidor hay una cámara; en la cocina, un micrófono y una cámara. Si no son tuyos, al parecer alguien ha estado vigilándote.

—¡Dios mío! —exclamo, y luego me quedo un buen rato sin decir nada.

—¿Va todo bien? —pregunta Arild.

Me imagino todo tipo de situaciones. Yo, esperando a Sigurd. Yo, tomando café en la cocina. Yo, hurgándome la nariz. Julie, fisgoneando en la zona de abajo. Annika, intentando hacerme hablar. Gundersen, colocando su orden de registro sobre la mesa de la cocina. Todo tipo de situaciones embarazosas, íntimas. ¿He bajado a por algo de comer en ropa interior? ¿He cantado? ¿Me he recolocado las bragas por debajo de la ropa o me he rascado en la entrepierna? ¿He llorado por Sigurd, he tenido un ataque de ira o roto algo?

—¿Sabes cuánto tiempo lleva ahí? —le pregunto al fin; mi voz suena espesa y turbia.

—Es imposible saberlo —declara Arild—. Quizá dos días, quizá dos meses.

—Tal vez sea de la policía —murmuro, más para mí que otra cosa.

—Lo dudo —dice Arild—. Me parece que ellos emplean mejores equipos. Se trata de un tipo de artefacto que cualquiera puede adquirir. Puedes comprar algo así con un par de billetes de cien. En Oslo hay varias tiendas que los venden o se pueden pedir por internet.

Me estremezco. Lo puede adquirir cualquiera. Carraspeo. Intento respirar y empezar de nuevo.

—Arild —digo—. ¿Has buscado por toda la casa?

—Me he hecho una buena idea general del sótano y la planta baja.

—¿Puedo pedirte un favor? ¿Puedes registrar toda la casa? ¿Revisar todas las habitaciones al detalle? Te pagaré el tiempo extra que emplees. Sólo necesito saber que nadie puede espíarme.

—Por supuesto —responde Arild.

—Nos vemos en un rato.

—Sí.

Tiemblo de tal manera que cuando me incorporo y me pongo en pie sobre el suelo de mi habitación las rodillas parece que no van a sostenerme. Si no me apetecía encontrarme con mi padre hace un rato, ahora me apetece menos todavía. Dos días o dos meses. Dos meses es una eternidad, y mi vida transcurre en la cocina; cuánto puede saber alguien de mí, de nosotros, tras espíarnos durante dos meses. Todo aquello de lo que hablamos. Todo aquello de lo que no hablamos. Todos los silencios incómodos, todas las indirectas que quedan sin respuesta, una media pregunta, un reproche sutil, una especie de chiste que no es capaz de ocultar la dolorosa tristeza que yace justo debajo de la superficie. Que no recibe respuesta. Yo, a modo de invitación, preguntando a Sigurd: «¿Vienes pronto a la cama?». Él respondiendo, sin apartar la mirada del ordenador: «Sí, voy enseñada». Y entonces transcurren dos horas hasta que él se mueve. Y alguien puede estar observándolo todo.

Desciendo la escalera a hurtadillas. No oigo nada, pero sé que él está aquí. Lo confirmo en el recibidor: los zapatos de vestir, las zapatillas de deporte, las botas de esquí y ahora también un par de botas de invierno. Poco después de calzarme mis propios zapatos oigo un paso en alguna parte; cojo mi chaqueta, abro la puerta y salgo tan deprisa como puedo sin llegar a correr. Camino con pasos veloces hasta la entrada de vehículos. Pienso un instante en la huida del apartamento de la señora Atkinson. En cuanto llego a la calle, echo a correr.

Lo importante es no dejarse dominar por el pánico. Lo importante es mantener la compostura, intentar comprender. Hay muchas cosas que salen a la luz cuando se reflexiona sobre ello. Por ejemplo, al hablar con Gundersen esta mañana y contarle que había desaparecido el revólver del viejo Torp, él me ha preguntado, casi irritado, si había olvidado mencionar alguna otra cosa. «¿Más armas? —ha preguntado—. ¿Rifles de caza o lanzallamas, o qué sé yo? ¿Algún antiguo instrumento de tortura con hermosos adornos? ¿Algún sistema intrincado de vigilancia?»

Yo lo he interpretado como un comentario sarcástico. He colgado y he pensado que estaba a punto de perder la paciencia conmigo. Aunque la suya era una línea de pensamiento curiosa: desde el revólver, pasando por lanzallamas e instrumentos de tortura, hasta un sistema de vigilancia. ¿Cómo ha llegado hasta aquello? ¿Qué tenía eso que ver con el asunto?

Estoy en la estación de Smestad. El metro llegará en cinco minutos, pone en la pantalla. Un grupo de adolescentes conversa a poca distancia de mí; parecen inmersos en lo suyo, y por lo demás no hay nadie. «A la mierda», pienso, y le llamo.

—Gundersen —responde.

—¿Qué es eso del sistema de vigilancia? —pregunto.

—¿Sara?

—¿Por qué hay cámaras de vigilancia en mi casa?

—Espera un poco, por favor.

Oigo pasos, es como si abriese y cerrase una puerta, y a continuación dice:

—En efecto, las cámaras.

—¿Son tuyas?

Suspira.

—No.

—Pero ¿sabías que estaban ahí?

—Sí. El equipo de Fredly las encontró cuando registraron la casa.

Eso fue hace varios días.

—Vaya —digo, y truena a través de mí la injusticia de que alguien me haya estado observando mientras yo pensaba que estaba sola—. No se te pasó por la cabeza que quizá debías avisarme, ¿no? No se te ocurrió que tal vez me interesase saber que alguien me estaba espiando. ¿Estás ahí?

Permanece callado. Un silencio nada propio de él, diría yo.

—¡Qué cojones, Gundersen! —grito.

Los adolescentes del andén ahora me lanzan miradas.

—Me dejaste seguir como si nada, me dejaste andar por ahí, por una casa en la que han entrado por la fuerza varias veces, me dejaste estar ahí sin saber que alguien podía observarme.

—Entiendo tu enfado.

—Entiendes mi enfado, ah, bueno. Entonces todo arreglado —digo exaltada—. No me importa una mierda hasta qué punto entiendas que estoy cabreada. Sólo quiero saber quién me está espiando. Sólo quiero saber quién coño ha instalado las putas cámaras en mi casa.

—Sara, cálmate. Escúchame.

—Lo has mencionado esta mañana. Cuando hemos hablado por teléfono, cuando te he contado que el revólver había desaparecido, me has preguntado, en tono sarcástico, casi de broma: «¿Algún sistema intrincado de vigilancia?».

—Sí —responde abatido—. Ha sido estúpido por mi parte. Quería comprobar si sabías algo al respecto.

—Vaya. Y, como resulta que no sabía nada, entonces has pensado que igual podía seguir viviendo en la ignorancia, ¿no?

Respira pesadamente. Mi ira comienza a disminuir. No vale la pena.

—Descubrimos el sistema de vigilancia. Fredly me llamó. Tuve que tomar una decisión. Alguien había instalado cámaras. Podías haber sido tú, para vigilar a Sigurd. Podía haber sido él, para vigilarte a ti. Podía haber sido un tercero, que quería vigilaros a los dos, o a uno de vosotros.

O podían haber sido instaladas pensando en nosotros. Cabía la posibilidad de que tú las hubieses instalado para que nosotros las encontrásemos. Que desearas dar la impresión de que alguien te espiaba.

—¿Y de qué diablos habría servido eso? —pregunto cansada.

—Se me ocurren varias posibilidades —dice él—. El asunto es que cuando las descubrimos podían significar muchas cosas. Fredly me preguntó: «¿Qué hacemos con ellas?». Y yo pensé: «Si voy y le pregunto sobre ellas, me dirá que no sabe nada». Y entonces me quedaría como estoy. Pero si las dejo tal cual y espero un poco, existe la posibilidad de que su significado acabe revelándose por sí solo.

—¿Y se ha revelado?

—Bueno —dice él—. Todavía no estoy seguro al cien por cien de por qué están ahí. Pero he descartado algunas posibilidades. Digámoslo así.

—Y mientras tú descartas alternativas, algún enfermo ha tenido acceso directo a mi vida privada, ¿no?

—Parece que así es. Y lo siento mucho, Sara. De verdad, lo siento.

—Sí, vale —respondo resignada—. Tus disculpas no me valen de nada. Pero ya que estás siendo tan sincero sobre este asunto, quizá me puedas contar cuántas cámaras habéis encontrado.

—Dos. Una en el recibidor y otra en tu dormitorio.

—¿En mi dormitorio?

—Sí. La del dormitorio tenía acoplado un micrófono.

En el metro de vuelta a casa me echo a llorar. Primero en silencio. Después no tanto.

Nadie dice nada. Nadie mira en mi dirección. Me he convertido en esa mujer de la que nadie quiere saber nada. Esa mujer penosa que llora en un lugar público. Tal vez piensen que estoy bebida. Tal vez sentirían más compasión por mí si supiesen que mi marido murió hace tan sólo una semana. Pero lo que quizá sea más preocupante de todo es que no me importa lo que puedan pensar. Lloro a lágrima viva, desde Smestad hasta Majorstua, todo el rato mientras espero en el andén de Majorstua y también en el metro de Sognsvann de camino a Nordberg. Nadie se sienta a mi lado.

Arild ha encontrado la cámara del dormitorio. Ha desmontado las tres cámaras que había en casa y las ha colocado sobre la encimera de la cocina para enseñármelas. Son pequeñas, como los trozos de goma de borrar que hay en los extremos de los lápices portaminas, y de ellas sobresale un trozo de cable. En la parte inferior hay un círculo plano del tamaño de una moneda de una corona. Es el transmisor de radio, explica Arild. Envía los datos al ordenador del receptor, puede que incluso a su teléfono. Durante un instante advierto un atisbo de admiración en la voz de Arild. Parece estar pensando en la de cosas que son posibles con la tecnología moderna. A continuación me muestra los trozos de cinta adhesiva negra que sujetaban las cámaras. La del sótano estaba en el borde de la lámpara del techo. La de la cocina, en el interior de la rejilla de la nevera. La del dormitorio, en una lámpara. Tanto la cámara de la cocina como la del dormitorio llevaban conectado un micrófono, un aparato igual de minúsculo. Cuando se ocultan con ingenio, son muy

difíciles de descubrir. Arild no está seguro de que en este caso los ocultaran con ingenio —sólo más o menos, en realidad—, pero dice que es fácil pasar estos artefactos por alto si uno no sabe qué buscar, y sobre todo si uno no tiene motivos para sospechar de su existencia. Ha buscado con minuciosidad por toda la casa. No puede descartar que pueda quedar algo en la buhardilla, pero el sótano, la escalera y la primera planta están despejados. Las habitaciones que yo uso están sin vigilancia.

Luego me muestra mi sistema de seguridad. Es muy complejo. Fuera de la puerta principal hay una lámpara con sensor de movimiento. Si alguien entra dentro del alcance del sensor, la lámpara se enciende. Hay un sistema equivalente junto a la puerta de la terraza.

—No tengas miedo si se activa —dice él—. La mayor parte de las veces será sólo un gato. Pero si eres una persona con la intención de entrar por la fuerza en algún lugar y de repente te ves iluminado por unos focos, te llevas un buen susto.

Además, ahí fuera hay una cámara, justo debajo del tejadillo que hay encima de la puerta de entrada. Lo que me resulta enormemente satisfactorio: ahora soy yo la que pone las cámaras. Funciona todo el tiempo, y envía el material grabado tanto a la central de Økern como a mí. Arild me ayuda a descargarme una aplicación para poder ver el vídeo en mi teléfono. Iniciamos sesión y contemplamos el tramo vacío fuera de la puerta principal.

Además, tengo instalada la madre de todas las cerraduras en esa puerta, un cacharro enorme con varias llaves y una gruesa cadena de seguridad en el interior. Arild me muestra cómo están instalados los sensores de movimiento en el recibidor, la cocina, junto a la puerta de la terraza y en la escalera que conduce a la primera planta. Descubrieron las cámaras de vigilancia justo cuando los instalaban. Arild ha colocado una cámara en la pared que hay frente a mi dormitorio, de manera que también pueda observar la escalera y la puerta de mi habitación. Me muestra cómo funciona la potente cerradura del dormitorio, y me entrega un juego de llaves que bien podría ser el de un conserje. La ventana del dormitorio lleva una falleba reforzada, de modo que puedo dejarla abierta por la noche y, aun así, resulta casi imposible de forzar. Si la alarma se activa, se pondrá a pitar como una posesa por toda la casa, además de en la central, que funciona las veinticuatro horas del día y donde uno de sus aprendices, Kristoffer u otro, está siempre presente y pendiente. En el momento en que se active, el aprendiz se montará en el coche y me llamará de camino. Arild me enseña cómo puedo quitar el sonido de la alarma, pero recomienda que lo deje activado durante un par de minutos para espantar al intruso. Kristoffer dirá «octavia» cuando me llame, a lo que yo debo responder «risotto». Las palabras clave las ha decidido él, por si acaso el intruso es alguien que conoce mi manera de pensar. Todo parece muy complejo, y eso me gusta. Me gusta todo, el manojito de llaves, la aplicación de videovigilancia, las palabras clave. Me siento segura.

Son casi las ocho cuando Arild se dispone a marcharse. Seguro que hace varias horas que ha concluido su jornada laboral.

—Gracias por ser tan amable —le digo.

Se encoge de hombros, parece mucho más joven de repente.

—Tengo una hija —dice—. Si hubiese sido ella...

Nos despedimos, y él se marcha en el coche. Entro en la casa de nuevo, cierro la puerta con llave, pongo la cadena de seguridad y subo. Contemplo mi hogar, asegurado como si fuese una fortaleza. Estoy en casa.

A partir de ahora todo será diferente, nos prometemos. Brindamos con vino espumoso barato mientras los fuegos artificiales de fin de año tiñen el cielo meridional de rojo, azul y verde. Nos llevaremos Tenerife de vuelta a casa. Nos llevaremos todo esto, lo que somos nosotros en realidad, lo que es nosotros, nos decimos. Al fin y al cabo, así es como solía ser. Siempre nos hemos divertido juntos. Siempre nos hemos cuidado el uno al otro. Es sólo que han pasado tantas cosas este último año: la casa, el dinero, los trabajos. Pero ahora todo será diferente.

—Voy a dejar el tabaco de liar —declara Sigurd—. Es una estupidez.

—Yo no voy a ser tan pesada —le aseguro—. Sé que lo de la casa tomará su tiempo y que estás haciendo todo lo que puedes.

—Dejaré de insistir en que busques más pacientes.

—Voy a apoyarte cuando tengas mucho que hacer en el trabajo y debas trabajar largas jornadas.

—No voy a trabajar tantas horas al día —dice Sigurd—. Eso va a cambiar. He terminado con los Atkinson.

Sellamos el acuerdo con un beso. Ahora todo será diferente. Aunque estamos asustados. Como si el hecho de mencionar el día a día, la vida en Oslo, aquí, de vacaciones, cuando estamos tan bien, amenazase con destruirlo todo. Después no hablamos más del tema.

Empieza bien. Sigurd no trabaja hasta tan tarde. Yo dejo de mencionar que el cuarto de baño no está terminado. Salimos juntos a veces, nada caro, sólo cenamos en un pub y vamos al cine de vez en cuando. Él reserva mesa en un restaurante normalito por mi cumpleaños, y bebemos un poco y tratamos de rescatar el espíritu de Tenerife. Lo conseguimos a medias. Regresamos a casa a las doce y media y hacemos el amor antes de dormirnos.

¿Cuándo cambia todo de nuevo? ¿Cuándo empieza Sigurd a trabajar más? Un día de febrero regresa tarde a casa y me cuenta que ha vuelto a la casa de los Atkinson. Ella no se rinde nunca, dice. Ahora hay menos luz en la escalera de lo que se había imaginado, y él tiene que empezar de cero. Encuentro una caja de tabaco de liar en su chaqueta.

—¿Estás otra vez con el tabaco de liar? —le pregunto. Suspira pesadamente.

—Me ayuda a concentrarme cuando trabajo hasta tarde —dice.

Me asegura que no es como antes, que sólo es temporal. Me lavo los dientes con unas sandalias puestas porque el suelo de hormigón del cuarto de baño está helado y pienso: «¿Por qué debo controlarme yo cuando él no lo hace?».

—No es por ser como antes —digo—. Pero el cuarto de baño está muy frío, pronto no lo soportaré más. ¿Podríamos hacer un esfuerzo este fin de semana, ir a ver azulejos y opciones para el suelo radiante? Sólo para ponernos en marcha, vaya.

—¿Y cómo vamos a pagarlo? —pregunta Sigurd—. No es que mis bolsillos estén a rebosar en estos momentos, no sé cuál es tu situación.

No es como antes, decimos. No es algo que estemos usando en contra del otro. Tiene que estar permitido mencionar los desafíos de la vida cotidiana.

En algún momento, no sé cuál, volvemos a las viejas costumbres. Creo que debió de ocurrir de manera gradual. Igual que gradualmente dejamos de hablar de cómo había cambiado todo desde Navidad. Todo había dejado de cambiar, en realidad.

Sigurd vuelve a trabajar hasta tarde. Me envía un mensaje de texto: «Llegaré tarde. Volveré a casa a las nueve o las diez». Busca restos de la cena en la cocina, se toma un sándwich si no he preparado nada. Pocas veces preparo ya una cena en condiciones, porque para qué. Se sienta delante de la tele, se coloca el ordenador en el regazo. Yo me acuesto primero. Él dice que irá enseguida. Por lo general ya estoy dormida cuando él se acuesta. Si estoy despierta, solemos estar demasiado cansados para algo más que un beso fugaz. Él sale de casa en diez minutos por la mañana. Yo nunca voy a ninguna parte, siempre estoy en casa.

Un día me cuenta que se va a ir a la cabaña con los chicos y reprimo el impulso de preguntarle cómo es posible que tenga tiempo para eso cuando el cuarto de baño sigue ahí todavía, languideciendo. Recibo un correo electrónico de Ronja, que está en Argentina, donde enseña inglés y aprende a bailar tango. Yo no tengo a nadie con quien ir a una cabaña.

Fuera todavía está oscuro cuando se marcha, temprano, aquella mañana. Me despierto cuando se inclina sobre mí para besarme en la frente.

—Me voy ya —susurra—. Sigue durmiendo.

Oigo sus pasos en la escalera, pero me quedo dormida antes de que cierre la puerta tras de sí.

Viernes, 13 de marzo: Krokskogen

Los pitidos me arrancan del sueño. En realidad no son pitidos, es un sonido aún más invasor. Como un estrépito o una sirena. Me incorporo estremecida y, medio sentada, busco a tientas el teléfono en la mesita de noche para orientarme; antes de conseguirlo me rindo y me cubro los oídos con una almohada. Mientras con una mano presiono la almohada contra mis dos orejas, consigo encontrar el móvil con la otra. Son las cuatro y media y en la pantalla pone: ¡ALARMA ACTIVADA! ¡ALARMA ACTIVADA! ¡ALARMA ACTIVADA! en mayúsculas y con furiosos signos de exclamación. Me levanto, apoyo los pies sobre el suelo frío y sigo cubriéndome la cabeza con la almohada mientras me acerco al panel de control que Arild ha instalado. Primero tengo que identificarme con mi huella dactilar y, a continuación, teclear un código, y durante todo el tiempo, mientras lo hago, la alarma berrea con golpes duros, furiosos y aciagos, a tal volumen que hace que me duelan los oídos cuando no consigo tapármelos bien con la almohada. Me equivoco de código la primera vez, porque se me cae la almohada, y el panel emite un pitido agudo en alta frecuencia que se oye sólo en el intervalo entre dos golpes de alarma. Al segundo intento consigo teclear el código correcto y el estruendo cesa.

El silencio resulta inusitado después de todo el escándalo. No se puede decir que Arild no haya instalado una alarma en condiciones. Me sorprendería que la mitad de Nordberg no se hubiese puesto en pie después de esto. Me desplomo sobre la cama, sorda tras el estruendo de la sirena. Soy incapaz de oír los sonidos habituales de la noche —los crujidos de la madera, el viento afuera, un coche que recorre la calle Carl Kjelsens, el metro pasando por la estación Holstein—, mi audición se ha reducido de forma temporal con todo el alboroto. Entonces vibra el teléfono.

—Hola —digo.

Mi voz suena apagada en el silencio que ha quedado después de la alarma.

—Octavia —reza la voz del auricular.

—Risotto —digo yo.

—Soy Kristoffer, de Seguridad Arild.

—Hola.

—¿Va todo bien?

No he tenido tiempo de comprobarlo.

—Creo que sí —respondo.

—¿Dónde estás?

—En mi dormitorio.

—¿La cerradura está intacta?

Me acerco a la puerta para verificarlo. La gruesa cadena cuelga de la misma forma que cuando me acosté. Toco la puerta y noto que está bien sujeta al marco.

—Sí —constato—. Eso parece.

—Bien —prosigue Kristoffer—. Estoy bajando al garaje ahora mismo, en quince minutos estoy allí. Quédate en el dormitorio mientras tanto, yo comprobaré la casa cuando llegue.

—De acuerdo —digo.

Para ser tan joven, el aprendiz muestra autoridad en una situación de crisis.

—Puedes echar un vistazo a la grabación de vídeo mientras tanto —sugiere.

Resulta muy agradable tener una tarea. Entro en la aplicación en cuanto colgamos. Sentada en la cama puedo comprobar qué ocurría junto a la puerta de entrada cinco minutos antes de que se activase la alarma. El sistema de Arild tiene un cierto elemento liberador en sí mismo. De estar desprotegida, y a merced de una fuerza policial que no ha mostrado demasiada consideración hacia mí, he pasado a tener, por fin, el control. Pulso el icono de reproducción, aparece una oscura imagen en la pantalla y siento cierta satisfacción al pensar que ahora soy yo la que está espionando al espía.

Durante un largo minuto miro fijamente una pantalla vacía. Entonces, de repente, se enciende la luz. Veo el umbral, y en él hay una figura vestida de negro con la mano extendida hacia la puerta. La figura se queda congelada bajo la luz y permanece inmóvil un instante. Luego se retira del alcance de la cámara. Transcurren unos minutos y no ocurre nada más. En el extremo inferior de la pantalla aparece: «Iluminación automática activada 4.33». Al cabo de dos minutos la luz se apaga. Yo espero. Pasan casi dos minutos más. Entonces vuelve a encenderse la luz, un objeto cruza la pantalla con tanta rapidez que apenas lo veo, desaparece, y luego pone ¡ALARMA ACTIVADA! en la parte inferior de la imagen, en la misma letra admonitoria que ha aparecido en el teléfono hace un rato. Me quedo contemplando la imagen durante dos minutos más, hasta que se apaga la luz. No ocurre nada más. Es imposible saber si el espía se ha marchado o ha intentado entrar por otro sitio, pero, puesto que la alarma no ha vuelto a activarse, no parece que haya conseguido entrar en la casa. Cambio la visualización a la cámara de la escalera. Está vacía.

Transcurren varios minutos, y no ocurre nada. El peor sobresalto, el del despertar, comienza a desvanecerse, y con el teléfono en la mano, sentada en mi sala de mando blindada, me siento bastante segura. Tengo guardado, por supuesto, el cuchillo de cocina en la mesita de Sigurd, en caso de que lo necesitara para defenderme, pero en este momento parece poco probable que vaya a hacer falta utilizarlo. El simple grosor de la cadena de seguridad que sujeta la puerta descarta esa idea. He conseguido la protección que necesitaba.

Veó el vídeo de nuevo. Ahora observo que la pantalla no está negra del todo al principio: el resplandor de la lámpara exterior que hay un poco más allá hace que pueda vislumbrarse la silueta del individuo vestido de negro antes de que se enciendan los focos. Después la luz desborda la imagen y el individuo de negro, que hasta ese momento se movía y había extendido la mano, permanece quieto por completo y, a continuación, se aleja. Deprisa. Hacia atrás. Como si se hubiese quemado los dedos con algo. Vuelvo a activar la reproducción. Esta secuencia es muy corta, sólo dura seis segundos. La miro una y otra vez.

El individuo vestido de negro no me parece especialmente aterrador. En primer lugar, se deja intimidar por completo por una luz. Hay algo digno de lástima en ello. No es lo que me esperaría de un asesino psicópata. En segundo lugar, es más delgado de lo que había imaginado. Para ser sinceros, es muy poca cosa. Cuantas más veces veo el vídeo, más patente se hace. Tal vez sea un chico muy joven o quizá mi espía sea una mujer. No veo su rostro en ningún momento. La persona

en cuestión lleva la cabeza cubierta por una capucha, y desde el momento en que se enciende la luz, baja la cabeza. Es posible que sea inteligente, pues evita que sus rasgos resulten visibles para la cámara. Pero también es cobarde: se retira con la cabeza agachada.

Cuantas más veces veo el vídeo, más segura me siento. Así que este ser es el que me ha estado aterrizando desde que Sigurd desapareció. Este individuo, asustadizo y escuálido, me ha vuelto tan paranoica que había empezado a temer por mi juicio. Este ser, que se queda congelado por el simple hecho de que le iluminen a él, o a ella. Que retrocede del campo visual con la cabeza agachada, como un perro al recibir una regañina. Sobre el que ahora yo tengo el control. Al que he espantado. Al que he capturado en vídeo.

Al principio me entran ganas de reír. Congelo la imagen en el momento en que el ser vestido de negro da el primer paso hacia atrás, alejándose de la puerta. Acto seguido noto que la ira se apodera de mí. Me recorre desde el estómago hasta la garganta. Mis brazos y piernas se llenan de energía y voluntad. Mi respiración se vuelve dura y pesada. Y entonces cojo el cuchillo de cocina de la mesita de Sigurd, me levanto de la cama, desactivo la alarma, me dirijo a la puerta y abro con llave.

La casa está oscura y silenciosa. Bajo deprisa por la escalera con el cuchillo en una mano. Cuando veo que el salón y la cocina están intactos, me armo de valor y me apresuro a bajar la siguiente escalera, pisando fuerte sobre cada peldaño. Me dejo llevar tanto que me olvido de los listones sueltos; tropezó en uno de ellos y siento un dolor repentino en el pie izquierdo.

El cristal esmerilado que Sigurd colocó en la puerta de la entrada está roto. A través del enorme hueco abierto puedo ver los árboles que hay más allá de la entrada de vehículos. El aire fresco de la noche penetra en el recibidor. En el suelo hay un objeto rodeado de algunos trozos de cristal. Me acerco a él. Me agacho. Lo recojo. Lo sostengo en mi mano.

Es una boya de cristal. En el extremo cuelgan una llave y una nota. La llave está reluciente. En la nota, con la inclinada y elaborada caligrafía de Margrethe, dice: **Krokskogen**.

Estoy sentada junto a la isla de la cocina cuando Kristoffer llega. Le oigo aparcar el coche y entrar con la llave. Camina por el piso de abajo, abre un par de puertas y luego asciende por la escalera. Se asusta cuando me ve.

—Hola —saludo.

—Hola —contesta—. ¿Va todo bien?

—Sí.

—He visto sangre abajo.

—Ah —respondo, y echo un vistazo a mi pie—. Es mía. He tropezado con un listón. Nada importante.

Asiente con lentitud.

—Pensé que ibas a quedarte en el dormitorio.

—Han tirado algo dentro de la casa. Tenía que comprobar qué era.

No parece convencido, y me apresuro a añadir:

—Podría haber sido un artefacto incendiario o, ¿cómo se llama?, un cóctel molotov.

—¿Qué era?

Hago un gesto con la cabeza hacia la llave, que está en la mesa frente a mí. Se acerca del todo, la mira entrecerrando los ojos, inclina la cabeza para verla bien.

—¿Qué es eso?

—Es una boya de cristal —respondo—. Se usa para hacer flotar las redes de pesca. Se fabrican en diferentes tamaños, para poder manejar redes de diferentes pesos.

Oigo a Sigurd como un eco mientras hablo. Recuerdo su enorme e incomprensible orgullo por el souvenir de su padre. Actuaba como si ni yo ni ninguna de las otras personas a las que contó la anécdota pudiera entenderlo. Kristoffer me mira interrogante, y añado:

—Es el llavero de la llave de nuestra cabaña.

—Ah, vale.

Se encamina hacia fuera para asegurar la casa, echa un vistazo arriba, abajo, en la buhardilla, en el sótano, dentro de armarios y trasteros. Tarda algo más de media hora. Yo permanezco sentada junto a la mesa de la cocina. Estoy muy tranquila. Tengo el control. La boya de cristal reposa delante de mí. Me la quedo mirando. Es como si la solución pudiese encontrarse en su interior, en su vidrio verde oscuro que recuerda al mar.

—¿Has llamado a la policía? —pregunta Kristoffer cuando acaba de registrar la casa.

—No —digo sin apartar la mirada de la bola de cristal.

—Deberíamos hacerlo.

—Enseguida.

No muevo ni un músculo. He recuperado la llave, un intruso me la ha arrojado a través del cristal de la puerta. Parece tan inocente ahí donde está... Una simple burbuja de cristal, algo de bramante y la llave de una puerta. ¿Qué significa? ¿Por qué la han devuelto de esta forma? ¿Es un desafío o una invitación? ¿Es una pista?

No tengo miedo. Krokskogen. Parece tan sencillo, tan fácil... Dentro de la boya, detrás de la malla de bramante hecha a ganchillo, es como si vislumbrase algo, pero dura sólo un instante; luego ha desaparecido.

—Perfecto —dice el aprendiz.

Me mira, yo miro la boya.

—Creo que debería regresar a la central —resuelve.

—Vale.

Él aguarda. Quiere que diga algo más, quiere que lo mire, pero estoy muy lejos de aquí. Con el rabillo del ojo percibo que él me observa. Deja caer los brazos a lo largo de los costados, esperando a que recobre el sentido común, y en algún lugar, en un último reducto de mi mente, empiezo a comprender que tiene razón, que existen ciertas normas sobre lo que uno hace cuando alguien viene de visita a casa, que se supone que hay que escuchar y responder a lo que te dicen, acompañar a la puerta. Pero yo no tengo tiempo para eso. Si me concentro lo suficiente en la boya de cristal, el destello de comprensión regresará.

—Deberías llamar a la policía —insiste el aprendiz.

—Mmmm —respondo.

—¿Te ves capaz de hacerlo?

—Sí —contesto, y durante un instante aparto la mirada del objeto que hay sobre la mesa—. Sí, sí, los llamaré en cuanto se despierten.

—Hay gente a todas horas, puedes llamar ahora mismo.

—Quiero decir que llamaré a Gundersen —digo, y vuelvo a dirigir la mirada a la boya—. Lo llamaré en unas horas. Cuando se despierte.

No corre prisa. Llamaré a la policía cuando esté preparada para ello. Les informaré, pero no antes de que crea que ha llegado el momento. Y tengo todo el tiempo del mundo.

—De acuerdo —dice Kristoffer.

Se queda allí un minuto o dos más, pero cuando ve que no reacciono se introduce las manos en los bolsillos y se marcha. ¿Se despide? No lo sé. No lo acompaño a la puerta. Oigo que arranca el coche. Afuera está amaneciendo.

Alrededor de las seis me levanto de la silla para preparar el desayuno. Como con apetito. Tengo la boya de cristal a mi lado y de vez en cuando me quedo mirándola. En la puerta de la nevera no hay nada, hasta he retirado todos los imanes, pero ya no me asusta mirarla. Si algo siento es satisfacción. La llave ha regresado. Hay algo amenazante en esa devolución, es imposible obviarlo. Y al mismo tiempo, tengo la sensación de estar a punto de descubrir algo. Es como si la solución estuviese tan cerca y resultase tan tangible que pudiese alcanzarla con tan sólo extender la mano. Sé lo que tengo que hacer.

Me bebo un gran vaso de zumo. Me ducho y me visto. Hago la cama y coloco el plato y el vaso en el lavavajillas. Voy a por una mochila al armario de abajo, en el recibidor. Por si acaso, meto dentro el cuchillo de cocina. También llevo la boya de cristal. Antes de meterla en la mochila, la sostengo ante mí. La huelo. ¿Percibo algo? No lo sé. Sigo oliéndola un rato, el áspero bramante pegado a la nariz, y al final me parece notar un cierto olor a agua salada.

Cuando son las siete, conecto la alarma y salgo cerrando la puerta con llave. Con la mochila a la espalda, me encamino a paso lento hacia el metro.

Es uno de esos tempranos días de primavera en los que parece que el verano podría estar a la vuelta de la esquina. Estoy saliendo de la ciudad en un coche alquilado, voy en dirección contraria a la mayoría de los coches, con las gafas de sol puestas. Conducir es placentero, el coche me obedece. Debería haberme traído algo de música, es lo único que me falta, pero en la radio suena algo de rock suave —tarareo las canciones— y con eso me basta. Me siento decidida y es una sensación agradable. Sé lo que he de hacer. También sé que entraña un riesgo, claro que lo sé. El escuálido individuo con la cabeza cubierta por una capucha no es ningún amigo. Visto así, el aprendiz tiene razón. Pero, por otro lado, necesito saber qué ocurrió. Y estoy dispuesta a pagar el precio. El sol ilumina la calzada ante mí mientras recorro el fiordo de Tyri. Los abedules desnudos se aferran a los pedregales situados en el lado que da a tierra. Más arriba, en el lindero del bosque, todavía queda nieve.

Sigurd recorrió este mismo camino hace una semana. No sé cómo no se me ha ocurrido antes hacer esto. Me imagino que soy él. Y, al mismo tiempo, no siento ni un ápice de inseguridad. Más bien siento que me acerco a él. Es como si estuviese a punto de entenderlo.

Aparco junto a la carretera, a cierta distancia de Kleivstua, me echo la mochila a la espalda y me adentro en el bosque. No está lejos andando, a un cuarto de hora quizá, veinte minutos si caminas lento. Al principio hay una cuesta. En algunas partes el sendero está a punto de ser reclamado por la vegetación y aquí y allá aparece una roca en medio de la senda, y he de hacerme a un lado e ir por fuera de la pista. Sólo el sendero está al descubierto, los alrededores siguen cubiertos de nieve y en varias ocasiones camino sobre la nieve acumulada a medio derretir. Me falta un poco el aliento.

Hace mucho que no vengo a este lugar. En total habré estado quizá tres o cuatro veces. No me sentía demasiado a gusto en la cabaña: no tiene agua corriente y el baño está en una choza helada. Al cabo de algo más de quince minutos me pregunto si no me habré equivocado de camino. No recuerdo el pedregal que veo a mi lado. Creo recordar que los árboles no estaban tan juntos. ¿Y no había que atravesar un pantano? La confianza en mí misma que sentía en el coche ha empezado a diluirse. Estoy sudando. No pensé que fuese a ser así, esto no es lo que me había imaginado. Pensaba que entraría triunfante en el bosque, que encontraría la cabaña allí, bañada por el sol, y que, en el momento en que tocase la puerta, me sentiría iluminada. Gundersen jamás me habría permitido venir, y por eso no lo he llamado, pero ahora comienzo a preguntarme si no debería haberle contado mis planes de todas formas. Contemplo la posibilidad de encender el teléfono y llamarlo. Quizá podría aprovechar también para orientarme con el GPS. Pero justo en ese momento vislumbro la cabaña, en la ladera de la colina, oculta desde el sendero por unos espigados abetos. Recordaba bien el camino.

El bosque Krokskogen es denso, pero la cabaña en sí se ubica en un claro, encima de un montículo, lo que hace que tenga una especie de vistas o que, por lo menos, puedas divisar el fiordo desde la terraza. El padre de Sigurd, ese hombre de bosque de principios firmes y cálida sonrisa, la hizo construir mucho antes de que Sigurd naciese. La construcción es pequeña y espartana. El panel solar que proporciona electricidad fue instalado después de su muerte. Está cubierta con pintura impermeabilizante amarronada y luce las características ventanas de pequeños cristales cuadrados que se ven en las cabañas de todo el país. Cuando llego hasta el umbral, me quedo un instante apoyada contra la barandilla para recuperar el aliento.

El silencio es absoluto en este lugar. La cabaña está apartada de todo, no se ve más que el bosque y los destellos del fiordo entre las copas de los árboles. No oigo ningún sonido proveniente de la carretera, tampoco pájaros. Si no fuese por una ligera brisa que hace crujir suavemente los arbustos, no se oiría nada. Los abetos son muy oscuros; forman una densa pared boscosa junto a la cabaña que reconozco que nunca me ha gustado. Pero desde donde me hallo ahora, contemplando el fiordo de Tyri entre ellos, incluso yo tengo que admitir que el bosque puede resultar hermoso. Espero que también fuese así para Sigurd, pienso. Espero que sus últimas horas fuesen hermosas.

Hurgo dentro de la mochila hasta encontrar la boya de cristal. La llave no es más que un pequeño apéndice de la bola en sí, que descansa segura y pesada sobre mi mano. La miro e intento evocar la calma que he sentido por la mañana, pero no soy capaz de hacerlo. Estoy algo inquieta de repente. La oscuridad del bosque se ha ensartado en mi pecho. La llave, sin embargo, penetra en la cerradura sin fricción alguna. La pesada puerta gira sobre las bien engrasadas bisagras.

Todo está en silencio también en el interior. Los muebles del salón se encaran unos con otros, como si estuviesen deliberando. A lo largo de la pared que queda justo frente a mí está la encimera de la cocina. Sobre ella hay un plato y un vaso vacíos. Junto a la mesa de la cocina una silla se ve más apartada que el resto, como si la persona que la estaba usando sólo hubiese salido un momento. No parece que media docena de policías haya estado registrando este lugar. Deben de haber vuelto a colocar cada cosa en su sitio con esmero. Sigo quieta de espaldas a la puerta de entrada, como si me resistiese a entrar. Luego recobro la compostura.

El aire no está tan viciado como cabría pensar. Dejo la mochila junto a la puerta y entro. Los tablones del suelo crujen cuando los piso; comienzan a ser viejos. Me acerco a la silla de la cocina, la que está algo retirada de la mesa. ¿Fue aquí donde se sentó Sigurd aquella mañana? ¿O la retiró un agente de policía que luego olvidó empujarla hacia la mesa cuando se marcharon?

Un pequeño pasillo, estrecho como un intestino delgado, sale de la cocina y acaba en dos dormitorios, uno para los padres y otro para los hijos. Entro en la habitación de Margrethe: ahí están la incómoda cama de matrimonio de pino, cubierta por una colcha de retales, el armario de pino y las pequeñas lámparas de pared de hierro forjado, con sus pantallas a cuadritos. Dejo que mis dedos se deslicen por la colcha. No hay arrugas en el edredón, ningún rastro de que alguien se haya sentado sobre la cama.

La puerta del cuarto de los niños está cerrada con llave. La empujo, pero no se mueve. Me sorprende. No sabía que pudiera cerrarse, jamás he visto que tuviese llave. Pero hay un ojo de cerradura y, por tanto, debe existir una llave. Empujo un par de veces más. No se abre.

¿Por qué iba a estar cerrada? ¿La cerró Sigurd? ¿Habrá sido la policía?

Regreso a la sala de estar. Hay algo que no me cuadra, algún detalle que se me escapa. Miro a mi alrededor. Dejo que mis dedos se deslicen sobre la repisa de la chimenea. Ninguna mota de polvo se adhiere a ellos.

El plato que hay en la encimera de la cocina está sucio, tiene algunas migas. En la pila hay unas gotitas de agua. Hay un cerco blanco en el borde del vaso de leche vacío. Sobre el cerco, una débil capa de vapor condensado, como si lo hubieran llenado hace muy poco, como si aún conservase el frío de la leche. Presiono una miga del plato con el dedo, la noto áspera contra la yema de mi dedo pulgar. Junto a ella hay un trocito de queso. También lo presiono con el pulgar. Está blando, cede. No está seco, ni tiene gotitas de grasa exudada. Está frío, como si acabase de salir de la nevera. Lo aplasto contra el plato.

Ha llegado el momento de salir de aquí. Debo recoger la mochila y marcharme de este lugar cuanto antes. Pero sigo paralizada junto a la encimera, contemplando con insistencia estas migajas. Mi cuerpo pesa, siento que haría falta una energía infinita para moverlo. O tal vez sea que este instante pasa muy deprisa. Que, cuando me quiero dar cuenta, ya es tarde.

Un sonido metálico resuena en la silenciosa cabaña: algo se mueve en la cerradura del dormitorio de los niños.

Es tarde para huir. Oigo pasos acercándose por el pequeño pasillo. Cada segundo dura una eternidad. Parece que pase minutos junto a la encimera, de espaldas al salón, esperando.

Los pasos se detienen detrás de mí. Oigo su aliento, intenso y apresurado, y entonces ella dice:

—Date la vuelta.

No tengo ganas de volverme hacia ella, pero no tengo alternativa. Lo hago con la máxima lentitud posible. Veo sus pies descalzos sobre el parqué acuchillado, las mangas del jersey con los bordes deshilachados, la pulsera con la pequeña perla de plata, las manos unidas en torno a algo metálico y el cabello rubio recogido en una coleta. ¿Estoy sorprendida? No lo sé. No sé a quién esperaba encontrarme. Mi cerebro no funciona como debería.

—Vera —digo, y suena casi como una pregunta cuando lo digo, como si no pudiese creer lo que está sucediendo.

Estamos la una frente a la otra, observándonos fijamente. Vera está concentrada. Tiene la mandíbula tensa. Alza las manos despacio. Lo que sostiene entre ellas es un revólver. No puedo estar segura del todo, pero parece el revólver del viejo Torp. Me quedo helada al verlo, no sé por qué. Nunca he tenido un arma apuntándome antes, pero esa gélida sensación no se parece a nada que haya experimentado jamás. Es como si me hundiese en un lago de montaña congelado. Sólo que la sensación surge desde dentro.

—¿Vera? —vuelvo a preguntar.

Ella no dice nada. Aprieta los labios. Yo la miro y absorbo todos los detalles; jamás he observado a nadie con tanta intensidad. Los mechones rizados de la sien que se le han soltado de la coleta. El ligero sonrojo de sus mejillas a causa de la mandíbula tensa. Lo que parece una cicatriz de acné —seguro que la tiene desde hace tiempo, ¿jamás la había notado antes?— junto a la nariz. Las uñas, mordidas hasta la raíz, de los dedos que rodean el revólver. Aunque apenas las veo, pues no soy capaz de mirar al arma directamente; sería como intentar mirar al sol.

Pero ella me apunta con él. Eso lo veo. No es sólo una amenaza, una simple estrategia para llamar la atención. Mantiene el arma recta, me tiene en la línea de fuego. Sólo tiene dieciocho años. Es una estudiante de instituto. No puedo entender de qué podría servir pegarme un tiro.

—Espera —digo.

Extiendo la mano. Quiero decir algo. Detenerla. Salir de esta situación.

—Quieta —me ordena.

Emplea un tono cortante que me recuerda esa obstinación que a veces se apodera de ella. «¿Tienes amigos en realidad?» Retiro la mano. Está decidida. Amartilla el arma. La pulsera de plata que lleva en la muñeca se escurre y queda oculta bajo la manga del jersey.

Ahora es cuando debo actuar con inteligencia. Ser la adulta. Ser la terapeuta. Buscar una salida, decir las palabras redentoras. Dar en el clavo. Claro que existe una salida. Seguro que hay palabras que puedo decir para llegar hasta ella. Tomo aliento.

—No —protesta antes de que tenga la oportunidad de decir nada—. Ni de coña, hoy no vamos a hablar.

Apunta. Se concentra. Entorna los ojos. Su mandíbula tiembla. Ella también está asustada, tiene que estarlo, o al menos nerviosa, pero no quiere que nadie la ayude a salir de esto. Sobre todo no quiere que yo la ayude. Es más lista que los demás, no necesita a nadie.

Mi respiración se acelera, se acorta. Sé que tengo que actuar. Apelar a su empatía, al ser humano que se esconde detrás del arma. Pero no sé cómo. Es como si las palabras resbalasen por mi mente. No soy capaz de pensar, así no, no con ese revólver apuntándome. Me fallan las rodillas. Me siento diminuta. No tengo nada que decir.

—Vera —repito.

Y entonces no hay nada más que hacer. ¿Es así como tiene que acabar? Cierro los ojos.

Sábado, 14 de marzo: espero, deambulo

Me despierto de una sacudida. Mi cuello protesta. No me di cuenta de que me estaba quedando dormida. Tenía sueño y me tendí sobre el incómodo sofá. El reloj de la pared junto a la puerta marca las 0.10. Es sábado, técnicamente hablando. He dormido con el cuello torcido, con la cabeza apoyada a medias sobre el reposabrazos. No es una posición ideal para descansar. Pero llevo casi diez horas en esta habitación. He intentado quedarme sentada tranquilamente en el sofá, acomodarme en el sillón, deambular, estirarme, permanecer tendida en el sofá.

Todavía no les he preguntado cuándo dejarán que me vaya a casa. Temo la respuesta. Estamos hablando de la policía. Puede ocurrírseles transferirme a una celda. Entretanto me han dejado en esta habitación, en un lugar intermedio. No estoy detenida, pero tampoco soy libre para marcharme.

Me interrogaron al mediodía. Dos agentes de policía hablaron conmigo, un hombre de sesenta y tantos años, gris y ordinario como el pan sueco, y una mujer más joven, de aspecto oriental. Fueron competentes. Serios. Me pidieron que les explicase qué había ocurrido. Yo se lo conté. Empecé hablando de Seguridad Arild. Les expliqué que había sufrido varios allanamientos en mi casa que la policía no se había tomado en serio. Mostraron una imponente inexpresividad cuando lo dije; asintieron como si lo entendiesen, pero no mostraron ningún bochorno en nombre de sus compañeros, pese a que ahora tengo pruebas de que alguien ha intentado entrar en mi casa por la fuerza, es decir, de que he tenido razón todo este tiempo. Está claro que sigo resentida con la policía por esto... Les hablo de la alarma que se activó, del sujeto vestido de negro en el umbral de mi puerta, de la llave de la cabaña de Krokskogen. De Vera, que me apuntó con el revólver del abuelo de Sigurd. Por esto tienen menos interés, pero me hacen algunas preguntas más sobre el allanamiento.

El intento de allanamiento, habrá que llamarlo. Firmo una autorización para que dispongan de la grabación de Seguridad Arild. Pueden disponer de lo que quieran. La mujer me acompaña a esta habitación. De camino le pregunto dónde está Gundersen.

—La investigación se encuentra en una fase crítica —me dice—. Por eso no le estamos proporcionando mucha información de momento.

Eso no responde a mi pregunta. O tal vez sí. No lo sé, y no me atrevo a preguntar más. Mi mente está cansada de funcionar a pleno rendimiento desde primera hora de la mañana, desde el momento en que me encontré en aquella cocina con Vera apuntándome con el revólver. Toda esta actividad mental ha resultado ser una ardua tarea. Apenas me siento capaz de seguir haciendo uso de la lógica. Los investigadores serios no dijeron nada sobre qué opinaban ellos, sobre qué pensaban. Cuando la mujer se marcha, comienzo a tener frío de nuevo. ¿Piensan que he sido yo la que ha matado a Sigurd? No me he atrevido a preguntarles sobre ello.

Vera amartilló el arma, yo cerré los ojos y, justo en aquel instante, cuando pensé que iba a apretar el gatillo, escuchamos pasos en el exterior, en la escalera. Yo no había cerrado con llave la puerta y de repente ésta se abrió, con violencia. Las dos miramos hacia la puerta. Vimos entrar a Fredly con el rostro enrojecido, la frente húmeda y el cabello de color caoba rizándosele junto a las sienes, uniformada de arriba abajo, con corbata y todo. Las tres permanecemos quietas, midiéndonos con la mirada; esto debió llevar una centésima de segundo, máximo, pero para mí fue como si el tiempo se hubiera detenido. Podría regresar a aquel momento ahora mismo y mirar a mi alrededor absorbiendo cada detalle. La piel de Fredly, sus fosas nasales dilatadas, su mirada insistente, sus ojos abiertos como platos. Y Vera: la cicatriz de acné, su coleta, sus ojos asombrados, su boca entreabierta. El aire no salía ni entraba de ella; estaba inmóvil, conteniendo el aliento.

Fredly se llevó la mano a la cadera y sacó su arma; realizó el movimiento de carga y apuntó a Vera con ella.

—¡Suelta el arma! —gritó.

Dos individuos aparecieron tras ella, dos hombres, ambos vestidos también de uniforme. Algo cambió en el rostro de Vera a una velocidad vertiginosa; ocurrió tan deprisa que puede que sólo yo lo viera, porque el tiempo comenzó a transcurrir para mí con una infinita lentitud desde el momento en que pensé que iba a morir. Lo que vi es que lo estaba reconsiderando. Pensó en lo que estaba a punto de hacer. Acto seguido, soltó el revólver del viejo Torp, que golpeó la alfombra de Margrethe y se quedó allí, inerte. Vera apretó los labios, en sus ojos una mirada triste y oscura, y luego gritó:

—¡Dios mío, detenedla!

Se giró hacia Fredly y dio dos pasos hacia ella, como si fuera a arrojarle a sus brazos, o al menos eso pareció, pero la agente siguió apuntándola con el arma.

—¡Alto! —gritó.

Vera obedeció. Se quedó quieta en medio de la habitación. Sus brazos colgaban vacíos e inmóviles junto a los costados. Emitió algo parecido a un sollozo. Yo me limité a permanecer inmóvil. Los dos agentes que habían asomado detrás de Fredly entraron en la habitación; uno de ellos pisó mi mochila, que seguía en el suelo. Ambos iban armados. Me apuntaron.

Fredly nos separó. A mí me envió al dormitorio de Margrethe con uno de los agentes. Era bastante joven, de unos veintitantos años, y parecía nervioso. Me esposó. Dejé que lo hiciera; tampoco es que pudiese impedirselo, pero no protesté, me limité a extender los brazos cuando me lo pidió. Su rostro estaba lleno de lunares, de un modo que, en caso de haber sido granitos, habría sido repugnante pero que, al no serlo, resultaba en realidad un rasgo bastante atractivo. Tenía las manos húmedas. Deambulaba por la habitación, todavía con la pistola entre las manos. No apartaba en ningún momento su mirada de mí, lo cual resultaba incómodo para ambos. Vera tenía pensado dispararme, pensé. ¿Estaba enfadada, tenía miedo? ¿Es posible que hablase en serio cuando le gritó a Fredly «¡Dios mío, detenedla!»? Había algo en ella mientras me estaba apuntando, había determinación. «Ni de coña, hoy no vamos a hablar», dijo. No, está claro. Su plan era dispararme.

Tiene que haber sido ella la que tiró la llave a través de la ventana de la puerta. Para atraerme hasta aquí. No parecía asustada. Estaba enfadada, pero preparada. Tenía una misión. Si la policía no hubiese llegado, la habría cumplido.

Fredly entró.

—¿Cómo estás, Sara? —preguntó, y sin esperar mi respuesta se volvió hacia el agente de los lunares—. ¿La has esposado?

Él musitó algo sobre que la situación era poco clara.

—¿Está armada? —le preguntó Fredly.

—No lo sé —respondió él.

—Pues compruébalo —le ordenó.

El agente me quitó las esposas, me pidió que extendiese los brazos hacia fuera y me cacheó de una manera que me recordó al control de seguridad de los aeropuertos. Lo hizo con minuciosidad. Me quedé muy quieta mientras lo hacía. Fredly echó un vistazo a su teléfono. Cuando acabó, el agente se retiró hacia el alféizar de la ventana y se apoyó en él. Fredly seguía mirando el teléfono. Yo volví a sentarme, esperándola. El agente también aguardaba.

—Vamos a sacarte de aquí enseguida —me dijo—. Sólo estamos esperando a que lleguen refuerzos.

Asentí. Su mirada se desplazaba con eficacia de aquí para allá buscando elementos imprevisibles, intentando conseguir una visión general. Yo deseaba que me dijese algo tranquilizador. «La tenemos, ahora estás a salvo», por ejemplo, o «por fin hemos resuelto el caso». Pero entonces sonó su teléfono.

—Hablamos después —dijo y salió.

El agente de los lunares continuó deambulando, pero mantuvo las esposas alejadas de mí. Pasó una hora más antes de que pudiéramos dejar la cabaña.

Los dos agentes que habían entrado con estruendo tras Fredly me llevaron hasta la ciudad, a la comisaría de policía. Ellos iban sentados delante. Yo detrás. No dije ni una palabra durante todo el trayecto.

Cuando llegué aquí, una mujer llamada Janne se hizo cargo de mí. Iba vestida de calle y llevaba una pequeña placa, sujeta a su jersey con un imperdible, en la que figuraba su nombre. Creo que era una especie de recepcionista. Me consiguió un refresco y un bocadillo. «Puedes elegir entre rosbif y gambas —dijo—, pero te recomiendo el de gambas.» Seguí su consejo.

—Come un poco —dijo—. No sabemos bien cuánto tiempo tendrás que quedarte aquí.

Agradecí que se ocupara de mí. Me comí el bocadillo; estaba seco, pero conseguí tragarlo. Durante la primera hora me consolé con el hecho de que Fredly había reprendido al que me puso las esposas.

Tras el encuentro con los investigadores serios, aquello dejó de consolarme. Fueron tan inexpresivos... Es imposible saber en qué pensaban, pero nada de lo que dijeron resultó tranquilizador, ni se acercó a un «no te preocupes, enseguida te irás a casa». ¿No sería lógico decir algo así a alguien a quien casi matan?

Transcurren las horas. No hay nada que hacer en este lugar. Janne me ha dejado unas viejas revistas. Las ojeo, leo sobre famosos que han tenido hijos y se han separado. Nada me importa, no consigo retener la información. Ojalá estuviese aquí Gundersen. Ojalá viniese Fredly. Ojalá alguien me contase algo. Vuelve a mí de vez en cuando la exclamación de Vera: «¡Dios mío, detenédla!».

Janne me trae un café. Sobre las cuatro me da una novela con el título dibujado en caligrafía en la cubierta que me recomienda efusivamente: «Es la historia de una noble británica que se enamora del mozo de cuadra —dice—, su familia se pone furiosa, y luego llega la Primera Guerra Mundial». La acepto; no tengo ganas de leerla ni pretendo hacerlo, pero me alegra que alguien me cuide. Me apetece preguntarle cuál es mi situación, cuánto tiempo cree que tendré que permanecer aquí, cuál suele ser el desenlace en casos como éste, según su experiencia, pero no digo nada.

Alrededor de las cinco Janne es sustituida por una mujer mayor, más malhumorada y mucho menos atenta. Intento sacar alguna conclusión de todo esto: ¿estoy bajo una vigilancia más estricta ahora?, ¿estoy un paso más cerca de la celda? Pero nada tiene por qué significar nada. Respira y empieza de nuevo. Sólo lo consigo en parte. Cuando son las siete y media, empiezo a leer la novela que me ha dado Janne. Y, de hecho, resulta bastante cautivadora, debo admitirlo.

¿Qué motivos podía tener Vera para querer matar a Sigurd? ¿Por qué iba a espiarnos, a instalar cámaras, a entrar en la casa por la fuerza? ¿Por qué quería pegarme un tiro? Gundersen me preguntó en una ocasión por mis pacientes. Si alguien me odiaba, si alguien estaba enamorado de mí. Yo respondí con un «no» rotundo. Luego pensé en mi lista de pacientes, y aunque quizá hubo alguno del que como máximo pude llegar a dudar, jamás se me hubiese ocurrido mencionar a Vera.

Hemos tenido quizá ocho sesiones de terapia. Ella acude una vez por semana, nunca cancela. Vino a mí porque todo se le antoja absurdo y, además, está su vida sentimental. El amante mayor que está casado. ¿Será Sigurd?

¿Me era Sigurd infiel? No se me ha escapado el detalle de que Vera sea joven y medio rubia. ¿Acude la amante a la esposa para pedirle ayuda con los problemas que tiene con el marido? Me levanto, deambulo por la habitación. No quiero comenzar a imaginarme lo ocurrido, aunque tampoco consigo evitarlo.

Se conocen en un bar. En realidad, Vera es demasiado joven para estar en un lugar así, pero la han dejado entrar, nadie le ha pedido el documento de identidad, y está encantada. Se sienta a la barra y mira a su alrededor, el éxito la ha hecho crecerse. Sigurd está allí con un amigo. Está haciendo tiempo. El amigo, quizá Jan Erik, tal vez quiera irse a casa, y Sigurd dice: «No, quédate, tomémonos otra cerveza». No quiere regresar a aquella casa sin terminar y a todo lo que hay que hacer en ella, no quiere volver conmigo. Se acerca a la barra para pedir una última cerveza, y ahí está ella.

Lo más probable es que él inicie la conversación. Tal vez diga algo sobre el lugar: «¿Has visto lo oscuro que está esto? Si hubiesen derribado esa pared de ahí para colocar unos grandes ventanales, se aprovecharía mejor la luz». Algo así. Vera asiente, como si Sigurd hubiese dicho algo muy ingenioso, fuera de lo común. Ella está de acuerdo. ¿Acaso sabe él mucho de esos

temas? Sí, dice Sigurd, es arquitecto. Sonríe con falsa modestia, es un simple currante en una pequeña oficina, pero tiene sus propias ideas sobre la dirección que está tomando la arquitectura noruega. Comparte sus visiones de cómo podría haber sido. Es probable que no pasen más de dos minutos antes de que comience a hablar en términos grandilocuentes sobre cómo crear espacios que generen mejores interacciones. Jan Erik se acerca, dice: «Yo me marcho a casa». Sigurd asiente, Jan Erik se marcha, y sólo quedan Sigurd y Vera. Sigurd, que habla. Vera, que escucha. Y ¿no es ella un público mucho mejor que yo? ¿No escucha con un entusiasmo genuino disertaciones a las que yo hace tiempo que he dejado de prestar atención? ¿No interviene con preguntas de seguimiento en aquellos momentos en los que yo sólo deseo que acabe de hablar? ¿No ve cómo asiente con la boca entreabierta y los ojos entrecerrados, como si todavía siguiese meditando sobre lo que él acaba de decir, cuán absorta está en lo que él dice? Él piensa que ella es inteligente por el simple hecho de que lo escucha con atención. Tal vez también se lo diga: «Qué lista eres». Debe de ser algo que a Vera le llega, que la alcanza en lo más hondo de su pecho. Ella le brinda la mejor de sus sonrisas: «Gracias». Es cierto que bastante lista sí que es.

¿Estoy siendo muy mezquina? ¿Los estoy caricaturizando demasiado? ¿El hombre engreído, la joven ingenua, el típico encuentro en un bar? Quizá no fue así en absoluto. Tal vez los padres de Vera sean amigos de Margrethe. Tal vez se conocieran en la casa de verano que alquila en Hankø, el único fin de semana de este verano en el que él se fue solo para allá.

Pero no importa cómo se conocieran, los escenarios que me imagino son tan sólo un prelude de lo único en lo que pienso ahora mismo. Entran en un hotel justo al lado de aquel bar. O en la casa de invitados de Hankø. Suben juntos hacia el dormitorio de nuestra casa en Kongleveien, o no son capaces de dejar de hacer manitas mientras recorren el último trayecto hasta la cabaña de Krokskogen, donde por fin pueden echarse el uno encima del otro, arrancarse la ropa, y todo mi ser arde cuando lo pienso, arde de tal manera que tengo que aumentar la velocidad de mis pasos y dar zancadas de una pared a otra en este pequeño cuarto, en un intento de gastar toda esta energía inútil que me machaca. ¿Por qué ella, Sigurd? ¿Por qué esto? ¿Cómo pudiste hacer algo así?

¿Cómo pudo traicionarme de esta forma? ¿Cómo pudo verse con otra, noche tras noche, mientras me decía que iba a reunirse con los Atkinson? Sí, lo sé, yo tampoco soy inocente del todo, hubo aquella noche, la fatídica noche en Bergen, pero, Sigurd, eso fue sólo una vez, y ya pagué por ello. Me desplomo sobre el sofá, no me quedan fuerzas. Me tiendo. Cierro los ojos. Sólo quiero dormir, pero no puedo; hay demasiada luz aquí dentro, el sofá es muy duro, y se me revuelve el estómago de tal manera que casi tengo que hacerme un ovillo. Sigurd, Sigurd, ¿qué has hecho?

Alrededor de las nueve, un hombre joven sustituye a la mujer malhumorada. No entra para presentarse, sino que lo veo cuando voy a por agua al dispensador que hay junto a la recepción donde él se encuentra. Está leyendo y apenas alza la vista cuando aparezco. No dice nada, no soy capaz de interpretar, por su actitud, si mi espera está llegando a su fin, si vendrá alguien a buscarme. Él se concentra de nuevo en su libro, pero cuando abro la puerta de la sala en la que estoy esperando, me vuelvo y veo que está pendiente de mí.

El viernes de la semana pasada estaba Vera en mi consulta, hablando de la confianza. «¿Tienes amigos en realidad?», me soltó. Porque estaba enfadada, pensé yo en aquel momento. La primera vez que vino me apretó la mano con fuerza al estrechármela. La mayoría de mis pacientes echan un vistazo a su alrededor cuando entran y miran el gran ventanal y los sillones, como suele hacerse al entrar en una habitación nueva. Vera no. Sólo me observaba a mí. Estrechó mi mano durante más tiempo de lo habitual, tanto que tuve que obligarme a no retirarla. La apretó con tanta fuerza que la alianza se me clavó en los otros dedos.

¿Reapareció también en algún otro momento durante nuestras sesiones ese malestar del primer encuentro? En una ocasión hacía muy mal tiempo y entró en la consulta empapada y con frío. Le alcancé los pañuelos de papel y subí la temperatura de la estufa mientras decía algo acerca de que el calor haría que se secase enseguida y no enfermase. Ella lanzó la caja de pañuelos sobre la mesa de golpe y dijo, con voz temblorosa: «Menuda mierda».

—¿Cómo? —pregunté, pero no me respondió.

Después, cuando se hubo secado un poco, le pregunté a qué se había referido. Se encogió de hombros. Le dije cuál había sido mi interpretación: «Ha sido como si te enfadaras conmigo porque he mostrado preocupación por ti».

—Sólo estaba empapada y tenía frío —dijo ella.

—Has dicho «menuda mierda».

—Me refería al tiempo.

Nuestras sesiones siempre se hacían pesadas. No es algo inusual con los pacientes deprimidos. El peso de la depresión, la desesperanza, puede llegar a transferirse al terapeuta, de modo que ambos acaben con la sensación de que no hay salida. Pero tampoco es que fuese así en el caso de Vera. Era más bien que no avanzábamos. Ella quería hablar de su amante. O quería debatir sobre los grandes temas: el amor, el sentido de la vida. No quería hablar de lo demás, de sus padres, del instituto, de las amigas, de su vida real. Me mantenía a distancia. ¿Me estaba probando? ¿Quería ver quién era? ¿O quería saber cosas de mí, de mi vida con Sigurd? Entro en pánico y trato de hacer memoria. No suelo contar mucho sobre mí misma a los pacientes, es algo que no tiene cabida en una terapia, pero en ocasiones menciono alguna que otra cosa. ¿Qué le habré contado a Vera sobre la vida que llevo?

Me llamó esta semana. El mensaje en el buzón de voz: «Hay algo de lo que necesito hablar. ¿Puedes llamarme?». Era tan poco propio de ella... ¿Por qué iba Vera a necesitar hablar conmigo enseguida, antes de la próxima sesión acordada? ¿Acaso estaba siguiendo mi consejo de ponerse en contacto cuando tuviese alguna dificultad? Le devolví la llamada y dijo que no, que no era nada. Aquello me sorprendió en ese momento, pero luego todo lo demás pasó por encima.

Lo cierto es que no soy capaz de pensar con claridad respecto a todo esto. Resulta tan doloroso... Y estoy tan cansada, tan agotada de la espera y tan asustada... Debo de haberme quedado dormida en este sofá sobre las once, habré dormido algo más de una hora con el cuello torcido y ahora que ya ha pasado la medianoche todavía sigo confinada en esta habitación.

El cuarto en el que me encuentro da a un pasillo. Está lleno de puertas cerradas, despachos quizá, o salas de reuniones, o tal vez más salas de espera como ésta, con gente como yo dentro preguntándose cuánto tiempo pasará antes de que alguien venga a por ellos. A medio camino del pasillo hay una especie de recepción donde se encuentra el hombre joven que tiene el turno de noche. Me acerco a él. Mis zapatos no hacen ruido sobre el suelo blando, apenas producen fricción; hace que casi me pregunte si me he vuelto invisible.

El hombre alza la vista cuando paso por delante. Su libro está abierto frente a él, y por la encuadernación parece un libro de texto, pero no puedo estar segura.

—Sólo voy al servicio —digo.

Asiente y señala hacia las dos puertas de enfrente. Como si todavía no supiese dónde está el servicio después de doce horas aquí.

Contemplo mi reflejo en el espejo que hay sobre el lavabo. Estoy pálida, extenuada, y algo me ocurre en los ojos. Los tengo abiertos como platos. Quizá tenga que ver con la despiadada luz que hay aquí dentro. Parezco alguien que ha presenciado algo realmente atroz. Me mojo la cara con agua antes de salir del baño, para despertarme. Estamos en mitad de la noche y no he dormido en condiciones desde que saltó la alarma en mi casa, sobre las cuatro y media ayer por la noche, pero ¿quién sabe cuándo podré volver a meterme en una cama?

En la puerta de la sala de espera me encuentro a un agente uniformado. Tiene cuarenta y tantos años, un tupido cabello castaño y gafas redondas.

—¿Sara Lathus? —me pregunta.

—Sí —respondo.

—Estamos listos para dejarla marchar.

Respiro hondo y emito un audible suspiro.

—Lamento que la hayamos retenido aquí tanto tiempo —prosigue mientras reúno mis pertenencias: un jersey, un abrigo, la mochila—. Necesitábamos aclarar algunos detalles, pero ya está todo en orden.

—Bien —digo cansada, y de repente siento una cierta indiferencia hacia todo. Lo único que deseo es una cama.

El agente me acompaña a la salida y me indica el camino. Yo voy tras él arrastrando los pies.

—Supongo que todavía no le habrán dado demasiada información —dice mientras caminamos—. Pero la tendrá, se lo aseguro. Lo que ocurre es que la investigación se halla en este momento en un punto en el que necesitamos mantener la discreción.

—Una fase crítica —apunto.

—Exacto —confirma él—. Pero será convocada para una reunión en la que repasaremos el curso de los acontecimientos con usted, es decir, le proporcionaremos más información de la que hemos compartido durante el interrogatorio de hoy.

—De acuerdo.

Bajamos en el ascensor en silencio.

—Ah, por cierto —dice cuando nos acercamos a la salida—. Lo mejor será que no regrese a su casa en unos días. Necesitamos realizar algunas comprobaciones por allí. ¿Tiene otro lugar adonde ir?

—Sí —respondo.

—Estupendo. Nos pondremos en contacto con usted. Voy a pedirle un taxi.

Se da la vuelta y entra de nuevo. Me quedo quieta. Hace mal tiempo, me envuelvo en el abrigo. Me doy cuenta de que no he llegado a preguntar dónde está Vera.

El taxi llega poco después. Al volante se sienta un hombre paquistaní de una cierta edad. Me hundo en el terso asiento de cuero.

—¿Adónde la llevo? —pregunta.

—A Nordstrand —respondo.

Del sábado, 14 de marzo, al lunes, 16 de marzo: Nordstrand

Lo único que me apetece hacer es jugar con mis sobrinos. No quiero pensar más en Sigurd y Vera, en la investigación policial, en vigilancia o armas. Sólo quiero construir una cabaña y jugar con los lego Ninjago, los camiones de bomberos y los barcos piratas.

El sábado me llevo a los niños a comprar golosinas. El pequeño va en el carrito, los dos mayores caminan junto a mí, cada uno a un lado, y hablan por los codos. «Sabes qué, sabes qué, sabes qué», se interrumpen entre sí. «¿Sabes que en esta calle vive una bruja?» Pongo una cara larga y sorprendida. «¡No!, ¿qué dices? ¿Una bruja?» Los chicos se emocionan, señalan y me cuentan la historia: un día, cuando paseaban en bicicleta por delante de una de las casas, ella salió a la escalera y les gritó. Qué niños tan maravillosos. Tan dedicados a cosas como montar en bici y jugar al fútbol, tan preocupados por vecinos que quizá sean brujas y hechiceros. Y yo, que nunca antes he entendido la distracción que ofrece su compañía.

Me chiflan. Me siento en el suelo y construyo un complejo circuito de tren de juguete alrededor de la mesa del salón. Sacamos plastilina, cuentas de plástico y material de dibujo, y me siento con ellos. Me sorprende a mí misma al recordar viejas habilidades. Sé hacer un comecocos de papel y se me da muy bien dibujar perros. Me ofrezco a acostarlos, les pido a sus padres que se relajen y me quedo con los niños hasta que se duermen. Los dos mayores comparten habitación, y me siento en el borde de la cama y les leo un libro y les cuento cuentos. Lo hago durante más tiempo de lo que están acostumbrados, pues lo normal es que les lean un libro y luego apaguen la luz, pero yo les cuento todos los cuentos que me piden. En el fondo, deseo que no se queden dormidos, deseo poder permanecer aquí contándoles cuentos y conversando con ellos. Pero al final les vence el sueño y, cuando esto sucede, les acaricio el cabello.

Las noches son difíciles. No me acuesto hasta no estar tan cansada que casi me quedo dormida delante del televisor, pero, una vez que estoy tumbada en el sofá cama de la sala de estar del sótano, no consigo conciliar el sueño. Busco estrategias para no pensar, cuento hacia atrás desde cien saltándome uno de cada tres números, intento recordar cuántas ciudades conozco que empiecen por cada letra del alfabeto. Trato de engañarme a mí misma para dormirme. Pero sólo lo consigo en parte. Cuanto más cansada estoy, más fácil es que Sigurd se asome por mi conciencia. Vera también. No puedo dejar de pensar en Vera. Cuando al fin me quedo dormida, tengo sueños agitados. Al despertarme no me siento descansada —me duelen los hombros y tengo la mente nublada—, pero los niños se echan sobre mí tan pronto como me levanto, y yo les digo a sus padres: «Seguid durmiendo, yo me ocupo de ellos», y me tiro al suelo con ellos, agradecida por la tregua que me ofrecen.

La segunda noche me despierto con sed. La casa me resulta ajena a oscuras. Hay tanto silencio... La familia duerme en la primera planta y, cuando subo a la cocina desde el sótano para ir a buscar agua, lo único que oigo son mis pasos. ¿Se retuerce alguien en la cama allí arriba? ¿Ronca o tose

alguien? ¿Hay alguna señal de que hay más personas allí, de que hay vida? Pero no se oye ni un sonido, sólo un coche que pasa por la calle, y los sonidos que produzco yo misma.

Mientras lleno un vaso de agua, me invade la sensación de estar siendo observada. No sé cómo, pero de repente, mientras estoy ahí con el vaso bajo el chorro del grifo, noto algo con el rabillo del ojo. Levanto la vista y durante cinco gélidos segundos permanezco rígida contemplando el oscuro cristal, los contornos de los árboles allí afuera, una farola y la luz exterior de la casa del vecino. Pienso: «¿Será Vera?». Entrecierro los ojos, me concentro en la oscuridad exterior, pero con la luz que hay sobre la encimera de la cocina sólo me veo a mí misma. En cuanto doy dos pasos hacia la ventana y veo revolotear el albornoz a mi alrededor, me doy cuenta de que me ha asustado mi propio reflejo. Intento sonreír, pero no soy capaz. Sigo contemplando la ventana, veo mi imagen en camisón y albornoz. Me quedo quieta, sin más, mirándome, mientras pienso en lo inquietante que resulta que lo que he pensado que era Vera fuera en realidad yo misma.

La policía sigue atareada en mi casa, y tengo que pedirle prestado un vestido negro a Annika para el entierro. Me queda muy holgado alrededor de las caderas, pero no importa. Mientras estoy en el cuarto de baño de Nordstrand, preparándome para salir, suena el teléfono.

—Soy Gundersen —dice su voz—. Quisiera saber si puedes venir mañana, digamos a las diez. A la comisaría.

—Sí —respondo, y me ajusto los pantis a la cintura—. Supongo que podré ir.

No tengo demasiadas ganas. Desearía que me contase lo que fuera ahora, por teléfono.

—Bien —dice él—. Nos vemos entonces. Y suerte con el entierro. Es decir, espero que sea una bonita ceremonia.

—Gracias —digo, y cuelgo. Y no pienso hasta más tarde que es un comentario extraño y que no resulta muy propio de él hacerlo.

La capilla de Vestre Gravlund está repleta. Margrethe se apoya en el hijo que le queda. Delante del féretro abundan las flores. No hay mucho más que destacar. Salvo que *La canción de Solveig* funciona bien. El hombre de la funeraria tenía razón. La cantante es bastante joven, una pelirroja de cabello alborotado y voz profunda. «*Puede desvanecerse el invierno, la bienamada primavera.*» Es el momento más hermoso de la ceremonia.

Al finalizar, Margrethe, Harald, Lana Mei y yo nos situamos en la escalera y estrechamos la mano a todos los asistentes. Flemming y Mammod, Thomas y Julie, Jan Erik, papá, Annika y Henning. Todos sus compañeros de la facultad, cuyos nombres se entremezclan y ya no recuerdo. Durante un breve instante me parece ver a la señora Atkinson en la parte de atrás, entre toda la gente, pero no puedo estar segura y, si se trata de ella, en ningún momento viene a saludar.

Benedicte e Ida sí lo hacen. No sabía que iban a venir. No les dije nada, no sabía muy bien cómo hacerlo. Seguro que las ha llamado Annika, fue ella también quien informó a mi padre. Como siempre, es ella la que se encarga de todo. Benedicte viene corriendo a abrazarme al verme en la escalera de la iglesia estrechando manos. «Sara, cariño», susurra junto a mi cabello, y en ese momento, inmersa en ese abrazo de oso y en ese familiar y tan querido olor a ella, rompo a llorar.

Me suelta e intento decirle algo sobre lo contenta que estoy de que estén aquí, pero me hago un lío con las palabras. «Cómo no íbamos a venir», dice Ida, y me rodea con los brazos ella también, y no lo entienden, no saben lo poco que creo que puedo esperar de ellas.

Por encima de todo, me sorprende ver a Fredly entre los asistentes. Me estrecha la mano deprisa y mira a su alrededor; por lo visto sigue tratando de dar con esa visión global. Sé que ella está de mi lado. Lo veo en su mirada, que mantiene firme en la mía como si quisiese decirme algo, aunque al final sólo me da el pésame.

Durante toda la ceremonia he estado preguntándome si Vera habrá asistido. No la he visto antes de empezar, pero habría sido muy típico de ella colarse a observar desde un rincón oscuro o una galería oculta, intentando pasar desapercibida. En varias ocasiones, estando allí, durante el sermón del reverendo, el discurso de Harald o mientras la chica pelirroja cantaba, me he dado la vuelta y he buscado su rostro entre los de los demás. Sentía que estaba aquí, pero no la veía. Estaba convencida de que vendría. Si es que no está detenida, vaya, pues no lo sé y no le he preguntado a Gundersen. En caso de que hubiese sido puesta en libertad, hoy habría venido a observarme.

Cuando todas las manos ya han sido estrechadas, nos dirigimos al aparcamiento para trasladarnos a la recepción. Los niños se pelean entre ellos. Mi padre me rodea el hombro con un brazo; su intención es expresar su apoyo, pero a ambos nos resulta un gesto muy poco natural, y ninguno de los dos sabemos muy bien cómo manejarlo. Su brazo sigue un rato apoyado en mi hombro, pesado e inmóvil, como un animal muerto; resulta un alivio cuando lo retira. Le sonrío de la única forma que soy capaz, y él me devuelve la sonrisa. Algo incómodo, me parece. Quizá Annika le haya pedido que tenga alguna muestra de cariño hacia mí.

Más tarde se celebra una recepción en el restaurante Holmenkollen. Harald vuelve a tomar la palabra y cuenta anécdotas de su infancia; es como escuchar historias sobre alguien a quien no conozco. Yo tengo intención de decir algo, pero no soy capaz de hacerlo, pierdo el hilo y concluyo lo antes posible: «Un brindis por Sigurd, el mejor marido que hubiese podido tener». Annika me coge de la mano cuando vuelvo a sentarme. La gente aplaude y brinda, a pesar de todo. Es un ambiente extraño. Al parecer, algunos de sus compañeros de la facultad quieren rendir homenaje a Sigurd. Uno de ellos pronuncia un discurso: «Celebremos la vida de Sigurd en lugar de lamentar su muerte». Sus compañeros aplauden. Los miembros de la familia no. Capto la mirada de Mammod: él tampoco aplaude, y parece algo avergonzado.

Poco después, nos marchamos.

Martes, 17 de marzo: sesgo de confirmación

Debe de haber estado esperándome, pues aparece casi al momento cuando el recepcionista lo llama. Lleva una camisa descolorida y unos vaqueros desgastados y, alrededor del cuello, una de esas tarjetas de plástico con nombre y apellido y una foto; nunca le había visto con eso antes. Por lo demás, se comporta como de costumbre, aunque, mientras recorro el edificio tras él subiendo y bajando por unos pasillos laberínticos en los que seguro que uno tarda años en orientarse con naturalidad, me pregunto si no parece algo más pálido de lo habitual. Como si estuviese cansado. Tal vez han sido varios días de mucho trabajo y pocas horas de sueño.

Vamos a por café a una pequeña cocina encajada entre las diáfanas oficinas y los pasillos con despachos tipo celda, en lo más profundo de las entrañas de la bestia que es este edificio. Mientras Gundersen busca tazas en el armario, aparece una mujer vestida con americana y camisa que me estrecha la mano y se presenta como el enlace policial con la fiscalía.

—Estoy trabajando en este caso —afirma—. Gunnar evaluará la situación con usted ahora. Lamento no poder acompañarlos, pero estoy segura de que Gunnar será minucioso y responderá a cualquier pregunta que tenga. Y si necesita algo más puede llamarme por teléfono después.

Asiento. Gundersen y yo intercambiamos una mirada tan breve que debe de resultar imperceptible para ella, y los dos parecemos algo avergonzados por el hecho de que ella lo haya llamado por su nombre de pila. El policía tiene algo que me hace pensar que incluso su propia madre lo llama Gundersen.

Me conduce a una sala de reuniones que es tan austera como el lugar donde estuve esperando el viernes, con sillas con tela de lana rosa del tipo que solían adquirir los organismos oficiales a principios de los años noventa, una mesa de formica con patas de acero, una lámpara barata de escritorio encima de ella, una alargada lámpara de techo colgando de dos cables de acero y, en el rincón, un árbol del caucho que no consigo determinar si es artificial o auténtico, y cuyas hojas están cubiertas por una fina capa de polvo. Gundersen se sienta en una silla. Me indica con un gesto que tome asiento al otro lado de la mesa. Hay dos sillas, y durante un instante pienso en mi consulta. Escojo, de forma aleatoria, la silla de la derecha. Gundersen coloca mi taza de café frente a mí.

—Veamos, pues —dice.

—Veamos —contesto.

Nos miramos.

—Supongo que habrás estado reflexionando —dice—. Sobre lo que ocurrió el viernes.

Asiento.

—Antes de comenzar —prosigue—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿De verdad no sabías que ibas tras la pista de Vera? El viernes, cuando subiste a Krokskogen.

—No —respondo—. De verdad. No tenía la menor idea de que se trataba de ella.

—Por lo tanto, por lo que sabías, ¿podía haber sido cualquier asesino loco el que te invitó a ir a aquel lugar remoto? ¿A la escena de un asesinato?

Fijo la vista en la superficie de la mesa un instante. Entiendo lo que le debe de parecer.

—Yo no sabía que era Vera —digo observando mis manos, intentando explicarme—. Pero vi su silueta en la grabación de la empresa de seguridad y... Bueno, aquella figura no resultaba nada amenazante. Más bien me pareció digna de lástima.

No es que no haya estado meditando sobre esto desde el viernes. Pero tampoco es fácil de explicar. Tomo aliento, lo intento de nuevo.

—No sé si puedes llegar a figurarte lo asustada que he estado —admito—. Me di cuenta de que entrañaba un cierto peligro. Pero... Necesitaba entenderlo. Pensé que pasaría lo que tuviese que pasar. Es probable que fuese una temeridad y, en fin, ahora también lo veo así. Pero en casa estaba a punto de perder el juicio, con las cámaras, los pasos en la buhardilla y los imanes de la nevera. No es sólo que quisiese averiguar qué había ocurrido con Sigurd: también tenía la sensación de que era una cuestión de supervivencia.

Me observa con la cabeza un poco ladeada.

—Bueno, salió bien —constata él—. Pero te diré una cosa: debes estarle eternamente agradecida al joven que trabaja en la compañía de seguridad. Seguridad Arild, ¿verdad? A ese jovencuelo. Nos llamó por la mañana para contarnos lo que había ocurrido. Dijo que era posible que estuvieses pensando en ir a la cabaña. Al parecer se sentía fatal por tener que contárnoslo, como si estuviese violando el secreto profesional. Más o menos como tú cuando hablamos de los historiales. En cualquier caso, el chaval nos avisó, y Fredly se lanzó al volante junto con un par de compañeros de Hønefoss que consiguió reclutar para que la ayudaran. Gracias a Dios, se puede decir. Podría haber acabado muy mal.

Me observa de nuevo, de forma expresiva. Yo asiento. Gundersen cuenta con una larga trayectoria en la policía. Seguro que habrá visto de todo. Un aviso de que no deberías poner tu vida en riesgo no es algo que pueda tomarse a la ligera, viniendo de él.

—En cualquier caso —dice, y alinea los documentos que tiene delante de él: una carpeta con folios, algo que parecen archivos de Excel impresos, algunas páginas llenas de texto impreso, en todos los casos con notas garabateadas en los márgenes y en las líneas en blanco con una letra ilegible—, empecemos por el principio. Por Vera. ¿Qué piensas de ella? Quiero decir, ¿qué opinas sobre su papel en todo esto?

—Bueno —digo—. He reflexionado sobre ello. No lo sé. Lo más probable es que mantuviesen una relación. Pienso yo.

Gundersen asiente despacio.

—Sí —apunta—. Así era. Lamento decirlo.

Recibo la confirmación como un golpe esperado en el estómago. Es un dolor sordo, que sé que llegaré a percibir con tanta intensidad como en la sala de espera el viernes por la noche. Aunque más adelante. Ahora se reduce a esto: un puñetazo en el abdomen que confirma lo que yo creía. Respiro hondo un par de veces.

Gundersen me contempla por encima del fajo de documentos. Me pregunto desde cuándo lo sabe. Me acuerdo de algunas de nuestras conversaciones. Una de ellas transcurrió en mi despacho y él me preguntó sobre qué clase de problemas teníamos Sigurd y yo. «Hemos tenido un buen matrimonio», respondí. ¿Lo sabía él ya en aquel momento?

—Conoció a Sigurd cuando él fue a diseñar el anexo de la casa de sus padres —dice Gundersen—. Viven en una vivienda semiadosada en Sogn. En un par de ocasiones Sigurd tuvo que pasarse para realizar algunas mediciones mientras sus padres estaban de viaje y le dijeron: «Vera está en casa, ella te abrirá». En fin.

No quiero imaginarme qué pasó. Ni figurarme cómo sucedió. Sé que lo haré luego, cuando me haya acostado esta noche y pretenda conciliar el sueño, y todas las noches que están por venir. Pienso, no obstante, en todos los demás. En los policías que registraron la casa, en los que revisaron los cajones el lunes pasado mientras yo, absorta en mi apatía, seguía intentando comprender lo que había sucedido. ¿Lo sabían? ¿Lo sabían Jan Erik y Thomas? ¿Eran conscientes de que Sigurd tenía a otra cuando me llamaron aquella tarde que él no llegó a la cabaña? Y si ellos lo sabían, ¿lo sabía Julie?

Gundersen se aclara la garganta.

—Entiendo, por consiguiente, Sara, y espero que no tengas inconveniente en que lo diga, que teníais dificultades en vuestro matrimonio. Yo no soy quién para juzgar qué está bien o mal en semejante situación; sabe Dios que estar casado es difícil en sí, pero, para entender cómo se desarrolló esta relación, tuve que preguntarme qué fue lo que impulsó a Sigurd a meterse en esto. Era un hombre adulto, bien casado y demás. ¿Qué hacía con una chica tan joven? Quiero decir, Vera tiene dieciocho años y es adulta a ojos de la ley, pero no deja de ser una adolescente.

»No me corresponde a mí decir qué pasó, pero si quieres saber mi opinión, creo que estaba frustrado. Que no consiguió que su matrimonio fuera como se había imaginado. Lo he visto muchas veces, sobre todo en el caso de hombres. Ya sabes, las relaciones están repletas de cosas que hay que hacer y ser, y a las que enfrentarse. Los suegros y la vivienda y los trabajos y las nóminas. Hay tantas maneras de decepcionar al otro y también de decepcionarse a uno mismo... Y entonces aparece otra persona. Una persona joven y abierta, que no te exige nada. Que piensa que eres un tipo estupendo sólo porque eres tú mismo. Que te considera brillante, que no te exige que ganes más, que aceptes más encargos o que rindas más. Si llevas mucho tiempo sintiendo que no eres suficiente, puede resultar muy tentador aceptar que alguien haga una interpretación más generosa de ti mismo. Y si encima ella es joven y guapa, pues...

Éste es el análisis de Gundersen sobre Sigurd. ¿Lo vería yo así en caso de hacerlo desde fuera? No lo sé. Sólo deseo ocultar el rostro entre las manos. Me imagino las anteriores visitas a la cabaña con Thomas y Jan Erik. A Sigurd por la noche, excitado y con la cara encendida tras un par de cervezas al calor de la chimenea: «¿Os cuento algo?» o «me debéis prometer que no se lo vais a decir a Sara». Veo la amplia sonrisa de los dos: «Sí, cuéntanos, nadie le dirá nada a Sara».

Gundersen prosigue:

—Al principio es sólo algo físico, en su casa de Sogn, cuando sus padres están fuera. Luego se convierte en una relación sentimental. Correos electrónicos y mensajes de texto. Encuentros en su despacho tarde, por las noches, cuando los demás se han marchado a casa, algunas veces en el coche y, al cabo del tiempo, más a menudo en la cabaña de Krokskogen, donde saben que estarán tranquilos. Vera cae rendida a sus pies. No tarda mucho en convencerse de que están hechos el uno para el otro.

»Ahora, la ventaja que tienen las ilimitadas posibilidades de comunicación que existen en los tiempos en que vivimos es todos los rastros que dejamos atrás. La tecnología móvil ha cambiado mi profesión por completo. Ya nadie busca una posible carta incriminatoria. Cuando dos personas

entablan una relación, siempre quedan rastros. Cuentas de correo electrónico, perfiles en Skype y Facebook, y qué sé yo. Ya habíamos dado con las direcciones de correo electrónico y los perfiles de Skype que utilizaban, pero Vera también nos ha facilitado las comunicaciones realizadas a través de otras plataformas. Tengo a tres agentes en prácticas revisando todo el material, pues es realmente extenso: página tras página de historiales de chat. Con esa información podremos valorar el grado de implicación entre Vera y Sigurd. Ver cómo se desarrolla, vaya.

»Poco tiempo después del primer encuentro, de los primeros correos, Vera declara que lo ama. No se corta: jamás ha conocido a nadie como él, escribe, lo que ellos tienen es algo único, este amor es muy especial... Cosas de ese tipo. Al principio, Sigurd le sigue el juego, quizá de una manera no tan efusiva, pero no le va a la zaga. A veces incluso la provoca para que entre en detalles: «¿En qué piensas cuando me echas de menos?». Y digamos que ella no se lo pone difícil.

Asiento abatida. Sigurd, que necesitaba una palabra en clave para decir que me amaba. «Hola, amor». Yo, que hacía lo mismo.

Y luego Vera, pienso, que a su propio juicio es más inteligente que los demás, pero que subestima la importancia de una vida vivida. Es probable que haya entrado en esta aventura amorosa adulta llena de confianza, pensando que era un modo de probarse a sí misma. Quizá haya pensado que ella es más fuerte que aquellos que se enamoran de alguien a quien no pueden tener. Tal vez no se diera cuenta de la situación en la que se encontraba hasta que ya fue tarde. Las últimas palabras que me dijo en nuestra última sesión, aquel viernes en que Sigurd fue asesinado, fueron: «Lo único que necesito es amor». Pienso que debió de ser justo antes de marcharse a Krokskogen para pegarle un tiro.

—Poco a poco puede parecer que él se enfría un tanto —prosigue Gundersen—. No le pide que lo dejen ni nada de eso, pero ya no responde a sus declaraciones de amor, al menos no si ella no se lo pide antes. Esto ocurre a principios de noviembre, quizá. Las declaraciones de ella ahora son más concretas. Vera quiere que se fuguen juntos, y no sólo es un sueño: ha hecho planes reales sobre cómo hacerlo. Una cuenta de ahorro, un amigo de la familia que tiene un piso en Londres, cosas así. Quiere que se divorcie de ti, quiere casarse con él. Esto, también hay que decirlo, es la previsible continuación a una historia de amor con una jovencita que no pide nada a cambio. Y Vera es un pelín más intensa que la mayoría de la gente. Cuando le escribe para darle las gracias por una joya que le ha regalado, dice que es «un símbolo del amor más profundo». Ni siquiera creo que se le pase por la cabeza que Sigurd pueda tener sentimientos diferentes.

—¿Qué clase de joya era? —musito. Creo que ya conozco la respuesta, pero necesito escucharlo.

—¿El regalo? Una pulsera con una perla.

No digo nada. Sé que el peso de esto también caerá sobre mí más adelante.

—Para los que leen el historial de conversaciones —prosigue Gundersen— resulta evidente que él se distancia a medida que pasa el otoño. Los tres agentes en prácticas coinciden en verlo así. Cuando se acercan las Navidades, Sigurd sólo le dice «te amo» cuando ella se lo pide. Y a mitad de diciembre él corta la relación.

Tuvo que ser justo después de que decidiésemos marcharnos a Tenerife para salvar nuestra relación, pienso. Cuando nos prometimos que todo iría a mejor bajo los fuegos artificiales de Tenerife, él dijo: «He terminado con los Atkinson». Yo le escuché y asentí. Seguía creyendo que se trataba de trabajo. No entendí lo que me decía en realidad.

—La ruptura en sí no tiene lugar vía comunicación electrónica —dice Gundersen—. Sin embargo, el historial del chat nos brinda la posibilidad de observar sus secuelas. Vera le suplica que vuelva con ella, le declara su amor, y amenaza con suicidarse. Sigurd intenta explicarse, le pide que hable con alguien si tiene dificultades, y sus respuestas cada vez son más breves. Cuando hablo con Vera de este periodo, ella te culpa a ti de todo. Sigurd rompe con ella porque te tiene miedo, dice. Vera cuenta que temía por cómo le iría a él. Incluso temía por su vida.

»Mientras estáis de vacaciones, en diciembre, ella instala unas pequeñas cámaras inalámbricas en vuestra casa. Lo cuenta con toda la naturalidad, dice que las compró en una tienda del centro y que eran para poder comprobar que él estaba bien. Ella misma reconoce que sacó una copia de la llave de Sigurd al poco de comenzar la relación. Su explicación sobre cómo consiguió la llave es algo incompleta, pero supongo que la robó de su bolsillo.

Sé demasiado bien lo que viene a continuación: el comienzo de nuestra terapia. Cuando yo la conocí como profesional y pensé que era su psicóloga. Yo actuaba como si fuera su terapeuta mientras ella se sentaba ahí, sabiendo todo tipo de detalles sobre mi vida. Me ha visto desnuda, literalmente, puesto que incluso tenía vigilado mi dormitorio con cámaras, pero también me ha visto llorar en la cama mientras Sigurd estaba en el salón con su ordenador. Me ha escuchado contarle a Sigurd que me sentía sola, ha tomado nota de ello y me lo ha lanzado a la cara en un momento de ira: «¿Tienes amigos en realidad?». Ha sido capaz de golpearme donde más me duele. No es extraño que a menudo sintiera cierto rechazo antes de nuestras sesiones. Ha estado sentada en el sillón de mi consulta sabiendo que mi marido me engaña. ¿Qué habré dicho, qué clase de conocimientos sobre la vida y el amor puedo haberle ofrecido, a ella, que conocía los aspectos más íntimos de Sigurd?

Gundersen dice:

—A medida que transcurre el mes de enero vuelven a establecer contacto. Vera emplea otro tono en el chat, es más reservada. Quiere que sean amigos, nada más. En pocas semanas, sin embargo, vuelven a entablar una relación de nuevo. Entonces te llama para pedir hora. Para ver quién eres, según ella. Para entender lo que ve Sigurd en ti.

No soporto estar hablando de esto con Gundersen. Por muy lógico que sea que me la creyera, tengo la sensación de haberme dejado engañar. De haber sido muy ingenua y haberme expuesto demasiado. Y, dado que no quiero hablarle de ello, le pregunto deprisa:

—Pero ¿por qué lo mató? ¿Intentó dejarla otra vez? ¿Qué fue lo que lo desencadenó?

—Bueno —dice Gundersen, y recoloca los documentos que tiene enfrente—. Ésa es la cuestión.

Durante un instante se queda en silencio, fija la mirada en los papeles y no dice nada. A continuación me mira con esa mirada que adopta a veces, con unos ojos transparentes y sinceros. Desconozco si es una táctica o no, si es algo que ha aprendido en la academia de policía o si le sale de manera natural, pero surte efecto: es imposible protestar ante tanta franqueza.

—Resulta, Sara, que no creo que fuera ella quien mató a Sigurd.

Hace sólo unas horas estaba en el suelo de la casa de Annika construyendo un circuito de tren con mis dos sobrinos mayores, creando puentes sobre los cables, curvas alrededor de las patas de los sillones, sumergida por completo en la actividad de pensar como un niño en compañía de mis

sobrinos, enfrentándome a un mundo sencillo: helados, cuentos de hadas y vecinas que quizá sean brujas. Ahora, cuando estoy asumiendo las consecuencias de lo que me está contando Gundersen, cuando me imagino el reflejo de mi mirada aterrorizada en la ventana de la cocina aquella noche en Nordstrand y me pregunto si en realidad había algo ahí fuera a pesar de todo, si alguien sigue detrás de mí, lo único que deseo es tener la posibilidad de regresar a aquel momento con los niños en el suelo del salón, donde lo único importante era ser capaz de hacer pasar el circuito del tren por encima del borde de la alfombra.

—No entiendo lo que me estás diciendo —declaro.

Gundersen adopta una expresión cercana a la disculpa, aprieta los labios y los tensa debajo del bigote; todo el rato sin dejar de lado esa mirada sincera suya.

—Nos vigilaba —enumero—, lanzó la llave de la cabaña a través de la puerta de entrada, me engañó para que subiese hasta allí y sé que tenía la intención de matarme. Quiero decir, seguro que ella dirá que fue en defensa propia o algo, pero, Gundersen, tú no la viste como la vi yo.

—Te entiendo —dice él—. Y, si te sirve de consuelo, tienes una aliada en Ingvild Fredly. Ella dice lo mismo que tú, que no cabe duda de que Vera quería pegarte un tiro en Krokskogen.

—Entonces —intervengo, y mi voz tiembla; tengo que luchar para que el llanto no haga acto de presencia—, ¿quién más puede ser? Porque, vamos, es bastante improbable que Sigurd, un arquitecto cualquiera de Røa, conociese no sólo a uno, sino a dos asesinos en potencia.

—Entiendo tus reparos —dice él—. Pero los hechos no avalan la hipótesis de que Vera sea la asesina. Sería casi imposible en la práctica que ella pudiese haberlo hecho.

—Pero tiene que ser ella. Tiene que haber algo que no hayáis considerado.

Gundersen permanece en silencio un instante; está esperando a que me calme, pienso, e intento hacerlo, intento recobrar el control.

—Soy un hombre simple, Sara —afirma—. Veo lo que tengo ante mí y me pregunto: ¿es posible que X lo haya hecho?, ¿tuvo X posibilidad física y real de cometer este acto? Y, si no es el caso, bueno, entonces habrá que dar con la manera de que X haya tenido esa posibilidad igualmente o, si no, habrá que descartar esa hipótesis. En mi profesión es fácil cegarse con la solución que a uno le cuadra más. Una vez que se tiene una sospecha, sólo se ve lo que la corrobora. Uno descarta todo lo que indica que puede estar equivocado y busca de forma selectiva los detalles que indican que tiene razón.

—Sesgo de confirmación —apunto—. Así es como se denomina. La tendencia a buscar información que confirma lo que ya piensas.

—Es un error muy fácil de cometer —declara él—. Muy básico, lo que no significa que investigadores curtidos no caigan en él. Habría sido tan conveniente que fuese ella, ¿verdad? Lo que pasa es que no cuadra.

Hojea los documentos que tiene enfrente, y saca otra hoja de Excel.

—Empecemos con lo que sabemos sobre el viernes 6 de marzo. Será rápido. Veamos.

»Sigurd se levanta a las cinco y media de la mañana. Se ducha, se viste, recoge algunas cosas, se toma de forma apresurada un café y se despide de ti. En la grabación de Vera vemos que sale por la puerta a las seis y diez. También sabemos que llega a FleMaSi alrededor de las seis y media. Aparca el coche en la acera, de forma bien visible para las cámaras que hay junto a la puerta de entrada. Permanece allí casi una hora y media, hasta las 7.53, que es cuando la cámara

muestra que regresa al coche. Un par de minutos después de las ocho el coche cruza el peaje de Majorstua en dirección oeste. Pasa el peaje que hay de subida a Kleivstua a las 8.44. Éste es el último rastro físico que tenemos de Sigurd.

»Sin embargo, podemos seguir el GPS de su teléfono. Es cierto que no constituye una prueba irrefutable, pues el teléfono de una persona no forma parte de su cuerpo, pero tenemos un testigo, tú, que ubica a Sigurd junto a su teléfono un rato después, a las diez menos veinte. En cualquier caso, el GPS del teléfono indica que Sigurd detiene el coche en la carretera que hay debajo de Kleivstua tres minutos después de pasar el peaje a las 8.44 y, a continuación, se adentra caminando en el bosque antes de llegar a la cabaña un poco después de las nueve. Desde este momento el teléfono no abandona la cabaña.

»Sigurd ha quedado con Vera en que ella subirá sobre las once o doce. Un poco después de las nueve le manda un mensaje vía Skype diciendo que ha llegado, y en el que le pide que lo avise antes de montarse en el autobús, para que pueda bajar a buscarla a la parada. Y luego hay una llamada saliente de su teléfono al tuyo a las diez menos veinte, que coincide con tu afirmación sobre el mensaje en el buzón de voz. Por lo demás, la compañía telefónica no ha sido capaz de reconstruir el mensaje, Sara, por lo que sigo lamentando que optases por borrarlo. De todas formas, tal y como están las cosas en este momento, me inclino a creer lo que afirmas sobre su contenido. Sea como sea, el mensaje borrado es la última huella que deja Sigurd. El patólogo y nuestro propio médico coinciden en que debe de haber sido asesinado sólo unas horas más tarde, antes de las tres.

»Después de la sesión contigo, Vera dice que se dirigió a la estación de metro de Holstein, cogió el metro hasta Jernbanetorget e intentó ponerse en contacto con Sigurd para informarle de que estaba lista para subir a Krokskogen. Se había olvidado el teléfono en casa aquel día. Este hecho nos imposibilita rastrearla vía GPS como hicimos con Sigurd. Fredly ha señalado un par de veces que aquello resulta muy oportuno, así que, antes de que saques una conclusión semejante, sólo déjame decirte que en los historiales de chat consta que tenía la costumbre de dejarse el teléfono, la cartera y las llaves en cualquier sitio. Pero sí, he tomado nota. Por lo tanto, Vera intenta comunicarse con él de otras formas: se conecta a un ordenador en un cibercafé de la estación, pide prestado un teléfono en una tienda de ropa del centro comercial y lo llama... De ninguna de esas maneras consigue dar con él. Pierde un autobús, y cuando ya ha esperado tanto que también pierde el siguiente, más o menos una hora más tarde, vuelve al instituto. Llega al instituto de Nydalen alrededor de las doce menos cuarto.

»Lo que resulta ser una suerte para Vera es que justo ese día iban a hacer las fotografías en el instituto. Y en el archivo de las fotos hay información exacta sobre cuándo se ha tomado una fotografía determinada. Si Vera hubiese hecho un viaje de ida y vuelta hasta Krokskogen para matar a Sigurd después de la consulta contigo, habría tardado casi dos horas y media. En el mejor de los casos, y sin ningún retraso en ninguno de los trayectos, podría haber conseguido llegar al instituto a las 12.14 como pronto.

»Pero la primera fotografía de la clase de Vera se toma a las 12.03 y en ella sale Vera, entre Pepito y Menganita, lanzando una sonrisa pálida a la cámara.

Gundersen coloca las palmas de las manos sobre la mesa. Las observo mientras intento buscar algún contrargumento.

—Ahora bien —dice formulándolo por mí—, quizá estés pensando que hablamos de un margen bastante pequeño. Si la primera foto fue tomada a las 12.03, sólo se trataría de unos diez minutos. Pero he calculado el mínimo tiempo posible en cada paso realizado en el trayecto. Un par de semáforos en rojo, indicios de atasco sobre Sollihøgda, una conversación para motivar a Sigurd para salir al bosque, un único conductor lento durante un pequeño tramo del fiordo de Tyri o una vuelta extra para encontrar aparcamiento en Nydalen y la previsión de dos horas y media salta en pedazos. Yo diría que es poco probable que ella llegase al instituto a las doce y cuarto, aunque desde el punto de vista puramente técnico, es posible. Y he hablado con el fotógrafo. Si tomó la primera imagen a las 12.03, esto significa que los alumnos habían estado preparándose para el posado desde unos minutos antes. Vera está en el centro del grupo. No es que sea la última en llegar y se lance para salir en la foto.

»Así que no sé. Si yo fuese el fiscal, podría quizá intentar construir un caso sobre esto. Pero, si me preguntas a mí, no creo que ella lo haya hecho. Es como si casi pudiese haberlo hecho. Aunque por desgracia...

—Pero —protesto— has dicho antes de las tres. Podría haberlo hecho después de la sesión fotográfica de la clase.

—Sí —responde Gundersen—. Pero resulta que la sesión no acaba con la foto de grupo. Entre las 12.24 y las 12.29 el fotógrafo toma al menos cuatro retratos de Vera. Y entre las 14.19 y las 14.30 fotografía a todos los alumnos del instituto juntos. Después de que se haya tomado la última fotografía, no habría llegado a la cabaña hasta después de las tres, y para entonces Sigurd ya estaba muerto.

»Además, podemos rastrear todos los intentos que hace de comunicarse con él desde la estación central de Oslo. Todas las conexiones, todas las llamadas hechas a su teléfono se corresponden con la versión que ella cuenta.

—Pero es posible que alguien lo haya hecho por ella —insisto—. Un amigo, alguien a quien ha manipulado o algo así.

—Bueno —dice él, y se encoge de hombros—. Por supuesto que es posible. Pero no tenemos nada sobre lo que construir un caso hasta que no tengamos algún candidato. No hay nada que indique que Vera haya estado en contacto con sicarios y, por lo que se refiere a amigos, no parece que tenga demasiados que sean íntimos. Sin duda nadie a quien acudir si necesita ayuda con un asesinato. Pero, además, resulta que las balas extraídas del cuerpo de Sigurd no proceden de un revólver como el que te robaron a ti. Esto significa que si Vera hubiese matado a Sigurd, debería haber dispuesto de dos armas, y por supuesto es posible que así sea, pero tampoco es algo que apoye tu hipótesis.

Suelto un profundo suspiro y le echo un vistazo al árbol del caucho lleno de polvo del rincón.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Sigo bajo sospecha entonces?

—No, no lo estás —constata Gundersen, y hasta muestra una sonrisa fugaz—. Verás, a pesar de toda la indignación que debes de sentir por lo de la vigilancia, es justo eso lo que te salva. Desde el punto de vista técnico, podrías haber subido a Krokskogen para matar a Sigurd entre..., ¿cómo se llamaban...?

Echa un vistazo a sus papeles.

—Entre Christoffer y Trygve. Pero gracias a la videovigilancia de Vera dispongo de una gran cantidad de material audiovisual en el que apareces dando vueltas por el salón, preparando la comida, leyendo el periódico, navegando por internet, recogiendo el lavavajillas, etcétera, en ese periodo de tiempo. No cuento con que sientas especial gratitud o afecto hacia Vera en estos momentos, pero si algún día llegas a tener la necesidad de reconciliarte con ella, ése es un pensamiento que puedes rescatar. Te ha dado una coartada.

Es sencillo buscar información que confirma lo que uno ya piensa, tal y como hice yo aquel viernes de espera en la comisaría de policía, y descartar la información que no cuadra con lo que crees, del mismo modo que todo en mí desea descartar a Gundersen en este momento.

Pero cuanto más me explica, más difícil me resulta hacerlo. Mientras sigue hablando, mi cerebro trata de ir eliminando, de una manera racional, lo que me ha contado. Claro que es posible que lo haya hecho ella. Tuvo un cómplice. Lo mató en otro lugar y luego trasladó el cadáver. Tiene que haber algo en lo que no hemos pensado. Claro que fue ella la que mató a Sigurd, pues, si no, ¿quién lo ha hecho?

Mientras trato de negar todo lo que dice, Gundersen me cuenta cómo fue la semana siguiente para Vera. En caso de aceptar su versión de la historia, como él dice. Cuenta que aquel día volvió a casa del instituto y esperó toda la noche a que Sigurd la llamase y le explicase por qué la había dejado plantada, y que se preocupó al no recibir noticias suyas. Miró las grabaciones de las cámaras de mi casa y oyó que hablaba con Thomas por teléfono. También me oyó hablar con la policía al día siguiente, cuando intenté denunciar su desaparición. El sábado por la tarde Vera tomó prestado el coche de su madre sin permiso, subió a la cabaña y encontró las cosas de Sigurd. No había nadie dentro, pero era como si la persona que había estado allí sólo hubiese salido un momento, relata Gundersen. El teléfono estaba sobre la mesa, el portaplanos apoyado junto a la ventana, la bolsa abierta y un plato con media rebanada de pan en la mesa de la cocina. Era como si Sigurd fuese a regresar en cualquier momento a acabarse aquella rebanada.

Vera se llevó el teléfono y el portaplanos, continúa Gundersen, y cogió la llave de la cabaña. Por supuesto, fue ella la que volvió a dejar el tubo con los planos en mi casa. Fue ella quien dejó el teléfono en mi jardín. Fue su manera de intentar arrojar sospechas sobre mí. O, como lo llama ella, de ayudar a la policía. Vera está convencida de que yo maté a Sigurd. Gundersen me cuenta que cuando le hace ver todos los motivos por los que no puedo haber sido yo —sus propias grabaciones, por ejemplo—, ella sólo resopla. No duda de que tengo un cómplice. Yo estaba celosa porque había averiguado que Sigurd tiene a otra, dice Vera convencida, y lo maté como venganza. Afirma que lo más seguro es que yo supiera que había cámaras en casa y que haya estado interpretando el papel de la esposa preocupada mientras mi marido se iba a Krokskogen. Cuando Gundersen le presenta sus argumentos, los rechaza. No le cree cuando le dice que es imposible que el crimen se haya llevado a cabo de la manera en que ella dice. Gundersen me cuenta que se limita a contestar: «Si no es ella, ¿quién lo ha hecho?».

Mi resistencia disminuye cada vez más. Resulta difícil oponerse.

Me cuenta que Vera admite haber entrado en mi casa por la fuerza y haberse llevado el revólver del viejo Torp. Sigurd le había hablado de él, sabía más o menos dónde se encontraba. Fue lo que estaba buscando en la buhardilla la noche en que la oí. Luego, por el micrófono, ella

escuchó lo que decían los policías y cómo lo decían. De repente a Gundersen se lo ve un poco incómodo.

—Es posible que en algún caso nos hayamos expresado de una manera no demasiado profesional, lo admito. Mi equipo, y yo también. Antes de saber que estábamos sometidos a vigilancia. Cuando no quisiste entregar los historiales. El hecho de que borrases el mensaje del buzón de voz. Voy a tener la madurez suficiente como para admitir que aquello me irritó. Es posible, mmm, que esa irritación influyese en lo que les decía a mis colaboradores cuando pensaba que nadie me escuchaba. Vera lo estaba escuchando. Y es posible que eso la haya condicionado.

Pero entonces la policía la descubrió a ella. Es decir, entraron en el ordenador de Sigurd y averiguaron que mantenía una relación con una chica joven. Gundersen me explica que su equipo se entrevistó con ella, y que tuvo que contarles que había momentos del viernes 6 de marzo en los que nadie podía confirmar que ella había estado donde afirmaba estar. Las sospechas comenzaron a recaer sobre ella. Y ella quería que volviesen a recaer sobre mí. Empezó a intervenir. Se percató del miedo que pasé al descubrir que alguien había entrado en mi casa. Me observaba. Oía lo que yo le decía a la policía, y vio que su respuesta era fría. De modo que quiso que me vieran como a una loca.

—Lo de los imanes de la nevera fue una ocurrencia ingeniosa —reconoce Gundersen—. Parecía una estupidez. Fue una estupidez. A los ojos de profesionales, gente que lleva décadas investigando homicidios, sonaba muy trivial. Era absurdo, y muy fácil de confundir con histeria, con alguien a punto de perder el juicio. Al mismo tiempo que a ti, por supuesto, te dejaba aterrada.

—Pero no entiendo —digo, un poco dolida— que nadie se diese cuenta de lo que estaba pasando. Si alguien quería desacreditarme, ésa era la mejor manera de hacerlo.

—Bueno —responde Gundersen—. Digamos que la idea se me pasó por la cabeza. Había dos posibilidades. Una era que tú estuvieses loca de atar y paranoica, o que intentases presentarte como una víctima, aunque fuera de una manera muy poco astuta. La otra, que alguien estuviese intentando desacreditarte. De modo que le asigné a un agente la tarea de vigilar tu casa, por si acaso. La noche del viernes 13 de marzo a Vera no sólo la detectó tu sistema de vigilancia, es decir, el de Arild, sino que también fue observada por mi hombre. Él la siguió cuando salió corriendo, pero desapareció en un jardín de la calle Carl Kjelsens y le perdimos la pista.

Una sombra de tranquilidad se cierne sobre el recuerdo de aquella noche. Así que alguien estaba pendiente de mí. No estaba abandonada a mi suerte.

Gundersen cree que Vera comenzó a entender que la policía sospechaba de ella. En las grabaciones veía que los agentes acudían a mí cada vez con menos frecuencia y, hasta el momento en que Fredly detectó las cámaras, ella los escuchó hablar de otras personas de interés —incluida «la amante»—, cuando creían que nadie los oía. Vera no disponía de los informes de la autopsia ni de archivos de imágenes con horas concretas, no sabía que habría quedado fuera de cualquier sospecha. Está claro que no tenía nada en contra de que a mí me inculpasen por el homicidio de Sigurd. Pero, a medida que pasaba el tiempo, tuvo que habersele pasado por la cabeza que no sería mala idea que yo también fuese asesinada. Gundersen cuenta que Vera opina que yo le arrebaté a Sigurd dos veces: la primera, porque él me eligió antes que a ella en varias ocasiones y, luego, al quitarle la vida. Si ella me disparaba alegando que había sido en defensa propia, le habría resultado fácil trasladar la sospecha del homicidio de Sigurd de ella a mí. El hecho de que

yo no pudiese llevarle la contraria lo haría más convincente todavía. Mi muerte también sería mi castigo por haberlo apartado de su lado, tanto de una manera como de otra. Todo esto es lo que pudo haber pensado Vera.

La cabaña era un buen escenario para un crimen. Tenía que sacarme de casa, ya que no había motivo alguno para que ella apareciese por allí. Se arriesgó a enviarme una invitación: «Aquí está la llave, la respuesta que buscas está en Krokskogen».

—Pero todo esto son hipótesis —dice Gundersen—. Podemos especular con que ella te tendió una trampa de forma premeditada y que pretendía matarte. Pero no podemos probar que ése fuese su propósito.

Suspiro. ¿Qué es lo que necesita? ¿Una nota donde haya detallado por escrito su plan? ¿Una confesión?

—Su versión es que quiso entrar en tu casa y devolverte la llave de la cabaña, pero que se asustó cuando saltó la alarma y actuó por pánico. Sostiene que tú te pusiste furiosa cuando la descubriste en la cabaña de Krokskogen, que apareciste en la cocina amenazándola. Que ella pensó que ibas a matarla.

—Es una historia ridícula —digo—. Era ella la que me estaba apuntando a mí con un arma.

—Sí —constata Gundersen—. Pero no disparó.

—¡Habría disparado! Si Fredly no hubiese aparecido, me habría matado.

—Podemos decir que es así —indica Gundersen impasible—. Pero su abogado defensor replicaría: «¿Cómo podéis saber eso?». La defensa iría a por todas: tiene dieciocho años, no tiene antecedentes penales, jamás ha cogido un arma antes, bla, bla, bla...

—Y entonces —digo con la voz empañada de llanto— ¿se va a quedar así? ¿Ella trata de matarme, pero, puesto que no podemos probar nada, sólo decimos «vaya, vaya, qué pena» y la dejamos ir?

Ahora es su turno de suspirar. El cansancio se hace visible de repente en su rostro. Se frota los ojos y, cuando retira las manos, el movimiento queda plasmado en su piel; las arrugas y la piel fina y algo hinchada que hay debajo de ellos vibra después de su gesto.

—El delito que se le impute dependerá de la fiscalía —declara—. El enlace policial con la fiscalía que acabas de conocer enviará una sugerencia. Y pueden decirse muchas cosas de ella, pero es competente. Si ella recomienda que vayan a por intento de homicidio y ellos deciden ir por ahí, hay posibilidades de que te den la razón.

—Pero sólo si ella lo recomienda.

—Sí. Y si no, tenemos bastantes más delitos: allanamiento de morada, persecución, vigilancia ilegal, el robo del revólver, conducta intimidatoria y vejatoria...

—¿Y qué le puede caer a una mujer de dieciocho años sin antecedentes penales por esas infracciones?

—Quizá pena de prisión —dice Gundersen—. Aunque lo más probable es que no. Es posible que libertad condicional. Tal vez servicios comunitarios y una multa sustancial.

Permanecemos en silencio un largo rato. Pienso en mi primer encuentro con Vera. Su tono cuando me llamaba «doctora». Me pregunto cómo será recibir a nuevos pacientes después de esto. ¿Miraré a todos los que acudan a mi consulta —esos adolescentes atormentados que se atreven a subir la escalera hasta mi consulta encima del garaje con la esperanza de recibir la ayuda que

tanto necesitan— y me preguntaré qué motivos subyacentes tendrán para venir a verme? ¿Seré capaz de volver a trabajar como psicóloga clínica? ¿Será, si fuese capaz, una decisión responsable desde el punto de vista ético? ¿Será siquiera factible?

Gundersen y yo hemos llegado al final del camino. Antes de marcharme, él me asegura que el caso todavía goza de la máxima prioridad. Admite que si en la primera semana no aparece un sospechoso, las posibilidades de encontrar al autor de un crimen se reducen, pero al mismo tiempo me confirma que es muy probable que el caso llegue a ser resuelto; él personalmente hará todo lo posible, y ya están considerando otras posibilidades. FleMaSi, por ejemplo. Los socios de la empresa. También están investigando el círculo de amistades de Margrethe, y siguen trabajando en la identificación de las personas vinculadas a Vera. Pueden salir cosas muy interesantes si se le da la vuelta a la baraja y se empieza de cero, afirma, y parece bastante optimista, pero hay algo en su tono que no me brinda demasiadas esperanzas. Mientras salgo con él a través del laberinto de pasillos y puertas de vidrio cerradas de camino a la recepción, pienso que aquí se acaba todo. Transcurrirá algún tiempo, y luego recibiré una carta en la que se me informará de que la investigación ha pasado a un segundo plano. Después se dará por muerta, o entrará en una fase pasiva, y quedará como algo latente, a la espera de que haya alguna novedad, un nuevo ángulo, una pistola humeante, un correo electrónico incriminatorio. En vano, seguramente. Lo más probable es que yo jamás llegue a saber qué le ocurrió a Sigurd en realidad.

Cuando se dispone a dejarme salir por la última puerta de vidrio, Gundersen dice:

—Sara, ¿puedo darte un consejo?

—¿Sí?

Carraspea, se desliza el dorso de la mano por la boca.

—Disfruta del tiempo que tienes por delante con aquellos que te quieren bien. Disfruta de tu familia. De tu padre. Y de tu hermana, que parece dispuesta a estar a tu lado contra viento y marea. Es una mujer estupenda, si se me permite el comentario. Intenta pasar más tiempo con ellos.

Asiento. Le agradezco el consejo. Nos estrechamos las manos y salgo por la puerta de vidrio. Cuando ésta se cierra tras de mí, me vuelvo para ver cómo desaparece, pero ya se ha ido.

Un domingo de mayo: sentada en la oscuridad

Es imposible no acabar con tierra en las manos. Debería haberme puesto guantes. Entre mis dedos sucios, con tierra metida entre cada arruga y grieta, debajo de las uñas y detrás de la alianza que todavía llevo, sostengo esta flor morada, *osteospermum* púrpura, que parece demasiado frágil y hermosa para el clima primaveral noruego. Nunca me ha interesado demasiado la jardinería, no como a Annika, no como a mamá. Soy como mi padre: las semanas pasan, de repente llega el invierno y todavía no he cortado el césped. Sigurd también era así. Pero según el hombre del vivero, el *osteospermum* crece bien en tierra noruega cuando recibe los cuidados adecuados. De modo que compré abono y una pala y me puse manos a la obra.

Mientras intento introducir la planta con cuidado en el pequeño hoyo que he cavado para ella, veo aparecer un coche gris plateado con el rabillo del ojo. Tengo que volver a cavar y cubrirlo, de manera que la tierra en la que viene se mezcle con la tierra en la que irá. Al mismo tiempo he de procurar no ahogar a la pobre flor. Esto es lo que estoy practicando, este equilibrio, desconocido para mí, aunque lo hago lo mejor que puedo. De refilón observo que el coche gris plateado se ha detenido en la calle, frente al acceso de vehículos. El motor se apaga. Al oír un portazo, me enderezo. Dejo la flor en el suelo, intento quitarme la tierra de mis manos sucias sacudiéndolas —en vano— y luego me coloco la mano a modo de visera sobre los ojos y miro hacia la calle. Es un día soleado de mayo, de los que hay pocos, y hace calor. Parece un anticipo del verano. Es uno de esos días en los que te quitas demasiada ropa y permaneces fuera demasiado tiempo. Y luego acabas resfriada, claro, pero habría sido casi imposible no arriesgarse a ello. Con la mano delante de los ojos, veo de quién se trata. Mira vacilante en mi dirección desde ahí abajo, alza una mano y me saluda, pero aguarda más tiempo del necesario antes de empezar a andar hacia mí, como si en realidad deseara volver a montarse en el coche y marcharse.

—Hola —me dice cuando por fin se acerca caminando.

—Hola, Thomas —respondo.

Me coloco las manos en los costados, olvidando que están sucias, y, cuando agacho la mirada, veo que mi camiseta tiene manchas de tierra en la cintura.

—¿Trabajando en el jardín? —pregunta.

—Sí —respondo—. No porque me apetezca. Pero el agente inmobiliario cree que es buena idea. Darle un ambiente hogareño o algo así.

Sonreímos un poco.

—Vas a vender, entonces —dice Thomas.

—Sí —constato—. He decidido hacerlo. No tengo ganas de seguir viviendo aquí después de lo que ocurrió.

—Supongo que es difícil hacerse a la casa de nuevo.

—Sí.

Los dos contemplamos la casa. El sol se refleja en las ventanas, alumbrándolas. Es una casa hermosa cuando la ves así, resulta majestuosa. Se pueden decir muchas cosas sobre el viejo Torp, pero tenía dignidad. Su casa también. Yo, sin embargo, he acabado con ella.

—¿Qué dice Margrethe? —pregunta Thomas.

—No está demasiado entusiasmada —respondo—. Pero ¿qué puede decir? Es mi casa. Haré lo que quiera con ella.

Asiente pensativo. Es más listo que yo: lleva puesto un jersey. Es de los que esperan a que llegue el verano de verdad para llevar camisetas. Va bien arreglado, con el cabello repeinado contra la cabeza, fijado con algo que lo mantiene en su lugar. En conjunto este hombre parece tan —cómo llamarlo— respetable... No lo digo en sentido negativo; en realidad, Thomas no me parece aburrido, aunque Julie probablemente ha hecho todo lo posible para que lo sea. Sólo me refiero a que es sólido como una roca. Es de confianza. No se anda con tejemanejes.

—Bueno —dice—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondo—. O sea, más o menos. Pero bastante bien.

Nos quedamos un instante en silencio contemplando la margarita a nuestros pies. Intuyo que Thomas quiere decirme algo. En realidad, yo debería acabar con las flores cuanto antes para entrar y darme una ducha en nuestro baño frío y sin terminar, limpiarme la tierra de las manos y luego irme a casa de mi padre para asistir a lo que al final se ha convertido en una tradición semanal los domingos, una cena con toda la familia. Pero espero. Le doy su tiempo. Parece lo correcto. Thomas ha venido hasta aquí para contarme algo, y no es un hombre que suela pronunciarse en vano.

—En cuanto a lo que ocurrió —dice por fin—, sólo quería decirte que lo siento.

—¿El qué?

—Lo de... Ya sabes. Lo de esa chica.

Sí, lo sé. Claro que lo sé.

—Sigurd nos lo contó —continúa—. A Jan Erik y a mí. Y nosotros no te dijimos nada. Queríamos decírtelo, o yo quería, al menos. No me parecía bien lo que estaba haciendo. Y, en fin, no sabía que ella era tan joven. Pero sabía que tenía una aventura con alguien. Y eso debería habértelo dicho.

Cierro los ojos, oriento el rostro hacia el sol. No quiero pensarlo. De alguna manera, había imaginado que ellos lo sabían. He repasado las conversaciones que tuve con ellos la noche en que él desapareció mil veces en mi cabeza. Había algo evasivo en su tono, algo que se me escapaba, como si hubiese algo que no me estaban contando. Desde luego no tenían muchas ganas de llamarme, pues podía ser que Sigurd estuviese con ella. Intentaron quitarle hierro a la mentira evidente que me había soltado porque sabían por qué había mentido. Y, aun así, no me dijeron nada. Ni siquiera me dijeron nada cuando se enteraron de que había muerto. Tuve que averiguar por mi cuenta que había otra persona. Y la excusa de Thomas no me convence demasiado.

Permanecemos así durante un instante, callados. Y pese a todo lo que pueda decirse de Thomas, al menos sabe cuándo no debe hablar, es capaz de soportar el silencio. Tampoco es que yo no lo entienda a él. Sigurd era su amigo. Pero sobre todo estoy tan cansada... No quiero tener nada más que ver con este asunto. El día es hermoso, hace sol y pronto llegará el verano. La agente de la inmobiliaria me ha asegurado que la casa vale una fortuna. La tasación es de catorce millones, pero ella piensa que puedo venderla por dieciséis. Voy a ser rica. Tendré dinero para

hacer lo que quiera. Pronto entraré a ducharme, luego cenaré en casa de mi padre y esta semana saldré con mis nuevos compañeros de trabajo. Quiero pensar en esas cosas. Es lo único de lo que me quiero preocupar. Emito un profundo suspiro y vuelvo a abrir los ojos. Thomas permanece junto a mí. Los dos contemplamos la flor en el suelo.

—Lo siento —dice al final.

—Está bien —contesto—. Era tu amigo.

—Sí. Pero lo que hizo fue horrible.

Thomas, tan íntegro. Nunca me gustó Jan Erik, y Julie me produce escalofríos, pero por Thomas siempre sentí cierta simpatía. Se parece a mí en algunos aspectos, en su torpeza social, en los silencios. Pero es más de fiar que yo. Alguna vez he pensado que si lo hubiese conocido a él en aquella fiesta en Bergen quizá habría sido mucho más feliz. Pero no lo sé. Quizá no me hubiese enamorado de él. Quizá él no se hubiese enamorado de mí.

—Sigurd me dijo —prosigue Thomas—, mientras estaba metido en esa historia, que buscaba una manera de salir de ella. Pocas semanas antes dijo que estaba harto de todo aquello. Que era un error. Que quería estar contigo.

Respiro a fondo. ¿Debo sentirme agradecida por eso?

—No sé si es algo que quieres oír —continúa—. Pero te lo quería decir. Por si acaso.

—Gracias —digo, pasándome una mano llena de tierra por la frente para deshacerme de la irritación.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunta—. Cuando vendas la casa me refiero. ¿Alquilarás un local para continuar con tu consulta?

—No —respondo—. Lo dejo. Me quedan un par de pacientes con los que finalizar. Pero, cuando acabe con ellos, doy por concluida mi carrera como terapeuta.

—¿Qué harás entonces?

—No lo sé —digo. La perspectiva me hace sentir bien. El mundo se abre ante mí—. Me han contratado a tiempo parcial en una revista de psicología, leo textos y envío comentarios a los autores y eso. Y por lo demás, no lo sé. Viajar, quizá. Siempre he tenido ganas de probar a vivir en un castillo francés.

Thomas sonrío.

—Y ahora podrás hacerlo —asegura.

—Sí.

Una vez más permanecemos en silencio un instante, pero en esta ocasión resulta más liviano y pienso que, en realidad, está bien que haya venido hasta aquí. Ninguno de los amigos de Sigurd había aparecido hasta ahora. Ni Jan Erik, ni Thomas, ni Mammud ni Flemming. Su hermano tampoco. Sólo Margrethe, furiosa porque vendo la casa de su infancia, indignada también por todo lo que ha ocurrido. Creo que ella me considera responsable, desde el punto de vista moral, de la infidelidad de Sigurd. Si yo hubiese sido mejor esposa, me dijo. Pero estaba algo bebida. Annika me había advertido de que se podía producir una situación similar, y me pidió que mantuviese la calma y que dijese lo mínimo posible. Y así lo hice. He acabado con Margrethe también.

—¿Y tú? —le pregunto a Thomas.

—Bueno, ya sabes. Lo de siempre. Julie está embarazada, eso sí —responde él.

—Qué bien —digo—. Enhorabuena.

—Gracias.

Sonríe un poco, como para sus adentros. Será un buen padre, pienso. Hará lo que haga falta. Se tomará una excedencia, se levantará por las noches. Será entrenador del equipo de fútbol y responsable en los trabajos comunitarios del colegio. Se implicará.

—Siento lo que ocurrió con Julie —digo.

—Por Dios, no pienses en eso —señala—. Es ella la que debería disculparse. Su intención fue buena, pero a veces puede ser un poco intensa.

Sonríe, es agradable oírsele decir. Me hace sentir generosa.

—Salúdala de mi parte —digo—. Y dale la enhorabuena.

—Lo haré.

—Thomas, me alegro de que hayas venido.

—Faltaría más —dice él, y me abraza sin apretar; sin apenas tocarme—. Cuídate.

Y tomo nota de ese consejo.

Durante la cena, mientras mi padre y Annika discuten sobre algo que ha salido en el periódico y Henning pide silencio a los niños, que están riñendo por el salero y el pimentero, pienso que incluso estoy contenta por lo que me ha dicho. Sobre que Sigurd me eligió a mí. Al fin y al cabo, es bueno saberlo.

Annika y mi padre recogen la mesa. Me ofrezco a ayudar, pero Annika me dice que ellos se encargan, que vaya a sentarme.

—Vete al despacho —dice mi padre—, que mientras tanto yo pondré a hervir agua para el té.

Henning y los niños se instalan en el salón, delante de la programación infantil de la tele. Desde el despacho oigo de fondo las canciones alegres, las voces de adultos que adquieren un tono apto para niños, los actores que dan voz a gatos, perros y elefantes. Los niños permanecen calladitos, embelesados con la tele, y Henning está igual de silencioso que ellos, seguro que inmerso por completo en su teléfono. Advierto el trajín de ollas y cazuelas en la cocina, donde papá y Annika están recogiendo. Sus voces no llegan hasta aquí dentro, aunque es muy probable que sigan hablando, erre que erre, sobre algo de lo que discutían en la mesa. En este lugar reina la calma. El oasis de mi padre.

Pongo algunos leños en la chimenea, los coloco tal y como me ha enseñado mi padre, apilados unos encima de otros formando cuadrados, como si estuviese construyendo una casa de troncos. En su interior coloco papel y astillas de madera. Dudo sobre si encender el fuego o no. Todavía hace calor, no está oscuro del todo, pero el frío de la noche llegará en breve. Al final pienso que le cederé el honor a mi padre. Enderezo la espalda. Mi mirada roza los álbumes de archivo con los recortes de periódico, y recuerdo aquel jueves de marzo en que me puse a leerlos. El miedo que sentí. Pero éste es un buen día y no voy a pensar en ello.

En lugar de eso, me acerco a la ventana que hay detrás del escritorio de mi padre. Apoyo las palmas de las manos en el amplio alféizar y miro hacia el exterior, al jardín ignorado cuya hierba fresca todavía está cubierta de hojas del año pasado. Contemplo las viviendas vecinas. La casa nueva, que edificaron cuando mi padre dividió la parcela. La antigua vivienda a la derecha, donde

vivía la familia Winge. De la que salía Herman Winge —al que yo amaba, aunque apenas hablásemos—, del que recuerdo que cada mañana salía y se detenía en el umbral de la puerta para subirse la cremallera del plumas antes de caminar hacia el colegio.

Algunas noches yo permanecía aquí dentro, en el despacho de mi padre, observando su casa para ver si lo veía. Apagaba todas las luces para que no me viesen desde la casa de los Winge y me quedaba espiando desde la oscuridad. En ocasiones incluso lo veía. Otras veces cogía prestados los prismáticos de mi padre; casi me ruborizo al pensarlo. Me pregunto quién vivirá en esa casa ahora. Hay una cama elástica azul en el jardín. Tal vez el propio Herman haya formado una familia y siga viviendo en la casa. Pero lo más probable es que la hayan vendido. Mi padre no ha mencionado nunca nada, pero, por otro lado, jamás se le habría pasado por la cabeza que me pudiese interesar.

De pronto se me ocurre apagar las luces aquí dentro, tal y como hacía entonces. La última que apago es la luz de la lámpara de lectura. En la oscuridad, apoyo las palmas de las manos sobre el alféizar. Contemplo la vieja casa de Herman Winge. Sé que nadie puede verme.

Mientras estoy así, me parece ver algo. ¿Hay algo moviéndose ahí afuera o sólo me estoy viendo a mí misma? Enfoco la mirada en un punto fijo, en la casa de los Winge. Ajusto el plano de enfoque: sólo me veo a mí misma, y el despacho vacío que hay detrás de mí, que apenas se divisa en el reflejo. En cuanto desplazo el enfoque de mi mirada de repente caigo en algo. La habitación se queda sin aire. Durante un gélido segundo o dos me quedo así, alternando la mirada entre dos distancias de enfoque, contemplando ambos planos al mismo tiempo, el jardín de fuera y yo en el despacho, aquí dentro. Me percató de que sé quién ha sido. También me doy cuenta de que a nadie más que a mí se le habría ocurrido.

Hay un silencio absoluto. Cualquier sonido queda absorbido por el vacío. Lo único que se oye es el tenue y rítmico murmullo de mi propio aliento contra la ventana.

Desde el estudio de trabajo de mi padre se distingue la acera que hay frente a la oficina de Sigurd. Él debería haberlo tenido en cuenta cuando le pidió a Vera que se reuniese con él en su despacho. Debería haber tomado precauciones, haber sido más cuidadoso.

Pero mi padre trabaja fuera del horario normal de oficina. Le gusta hacerlo por las tardes y por las noches. Me lo imagino deambulando desvelado por el estudio sin amueblar en plena noche. Apagando todas las lámparas, pues las farolas que hay en el exterior le proporcionan justo la luz que necesita cuando se sirve un whisky en un vaso de leche en la oscuridad. Se sienta en el alféizar. Echa un vistazo a la calle desde su oscuro estudio, contempla la calle iluminada de debajo, a las pocas personas que caminan por las calles de Bislett un miércoles a las once y media de la noche. Y allí aparecen Sigurd y Vera, juntos, dirigiéndose a la oficina de Sigurd.

Me tiemblan tanto las manos que ya no consigo apoyarme en ellas. ¿Qué habría hecho mi padre si hubiese descubierto que Sigurd tenía a otra? Me desplomo sobre la silla del escritorio. Mi padre, que considera que la familia es lo único y más sagrado. Que piensa que la infidelidad debería ser punible. Que cree en el vigilantismo y en el derecho a tomarte la justicia por tu mano para defender a la manada. En el crepúsculo del despacho mi mirada roza los álbumes de archivo. Mi padre, que cree en las soluciones extremas. En el proceder de los perros.

Junto a la chimenea se ubican los sillones, como enormes bestias adormecidas. Fue ahí donde estuvimos sentados aquel día en que me marché de Smestad sin contarle a mi padre que Sigurd había muerto. Estuvimos charlando sobre libros. Mi padre me habló de un libro que había leído; era oscuro, dijo, pero le había enseñado mucho. «Creo que se puede aprender mucho de sentarse en la oscuridad y observar el mundo», sentenció. Es posible que ya no tenga la misma confianza en mi memoria que antes, pero sé que recuerdo sus palabras al pie de la letra. «Creo que es esencial», dijo. Y ahora, cuando me encuentro literalmente en la oscuridad, mi mirada salta de los álbumes que diviso en la librería a los sillones, del péndulo de Foucault a la casa de los Winge y al mundo que se extiende tras la ventana, y aterriza en la repisa de la chimenea con la siguiente certeza: en aquel momento me hizo partícipe de lo que había hecho.

Papá sabía lo de Sigurd y Vera. Noto en el abdomen un eco de la humillación que sentí en el despacho de Gundersen. Todo el mundo menos yo lo sabía, todo el mundo, incluso mi padre. Mi padre, sin embargo, no se ha encogido de hombros y ha apartado la mirada. Mi padre ha estado observando. El 6 de marzo debía de estar en su estudio temprano por la mañana, mientras Sigurd aparcaba el coche en la acera con las luces de estacionamiento encendidas. Mi padre debió de mirar hacia abajo. Debió de ver la boya de cristal. Lo habrá entendido.

Mi padre, que no ha conservado ni un solo dibujo de los que he hecho. Que ha tirado las tablas de cortar hechas en la clase de bricolaje y las figuras de la clase de cerámica en cuanto las ha recibido como regalo de Navidad. El que no se acuerda de los nombres de mis amigas, el que nunca me llama por mi cumpleaños, el que fue a visitarme a Bergen una vez en seis años. Pero el que, a pesar de todo, haría cualquier cosa por mí si lo considera necesario.

Quizá haya estado esperando la ocasión. Sentado en la oscuridad, observando cómo Sigurd vivía su doble vida. Tomándose su tiempo. Y entonces, aquel viernes de marzo, aprovecha la oportunidad. Sigurd estaciona el coche temprano por la mañana. La boya de cristal descansa sobre el salpicadero, visible a través del parabrisas. Mi padre se incorpora, baja a su coche y conduce fuera de la ciudad. ¿Hacia Krokskogen? Tal vez, pero igual puede ser otro lugar. Sørkedalen. Los esquís y sus mejores botas de esquí están guardados en el coche de todas formas. Si alguien le hubiera preguntado, le habría dicho que se había ido a esquiar a mediodía, tal y como hace a menudo. Pero ¿quién iba a preguntárselo? Sus compañeros no saben dónde pasa los días, sus estudiantes tampoco. Mientras estábamos sentados en los sillones ese día, me dijo que había ido a esquiar todos los días de aquella semana, que si iba en coche hasta Sørkedalen había la nieve necesaria.

En aquel momento no lo pensé, tenía más que suficiente conmigo misma, pero ¿por qué iba a ir hasta aquel lugar cuando a él le gustaba esquiar en Østmarka? No era propio de él dar tantos detalles, no suele contarme adónde va.

Bueno, se va hasta Sørkedalen. Se pone los esquís y atraviesa el bosque hasta llegar a Krokskogen. De esta manera su coche no queda registrado en el sistema de peaje y nadie verá su coche estacionado en la carretera que conduce a Kleivstua. ¿Cuánto tiempo se tarda en atravesar ese tramo esquiando? Para un hombre en forma y acostumbrado a esquiar quizá tres horas, tres

horas y media. Cuento con los dedos: llegó a las diez, diez y media. Recuerdo la línea temporal de Gundersen. Vera intentó llamarlo un poco antes de las diez y media. Ésa fue la primera llamada que no atendió.

Me lo imagino. Mi padre, que entra derrapando con los esquís en la zona delantera de la cabaña. Sigurd, que sale a la escalera cuando oye el ruido que hace, que piensa que es Vera, que ha llegado hasta allí por sus propios medios. Mi padre, que adopta un tono llano: «Pero, Sigurd, ¿estás aquí? ¿Qué haces tú por aquí un viernes en pleno día? No me lo esperaba». Tuvo que ser lo más sencillo del mundo hacer salir a Sigurd de la cabaña. No debía de pensar más que en deshacerse de su suegro antes de que apareciese Vera. Sin duda, dejó el teléfono en la cabaña, porque ¿qué pasaría si Vera lo llamaba mientras mi padre estaba ahí?

Caminan juntos hasta el claro del bosque, papá esquiendo, Sigurd por el sendero, donde la nieve se ha derretido. ¿Pide papá a Sigurd que le indique algo, y le dispara mientras está de espaldas? ¿O le cuenta lo que tiene intención de hacer y le pide que se dé la vuelta hacia el bosque? ¿Suplicó Sigurd por su vida? ¿Tuvo miedo cuando le disparó o no vio venir a la muerte antes de que le llegase?

¿Qué habría hecho mi padre si Vera hubiese estado en la cabaña? ¿Si ella hubiese estado acompañando a Sigurd cuando entró derrapando sobre los esquís? Pero no soy capaz de pensar en eso. Ése es el límite, no puedo ir más allá.

Después mi padre regresa por donde había venido. Tal vez tire el arma en una laguna en la que se haya derretido el hielo, o quizá se la lleve a casa. No dudo de que disponga de un arma, él, que cree en tomarse la justicia por su mano. Puesto que no es miembro de ningún club de tiro, hasta donde yo sé, supongo que no estará registrada a su nombre. ¿Acaso está escondida en el sótano de esta casa, o tal vez en un cajón del escritorio delante del que estoy sentada en estos momentos? Ésta es una casa con secretos, con huecos y profundos trasteros y paneles sueltos. Podrá mantener oculta el arma aquí todo el tiempo que quiera. Si le entran reparos, siempre puede alquilar un bote una noche de verano y lanzarla en medio del fiordo. Aunque él no tiene reparos.

Regresa a través del bosque, encuentra el coche, ata los esquís a la vaca y vuelve a casa. Se siente eufórico. Seguro que no está asustado, ¿por qué motivo iba a estarlo? Hay poca gente en las pistas de esquí un viernes de marzo por la mañana, y si se ha cruzado con otros esquiadores es poco probable que se hayan fijado en él, que sepan quién es o le reconozcan, o que vayan a recordarlo varios días más tarde. Lo único que podría haber temido es que la sospecha fuese a recaer sobre mí, pero pensaría que he estado todo el día con pacientes, uno tras otro. Porque nunca le he contado en qué condiciones se encuentra mi consulta. He querido que mi padre creyera que me estaba yendo bien.

Las ollas tintinean en la cocina y, acto seguido, oigo pasos, y la voz de Annika en el salón, con Henning y los niños. Papá vendrá enseguida con el té. Hace frío aquí dentro. Me vendría bien una hoguera ahora, me vendría bien calentarme. Pero no me muevo. Esto no es algo a lo que pueda encontrar una explicación. Podría haber sido algo que me he imaginado si no fuese por lo que me dijo aquella tarde delante de la chimenea. Estábamos sentados aquí, en estos sillones, y él hablaba de contemplar el mundo desde la oscuridad. De aquella manera me informó sobre cómo había descubierto lo que Sigurd estaba haciendo. También se aseguró de mencionar que había estado esquiando en Sørkedalen el día en que Sigurd desapareció, revelando cómo lo había hecho. Me dijo que era importante no permanecer ahí, inmersa en la oscuridad. «Sólo hay que intentar salir de la oscuridad después», dijo. Tan simple como eso era para él deshacerse de un ser humano.

Lo descarté entre risas. Bromeé sobre la idea de la oscuridad después. Dije: «Supongo que ahí es donde los psicólogos entramos en juego».

Oigo pasos desde la cocina. En tan sólo unos segundos entrará aquí, y ¿qué voy a hacer?

¿Y si se lo pregunto? Deseo con todas mis fuerzas oír cómo lo niega. Siento ansias de que me tranquilice, de haberme equivocado; quizá mi padre estuvo fuera justo ese día y puede demostrarlo. Lo que dijo fue inofensivo en realidad. Voy a olvidarlo y a no volver a pensar en ello jamás.

Pero mi padre cree en la sinceridad a ultranza. Siento que nunca he crecido, que sigo siendo aquella niña en camión sentada en la parte superior de la escalera que ve a su padre regresar a casa en medio de la noche y no se atreve a preguntarle dónde ha estado. Que nota el peso de todo. Preguntar implica arriesgarme a obtener una respuesta que no quiero oír, que deberé reconocer y con la que habré de vivir siempre. No guardo ningún recuerdo de él en el que no haya tenido la sensación de que es mejor no preguntar demasiado, de que es mejor no saber.

Porque si le pregunto dónde estuvo aquel viernes y me responde, lo perderé.

La luz cae sobre el suelo cuando abre la puerta. Incluso aquí, en la penumbra, lo veo sonreír. Está demasiado oscuro como para ver los detalles, pero sé muy bien cómo se arruga su rostro. Sus ojos verdes son pequeñas lagunas entre los pliegues de su piel curtida por el aire libre.

—Pero, Sara —dice con voz áspera—, ¿qué haces aquí sentada en la oscuridad?

No cuentes el final

La psicóloga
Helene Flood

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Terapeuten*

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la cubierta, Martin Slivka / Millennium Images, UK

© Helene Flood

Publicado por primera vez por H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard), Oslo, 2019

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agency

© por la traducción, Bente Teigen y Mónica Sainz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha merecido la subvención de NORLA



Canciones del interior:

© *La Canción de Solveig de la Suite n° 2*, 2018, Countdown Media GmbH, (BMG), creada por Peer Gynt e interpretada por Edvard Grieg.

© *All of me*, 2004, Acoustic Records, creada por Gerald Marks & Seymour Simons e interpretada por Billie Holiday.

© *Blackbird*, 2009, creada e interpretada por The Beatles.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22531-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com